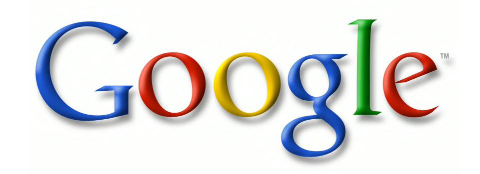
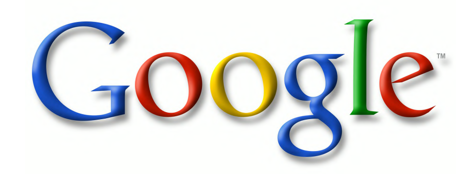
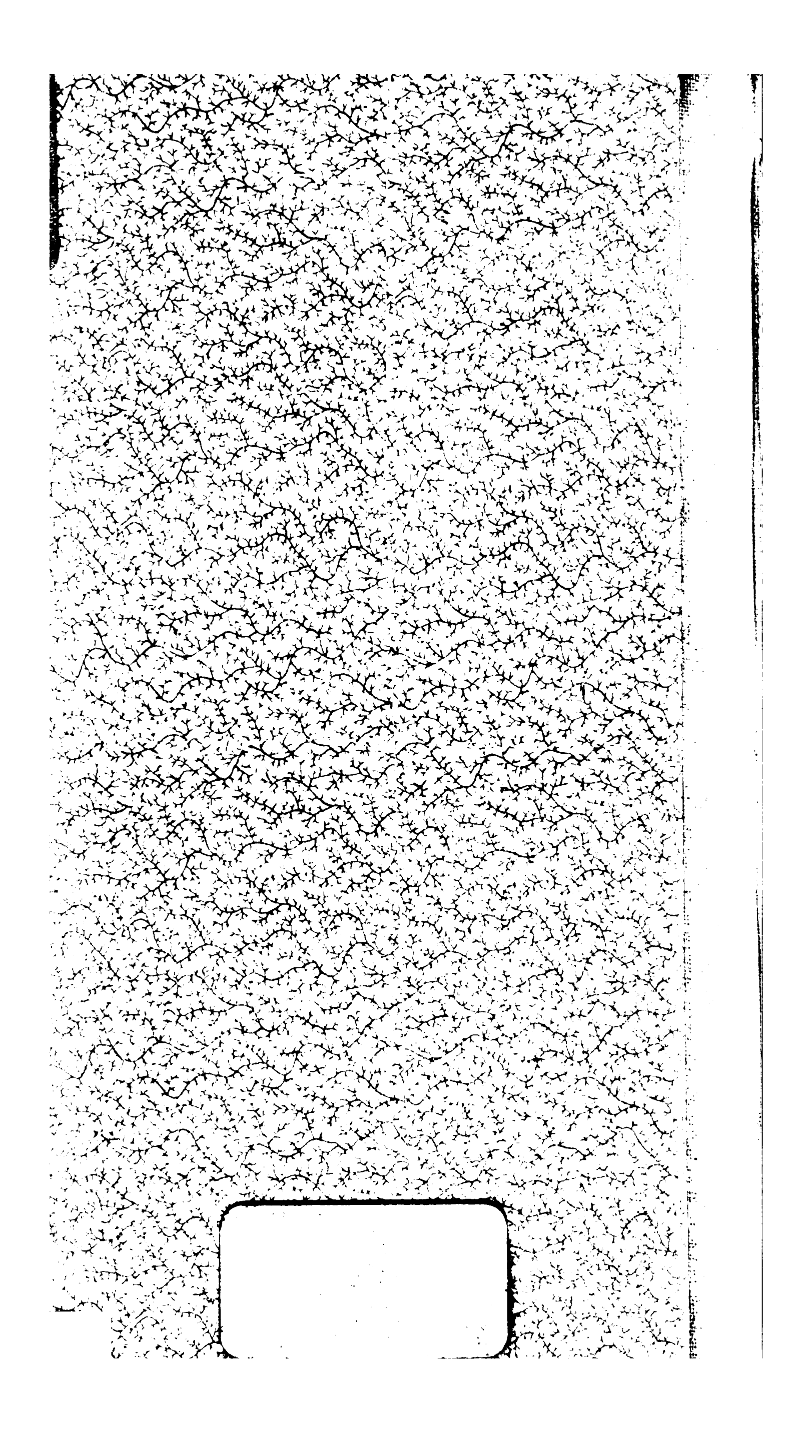
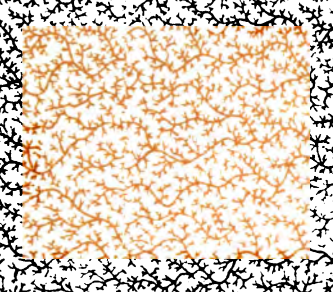
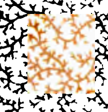














VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS.


Tom. I.
BARTHELEMY.
Deveria del.
Couché fils dir.

VIAGE
DEL JOVEN

ANACARSIS

A LA GRECIA,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE LA ERA VULGAR,

POR

Juan Jacobo Barthélemy.

TRADUCIDO DEL FRANCES AL CASTELLANO.

EDICION REVISTA Y CORREGIDA CON ESMERO,

ADORNADA CON 16 LAMINAS, VARIOS PLANES Y UN MAPA GENERAL DE LA GRECIA.

AUMENTADA CON UN

INDICE ALFABETICO DE GEOGRAFIA COMPARADA.

TOMO PRIMERO.

PARIS,
LIBRERIA DE ROSA.

MEJICO,
LIBRERIA DE GALVAN.

1835.

PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

Al presentar al público, juez el mas severo y justo de las producciones del entendimiento humano, la traduccion del Viage del jóven Anacarsis á Grecia, no puedo menos de hacer una confesion ingenua de que mi alma siente un placer secreto en proporcionar á

mis conciudadanos su lectura, al paso que los rezelos de mi amor propio se le acibaran con temores. Todo cuanto promueve la instruccion, debe ser un objeto agradable para los hombres sensatos, en unos tiempos en que el desenfreno de todas las pasiones antisociales ha cerrado las puertas del augusto templo de la sabiduría; y así tiene razon para complacerse consigo mismo el que á sus semejantes puede facilitar de algun modo la entrada. Pero cuando esto se ha de lograr por medio de una obra, que ofrece tantas dificultades para traducirla, cuantas son las bellezas y encantos que la adornan, es preciso que el temor se apodere del espíritu, y que los pasos que se den para la consecucion de tan grande empeño sean muchas veces vacilantes, y no pocas débiles y errados.

Bien persuadido de esta verdad, mi-

ré siempre la empresa tan superior á mis fuerzas, que á pesar de mis grandes deseos, jamas me hubiera atrevido á poner mano en ella, si la circunstancia mas funesta, y acaso la peor de mi vida, no me hubiese puesto en la situacion de conocer que en momentos críticos es virtud el tener audacia. Concluida mi traduccion todo ha desaparecido como por encanto: los justos temores de la censura, la desconfianza de mis luces, las dificultades que ofrecen tantos asuntos diversos, tratados por una mano maestra con el auxilio de una perfecta sabiduría, y de una erudicion sin límites; todo se ofusca, todo lo absorve el placer de haber hecho española una obra que ha merecido los elogios de toda la Europa sábia, y que los ha merecido con justicia.

Barthélemy ha sabido reunir en ella

todos los hechos memorables, los usos, la religion, las costumbres, la legislacion, el gobierno, los estudios, los juegos, las ceremonias religiosas, la política, la navegacion, las artes; en una palabra, todos los progresos del espíritu de la nacion mas valerosa y mas ilustrada que ha tenido el mundo. Su plan es de los mas sencillos, y al mismo tiempo de los mas proporcionados para la instruccion de toda clase de gentes. Si hubiese adoptado un método didáctico, la sequedad y precision hubieran cansado luego á los espíritus ligeros, que leen mas por diversion y pasatiempo, que por deseo de ser instruidos; y si hubiera formado una historia, los aficionados á las amenidades de la erudicion, echarian de menos una infinidad de menudencias que hacen el oficio de las flores en el jardin de la literatura. En la re-

lacion de un viage que hace á Grecia Anacarsis, y que adelanta despues á la Persia y al Egipto, encuentra facilidad para dar una historia antigua y moderna de estos pueblos, para observar atentamente los efectos que produjeron las instituciones de Solon y de Licurgo, para tratar con los hombres sabios en las ciencias y en las artes, para analizar el espíritu del filosofismo; para penetrar el abismo del corazon del hombre, y para poner en claro cual es el movil poderoso que le obliga á despreciar la vida, y hollar los sórdidos intereses que le alejan del templo de la gloria.

Si se trata de un Ser supremo, eterno y omnipotente, recoge los dogmas de los filósofos, y el universal consentimiento de todos los pueblos y naciones, que unánimemente atestiguan su existencia: fija su vista en el universo,

descubre la carrera magestuosa de los astros, la admirable organizacion de los cuerpos, la perpetua regeneracion de los seres, la mutua relacion y dependencia de las partes con el todo, el conjunto en fin de lo visible que llamamos Naturaleza; y concluye, que una obra en donde todo respira órden, grandeza y sabiduría, debe ser produccion de una mano divina. Así raciocinaba S. Pablo. Quando habla del hombre, manifiesta su excelencia sobre los demas vivientes, y sobre todos los entes inanimados, descubriendo en él un principio que no puede ser corpóreo, y que dejándole árbitro de sus acciones, le exceptúa de la necesidad á que está sujeta la Naturaleza, y le adorna de una preciosa libertad, que emplea en seguir la virtud, ó en degradarse con el vicio.

De aquí infiere, que si hay virtu-

des y vicios sobre la tierra, debe haber una justicia en el cielo: que el que se aparta de la regla debe una satisfaccion á la regla misma; y que de consiguiente la vida presente no es mas que un principio de vida, que debe continuarse en otra morada, en donde la virtud oprimida reciba la justa recompensa; y el vicioso los merecidos castigos. Nada de esto puede verificarse sin establecer la inmortalidad del alma, y sin admitir una Providencia que gobierne la marcha del universo, sin dar entrada á las precisiones del destino, ni á las ceguedades del acaso. En esta alma capaz por su inteligencia de formarse una idea de la divinidad, están grabadas aquellas leyes supremas que anuncian á todo racional la voluntad del Omnipotente. y le solicitan por su misma conciencia á reconocer su inmenso poder, su bon-

dad sin límites, su inexplicable sabiduría, y aquel amor eterno, que es el orígen y el prototipo del que se deben mútuamente unos hombres á otros. ¿Qué moral no deberá producirse de semejantes principios? No hagas á otro loque no querrías que hiciesen contigo: nunca te es permitido el volver mal por mal, que era el apotegma favorito de Sócrates, y lo es tambien del Evangelio.

Tal es la doctrina que se derrama en toda esta preciosa obra, recogida exactamente de los filósofos antiguos de la Grecia, y de sus sábias instituciones acerca de la existencia de Dios, de la providencia, de la inmortalidad del alma, de la vida futura, y de los premios y castigos reservados en ella á los que practican la virtud, ó se hacen criminales con el vicio. ¿Semejantes conocimientos podrán perjudicar de manera alguna á las luces de la reve-

lacion, cuando el entendimiento humano no tiene otro medio mas obvio para llegar á conocer las grandezas invisibles de Dios que la contemplacion de los séres criados? Lo que seguramente la ofende y la degrada es el error, hijo legítimo de la ignorancia, y aquel monstruo llamado supersticion, que todo lo contamina con su pestífero aliento. La verdad no aborrece la luz: los que la temen son aquellos hombres ignorantes y supersticiosos, que prefieren unas exterioridades engañosas á la rectitud del corazon, porque siempre les será mas facil el deslumbrar con imposturas, que hacerse recomendables con la práctica de las virtudes.

Esta práctica es la que se ve constantemente ensalzada en todas las observaciones que hace en su Viage el joven Anacarsis, cualquiera que sea el objeto que se presente á sus ojos. La

patria es para él lo que debe ser; una deidad en cuyos altares debe todo ciudadano hacer sacrificio de sus luces, de su fortuna, de su sangre y de su vida. En ella recibió una existencia, que se perfeccionó con sus instituciones, y que está al abrigo de todo insulto bajo la egida de sus leyes; luego tiene un derecho imprescriptible á exigir todo género de sacrificios, y con particularidad el homenage de las costumbres, que son fundamento mas sólido de un imperio que las leyes mismas: luego el hombre desde el instante en que nace es todo de la patria. Así se ve á esta madre comun proporcionarle una educacion que influye en sus opiniones, en sus virtudes, y en todas las acciones de su vida: una legislacion, que conservando su libertad, le obliga á obedecer con gusto, y á mandar con acierto; unos magistrados que hacen

respetan las leyes, no tanto con el rigor de las penas, como con el atractivo de su ejemplo; y un gobierno en fin, que no destine los puestos importantes del Estado, para que la ignorancia ostente su presuncion, y para que sean presa de la cábala y las intrigas, sino para que los conocimientos profundos aseguren la tranquilidad dentro del Estado, y la paz, buena armonía y comercio con las potencias que le rodean.

Con la misma solidez habla de la felicidad, de la fortuna, de la hospitalidad, del matrimonio, del respeto y amor filial, de la beneficencia, de la amistad, de la civilizacion, y hasta de la tiranía y de las conquistas. Pinta con los colores mas vivos las extraordinarias calidades de los Temístocles, de los Arístides, de los Pericles, de los Leonidas, y de los demas guerreros de la Grecia, dándonos de ellos y de

las célebres batallas de Maraton, de las Termópilas, de Salamina y de Platea cuadros tan exactos, que la imaginacion cree ver la realidad mas bien que una pintura. Los sabios como Homero, Solon, Licurgo, Platon, Aristóteles, etc. etc. parece que recobran de nuevo la vida en los extractos que hace de sus obras, y en los recomendables caracteres con que los distingue y clasifica. Cubre de flores la hermosa cuna donde nacieron las bellas artes, y por su mano ciñe de laureles las cienes de Panéno, hermano de Fidias, de Polignoto, de Parrasio, de Zeuxis, de Apeles y de tantos otros pintores, como tambien las de los célebres escultores Policleto, Alcameno, Escopas, Praxiteles y otros muchos que gozarán de las aclamaciones de la fama mientras duren las revoluciones de los siglos, y el imperio del buen gusto.

De este ligero y superficial bosquejo de una obra, en que su autor gastó mas de treinta años para llevarla al cabo, sin embargo de su vasta erudicion y de su profunda sabiduría, se puede inferir cual será su mérito, y cuan colmados frutos no deberá producir su lectura en toda clase de gentes. Si padezco equivocacion, me queda el consuelo de tener por compañeros en ella á todos los literatos de Europa; por lo demas tengo la satisfaccion de haber hecho cuanto dan de sí mis débiles fuerzas para que España la tenga en su lengua con aquella pureza de estilo que brilla en el original. No es tal mi amor propio, que crea haberlo conseguido completamente; pero tambien me persuado á que no habrá lector sensato, que haciendo igual experiencia, y tocando de cerca las dificultades, sea tan inexorable y ceñudo,

que rehuse ser contmigo indulgente.

Para hacer esta traduccion me he valido de la cuarta edicion del Viage del joven Anacarsis, que es la que me ha parecido mas correcta; y al mismo tiempo la que presenta mas completamente la última voluntad del autor acerca de su obra. Barthelemy gozó de la dulce satisfaccion de ver tres ediciones distintas de ella, colmándola de elogios; y la prisa que se dieron á verterla en sus lenguas respectivas los literatos de Inglaterra, de Alemania y de Italia. Preparaba una cuarta edicion, en la que habia hecho muchas y muy substanciales correcciones, y adiciones igualmente interesantes y copiosas, cuando la muerte puso fin á su gloriosa carrera y á sus trabajos, no menos sabios, eruditos y gloriosos *. Estas adi-

* En 30 de abril de 1795.

ciones y correcciones las habia ejecutado en un ejemplar de la impresion del año de 1790 por su misma mano, que es el que se tuvo presente para la edicion que me ha servido de texto, y que seguramente se puede calificar por la mas completa y genuina. Ademas de lo dicho se tuvo cuidado de colocar al frente tres Memorias sobre la vida, y algunos opúsculos del autor, escritas por él mismo en los años de 1792 y 93; y que dán una idea de su caracter, de sus estudios, de su infatigable laboriosidad, de la grandeza de su alma, y de la elevacion de su espíritu, muy superior á la que se puede formar leyendo los elogios mas elocuentes y mas acabados. En las palabras de Barthelemy brilla la sencillez del candor y de la verdad, que acreditan la posesion de todas las virtudes sociales, al paso que en los panegíricos no puede menos

de echarse de ver un artificio, expuesto muchas veces á la exageracion, y no pocas á la falsedad ó al disimulo.

En el tomo último da el autor varias tablas en que se encuentra la correspondencia de las medidas, pesas y monedas de los Griegos con las de Francia, en cuya lengua escribió. He creido que debia conservar estas tablas segun las dió Barthelemy; pero he mirado como un deber el poner por via de adicion á ellas la correspondencia de dichas medidas, pesas y monedas griegas con las de España, valiéndome de los mismos datos que adopta el autor. Igualmente he dejado la valuacion que muchas veces se hace en medidas y monedas francesas de las griegas; pero generalmente se añadirá la correspondiente en español, á fin de evitar el engorro de consultar las tablas mencionadas.

Por último, he conservado en esta edicion el mapa de la Grecia, tal cual se ha publicado en la francesa, sin intentar variacion alguna, temeroso del éxito por la gran dificultad que ofrecen semejantes obras á los que no son muy consumados profesores de la geografía antigua. Pero en orden al retrato del autor no he sido tan escrupuloso, pues he ampliado su forma, presentándole en una portada que adorna mi edicion, conservando siempre la exactitud de la hermosa medalla que Duvivier consagró á la memoria de su respetable amigo. Si el todo no llegase á merecer la aceptacion completa del público, no me quejaré de él, sino de haber tenido la desgracia de que mis luces sean inferiores á mis buenos deseos.

MEMORIAS

SOBRE LA VIDA

Y SOBRE ALGUNAS OBRAS

DE

Juan Jacobo Barthelemy,

ESCRITAS POR EL MISMO EN LOS AÑOS DE 1792 Y 1793.

MEMORIA PRIMERA.

En la inaccion á que me obligan mis males, y los acontecimientos del dia, encerrado en una habitacion donde la imagen de las mas heróicas virtudes bastaria para endulzar la impresion de los mayores trabajos*, voy á describir sin meditacion y sin aliño las principales circunstancias de mi vida.

* En la habitacion que la ciudadana Choiseul le habia dado en su casa.

Los materiales que voy á reunir, hubieran podido servir en otro tiempo al secretario perpetuo de la academia de inscripciones y bellas letras, encargado de hacer el elogio histórico de cada uno de los miembros de este cuerpo: hubieran tambien servido á aquellos biógrafos, que, cual el P. Niceron, escribiendo la historia de los literatos, recogiesen hasta sus menores producciones, y los hechos mas indiferentes; y no los consultarian sin utilidad los que en los paises extrangeros tratasen los mismos asuntos que yo he tratado, porque quizá hallarian algunas noticias útiles. Digo en los paises extrangeros, porque este género de literatura se puede mirar como absolutamente perdido en Francia.

Varios autores célebres, como M. Huet, nos dejaron la relacion de sus hechos y escritos, y tenian derecho para perpetuar su memoria, é interesar en ella á la posteridad. Yo por mi parte no tengo otro motivo que el de ocupar algunos de estos instantes, que el dia de hoy se pasan con tanta amargura. Dejaré estas chocheces á mis sobrinos, á quienes siento no poder dejar cosa de un precio mas efectivo.

Hace ya mucho tiempo que mi familia está establecida en Aubagne, pequeña, pero hermosa ciudad en-

tre Marsella y Tolon. Josef Barthelemy, mi padre, que tenia bastante caudal, casó con Magdalena Bastit, hija de un comerciante de Cassis, puertecito inmediato, donde estaba entonces muy floreciente el comercio. Yo nací aquí en 20 de enero de 1716, en un viage que hizo mi madre para ver á sus padres; y luego me llevaron á Aubagne, donde pasé mi infancia.

Cuando tenia yo cuatro años, perdí á mi madre, muy joven todavía; y los que la conocieron me la pintaban como una muger amable, que tenia talento y espíritu. No tuve la dicha de aprovecharme de sus ejemplos; pero tuve la dulzura de llorarla mas de una vez. Mi padre inconsolable por su pérdida, me tomaba de la mano, y me llevaba todos los dias por mañana y tarde á un lugar solitario, en una temporada que estuvimos en el campo. Allí me hacia sentar junto á sí, se anegaba en llanto, y me exhortaba á llorar á la mas tierna de todas las madres. Lloraba yo en efecto, y mis lágrimas aliviaban su dolor. Estas escenas lastimeras, reiteradas por mucho tiempo, causaron en mi pecho una impresion tan profunda, que no se ha borrado jamas.

Habia dejado mi madre dos hijos y dos hijas. Jamas hubo una familia ni mas unida ni mas exacta en el

cumplimiento de sus obligaciones. De tal manera habia ganado mi padre la estimacion de sus conciudadanos, que el dia de su muerte fué un dia de duelo para toda la ciudad. La de mi hermano produjo en adelante el mismo efecto; y cuando he visto pasar á sus hijos esta sucesion de virtudes, no me he envanecido de mi nacimiento; pero he tenido orgullo, y me he dicho muchas veces, que no escogeria otro linage y parentela, si la eleccion se hubiera puesto en mi mano.

A los doce años me puso mi padre en el colegio del Oratorio de Marsella, donde entré en la clase de medianos. Continué las otras bajo el P. Raynaud, que despues sobresalió en los púlpitos de Paris. Antes se habia distinguido en los premios de prosa y poesía, ganados en la academia de Marsella y en la francesa. Tenia muy fino gusto, y se complacía en ejercitar el nuestro. En la retórica se redobló su esmero. A siete ú ocho nos detenia despues de la cátedra: nos leia nuestros mejores escritores: nos hacia notar sus bellezas: sostenia nuestro interes pidiéndonos nuestro voto; y aun algunas veces nos proponia asuntos para ejercitar nuestro talento.

Un dia nos propuso la descripcion de una tempestad en versos franceses: cada cual llevó la suya, y en la

mañana siguiente se leyeron en nuestra pequeña junta; y parece que quedó contento con la mia. Un mes despues dió públicamente un ejercicio literario en una sala grande del colegio. Yo era demasiado tímido para hacer allí papel, y me fuí á colocar en un rincon de la sala, en la cual se juntó en un momento lo mas lucido de Marsella, tanto en damas como en caballeros. Ví que repentinamente se levantaron todos, y era que llegaba M. de la Visclede, secretario perpetuo de la academia de Marsella, establecida algunos años antes, quien gozaba de muy distinguida estimacion. El P. Raynaud, su amigo, le salió al encuentro, y le hizo colocar en el primer asiento. Entonces tenia yo quince años. En este numeroso concurso se hallaban las damas mas lindas de la ciudad, bien adornadas; pero yo no veia mas que á M. de la Visclede, y mi corazon palpitaba al verle. . . . . .

Ve aquí que un momento despues se levanta, y con él el P. Raynaud, quien despues de haber mirado á todas partes me descubrió en mi rincon, y me hizo señal de que me acercase. Bajé mi cabeza, me encogí, y quise esconderme detras de mis camaradas, quienes me descubrieron. En fin, habiéndome llamado el P. Raynaud en voz alta, creí oir mi sentencia de

muerte. Se habian fijado en mí las miradas de todos, y me vi obligado á atravesar la sala de parte á parte, entre bancos estrechos y muy juntos, cayendo á cada paso á derecha é izquierda, hácia atras y hácia adelante, enganchando vestidos, manteletas, peinados, etc. Despues de una carrera tan larga y desgraciada, llegué cerca de M. de la Visclède, que tomándome por la mano, me presentó á la asamblea, y la habló de la descripcion de una tempestad, que yo habia dado al P. Raynaud, y ademas hizo el elogio mas pomposo de mis pretendidos talentos. Yo estaba mucho mas aturdido, porque esta descripcion estaba casi toda tomada de la Iliada de La Motte. Ultimamente, M. de la Visclede calló; y se podrá juzgar de mi situacion por mi respuesta, que pronuncié con una voz trémula: « Se« ñor... Señor... yo tengo el honor de ser.... vuestro « humildísimo y obedientísimo servidor Barthelemy. » Me retiré avergonzado, y desesperado de tener tanto ingenio.

M. de la Visclede, á quien tuve motivo de tratar en adelante, celoso de los progresos de la literatura, se interesaba vivamente en favor de los jóvenes que descubrian algun talento; pero era tan bueno y tan condescendiente, que no podia inspirarles mas que presuncion.

Por eleccion propia me habia determinado á seguir el estado eclesiástico; pero como el Obispo de Marsella Bellunce, rehusaba ordenar á los que estudiaban en el Oratorio, pasé á estudiar filosofía y teología con los Jesuitas. En el primer curso de estas facultades, queriendo el profesor darnos la idea del cubo, despues de atormentarse mucho sin provecho, tomó su bonete de tres picos, y nos dijo: ved aquí un cubo. En el segundo el profesor de por la mañana echaba espuma, y gesticulaba como un energúmeno dos horas cada dia, y por tres años enteros para probarnos, que las cinco proposiciones estaban en Jansenio.

Por fortuna yo me habia formado un plan de estudios, que me hacia indiferente á las bestialidades y furores de mis nuevos regentes. Antes de dejar el Oratorio habia suplicado á uno de mis compañeros, que me comunicase los cartapacios de filosofía que se dictaban allí; y era el sistema de Cartesio, que tanto desagradaba á los Jesuitas. Yo copiaba y estudiaba ocultamente mis cartapacios. Al mismo tiempo me dediqué á las lenguas antiguas, especialmente al griego, para facilitarme el estudio del hebreo, cuyas raices dispuse en versos técnicos, mas malos todavía que los de las raices griegas de Port-Royal. Despues com-

paré el texto hebreo con el samaritano, y tambien con las versiones caldea y siriaca; y me apliqué al estudio de la historia eclesiástica, especialmente á la de los primeros siglos.

Estos trabajos llevaron la atencion del maestro encargado de darnos por la tarde lecciones sobre la Biblia, Concilios y Padres Era un hombre de mérito. Su voto me lisonjeaba, y para justificarle formé el proyecto de unas conclusiones, que él me habia de presidir, y que debian abrazar las principales cuestiones sobre los Libros santos, y sobre la historia y disciplina de la Iglesia. Eran muchas. Cada artículo debia ser el resultado de una multitud de discusiones, y pedia un examen profundo. Diez vigorosos benedictinos no se hubieran atrevido á encargarse de empresa tan desmesurada; pero yo era joven, ignorante, é insaciable de trabajo. Sin duda que mi maestro temió desanimarme, si me advertia que el plan era muy vasto; y yo me precipité en el caos, y me hundí tan profundamente, que caí enfermo de peligro. En el estado de languidez en que permanecí mucho tiempo, no deseaba mi salud mas que para abusar de ella otra vez.

Recobrada esta, entré en el seminario de Marsella, dirigido por los Lazaristas, donde hallé todavía un

profesor de teología muy racional, y todas las mañanas á las cinco, una meditacion que no lo era siempre. Estaba sacada de una obra compuesta por Beuvelet. La mañana despues de mi llegada, se nos leyó lentamente, y en frases desunidas, el capítulo en que Beuvelet compara la Iglesia con un navío: el Papa es el capitan: los Obispos los lugartenientes: venian despues los Sacerdotes, los Diáconos, etc. Era preciso meditar atentamente sobre este paralelo por media hora: sin esperar el fin del capítulo, hallé que en este misterioso navío yo no podia ser mas que un grumete. Díjeselo al inmediato, y este al siguiente, y repentinamente se rompió el silencio con una risa general, cuya causa quiso saber el superior, el cual tuvo tambien la bondad de reirse.

En el seminario tenia yo mucho tiempo. Estudié el árabe, y recogí todas las raices en el inmenso diccionario de Golio, y compuse versos técnicos detestables, que me costó trabajo aprender, y olvidé luego. Para juntar la práctica con la teórica, traté con un joven maronita, educado en Roma en el colegio de la Propaganda, y establecido en Marsella en casa de uno de sus tios, que seguia el comercio de Levante. Venia todos los dias á mi cuarto, y hablábamos en árabe.

Un dia me dijo que yo podia hacer un gran servicio á muchos maronitas, armenios, y á otros católicos árabes, que no entendian bien el frances, si les queria anunciar la palabra de Dios en su lengua. Tenia él algunos sermones árabes de un jesuita, predicador de la Propaganda: escogimos el menos absurdo, y yo le aprendí de memoria. Mis oyentes, que en número de cerca de cuarenta, se juntaron en una sala del seminario, notaron un acento extrangero en mi pronunciacion; pero en lo demas quedaron tan contentos, que me pidieron con instancia otro sermon. Convine en ello, y á la mañana siguiente volvieron algunos á suplicarme que los oyese en confesion; pero yo les respondí que no entendia el lenguage de los pecados árabes.

Aquí no habia mas que una escena de locura; pero ved aquí otra que puede servir de leccion contra el charlatanismo de erudicion. Habia formado mi maestro para mi uso algunos diálogos árabes, que en preguntas y respuestas contenian varios cumplimientos, preguntas, y otros asuntos de conversacion, por ejemplo: Buenos dias: cómo está V. — Bueno para servir á V. — Hace dias que no veia á V. — He estado en el campo, etc.

Un dia se me avisó que preguntaban por mí á la puerta del seminario. Bajé, y me ví rodeado de diez ó doce personas de los principales negociantes de Marsella. Traian con ellos una especie de mendigo, que habia venido á buscarlos á la Bolsa. Les habia dicho que era judío de nacimiento : que le habian elevado á la dignidad de Rabino ; pero que penetrado de las verdades del Evangelio, se habia hecho cristiano : que estaba instruido en las lenguas orientales ; y que para convencerse de ello, se le podia poner en disputa con algun sabio. Estos señores añadieron con urbanidad, que no habian dudado traérmele. Quedé tan espantado, que me cubrió un sudor frio. Intentaba probarles, que estas lenguas no se aprenden para hablarlas, cuando este hombre comenzó repentinamente el ataque con tal intrepidez, que al principio me dejó confuso. Por fortuna advertí que decia en hebreo el primer salmo de David, que yo sabia de memoria. Le dejé decir el primer verso, y yo respondí con uno de mis diálogos árabes. Continuamos, él con el segundo verso, y yo con la letanía de mi diálogo. La conversacion se hizo mas viva : hablábamos los dos á un tiempo, y con la misma rapidez. Yo le aguardaba al fin del último verso, y él calló en efecto ; pero para asegu-

rarme el honor de la victoria, añadí todavía otras dos frases, y dije á aquellos señores, que aquel hombre merecia por sus conocimientos y desgracias el que se interesase por él su caridad. Por su parte él les dijo en un mal chapurrado, que habiendo viajado por España, Portugal, Alemania, Italia y Turquía, jamas habia hallado un hombre mas hábil que el joven abate. Yo tenia entonces veinte y un años.

Esta aventura metió mucho ruido en Marsella: entre tanto cuidé yo de prevenir el escándalo, refiriendo fielmente el hecho á mis amigos; pero no se me dió crédito, y se tuvo por cosa milagrosa.

Concluí el tiempo de mi seminario, y aunque penetrado de los sentimientos de la religion, y acaso por lo mismo, no tuve la menor idea de entrar en el ministerio eclesiástico. Hubiera podido mi Obispo sacar algun partido de mi aficion al trabajo, con uno de aquellos beneficios simples pequeños que él daba; pero sabia que yo habia leido á S. Pablo, y á los Padres Jansenistas de la primitiva Iglesia, como S. Agustin y S. Próspero. Sabia tambien que yo visitaba muy poco á dos jesuitas que estaban á su lado, y le hacian pensar y querer, el uno el P. Fabre, que apenas sabia leer, pero sí divertirle con cuentos alegres; y el otro

el P. Maire, que le tenia en accion contra los Obispos jansenistas, contra los parlamentos, contra los enemigos de los Jesuitas, y por consiguiente de la Iglesia. Reunia en sí este todos los mayores empleos. Era teólogo del Obispo, intendente y mayordomo del palacio, primer vicario general y administrador del obispado. Su antesala siempre llena de curas y de vicarios, parecia á la de un ministro de Estado ó de un intendente general de policía. Por otra parte era seco, imperioso, insolentísimo, y no teniendo mas que una ligera tintura de ciencia, se creia el hombre mas habil del mundo. Yo le encontré algunas veces por casualidad; y un dia que estaba mas accesible, me dijo que las academias perderian la religion. Nunca se me ha borrado de la memoria esta expresion.

Al abrigo del P. Maire, y de todo accidente funesto, dueño de mi tiempo y de mis acciones, sin mas deseos que los que podia satisfacer, pasaba mis dias tranquilos en goces que no me dejaban ningun remordimiento.

Pasaba una parte del año en Aubagne, en el seno de una familia que yo adoraba, en una pequeña sociedad de personas amabilísimas, y ya estuviésemos en la ciudad, ó ya en las casas de campo, nos divertia-

mos en lecturas y conciertos. Algunas veces iba á Marsella á visitar á algunos miembros de la academia, con los cuales tenia relaciones. De este número era M. el abate Tournier, canónigo de S. Victor, tan distinguido por sus virtudes, como por sus conocimientos en la historia de la edad media. Habia suministrado muchas notas instructivas á los autores de la *Gallia cristiana*, y para el suplemento que el abate Carpentier hizo al Diccionario de Ducange. Tal era tambien M. Cari, que se habia dedicado con fruto al estudio de los monumentos antiguos. Tenia un hermoso gabinete numismático, y una preciosa coleccion de libros conformes á su gusto; y á él le debemos entre otras obras la historia en medallas de los reyes de Tracia y del Bósforo. Sus conocimientos en todas materias, dirigidos por un espíritu excelente, y adornados con modales dulces, hacian su trato tan agradable como instructivo. Yo le queria mucho; y cuando su memoria me recuerda otras muchas pérdidas mas sensibles todavía, no veo en la vida mas que una carrera cubierta por todos lados de espinas, que nos desgarran sucesivamente nuestros vestidos, y nos dejan por fin desnudos, y cubiertos de heridas.

Algunas veces despues de haber pasado un dia en-

tero con mi amigo, tratando de varios asuntos de literatura, me iba por la noche á los Mínimos, donde el P. Sigaloux, corresponsal de la academia de las ciencias, hacia observaciones astronómicas, á las cuales se dignaba asociarme; porque, ya que hago aquí mi confesion general, debo contar entre los descarríos de mi juventud el tiempo que perdí en el estudio de las matemáticas, y en especial de la astronomía. Tambien me acuso de haber hecho entonces muchos versos detestables, aunque conocia los buenos modelos; y muchas disertaciones críticas, á pesar de no tener los libros necesarios. En fin, en no sé qué año, las religiosas de Aubagne me propusieron por el carnaval, el que les predicase los domingos de cuaresma, y acepté. No tenia ni sermones, ni sermonarios, ni aun la biblioteca de predicadores. Comenzaba un sermon el lunes, y le predicaba al domingo siguiente. Al año inmediato hubo nuevo empeño, nuevos sermones, y tan poca precaucion; pero de tal suerte agotó mis fuerzas esta segunda tentativa, que no pude acabarla.

Despues de haber andado vagueando, pasando mucho tiempo de una materia en otra, reflexioné sobre mi situacion. Me hallaba sin destino: llegaba ya á veinte y nueve años: la familia de mi hermano se au-

mentaba, y podia llegar á serle gravoso algun dia. Todos me aconsejaban que me fuese á Paris; ¿y qué podria yo hacer allí, yo tan incapaz de intrigas como desnudo de ambicion, sin talento decidido, y sin conocimientos profundos? Yo estaba como un viagero que trae muchas monedas pequeñas de los paises que ha andado; pero ningun oro. No sé qué motivo triunfó de estas poderosas razones. Partí en fin, y pasé por Aix, donde fuí á ver á M. de Bausset, canónigo de la catedral, natural de Aubagne, donde estaba establecida su familia. Yo le conocia mucho; y me dijo que estaba propuesto para el primer obispado que vacase: que habia puesto en mí los ojos para partir conmigo los trabajos y los honores en clase de provisor, de vicario general, etc., y que luego que fuese nombrado iria á Paris, de donde me traeria. Me preguntó si me acomodaba el plan. Estaba yo lleno de alegría, y se lo prometí todo, bien persuadido á que la fortuna nunca me ofreceria una colocacion ni mas agradable ni mas ventajosa. Ya tenia una colocacion, y la debia á un hombre, que juntaba al caracter mas amable todas las virtudes, y sobre todo una bondad extremada, que es la primera de todas.

Libre con esto de un peso insoportable, llegué á Pa-

ris por el mes de junio de 1744. Llevaba muchas cartas de recomendacion. Presenté una á M. de Boze, guardamedallas del rey, de la academia francesa, y antiguo secretario perpetuo de la academia de inscripciones y bellas letras. Aunque naturalmente frío, me recibió con mucha urbanidad, y me convidó á su mesa en los martes y miércoles. El martes estaba destinado para muchos de sus compañeros de la academia de bellas letras: el miércoles á M. Reaumur y algunos de sus amigos. Aquí fué donde ademas de Reaumur conocí á M. el conde de Cailus, á M. el abate Sallier, bibliotecario mayor del rey, á los abates Gedoin, de la Bleterie, de Resnel: á MM. de Toncemagne, Duclos, Luis Racine, hijo del grande Racine, etc. No puedo explicar la turbacion que se apoderó de mí la vez primera que me ví entre ellos. Sus palabras, sus gestos... todo lo notaba. Estaba admirado de ver que comprendia todo lo que decian. Ellos debieron estarlo mucho mas de mi turbacion cuando me hablaban.

Tal era en mi juventud este profundo respeto mio á los literatos, que conservaba los nombres hasta de los que enviaban enigmas al Mercurio. De esto resultaba contra mí un inconveniente considerable; y es que yo admiraba, y no formaba juicio. En muchísimo tiempo

no he leido libro alguno sin confesar interiormente mi incapacidad de hacer otro tanto. En mis últimos años he sido mas atrevido con respecto á las obras de crítica y antigüedad; porque mis largos trabajos me habian adquirido derechos á mi propia confianza.

Cuando ya estuve algo familiarizado con algunos miembros de las academias; extendí mis conexiones. Ví las singularidades de Paris: frecuenté las bibliotecas públicas: pensaba en M. el abate de Bausset: buscaba en la gaceta el anuncio de algun obispado vacante; pero luego le veia provisto en otro distinto.

Al cabo de un año con corta diferencia, M. de Boze, á quien yo visitaba frecuentemente, y el cual sin designio, al parecer, me habia preguntado mas de una vez sobre mis proyectos, me habló de los suyos con aquella indiferencia que afectaba aun hácia las cosas que deseaba con mas ahinco. El gabinete de medallas exigia un trabajo á que no le permitia su edad entregarse. Desde luego contó con asociarse á M. el baron de la Batie, sapientísimo anticuario de la academia de las bellas letras. Acababa de perderle, y vacilaba sobre la eleccion de un asociado, porque este depósito, decia, no puede confiarse mas que á manos puras, y pide tanta probidad como conocimientos. Me hizo

vislumbrar la posibilidad de esta asociacion, y le manifesté la satisfaccion que seria para mi trabajar bajo su direccion. Como yo conocia su extremada discrecion, como tambien sus conexiones con M. Bignon, bibliotecario, y M. Maurepas, ministro del departamento, creí que se terminaria este asunto en ocho dias; pero era tan pausado y tan circunspecto, que no se verificó hasta muchos meses despues. La confianza que hizo de mí interesó tiernamente mi corazon, y procuré corresponder á ella en los siete años que viví con él en la intimidad mas estrecha; y despues de su muerte suministré las noticias mas propias para honrar su memoria á M. de Bougainville, que formó su elogio histórico, como secretario perpetuo de la academia de bellas letras.

Las que añado aquí no la afearán ciertamente, y son una consecuencia natural de las relaciones que tuve con él. Reinaban en su persona el orden y el aseo; y se notaban en sus muebles, y en un excelente gabinete de libros, casi todos encuadernados en tafilete, y perfectamente nivelados en sus estantes. Cartones hermosos colocados en ricos armarios contenian sus papeles ordenados por clases, copiados por un secretario que escribia perfectamente, y que no debia per-

mitir que se le escapase la menor falta. Ponia en su semblante y en sus palabras una dignidad, un peso, que parecia realzar sus menores acciones, y en sus trabajos una importancia, que nunca le permitia despreciar las precauciones mas leves que pueden asegurar el buen éxito. Voy á citar un ejemplo. Aunque dejó la secretaría de la academia, continuó componiendo las medallas, inscripciones y divisas pedidas por los ministros, ciudades y cuerpos. Tenia para esta clase de trabajo un talento particular, y una paciencia que lo era mas todavía. ¿Se trataba de una medalla? Despues de meditar mucho tiempo sobre el asunto, y fijádose en una idea, la enviaba á su secretario, quien le traia una copia trazada. Volvia á trabajar sobre ella, y á cada mudanza habia una nueva copia del secretario. Determinado una vez el plan, llamaba á Bouchardon, dibujante de la academia. Despues de tratar largamente sobre la disposicion de las figuras, y sobre todos los accesorios del tipo, trabajaba el artista un primer borron, que algunas veces necesitaba un segundo. Concluido en fin el diseño, se le enviaba á su destino con una memoria, en que se explicaba el espíritu del monumento; y esta memoria iba acompañada de una carta, en la cual el ojo mas lince no podria descubrir

la menor irregularidad en las letras, en la puntuacion, ni aun en los dobleces de la cubierta. Aprobado por el rey el proyecto de la medalla, se enviaba al grabador, y M. de Boze velaba todavía sobre la ejecucion.

Aquí me acuerdo ahora de la dolorosa impaciencia que me causaban tantas menudencias; mas yo experimenté otra mas fuerte todavía, cuando despues de su muerte, vuelta á la academia la composicion de medallas, de lo que siempre habia estado zelosa, ví á los comisarios nombrados para presentarla algun proyecto de una medalla, ó de una inscripcion, estar perezosos para ir á la junta, contentarse con la primera idea, y darse prisa á salir: cuando presentado á la academia el proyecto de los comisarios, vi sesiones enteras perdidas en discutir y disputar sin resolver nada: cuando yo ví que se velaba tan poco sobre los artistas, que tratándose de la medalla que representa la estatua de Luis XV, viendo el grabador que las letras de la inscripcion de la base quedaban pequeñas, y no se podian leer sin lente, grabó las primeras letras que se le vinieron á la cabeza, de modo que es imposible entenderlo.

Me levantaba á las cinco á trabajar: á las nueve

iba á casa de M. de Boze, y trabajaba hasta las dos, y cuando no comia allí, me volvia á casa, y continuaba mi estudio hasta las siete ó las ocho. Lo que mas me costó fué sujetarme á su laboriosa exactitud. Cuando salia de su gabinete á las dos para volver á las cuatro, dejaba yo sobre la mesa muchos tomos abiertos, porque tenia luego que volver á consultar con ellos. Desde el primer dia noté que M. de Boze los habia puesto por sí mismo en los estantes. Cuando le presentaba un tanteo de mi trabajo, era excusado advertir que le habia hecho precipitadamente; porque, ¿cómo podria yo evitar la severidad de un censor que ponia los puntos sobre la *i*, yo que muchas veces no ponia la *i* bajo los puntos? Se impacientaba por una palabra puesta fuera de su lugar, y se enfurecia por una expresion atrevida. Todo esto pasaba con bastante dulzura, algunas veces con un poco de mal humor por su parte, y por la mia con una docilidad extremada; porque conocia y conozco ahora cuan necesaria me era su crítica.

Sus enfermedades habituales no le habian permitido acabar el arreglo de las medallas del rey, trasladadas poco antes de Versalles á Paris. Hallé las medallas antiguas en sus armarios: las modernas, como tambien las

monedas y los vaciados, estaban todavia en sus cajas. Las saqué, y puse en los catálogos despues de haberlas verificado. Saqué tambien de sus cajas las medallas del mariscal de Estrées, adquiridas por el rey algunos años antes, y que formaban tres séries: una la de los medallones de los emperadores en bronce: la segunda de los reyes griegos; y la tercera de las ciudades griegas. Era necesario insertarlas en las del rey; por consiguiente comparar y describir con cuidado las medallas que se conservaban, y hacerlas inscribir en un suplemento con indicaciones que remitiesen al catálogo antiguo. Estas operaciones, que duraron muchos años, se hacian bajo la inspeccion de M. de Boze, y yo iba haciendo mia toda su experiencia.

Advierto aquí, que entre los medallones del mariscal de Estrées, se hallaban algunos que eran dudosos, y otros manifiestamente falsos; pero como ya estaban publicados, M. de Boze fué de parecer de que se conservasen, y de insertarlos en el catálogo, porque el guarda debia estar en disposicion de manifestarlos á los que gustasen verificarlos. Por el mismo motivo han quedado en las demas series algunas medallas inciertas. Si en algun tiempo se diese al público el gabinete, se cuidará de limpiarlas de esta mala compañía.

Por el mismo tiempo M. de Boze hizo adquirir la hermosa serie de medallas imperiales en gran bronce, que desde el gabinete del abate Rothelin, habian pasado al de M. de Beauvau. Este fué un nuevo trabajo. En fin, yo hice un primer arreglo para el gabinete de las antigüedades, puestas en un desvan que estaba sobre el de las medallas. Eran estas antigüedades una cantidad enorme de figuras pequeñas, de lámparas, vasos, broches y utensilios. Todo estaba amontonado en medio del piso, y yo adorné con esto los estantes y las paredes.

Apenas habia empezado esta continuacion de operaciones, cuando me ví casi á punto de abandonarlas. He dicho que antes de dejar la Provenza habia contraido empeños con M. el abate de Bausset. Habia quedado en blanco en muchos nombramientos; pero al fin del año de 1745 se le confirió el obispado de Beziers. Hízomelo saber por una carta, y me recordó mi promesa: volviéndomela á recordar mas particularmente cuando llegó á Paris. Creí que en esta circunstancia, el único medio que podia emplear para dispensarme de cumplirla, era hacerle árbitro de mi suerte. En efecto, conoció que arrastrado por la pasion imperiosa de las letras, me seria imposible entregarme

con fruto, y sin una extrema repugnancia, á estudios de otra clase; y no queriendo exigir de mí un sacrificio tan penoso, me dejó libre, y me conservó su amistad.

Desembarazado de este empeño, contraje inmediatamente con entusiasmo, otro que me ligaba irrevocablemente al objeto de mi pasion, M. Bunete, de la academia de bellas letras, murió en el mes de mayo de 1747, y se me nombró para su plaza. Debia yo tener un contrincante temible en M. Le Beau, pero tuvo á bien no presentarse en esta ocasion, y habiendo vacado luego otra plaza, fué nombrado por todos los votos. Sin embargo yo tenia su conducta muy en el corazon. M. de Bougainville, mi amigo íntimo, secretario perpetuo de la academia, queria hacer dimision de su plaza por razon de sus enfermedades, y me propuso al ministro por su sucesor, el cual quiso agraciarme; pero yo no admití, y empeñé á los dos para que nombrasen á M. LeBeau, quien algunos años despues halló la ocasion de vengarse. « Voy á dejar la « secretaría, me dijo, yo os la debí, y yo os la vuelvo. « — Pues yo la cedo á otro, respondí; pero á nadie « cedo el placer de confesar que es imposible venceros « en buenos procederes. »

Seguia yo trabajando con M. de Boze, cuando en 1753 fué atacado de una perlesía, que á pocos meses le quitó la vida. Hacia tiempo que la opinion pública me señalaba para sucederle: nadie imaginaba que yo debiese tener contrincante para una plaza, que en cierto modo habia ganado con diez años de trabajo y asistencia. Sin embargo, en la misma mañana de su muerte tuvo valor para solicitarla un compañero mio de academia, cuyo nombre nunca he querido saber. Se dirigió á M. el marques de Argenson, hermano del ministro, el cual, en un movimiento primero de indignacion, me lo advirtió, y previno á su hermano. Como el pretendiente buscase otros empeños, se alarmaron mis amigos. M. de Malesherbes, que entonces era director de la biblioteca, fué el primero que se opuso con todo el celo de la amistad á la injusticia que se me queria hacer. Le ayudó poderosamente el marques (despues duque) de Gontaut; y el conde de Stainville, despues duque de Choiseul, al cual yo no conocia entonces, movidos ambos por M. de Bombarde, y M. el conde de Cailus, nuestros comunes amigos. Salieron tan bien sus diligencias, que anunciada al rey en el despacho por M. el conde de Argenson la muerte de M. de Boze, el rey le previno, y

por sí mismo me nombró para reemplazarle. M. de Argenson respondió, que aquel era precisamente el sugeto que iba á proponer á S. M. El ministro me lo refirió á la mañana siguiente, y me pareció resentido de que hubiésemos dudado de sus intenciones. Sin embargo, siempre me ha tratado bien.

M. de Stainville fué destinado el año siguiente para embajador de Roma. Recuerdo con sumo placer esta época, porque fué la de mi fortuna, y, lo que es mas todavía, la de mi felicidad. No habia tenido ocasion de darle gracias por el interes que me habia manifestado sin conocerme, y se presentó naturalmente. Acababa de elegir para secretario de embajada á M. Boyer, mi amigo, quien me llevó á su casa. El recibimiento que me hizo, me infundió repentinamente confianza y adhesion. Me preguntó si para el objeto de mis tareas, me convendria hacer un viage á Italia: en vista de mi respuesta habló inmediatamente á M. de Argenson; y dos dias despues vino M. Boyer de su parte á decirme, que estaba decidido mi viage. Al momento fuí á casa del embajador á darle gracias, y llegó á lo sumo mi asombro cuando me dijo, que me llevaria consigo, que en Roma viviria en su casa, que tendria un coche á mi disposicion, y que me facilitaria medios para re-

correr el resto de Italia. Entonces no me habia aun ilustrado la filosofía sobre la dignidad del hombre, y me confundí en hacimientos de gracias, como si un protector no llegase á ser el protegido de aquel que se digna aceptar sus beneficios.

Algunos asuntos relativos al gabinete me obligaron á retardar mi partida, y me impidieron acompañar al embajador; pero fuí indemnizado de este gusto por la amistad. M. el presidente de Cotte, director de la moneda y de las medallas, con quien tenia yo estrechas relaciones, resolvió aprovecharse de esta ocasion para satisfacer el deseo que tenia mucho tiempo antes de ver la Italia. Agradóme mucho esta ocasion. Ademas de los conocimientos y otras ventajas que sacaba de una compañía tan dulce: no hubiera yo podido sin su socorro salir del embarazo de tan largo viage. Se lo avisé luego á M. el embajador, quien me encargó le convidase con su casa; y salimos en agosto de 1755, y llegamos á Roma en 1º de noviembre.

M. de Stainville habia adquirido ya allí la reputacion que adquirió despues en toda la Europa. No la debia á la magnificencia que brillaba en su casa, y que anunciaba desde luego el ministro de la primera potencia: la debia únicamente á la superioridad de sus

talentos, á aquella nobleza que brillaba en todas sus acciones, á aquella magia que le sometia cuantos corazones queria ganarse, y á aquella firmeza que mantenia en el respeto á aquellos que él se desdeñaba sujetar. Habia seducido á Benedicto XIV con los encantos irresistibles de su espíritu, y á las mejores cabezas del sacro Colegio con su franqueza en las negociaciones. Logrando la Encíclica, que estremeció fuertemente á la constitucion *Unigenitus*, se atrajo el odio de los Jesuitas, quienes jamas le perdonaron el haberles quitado de las manos este ramo de persecucion.

Madama de Stainville, que apenas tenia diez y ocho años, gozaba de aquella profunda veneracion, que por lo comun no se tributa sino á un largo ejercicio de virtudes. Cuanto habia en ella inspiraba interes: su edad, su figura, su delicada salud, la vivacidad que animaba sus palabras y acciones, el deseo de agradar, que le era muy facil satisfacer, y cuyo éxito atribuia ella á un esposo, digno objeto de su ternura y de su culto: aquella extremada sensibilidad, que la hacia feliz ó infelíz al ver la felicidad ó infelicidad del prójimo; en fin, aquella pureza de alma que no la permitia ni aun sospechar el mal. Sorprendia al mismo tiempo ver tantos conocimientos con tanta sencillez. Reflexionaba

ya en una edad, en que apenas se empieza á pensar. Habia leido con tanta utilidad como placer los autores nuestros, que se han distinguido por su profundidad y su elegancia. Mi amor á las letras me ganó su indulgencia y la de su esposo, y desde este momento me consagré á ellos, sin prever las ventajas de semejante sacrificio.

Algunos dias despues de nuestra llegada quiso el embajador presentarnos á Benedicto XIV, á quien tenia prevenido en nuestro favor, y quien nos recibió con mucha bondad. Partimos despues para Nápoles, y estuvimos un mes ocupados en ver las singularidades de esta ciudad y de sus cercanías. Fuimos á ver los mas antiguos monumentos de la arquitectura griega, que se conservan cerca de treinta leguas mas allá de Nápoles, en un lugar donde en otro tiempo se habia edificado la ciudad de Pesto. Las salas del palacio de Pórtici, donde se habian juntado las antigüedades halladas en las ruinas de Herculano y Pompeya, nos atraian muchas veces. Vimos con la mayor satisfaccion aquella coleccion inmensa de pinturas, estatuas, bustos, vasos y utensilios de diversas clases, objetos los mas de ellos particulares por su belleza, ó por los usos en que se les empleaba. Pero vimos con mayor dolor

todavía el vergonzoso abandono en que se dejaban cuatrocientos ó quinientos manuscritos, descubiertos en los subterraneos de Herculano. Dos ó tres eran únicamente los que habian sido desenrollados y explicados por el sabio Marochi: por desgracia no contenian cosa importante, y esto hizo desmayar. Todos me aseguraban que se volvia á este trabajo; pero esta esperanza no se ha verificado. En estos últimos tiempos hablé yo de esto muchas veces al marques de Caraccioli, embajador de Nápoles en Francia: le escribí despues cuando subió al ministerio, y me respondió que estaba determinado á seguir este proyecto, y que para acelerar su ejecucion, era de parecer que, si podia ser, se partiese el trabajo entre diferentes cuerpos, y enviar sucesivamente algunos de aquellos manuscritos á nuestra academia de bellas letras, otros á la sociedad real de Londres, otros á la universidad de Gottinga, etc. Uno ó dos meses despues se anunció su muerte en los papeles públicos.

Habia querido yo presentar á mi vuelta á los sabios que se ocupaban en la paleografía, la mas antigua muestra de los caracteres que se encuentran en los manuscritos griegos. Me dirigí pues á M. Marochi, quien me opuso la expresa prohibicion de comunicar la me-

por cosa. M. Paderno, guarda del depósito de Pórtici, me dió la misma respuesta; y solamente me enseñó la página de un manuscrito que se habia cortado de arriba abajo cuando se descubrió, la cual contenia veinte y ocho líneas. Las leí cinco ó seis veces, y con pretexto de una necesidad, bajé al patio, y las tracé sobre un papel, conservando en cuanto podia la disposicion y forma de las letras. Subí, comparé mentalmente la copia con el original, y hallé el medio de rectificar dos ó tres leves errores que se me habian escapado. Se hablaba en este fragmento de las persecuciones que habian sufrido los filósofos, menos Epicuro. Le envié en seguida á la academia de bellas letras, suplicando no le diese á luz, por no comprometer á Marochi y á Paderno.

Entre tanto M. el marques de Ossun, embajador de Francia en Nápoles, me avisó que el rey, instruido de mi mision, queria verme. Estaba entonces este príncipe en su soberbio palacio de Caserta, que hacia concluir. Fuí presentado á él mientras comia. Me habló con placer de los descubrimientos que se hacian en sus Estados, dió á entender que sentia la ausencia de su guardamedallas, porque yo no podria verlas, mandó que se me enseñasen las soberbias columnas de mar-

mol, acabadas de traer á Caserta, y me hizo poner en la lista de los que habian de recibir sucesivamente los tomos de las antigüedades de Herculano. Se habia confiado el trabajo de explicarlas á monseñor Baiardi, prelado romano, atraido por el rey á sus Estados. Vasto é infatigable compilador, respetable por las calidades de corazon, y por su memoria temible á los que emprendian oirle ó leerle: Baiardi habia cultivado todas las especies de literatura, y trasportado á su cabeza un almacen enorme é informe de conocimientos, que se producian confusamente. Comenzó su obra con un catálogo general de los monumentos conservados en Pórtici, en un tomo en folio; y como no estaban acabadas las láminas que debian representarlos, alcanzó licencia del rey para poner al frente de este gran comentario un prefacio destinado á instruirnos sobre la época de las excavaciones de Herculano, sus resultas y su utilidad; y publicó el principio en siete tomos en 4° sin haber empezado á tratar la materia.

Voy á exponer su método para guiar á los que tengan la tentacion de imitarle. Un intérprete de monumentos debe hacer conocer sus proporciones; ¿pero qué medidas ha de emplear? De aquí una larga correría sobre las medidas de los Asirios, Babilonios,

Persas, Griegos y Romanos. La mayor parte de los monuméntos se sacó de las ruinas de Herculano: este nombre, que es el mismo que el de Heraclea, fué comun á muchas ciudades: es preciso pues hablar de todas ellas: correría en los campos de la geografía antigua. Herculano fué fundada por Hércules; pero hay muchos de este nombre: el tirio, el egipcio, el griego, etc. Se hace preciso seguir sus expediciones, y señalar cual es al que debe su orígen nuestra Herculano: correría en los campos de la mitologia. Se conoce fácilmente que semejantes averiguaciones conducirian al autor al tomo doce; pero por desgracia se le suplicó que se detuviese en tan hermoso camino, y algun tiempo despues volvió á Roma, donde le fuí á visitar. Le pregunté si pondria fin á su prefacio; y me respondió que le habia suspendido, y que para descansar, estaba ocupado en hacer un compendio de la historia universal, que reduciria á doce volúmenes en 12°, y en el cual comenzaria por la solucion de un problema de la mayor importancia para la astronomía y la historia, y era fijar el punto del cielo en que Dios puso al sol en la creacion del mundo. Acababa de descubrirle, y me le señaló en un globo celeste.

Quizá he hablado mucho de monseñor Baiardi;

mas como yo no escribo sino para mí, y á lo mas para algunos amigos, quiero concluir con este hombre, y contarme á mí mismo la primera visita que le hice en Nápoles. Le hallé en una gran sala: un reuma violento le tenia recostado sobre un sofá, cuyo aspecto denotaba sus muchos servicios; y su vestido era tan viejo, que cualquiera hubiera creido que eran despojos de algun antiguo habitante de Herculano. Baiardi estaba entonces trabajando con su secretario. Le supliqué que continuase, y me senté al lado del sofá. Unos frailes de Calabria le habian consultado sobre una heregía que empezaba á difundirse entre ellos. Acababan de saber que un cierto Copernico defendia que la tierra daba vuel as al rededor del sol. ¿Qué seria entonces del pasage de la Escritura, que declara la tierra inmovil, y de Josué que detiene el sol, y despues del testimonio de nuestros sentidos? Por otra parte, ¿cómo podriamos no caer, si por la noche estamos obligados á estar cabeza abajo? El prelado respondia larga y sábiamente á todas estas cuestiones, salvaba el honor de los Libros santos, exponia las leyes de la gravedad, levantaba la voz contra el engaño de nuestros sentidos, y daba fin aconsejando á los frailes á no turbar las ya frias cenizas de Copernico, y á dor-

mir con tanta tranquilidad como hasta allí habian dormido.

Acabada su respuesta, me reiteró sus disculpas; y yo le dije, que habiendo sido enviado por el rey de Francia á buscar las medallas que faltaban en su gabinete, que estaba á mi cuidado, añadia á este deber el de conocer los sabios mas distinguidos. El se quitó su bonete, redobló sus cortesías, tosió largo rato, y me pidió permiso para presentarme la señora Maria Laura, su antigua amiga, cuyas virtudes eran iguales á sus luces y á sus prendas, que sabia el latin, el griego y el hebreo, que dibujaba y pintaba como Apeles, tocaba la lira como Orfeo, y bordaba tan bien como las hijas de Minos. Todavía duraba el panegírico cuando se presentó la señora Maria Laura, que podia tener de sesenta á sesenta y cinco años, y él de sesenta y cinco á setenta.

En el discurso de la conversacion me aseguró que descendia del caballero Bayard, y que él era frances, no solo de nacimiento, sino tambien de inclinacion. Despues se quejó del modo que se observaba en los trabajos de Herculano, de la negligencia de los ministros sobre los manuscritos, y de la envidia levantada contra él por la acogida honrosa que le hacia el

rey. No sé por qué casualidad cité á M. el conde de Cailus. Al punto exclamó: ¡qué! ¿Conoce V. á M. de Cailus? —Es mi amigo. —Oiga V. señora Laura. El tal M. Cailus es uno de los mayores señores de Francia, uno de los mayores sabios del mundo. El es el que preside todas las academias de Paris, quien protege todas las artes, quien lo sabe todo, y escribe sobre todo. Sus obras son la admiracion de toda Europa. Y volviéndose á mí inmediatamente, me dijo en frances: *Qu'a-t-il fait le Cailoue? Je n'ai jamais rien vou de loui.* ¿Qué ha hecho Cailus? Nunca he visto cosa suya; y sin aguardar mi respuesta, tocó la campanilla, é hizo que le trajesen un gran cajon lleno de papeles, que eran la coleccion de sus poesías latinas. Me propuso oir un poco. Con mucho gusto, le dije; pero señor, V. tose mucho. Me respondió que haria cualquier sacrificio por el placer de proporcionarme alguna diversion; y con esta mira escogió una pieza intitulada: *Descripcion anatómica del celebro.* Ademas de que la materia me era muy extraña, los italianos pronuncian el latin de una manera tan distinta de la nuestra, que el encanto de sus versos no se me hacia perceptible. La señora Laura que lo percibió, le cortó el hilo como al verso centésimo, y habiéndole representado que una

materia tan importante debia ser meditada para ser sentida, le propuso que leyese su Fontana de Trevi. Madama tiene razon, me dijo él: V. acaba de venir de Roma, y habrá visto y admirado mas de una vez aquella bella fuente. Cuando se descubrió, se apoderó de mí el *estro poético*, y le derramé á borbotones sobre la pieza siguiente. En vano le repetí, señor V. tose mucho. Fué preciso escucharle. Ve aquí el plan de este pequeño poema.

Corre el poeta á la nueva fuente; percibe desde lejos al gran Neptuno, que hiere con su tridente las rocas amontonadas bajo sus pies, y hace brotar torrentes impetuosos. Acércase al pilon, donde estas aguas reunidas le presentan un espectáculo encantador, y son las Nayades que juguetean en su seno: él mismo se mezcla en los juegos; un poder desconocido, trasformándole repentinamente en una figura celeste, le habia prodigado todos los atractivos que brillaban en sus nuevas compañeras. Fácilmente se conoce que una mano capaz de pintar las fibras imperceptibles del celebro, podia aplicar los mas ricos colores á bellezas mas reales; así que nada habia perdonado para describir con una exactitud escrupulosa las felices mutaciones que él habia experimentado. Se detenia con com-

placencia sobre la ligereza de los movimientos, la exactitud de las proporciones, la redondez de las formas, y la dulzura de las facciones.

Mientras él me presentaba esta pintura degradada por una lectura rápida, y por una pronunciacion extraña á mis oidos, comparaba yo el estado antiguo de esta ninfa de las aguas con su estado actual. Su barbilla encorvada, y poblada de una barba espesa, sus megillas caidas y sembradas de manchas amarillas, sus ojos muy hundidos, sus arrugas cruzadas en todos sentidos sobre su frente; todo esto me causó tal impresion, que acabada la lectura, despues de algunos cumplimientos, dije al autor: á pesar de todo, no puedo disimular que desde vuestra metamórfosis os habeis mudado algo. Madama Laura convino en ello. El se rió, y creyendo por esta mala chanza que me divertia mucho: aguardad un poco, me dijo: me habeis visto de nereida, y ahora me vais á ver de bacante; y sacando de su inagotable cajon un ditirambo de un volumen espantoso, y reuniendo sus fuerzas, entonó el sagrado cántico; pero el calor con que declamaba le causó desde los primeros versos una tos tan violenta, que madama Laura sobresaltada, juntó sus súplicas á las mias, para lograr de él que dejase para

otro dia la continuacion de la lectura. Convino en ello, aunque con sentimiento, y yo escapé precipitadamente, bien resuelto á no volver á fatigar su pecho.

Tengo placer en añadir aquí los nombres de muchas personas sábias, ó de gusto que tuve ocasion de conocer en Italia. Visité muchas veces en Nápoles al canónigo Marochi, al conde de Gazole, al duque de Noya, y al conde de Pianura. Seria difícil reunir mas piedad, modestia y conocimientos, que los que tenia el primero. Trabajaba entonces sobre las inscripciones halladas en Heraclea. Esta obra, monumento de una erudicion profunda, y de un valor invencible, nada dejaria que desear, si no la hubiera recargado con una multitud excesiva de notas, que aunque instructivas, no interesan, porque son inútiles. El conde de Gazole recibia del modo mas lisonjero á los extrangeros ilustrados, atraidos á Nápoles por los nuevos descubrimientos. M. de Noya habia formado una coleccion inmensa de medallas, pertenecientes únicamente á la gran Grecia. M. de Pianura no se ceñia á esta serie sola, su gabinete se extendia á todo género de medallas. Habia tenido la bondad de cederme muchas; y le supliqué que añadiese la de Cornelia Supera, que

acababa de explicar *. y por la cual hacia ver que esta princesa era muger del emperador Emiliano; pero no se atrevió á deshacerse de ella sin el beneplácito del rey. Supliqué á M. de Ossun, que hablase al ministro Tanucci, el cual respondió con una impotencia despótica: « si la medalla de que se trata está duplicada « en el gabinete de M. Piannra, puede disponer de « una de ellas: si es única, no quiere el rey que salga « de sus Estados. »

En Roma tuve conexiones mas ó menos íntimas con el P. Paciaudi, teatino: con el P. Corsini, general de las Escuelas Pias: con los PP. Jacquier y Le Seur, mínimos: con el P. Boscowit, jesuita: con los señores Battari y Assemanni, prefectos de la biblioteca vaticana: con el marques Locatelli, guarda de esta biblioteca: con el abate Venuti: con el caballero Vettori: con los cardenales Passionei, Albani y Spinelli, á quien dediqué mi explicacion del mosaico de Palestrina. En Florencia traté á los señores Stosch y Gori: en Pesaro á M. Passeri y á M. Annibal Olivieri, á quien despues de mi regreso á Francia, escri-

* Carta al Rmo. P. D. Juan Francisco Baldini, general de la congregacion de Clérigos Regulares de Somasca. En Nápoles, año de 1751.

bí una carta sobre algunos monumentos fenicios.

A últimos de enero de 1757 volvió el señor embajador á Paris, y habiendo sido nombrado poco tiempo despues para la embajada de Viena, me escribió para que volviese con madama la embajatriz. A nuestra llegada me manifestó el plan que habia formado para mí con el nuevo ministro M. de Saint-Florentin. Debia yo acompañarlos á Viena; y despues ir á expensas del rey á recorrer la Grecia y las islas del Archipiélago, y volverme por Marsella. Por mas atractivo que tuviese para mí este proyecto, me ví obligado á no admitirle, porque despues de mi larga ausencia, no podia dejar por mas tiempo cerrado el gabinete de medallas.

De tal modo está enlazada mi vida con las de M. y madama de Choiseul, y hàn influido tanto sobre los sucesos de la mia, que me es imposible hablar de mí sin hablar de ellos. No hay pues que espantarse de encontrarlos á cada paso en estas memorias.

A fines de 1758 M. de Stainville, de aquí adelante duque de Choiseul, fué llamado de Viena, y hecho ministro de negocios extrangeros. En el primer momento que le ví, me dijo: que á él y á su muger tocabe ocuparse de mi fortuna, y á mí instruirles de mis

designios. No esperaba yo tanta fineza; y obligado á explicarme, respondí que una pension de seis mil libras sobre algun beneficio, junta con la renta de mi plaza de guardamedallas, me bastaria para mantener dos sobrinos que tenia en el colegio, y otro que iba á traer inmediatamente. Luego me avergoncé de mi indiscrecion: él se sonrió, y me animó.

Protesto aquí, que esta es la única gracia que pedí á M. y madama de Choiseul. Confieso al mismo tiempo que no tenia necesidad de solicitud para con ellos; y si se quisiese saber de donde me vino la renta demasiado grande que yo junté, siendo un literato, responderé: de la estrecha obligacion que ellos se imponian de contribuir á la felicidad de los demas: de aquella profunda sensibilidad, que jamás les permitia olvidar las atenciones que se tenia con ellos: de aquel caracter noble y generoso, que les persuadia á que en tratándose de afecto, nada hace quien no hace cuanto puede. Sin embargo, como tan buenas disposiciones son casi siempre peligrosas en los depositarios del poder, cuando no tienen el cuidado de velar sobre ellas, debo advertir, fundado en innumerables ejemplos, que M. y madama de Choiseul nunca consentirian en hacer la menor injusticia por servir á sus amigos. Ja-

mas les he podido pagar lo que les debo. El único recurso que me queda el dia de hoy, es perpetuar en mi familia la memoria de sus beneficios.

En 1759 M. de Choiseul logró el arzobispado de Albi para su hermano el obispo de Evreux, y me hizo conceder una pension de cuatro mil libras sobre este beneficio.

En 1760 apareció una parodia sangrienta de una escena de Cinna, contra M. el duque de Aumont y M. de Argental. Los parientes y amigos del primero sublevaron toda la corte contra M. Marmontel, sospechoso de ser autor de esta sátira, porque habia tenido la imprudencia de leerla en una comida. En consecuencia se hicieron esfuerzos para quitarle el privilegio del *Mercurio*, cuyas suscripciones habia aumentado considerablemente. Para perjudicarle con mas seguridad, se representó á madama de Choiseul, que el *Mercurio* producia en limpio veinte mil libras: que solo exigia una ligera inspeccion de parte del autor, porque este trabajo le hacian los comisionados; y que procurándome este periódico, quedaba ella libre en lo sucesivo de solicitar en mi favor al obispo de Orleans, quien por fin se habia determinado á reservar los beneficios y abadías de algun valor exclusiva-

mente para la nobleza. Madama de Choiseul comunicó este proyecto á madama de Gramont, y á M. de Gontaut; y los tres hablaron á madama de Pompadour, declarando expresamente, que de ninguna manera pretendian influir en el juicio de M. Marmontel. M. el duque de Choiseul no quiso tomar parte en este asunto.

Yo no conocia á M. Marmontel mas que por haberle visto dos ó tres veces en casa de madama du Boccage; pero tenia una extrema repugnancia en aprovecharme de los despojos de un hombre de mérito. Así me habia explicado mas de una vez con madama de Choiseul, ya de viva voz, ya por escrito; mas persuadida por todos los que la visitaban á que M. Marmontel era reo, y que no podia conservar el *Mercurio*, no podia concebir los motivos de mi resistencia. Supliqué á M. de Gontaut que los declarase á madama de Pompadour, la cual los aprobó tanto mas bien, cuanto ella no queria perder á M. Marmontel.

Me hallaba yo entonces en una situacion bien penosa. Me enternecia el vivo interes que tomaba por mí públicamente madama de Choiseul; y por una resistencia obstinada me aventuraba á condenar sus pasos, y á hacerles mirar como un despotismo de beneficen-

cia : por otra parte, si la corte estaba contra Marmontel, Paris estaba por él; y todos los literatos, movidos por el espíritu de corporacion, juraron un odio eterno al que se atreviese á reemplazarle.

Calmaron al parecer los espíritus por algunos dias, y yo me creia fuera de peligro, cuando repentinamente salió M. de Aumont con una carta que acababa de escribirle M. Marmontel, para exhortarle á que terminase este asunto. Esta carta produjo un mal efecto, y reanimó las diligencias de M. de Aumont y de sus partidarios. Entonces se decidió que se me daria el privilegio del *Mercurio*, y que si me negaba á admitirle, se concederia á M. de la Place. En esta ocasion cometí yo una falta esencial : pensé que si caia en manos de este último, no volveria á salir de ellas, y que si yo le aceptaba se me permitiria volverle á M. Marmontel, despues que se hubiesen disipado las preocupaciones. Escribí á madama de Choiseul, y la expuse las razones que me determinaban últimamente á encargarme de este periódico. Expidióseme el privilegio, y me abrió los ojos; previendo la serie de quejas, enredos y peligros á que me habia expuesto, me estremecí del error de mis buenas intenciones. Por fortuna recibí con el privilegio una carta de M. de Choiseul, que

calmó algun tanto mis inquietudes. En la misma tarde vino á Paris. Le visité; y me aconsejó que fuese luego á casa de M. de Aumont, le presentase el privilegio del *Mercurio*, y le suplicase con instancia que le devolviese á M. Marmontel, representándole que no podia vengarse de una manera mas noble y mas digna de él Corrí á casa de M. de Aumont, le conjuré, le insté : ¡ tenia tanto interes en persuadirle.... ! mas yo trataba con un hombre obstinado, como todos los espíritus pequeños, é implacable, como todos los corazones groseros : creí en un momento que iba á rendirse, porque le ví vacilar; mas se paró de repente diciéndome, que no estaba en su mano, y que tenia que mirar los respetos de su familia.

Volví lleno de tristeza á dar cuenta de mi mision á M. de Choiseul, quien en el mismo dia me llevó á Versalles. Luego que llegamos remitió el privilegio á M. de Saint-Florentin, y reservó para mí sobre este periódico una pension de cinco mil libras, que me pareció excesiva. Recayó el *Mercurio* en M. de la Place; y luego se disminuyeron las suscripciones hasta un punto, que sobresaltó vivamente á los pensionados. Para no aumentar estos sobresaltos, permití á M. Lutton, encargado del gasto y recibo, que sacase

de mi pension las gratificaciones concedidas á los autores que contribuian con piezas para el *Mercurio*; y en fin, algunos años despues fuí bastante feliz para poder renunciar enteramente esta pension. Hasta despues no he sabido que la parodia era de M. de Curi, y que M. Marmontel habia querido mas bien sacrificar su fortuna, que descubrir á su amigo.

Vacaron sucesivamente muchas plazas en la academia francesa: los filósofos se declaraban siempre, y con razon, en favor de M. Marmontel: el partido de oposicion lograba alejarle siempre. En una ocasion en que sus esperanzas parecia que estaban mas bien fundadas, M. de Argental, que representaba un papel tan ridículo en la parodia de Cinna, intrigó mas vivamente con los académicos, que eran amigos mios. Estos me instaron de nuevo á que me presentase, y yo deseché de nuevo la propuesta. Hice mas. Logré de M. de Gontaut, que en casa de madama de Pompadour representase á los que querian oponerse á la admision de M. Marmontel, cuan cruel cosa era perseguir con tanto encarnizamiento á un hombre de mérito, despues de haberle arruinado. Algunos filósofos no me perdonaron jamas la aceptacion momentanea del privilegio del *Mercurio*, y menos la proteccion de

M. y madama de Choiseul. En una coleccion de cartas que M. de Alembert escribió desde Berlin á madamisela de Espinasse, he visto cuan injusto le habia hecho esta preocupacion. Probablemente se le habia escrito, que yo trataba de disputar á M. Marmontel una plaza vacante en la academia, lo cual era enteramente falso. Responde que un solo Marmontel vale por mil Barthelemys. Estoy bien convencido de que M. Marmontel tiene mas mérito que yo; pero no pienso que tenga mil veces mas, y no me parece justo el cálculo del geómetra.

Digamos una palabra mas sobre la academia francesa. Despues que M. Marmontel fué recibido en ella, M. de Toncemagne y sus amigos, que eran muchos, intentaron mas de una vez hacerme recibir. Me retuvieron muchos motivos. Habia yo sido objeto de las conversaciones del público durante el desgraciado asunto del *Mercurio*: no era tan zeloso de los honores literarios, que quisiese comprarlos á costa de los embrollos de una eleccion borrascosa: tenia demasiada vanidad para desear entrar en un cuerpo donde la opinion pública me colocaria en las últimas lineas. Dos potencias filosóficas, Duclos y De Alembert, habian declarado guerra á la corte, y sobre todo á M. de

Choiseul, que hacia mucho caso de sus talentos, y poquísimo de sus principios : á cada sesion salian contra él con nuevos manifiestos. ¿ Cómo hubiera podido yo sufrir tranquilamente estas escenas de furor, cuando los académicos, que no tenian conexion ninguna con este ministro, se indignaban ? Duró esta guerra hasta el momento en que la elevacion de madama Dubarri amenazó á la Francia con el favor de M. de Aiguillon. Duclos y De Alembert protegian á M. La Chalotais, perseguido por M. de Aiguillon, y sostenido, segun se decia, por M. de Choiseul. Desde este momento desaparecieron los crímenes de este último : se resolvió concederle la paz con un tratado de alianza ; y se le hizo ofrecer por el baron de Bretevil la primera plaza vacante en la academia, dispensándole las visitas de uso. M. de Choiseul, que nunca habia sabido sus disposiciones, ya hostiles, ya pacíficas, se mostró sensible á esta atencion, y á no ser por el destierro que sobrevino repentinamente, hubiera oido su elogio en aquella sala misma en que tantas veces habian resonado injurias contra él.

Presumo que su amnistía se hubiera extendido á mí; pues que por el mismo tiempo, habiendo M. de Alembert manifestado á M. Gatti, nuestro comun ami-

go, su sorpresa de que yo no me presentase á ser admitido en la academia, añadió con una especie de despecho: sobre todo, yo no juzgo que haya en el mundo un hombre, que no se lisonjee de verse puesto en la lista donde se hallan los nombres de Voltaire, de Buffon: y me atrevo á decirlo tambien, el de De Alembert. Luego diré los motivos que me decidieron en adelante á presentarme. Voy ahora á volver á tomar el curso de mi fortuna, que no me era preciosa sino porque la debia á la amistad, y me hacia gustar del vivo placer de hacer algun bien. Un dia que madama de Choiseul hablaba á su marido de mi adhesion á ellos, respondió él sonriéndose con este verso de Corneille:

> *Je l'ai comblé de biens, je veux l'en accabler.*
> De bienes le colmé, y quiero agobiarle.

En 1765 vacó la tesorería de S. Martin de Tours: era esta la segunda dignidad del cabildo, y era de nombramiento real. M. y madama de Choiseul la pidieron para mí. Yo me aproveché de esta ocasion para renunciar dos mil libras de la pension que tenia sobre el *Mercurio*, de las cuales se dieron mil, por empeño mio, á M. Marin, y mil á M. de la Place, para ayuda

de pagar las demas pensiones que habia sobre el *Mercurio*.

Siendo M. el duque du Maine, coronel general de los Suizos, habia creado para M. Malezieux, á quien queria mucho, la plaza de secretario general, asignándola derechos que le pertenecian á él, y de los cuales se desprendió. M. de Choiseul habia dado ya una vez esta plaza á M. Dubois, primer comisario de guerra, con la reserva de una pension de seis mil libras para madama de Saint-Chamant, nieta de M. Malezieux. Muerto M. Dubois en últimos de enero de 1768, M, de Choiseul me dió la plaza; y los literatos, sin otro derecho que el de la envidia, levantaron el grito. Los dos principales, Duclos y De Alembert, fueron á casa de M. de Malesherbes, y le hablaron de ello con acrimonia, y aun con furor. No pudo calmarlos un poco, sino con decirles, que con este ejemplo podria aquella plaza llegar á ser patrimonio de los literatos. No repetiré bastante, que perteneciendo al principio las rentas del secretario general al coronel general, podia disponer de ellas á su arbitrio; y añado al mismo tiempo, que algunos dias despues de mi nombramiento, abandoné las otras tres mil libras que me habia reservado sobre el *Mercurio*, de las cuales

hice pasar mil á M. de Guignes, mil á M. Chabanon, los dos compañeros mios de academia, y mil á M. de la Place, autor del *Mercurio*. Confieso que en esta ocasion De Alembert y los demas filósofos, dieron á este sacrificio mucho mayor precio que yo mismo le daba.

M. de Aiguillon logró en 1771 quitar los Suizos á M. de Choiseul, que estaba en Chanteloup: yo estaba con él. Envió su dimision, y yo quise acompañar con ella la mia. Me aconsejó que fuera á Paris, y que no la dejase sin alguna indemnizacion. Si la plaza de coronel general pasaba á algun gran señor, yo estaba determinado á entregarle sobre la marcha mi título, y volverme al punto á Chanteloup; pero fué conferido á M. el conde de Artois; y me pareció poco respetosa la conducta proyectada. Visité el dia siguiente á mi llegada á Madama de Brione, que me honró con sus bondades. Estaba en su casa el mariscal de Castries, y marchaba á Versalles. Ella le pidió que emplease sus buenos oficios para que se me continuase en la plaza. Yo supliqué al uno y á la otra con un calor, que les movió á ternura, que hiciesen quitármela cuanto antes, porque habiendo contraido un empeño con M. de Choiseul, con nadie podria contraer otro. Marché luego á Versalles: presenté mi título á M. el conde de

Affri, encargado bajo las órdenes del conde de Artois, de los pormenores de los regimientos Suizos. No le admitió, y al mismo tiempo me enseñó una carta de M. de Choiseul, en la cual le suplicaba mirase por mis intereses. La indignacion que causó en la corte la nueva persecucion movida contra M. de Choiseul por MM. de Aiguillon y de la Vauguyon, se habia convertido en benevolencia hácia mí: todos murmuraban, y me animaban á defender mis derechos. El joven conde de Artois se habia quejado al rey de que se le forzase á dar principio al ejercicio de su nuevo empleo por una injusticia tan notoria; y el rey le habia respondido que se me daria un sueldo con que quedaria yo satisfecho. Entre tanto MM. de Montaynard, de la Vauguyon y de Aiguillon instaban á M. de Affri para que presentase al rey este asunto. Yo le instaba todavía con mas calor; pero él siempre lo dilataba. En este intervalo dos ó tres cortesanos del segundo ó tercer orden, me preguntaron en secreto, si podrian pretender mi plaza sin desagradar á M. y madama de Choiseul. Otro hombre vino á advertirme, que si yo prometia no volver á Chanteloup, se me podria tratar con mas miramiento. No quise indagar quien era el autor primero de este aviso; pero el que me le dió estaba adherido al

duque de Aiguillon. Ultimamente, viéndome M. de Affri firme en mi resolucion, terminó este asunto, y me hizo reservar sobre la plaza una pension de diez mil libras, sin que yo se la pidiese. El dia siguiente me volví á Chanteloup.

Hacia tiempo que el estado de mis rentas me permitia disfrutar conveniencias, que yo creí deberme negar. Me hubiera echado un coche, si no hubiera temido avergonzarme cuando encontrase en el camino á pie á literatos que valian mas que yo. Me contenté con tener dos caballos de silla para pasearme á caballo, como me lo habian mandado los médicos. Compré las mas hermosas y mejores ediciones de los libros necesarios para mis trabajos, y mandé encuadernar muchos en tafilete. Este es el único lujo que he creido siempre podia permitirme. Eduqué y coloqué lo mejor que pude á tres de mis sobrinos, y sostuve en Provenza el resto de mi familia. No me negué nunca á los infelices que llegaban á mí; pero me reprendo con amargura de haberlos preferido demasiado á parientes mios, cuyas necesidades no sabia bien, ó por falta suya, ó por la mia.

Mi renta, considerable sin duda para un literato, aun despues de haber perdido la plaza de secretario

general de los Suizos, lo hubiera sido mucho mas, si yo mismo no la hubiera limitado cediéndola y negándome á recibir. Se ha visto ya que habia hecho dimision de mi pension sobre el *Mercurio*: igualmente habia cedido la que tenia por censor. Habia rehusado dos veces la plaza honrosa y util de secretario perpetuo de la academia de bellas letras. Despues de la muerte de M. Hardion, bibliotecario del gabinete del rey en Versalles, M. Bignon tuvo á bien ofrecerme esta plaza que proporcionaba diversion y renta. Yo le supliqué dispusiese de ella en favor de otro. En 1789, habiendo M. Lenoir, hecho dimision de la plaza de bibliotecario del rey, M. de Saint-Priest, que entonces era ministro, tuvo la bondad de proponérmela. Seducido con la esperanza de fijar para lo sucesivo esta plaza en la clase de los literatos, tuve la tentacion de aceptar, aunque conociese cuan doloroso me seria el sacrificio de mi tiempo y de mis tareas literarias; pero habiendo reconocido luego, que no se me ofrecia sino porque se me necesitaba en aquellas circunstancias para asegurarla al presidente De Ormesson, que habia tratado de ello con M. Lenoir, al cual se queria hacer mi adjunto ó mi sucesor, disgustado por otra parte por la dificultad que mi nombramiento ponia en el arreglo de intereses entre

M. Lenoir y él, arreglo en el cual yo ni queria ni debia tomar parte, y viendo desvanecerse aquella esperanza, que era la sola razon que podia vencer mi repugnancia, renuncié á las miras ambiciosas que habia tenido en favor de las letras, no en el mio. La manera con que se recibió mi hacimiento de gracias, y la facilidad con que luego despues se terminó el asunto, me persuadieron á que yo habia tomado el mejor partido, y que si al principio se creyó muy necesario conferirme la plaza, despues se halló mas provechoso dejarme sin ella.

No debo omitir en la relacion de los sucesos de mi vida, mi admision á la academia francesa, que habia evitado siempre, ni las razones que en algun modo me forzaron á solicitar en ella una plaza el mismo año de 1789. Acababa de morir M. Bauzee: la buena acogida que tuvo el *Viage de Anacarsis* habia inflamado el celo de algunos miembros de esta sociedad, con los cuales tenia yo antiguas relaciones. Comunicaron sus sentimientos de benevolencia hácia mí á un gran número de sus compañeros, quienes les obligaron á que me propusiesen para la plaza que dejaba vacante M. Bauzee. Me hizo gran sensacion el calor con que me expresaron el deseo de la academia; pero yo ha-

bia tomado ya mi partido, y á pesar de sus instancias me mantuve firme, oponiendo mi edad, y sobre todo mi repugnancia á toda representacion pública, y á todo nuevo empeño. Me creia ya libre, cuando supe que pocos dias despues, en una sesion que tuvo la academia, habia esta resuelto elegirme á pesar de mi resistencia. Era facil prever las consecuencias de esta resolucion. Si despues de la eleccion admitia la plaza, no dejaria de decirse que yo habia querido dispensarme las visitas de uso, y lograr una distincion no pretendida por los mayores hombres. Si no admitia, ultrajaba á un cuerpo respetable en el momento mismo en que me colmaba de honor. No vacilé pues. Hice mis visitas. Mi edad habia alejado los contrincantes, y para colmo de mi fortuna, M. de Boufflers, que siempre me habia profesado amistad, hizo los honores de la sesion en calidad de director. Hubo indulgencia para mi discurso, el suyo encantó á todos por el espíritu, las gracias y las reflexiones nuevas y graciosas que brillaban en él, y recayó sobre la eleccion de la academia una parte del interes que él excitó.

Despues de esta época, combatido casi sin interrupcion por la tempestad revolucionaria, abrumado bajo el peso de los años y enfermedades, despojado

de cuanto poseia, privado cada dia de algunos de mis mas queridos amigos, temblando continuamente perder los pocos que me quedan, mi vida no ha sido mas que un encadenamiento de males. Si la fortuna me habia tratado hasta entonces con demasiada bondad, se ha vengado bien. Pero no es mi intencion quejarme. Cuando se sufre una opresion, que es general, se gime; mas no es permitido quejarse. Solamente pido que se le conceda á mi alma oprimida de dolor, tributar aquí algunas lágrimas á la amistad..... Sin embargo debo decir, que en medio de la tormenta, he tenido un consuelo bien inesperado, que por un momento me ha hecho creer que repentinamente habia sido trasportado á otro mundo, y no podria, sin ingratitud, callar el nombre del hombre humano y generoso á quien soy deudor del consuelo.

Luego que salí de las Madelonetas, donde se me habia puesto preso el 2 de setiembre de este año de 1793, en compañía de los demas bibliotecarios y de mi sobrino Courzai, que era mi asociado en el gabinete de medallas, por denuncia de Tobiezen-Dubi, tuve noticia de que á pesar de la falsedad notoria de esta delacion, se nos iba á destituir, y á nombrar otros para nuestras plazas. Esta voz me parecia tanto mas fun-

dada, cuanto no se me daban las llaves del gabinete que el ministro del interior habia hecho quitarnos en el momento de nuestro arresto, las que se confiaban diariamente, no á mí ó á mi sobrino, sinò á un comisario de este depósito, que le tenia abierto al público por tarde y por mañana. A cada instante pues esperaba verme quitar el único recurso que me quedaba para vivir, cuando el 12 de octubre por la tarde ví entrar en mi casa al ciudadano Paré, ministro del interior, quien me dió una carta que él mismo me habia escrito, y que me pidió que leyese. Esta carta hace tan fuerte contraste con nuestras costumbres actuales, honra de tal modo al ministro que pudo escribirla en tiempos tan desgraciados, que no puedo resistirme al deseo de copiarla aquí, para pagarle en cuanto puedo, el tributo de mi reconocimiento.

El 21 del primer mes, año II de la
República, una é indivisible.

PARÉ, *ministro del Interior*,

A BARTHELEMY, *guarda de la biblioteca nacional.*

« Volviendo á entrar en la biblioteca nacional, de « donde os han arrojado momentáneamente algunas

« circunstancias rigorosas, decid como Anacarsis « cuando contemplaba con admiracion la librería de « Euclides : *esto es hecho, yo no salgo ya de aquí.* « No, ciudadano, no saldréis mas; y fundo mi certi- « dumbre en la justicia de un pueblo, que se hará « siempre una ley de recompensar al autor de una « obra en la que se recuerdan con tanta seduccion los « bellos dias de la Grecia, y aquellas costumbres re- « publicanas, que producian tantos hombres grandes, « y tantas cosas admirables. Confio á vuestro cuidado « la biblioteca nacional. Me lisonjeo que aceptareis este « depósito honroso, y me doy el parabien de podéroslе « ofrecer. Cuando leí la primera vez el Viage de Ana- « carsis, admiré esta produccion en que el genio supo « dar á la erudicion tantos encantos; pero estaba muy « lejos de pensar que algun dia seria yo el órgano de « quien se habia de servir un pueblo justo para dar á « su autor un testimonio de su estimacion.

« No os disimularé que este santuario de los cono- « cimientos humanos, se ha resentido poco hasta ahora « de la influencia de la revolucion : que el pueblo « ignora todavía que esta posesion es suya, que debe « gozarla á todas horas, y que no ha de encontrar en « ella sino *Calias*, igualmente dispuestos á recibirle

« y á instruirle fraternalmente. Haced pues, ciuda-
« dano, que este monumento tan digno de una nacion
« grande, nos recuerde en fin todos aquellos preciosos
« recreos que el espíritu y los ojos hallaban en las mas
« pequeñas repúblicas de la antigüedad. »

PARÉ.

El estilo mas que obsequioso de esta carta, la conducta del ministro, las gracias con que acompañaba el beneficio, sus instancias para obligarme á aceptar, los testimonios de interes con que me colmaba, todo contribuia á conmoverme. No podia hallar términos para expresar el reconocimiento de que estaba penetrado; pero el conocimiento de la imposibilidad que tenia de cumplir en el estado en que me hallaba, las obligaciones de la plaza de bibliotecario, me dió fuerza para resistir. Tuvo la bondad de manifestar sentirlo, y le costó mucho trabajo consentir en dejarme en la que ocupaba tanto tiempo hacia, y que habia bastado siempre á mi ambicion.

He dado al principio de esta memoria una idea abreviada de mis tareas en el gabinete de medallas

durante los últimos años de mi predecesor. En la memoria siguiente se verá lo que hice despues, y lo que pensaba hacer para enriquecerle y hacerle mas y mas util.

MEMORIA SEGUNDA.

Gabinete de Medallas.

Desde que estuvo á mi cargo la guarda del gabinete de medallas, puse los medios de hacerle tan util, cuanto podia serlo.

1°. Un depósito de esta naturaleza no puede ser público. Como las medallas están ordenadas en cartones, y muchas gentes ponen en ellas las manos á un tiempo, seria facil quitar algunas, ó sustituir medallas

falsas, ó comunes á las que son preciosas. A pesar de este inconveniente hice mas accesible el gabinete; pero no señalé dia en la semana para que le viese quien quisiera. Cuando se presentaba un particular, ó solo, ó acompañado de uno ó dos amigos, era admitido inmediatamente. Si un sabio, un artista, ó un extrangero, pedia ser admitido muchas veces, nunca se lo negué. En cuanto á las sociedades, exigia que se me avisase de antemano, y les señalaba diferentes dias: con esto me libraba de la multitud, y no me negaba á nadie. A pesar de estas precauciones, me ví varias veces acometido de grupos numerosos; y despues de verme libre, no tenia otro recurso, que verificar los cartones que habian visto.

2°. Me impuse la obligacion de dar por escrito todas las noticias que se me pidiesen, ya de las provincias, ya de los paises extrangeros. Estas respuestas exigian algunas veces largas discusiones, algunas veces un trabajo mecánico, mas continuado todavía y mas enojoso; tal por ejemplo, como pesar exactamente cierta cantidad de medallas ó monedas. En uno de mis cartones se hallarán muchos estados de estos pesos, y en las memorias de la academia de las inscripciones una disertacion del difunto M. de la

Nuza sobre la libra romana *. Yo le habia suministrado el peso exacto de todas las medallas de oro del alto Imperio. Este trabajo me costó á lo menos veinte dias, y esto era para mí mucho gasto; pues no tenia entonces quien me ayudase. Debo advertir, que muchas de estas medallas han sido cambiadas despues por otras mejor conservadas, y cuyo peso se diferencia en algunos granos de las primeras.

3°. Me habia lisonjeado de que podria con el tiempo publicar en todo ó en parte el gabinete que se me habia confiado, y que por consecuencia era preciso hacerle subir á tal punto de perfeccion, que fuese mas util, y que igualase, ó mas bien excediese la fama que tenia en la Europa. Desde entonces preví toda la extension del trabajo que emprendia. Antes de insertar la medalla en una serie, es preciso estar seguro de su autenticidad, y de las singularidades que la distinguen de otra casi semejante, existente ya en la serie: despues es preciso hacerla describir en un suplemento con remisiones al catálogo, con la época de la adquisicion y el nombre del que la cedió. Estas menudencias son tan insufribles cuando se multiplican, que se

* Tomo XXX, pág. 359.

deben gracias al guarda, que no contento con comunicar y conservar las riquezas del gabinete, sacrifica al deseo de aumentarlas trabajos mas agradables para él, y mejor conocidos del público.

Cuando Luis XIV formó el gabinete, se reunieron las series de medallas modernas de oro y plata, acuñadas en todas las partes de Europa. Despues de la muerte de Colbert se olvidaron estas series, y yo resolví continuar las de plata. Comencé por la Suecia y por la Dinamarca. Envié á Estokolmo y á Copenhague la nota de las medallas que teniamos de estos dos reinos, y nuestros embajadores nos enviaron todas las que nos faltaban. Costaron veinte mil libras, y M. de Argenson, que tenia el departamento de las letras, juzgó que era mejor dar la preferencia á las medallas antiguas.

A fines del año de 1754 murió en Marsella M. Cari, mi amigo, quien dejó una coleccion de medallas muy apreciable. Por las noticias que me remitió su hermano, la valué en diez y ocho mil libras; y quedó satisfecho de la tasacion. Hablé á M. de Argenson, quien me prometió un libramiento de igual suma; pero en papel. El heredero queria metálico: no se le podia dar. El ministro propuso veinte y dos mil libras, pa-

gaderas en diferentes años. M. Cari vino en ello; pero con la condicion que se asegurasen estas pagas sucesivas. Fué lenta esta negociacion. Yo iba á partir para Roma, y debia pasar por Marsella, cuando M. Cari me escribió últimamente, que si no se le pagaban las diez y ocho mil libras el dia de S. Luis de 1755, entregaria las medallas á un comisionado extrangero que le daba el dinero contante. Conté mi embarazo á uno de mis amigos M. de Fontferrieres, asentista general, quien del modo mas obsequioso me dió un libramiento para el director general de asientos de Marsella, que se me pagó inmediatamente. Remití las diez y ocho mil libras á M. Cari con la aprobacion de M. de Argenson, á quien habia avisado anteriormente. Empaqueté todo el gabinete, y le hice pasar como en prenda á M. de Fontferrieres. A mi regreso en 1757 me le entregó, y nunca quiso tomar interes por sus adelantos. El libramiento, como habia propuesto M. de Argenson, habia sido expedido en 1755 por veinte y dos mil libras; y así las cuatro mil que sobraron, se depositaron en la caja de la biblioteca. M. de Argenson no estaba ya en el ministerio, y yo no pude alcanzar ninguna señal de reconocimiento, ni aun de satisfaccion en favor de M. de Fontferrieres.

Esta adquisicion aumentó el gabinete con muchas medallas preciosas en todas las series.

La de las medallas en oro se aumentó muy singularmente en 1762 con la de M. de Cleves, que podia competir en hermosura con el gabinete nacional. Se vendió en cincuenta mil libras, y le compró M. de Hodent, aficionado muy inteligente en la materia. Antes de ajustarle quiso saber si el gabinete tomaria parte. Se me prometió un libramiento de veinte mil libras en billetes, que perdian en el cambio, y que no valdrian en efectivo mas que catorce mil libras. M. de Hodent cerró el trato, y al punto me trajo toda la coleccion. No solamente adquirí con estas catorce mil libras las medallas de oro que faltaban en nuestra serie, sino que tambien cambié otras muchas que estaban muy mal conservadas.

Entre las primeras no debo olvidar la medalla única y célebre de Uranio Antonino, que bajo el reinado de Alejandro Severo fué elevado al imperio por el ejército de Oriente, y que perdió luego la corona y la libertad. Tal es otra medalla única de Constantino III, padre de Valentiniano III, asociado al imperio por Honorio III, su padrastro. Tal es tambien la de la emperatriz Fausta, muger de Constantino el Grande, y la de

la emperatriz Licinia Eudoxia, muger del emperador Plácido Valentiniano, y otras muchas que sirven para formar la serie de príncipes y princesas que han ocupado el trono del imperio romano.

El gabinete de M. de Cleves ha proporcionado ademas excelentes medallas para la serie de las repúblicas antiguas, y para los antiguos reyes de la Grecia.

M. Pellerin, comisario de marina mucho tiempo, reemplazado despues por su hijo, habia formado el mas rico gabinete que poseyó jamas ningun aficionado. Su fondo se componia de la adquisicion de muchas colecciones particulares: una correspondencia seguida por mas de cuarenta años con todos nuestros cónsules de Levante, le habia enriquecido con una infinidad de medallas griegas preciosas y desconocidas hasta entonces; y la explicacion que el poseedor habia publicado en muchos tomos en 4º, la habia hecho en extremo célebre.

En 1776 propusieron MM. Pellerin reunir este soberbio gabinete al del rey. Las circunstancias eran favorables. M. de Maurepas, que habia protegido siempre á esta familia, era primer ministro, y M. de Malesherbes, ministro y secretario de Estado por lo tocante á literatura. Yo presenté varias memorias; pero no

quise influir en su tasacion. M. Pellerin, que se salia con todo lo que queria, pidió cien mil escudos por último precio. Se cerró el trato en esta suma, y por parte de M. Pellerin fué ejecutada con procederes tan chocantes, que mas de una vez estuve tentado á poner obstáculos. No pude lograr no solamente la cesion; pero ni aun la comunicacion de los catálogos, y así fué preciso contentarse con algunas noticias generales, y algunas miradas rápidas sobre los cajoncillos. Es verdad que yo tenia un conocimiento exacto del gabinete, y que á pesar de la impaciencia de M. Pellerin, tuve tiempo para verificar las medallas que él habia hecho grabar. Entonces creí que el gabinete habia sido pagado excesivamente; pero me he desengañado al paso que insertaba las diferentes series en las que estaban á mi cuidado.

Despues de trasladado el gabinete, M. Pellerin me regaló un ejemplar de su obra de medallas en nueve tomos en 4°. Yo la tenia ya; pero este nuevo ejemplar estaba cargado de notas manuscritas, la mayor parte de ellas contra mí. Este era un alboroque de una nueva especie. Algunos años despues de la muerte de M. Pellerin, se vendió el gabinete de M. de Enneri, en el cual se distinguia sobre todo una numerosa serie de

medallas imperiales en oro, que habia adquirido de M. Vaux por el precio de cincuenta mil libras, y que él habia aumentado mucho. Se publicó el catálogo de este gabinete en un volumen en 4°. Nadie se presentó para tomarle entero, y se vendió por menor. La serie de oro se dividió en lotes de diez á doce medallas. Nosotros habiamos tomado la nota de las que nos faltaban, y tuvimos la felicidad de adquirir muchas. Como estas medallas se dieron casi al precio del oro, por cerca de doce mil libras, adquirimos medallas que valian de veinte y cinco á treinta mil libras. M. de Bretevil, entonces ministro y secretario de Estado, convino gustosamente en este arreglo.

Ademas de los gabinetes de Cari, de Cleves, de Pellerin y de Enneri, las casualidades frecuentes y correspondencias seguidas por espacio de cuarenta años, me han proporcionado un grandísimo número de medallas, como se verá en los suplementos y catálogos que he formado. Sobre todo deseaba con ansia adquirir las que habian sido ilustradas en obras particulares, ó habian dado motivo á disputas entre los sabios. Podria citar muchos ejemplos; pero bastarán dos ó tres.

Los padres Corsini y Frœlich habian publicado un

medallon de plata, en el cual uno habia leido *Minnisar*, y el otro *Adinnigao*, que el unô tenia por un rey parto, y el otro por un rey armenio. Yo habia visto este medallon en Florencia en casa del baron Stosch, que no me le quiso ceder, y despues de su muerte le logré de su sobrino.

Habia visto en el gabinete de M. el caballero Vettori en Roma cuatro medallas latinas de pequeño bronce, que parecian relativas al cristianismo. Habian pertenecido antes al anticuario Sabbatini, que las habia grabado sin explicarlas. La una representa por un lado una cabeza cubierta con una piel de leon, con el nombre de Alejandro, y al reverso una asna con su hijo, encima un cangrejo, y al rededor el nombre de Jesucristo. La segunda, por un lado la misma cabeza con el nombre de Alejandro, mejor ortografia, y el mismo reverso, sin el nombre de Jesucristo. En cuanto á las otras dos, véanse los grabados que dió Vettori *. Este anticuario atribuia estas medallas al reinado de Alejandro Severo: el P. Paciaudi al de Juliano el Após-

* *De vetustate et formâ monogrammatis sanctissimi nominis Jesu, dissertatio. Romæ*. 1747. En-4°, pág. 60. *Idem, Epist. ad Paulum Mariam Paciaudi. Ibid.*, 1747. En-4°, pág. 15. *Idem.*, *dissert. apolog. de quibusdam Alexandri Severi numismatibus. Ibid.* En-4°, pág. 6.

tata *. Montfaucon habia publicado antes que ellos la primera de estas medallas; conforme á un diseño que recibió de Italia **. Despues de la celebridad que estos tres anticuarios habian dado á las medallas de que se trata, me dí prisa á adquirirlas cuando murió Vettori, Por esta adquisicion, yo no he creido deber responder de su autenticidad, sino solamente proporcionar el que se las pueda examinar.

M. Henrion, de la academia de las bellas letras, habia publicado en otro tiempo una medalla de Trajano en plata, sobresellada con un troquel samaritano ***. Este monumento, tanto mas precioso, cuanto deshace muchas incertidumbres en punto á las medallas samaritanas, habia venido á dar en manos de M. el abate Tersan, que habia descubierto otro del mismo género. A mi ruego tuvo la bondad de convenir en un cambio, y yo las deposité en el gabinete.

Contaba yo que con este cuidado el gabinete llegaria á ser un depósito general, donde se conservarian las medallas singulares que vienen algunas veces á

* *Osservazioni di Paolo Maria Paciaudi, teatino, sopra alcune singulari e strane medaglie.* Napoli, 1748, pág. 48.

** *Antiq. expliq.*, tom. II, part. II. pl. 168.

*** *Mémoires de l'Académie*, tom. III, pág. 193.

caer en manos de particulares, y desaparecen despues.

He mandado hacer la suma que he adquirido para el gabinete: las medallas antiguas ascienden á veinte mil, é igualan tanto en lo raras como en el número á las que desde su establecimiento le habian puesto al frente de todos los gabinetes de Europa. No cito las medallas modernas. Sin despreciarlas, no he creido deber ocuparme en ellas con el mismo cuidado.

Las medallas duplicadas que adquiria en la compra de un gabinete, me facilitaban trueques, que no podrian hacerse con dinero.

Si el buen éxito de mis diligencias me ha proporcionado satisfacciones, por otro lado la insercion escrupulosa y minuciosa de las medallas me ha costado muchas fatigas. Jamas me he propuesto la adquisicion de un gabinete, sin exponerme al sacrificio de un tiempo considerable. Sin embargo, reconozco con placer, que mi sobrino Courzai, asociado á mí en 1772, me ha ayudado mucho, ya para las adquisiciones posteriores á esta época, y ya para los pormenores diarios del gabinete, y nunca podré alabar demasiado sus conocimientos y su celo.

Siempre he hallado mucha facilidad para enriquecer el depósito confiado á mi cargo, en los ministros y en los bibliotecarios; y podia contar con su interes sobre un punto que nunca perdí de vista, y que debia poner fin á mis fatigas, y era el grabado y publicacion del gabinete. Habia pensado comenzar por la serie de reyes griegos: continuar con la de ciudades griegas, y añadir un pequeño comentario, fruto de la experiencia de sesenta años, y del examen de mas de cuatrocientas mil medallas. Como mi edad no me permitia concluir esta empresa, conocí tiempo ha la necesidad de asociar á mi sobrino otro cooperador, que iniciado desde luego en el conocimiento de estos monumentos, se pusiese en estado de contribuir á la ejecucion de mi proyecto. Puse los ojos en M. Barbié, que ya tenia grandes conocimientos en la historia y geografía antigua. Le propuse á M. de Bretevil, que tuvo á bien agregarle al gabinete. Le representé tambien, que era tiempo de comunicar á los sabios de Europa el tesoro que estaba á mi cargo. Recibió mi proposicion con aquel celo que ha manifestado siempre por las letras y por las artes; pero varias circunstancias suspendieron el efecto de su buena voluntad. Al principio consistió en el mal estado del erario: despues en la asamblea

de los notables, y de los Estados generales, etc. etc. Posteriormente se ha hecho pasar á Barbié á otro departamento de la biblioteca, sin dignarse siquiera de avisarme.

MEMORIA TERCERA.

Sobre Anacarsis.

La casualidad me inspiró la idea del *Viage de Anacarsis*. Estaba yo en Italia en 1755. Menos atento al estado actual de las ciudades que recorria, que á su antiguo esplendor, subia naturalmente al siglo en que ellas se disputaban la gloria de fijar en su seno las ciencias y las artes; y yo pensaba que la relacion de un viage emprendido en este pais por los tiempos de Leon X, y prolongado á algunos años despues, pre-

sentaria uno de los mas interesantes y mas útiles espectáculos para la historia del espíritu humano. Puede cualquiera convencerse por este ligero plan.

Pasa un frances los Alpes : ve en Pavia á Gerónimo Cardan, que escribió sobre casi todas las materias, y cuyas obras llegan á diez tomos en folio : en Parma halla al Corregio pintando al fresco la cúpula de la catedral : en Mantua al conde Baltasar Castillon, autor de la excelente obra intitulada *el Cortesano* : en Verona á Fracastor, médico, filósofo, astrónomo, matemático, literato y cosmógrafo, célebre en todo ; pero especialmente como poeta, porque la mayor parte de los escritores deseaban entonces sobresalir en todos los géneros, que es cabalmente lo que debe suceder cuando se introducen las letras en un pais. En Padua asiste á las lecciones de Felipe Dece, profesor en derecho, famoso por la superioridad de sus talentos y conocimientos. Esta ciudad estaba bajo el dominio de Venecia. Habiéndose apoderado del Milanesado Luis XII, quiso ilustrar la capital, llevando á ella á Dece : le hizo pedir á la república, que se negó largo tiempo á cederle : continuaron las negociaciones, y se vió el momento en que estas dos potencias iban á declararse guerra por la posesion de un jurisconsulto.

vesar rápidamente la Italia de un extremo á otro, caminando siempre entre prodigios, quiero decir, entre grandes monumentos, y grandes hombres, lleno siempre de admiracion, que crece por instantes. Objetos iguales á estos se ofrecerán por todas partes á sus ojos, cuando multiplique sus viages. De aquí, ¡ qué cosecha de descubrimientos, y qué manantial de reflexiones sobre el origen de las luces que hàn ilustrado la Europa ! Me contento con indicar estas investigaciones; sin embargo, mi materia me arrastra, y exige todavía algunas explicaciones.

En los siglos V y VI de la era cristiana, la Italia fué subyugada por los Herulos, los Godos, los Ostrogodos, y otros pueblos desconocidos hasta entonces: en el siglo XV lo fué bajo auspicios mas favorables por el genio y los talentos. Estos fueron llamados allá, ó á lo menos acogidos por las casas de Médicis, de Este, de Urbino, de Gonzaga, por los mas pequeños soberanos, y por diversas repúblicas. En todas partes se ven hombres grandes; unos hijos del pais, otros atraidos del extrangero, menos por un vil interes, que por distinciones lisonjeras; otros llamados á las naciones vecinas para propagar en ellas las luces, para velar sobre la educacion de la juventud, ó sobre la salud de los

soberanos. Por todas se organizan universidades, colegios, imprentas para toda suerte de lenguas y de ciencias, bibliotecas continuamente enriquecidas con las obras que se publicaban, y con manuscritos nuevamente sacados de los paises donde la ignorancia habia conservado su imperio. De tal manera se multiplicaron las academias, que en Ferrara se contaban diez ó doce, en Bolonia cerca de catorce, y en Sena diez y seis. Su objeto eran las ciencias, las bellas letras, las lenguas, la historia, y las artes. En dos de estas academias, una de las cuales estaba dedicada especialmente á Platon, y la otra á su discípulo Aristóteles, se disputaban las opiniones de la antigua filosofía, y se descubrian ya las de la moderna. En Bolonia y en Venecia, una de estas sociedades velaba sobre la imprenta, sobre la hermosura del papel, la fundición de letras, la correccion de pruebas, y sobre todo lo que podia contribuir á la perfeccion de las nuevas ediciones.

La Italia era entonces el pais donde las letras habian hecho y hacian cada dia los mayores progresos. Estos eran efecto de la emulacion de los diversos gobiernos en que estaba dividida, y de la naturaleza del clima. Las capitales de cada Estado, y hasta las menores ciudades ansiaban la instruccion y la gloria.

Casi todas ofrecian observatorios á los astrónomos, anfiteatros á los anatómicos, jardines botánicos á los naturalistas, colecciones de libros á los literatos, medallas y monumentos á los anticuarios, y á toda clase de ingenios y literatura distintivos brillantes de consideracion, reconocimiento y respeto.

En cuanto al clima, no es raro hallar en estos paises imaginaciones activas y fecundas, espíritus justos, profundos, aptos para concebir grandes empresas, capaces de meditarlas mucho, é incapaces de abandonarlas cuando las han concebido bien. A estas ventajas y calidades reunidas debió la Italia aquella reunion de luces y de talentos, que en algunos años la elevó tanto sobre todos los demas paises de Europa.

He puesto al Ariosto en el pontificado de Leon X. Hubiera podido poner entre los contemporaneos de este poeta al Petrarca, aunque vivió cerca de ciento y cincuenta años antes; y al Taso, que nació once años despues: al primero, porque bajo Leon X se comenzó á gustar de sus poesías, olvidadas casi desde su nacimiento, y se hicieron de ellas muchas ediciones y comentarios: al Taso, porque se formó en gran parte sobre el Ariosto; así tambien se da el nombre del Nilo á las fuentes y á las embocaduras de este rio. Todas

las especies de poesía se cultivaron entonces, y produjeron modelos. Ademas del Ariosto se pueden citar en cuanto á poesía italiana á Bernardo Taso, padre del célebre Torquato; á Hércules Bentivoglio, á Anibal Caro, y á Berni: en la latina á Sannazaro, Policiano, Vida, y Beroaldo; y entre los que sin ser decididamente poetas, hacian versos, se pueden contar Leon X, Maquiavelo, Miguel Angel, Benvenuto Celini, que fué excelente escultor, platero y grabador.

Los progresos de la arquitectura en este siglo, se ven por una parte en las obras de Serlio, de Vignola, y de Paladio, como en la multitud de comentarios hechos sobre Vitruvio; por otra en los edificios públicos y particulares construidos entonces, y subsistentes todavía.

En cuanto á la pintura he hecho mencion de Rafael; de Miguel Angel, y de Corregio, á los cuales es preciso añadir á Julio Romano, al Ticiano, á Andres del Sarto, que vivian por el mismo tiempo, y aquella multitud de genios formados por sus lecciones, ó por sus obras.

Cada dia salian nuevos escritos sobre los sistemas de Platon, de Aristóteles, y de los antiguos filósofos. Críticos infatigables, tales como Giraldo, Panvinio y

Sigonio, trabajaban sobre las antigüedades romanas, y casi todas las ciudades reunian sus anales.

Mientras para conocer en toda su extension la historia del hombre, retrocedian algunos escritores á las naciones mas antiguas, viageros intrépidos se exponian á los mayores peligros por descubrir las naciones lejanas y desconocidas, de cuya existencia solamente habia sospechas. Los nombres de Cristoval Colon, genoves; de Americo Vespucio, florentin; y de Sebastian Cabot, veneciano, adornan esta hermosa lista, aumentada despues con los nombres de otros muchos italianos, cuyas relaciones se insertaron poco tiempo despues en la coleccion de Ramusio su paisano.

La toma de Constantinopla por los Turcos en 1453, y las liberalidades de Leon X, hicieron venir á Italia muchos griegos, que trajeron consigo todos los libros elementales relativos á las matemáticas. Todos se apresuraron á estudiar su lengua: sus libros fueron impresos, traducidos y explicados, y el gusto á la geometría se hizo general. Muchos se dedicaron enteramente á ella, como Commandin y Tartaglia: otros la juntaron á sus primeras tareas, como Maurolico de Mesina, que publicó diversas obras sobre la aritmética, mecánica, astronomía, óptica, música, historia de

Sicilia, gramática, vidas de algunos santos, martirologio romano, sin despreciar la poesía italiana. Tal fué tambien Agustin Nifo, profesor de filosofía en Roma bajo Leon X, que escribió sobre astronomía, medicina, política, moral, retórica y otras muchas materias.

La anatomía fué enriquecida por las observaciones de Falopio de Módena, de Aquapendente su discípulo, de Bolignini de Padua, de Vigo de Génova, etc.

Aldrobandi de Bolonia, despues de haber profesado la botánica y filosofía en aquella universidad por espacio de cuarenta y ocho años, dejó un curso de historia natural en diez y siete tomos en folio.

Entre la inmensa multitud de obras que se publicaron entonces, no he hecho mencion de las que tenian por objeto la teología y la jurisprudencia, porque las conocen todos los que cultivan estas ciencias, é interesan poco á los que les son extrañas. En cuanto á otras clases, no he citado mas que algunos ejemplos, tomados, digámoslo así, por acaso; pero que son suficientes para mostrar los diferentes géneros de literatura á que se dedicaban entonces, y los diversos medios que se empleaban para extender y multiplicar nuestros conocimientos.

Los progresos de las artes favorecian el gusto de los teatros y de la magnificencia. El estudio de la historia y de los monumentos griegos y romanos inspiraron ideas de decoro, orden y perfeccion, que no habia habido hasta entonces. Julio de Médicis, hermano de Leon X, habia sido proclamado ciudadano romano. Esta proclama fué acompañada con juegos públicos, y en un vasto teatro, construido de propósito en la plaza del Capitolio, se representó dos dias una comedia de Plauto, cuya música y aparato extraordinario excitaron la admiracion general. El Papa, que creyó en esta ocasion deber convertir en un acto de beneficencia, lo que no era sino un acto de justicia, disminuyó algunas contribuciones; y el pueblo, que tomó este acto de justicia por acto de beneficencia, le levantó una estatua.

Un observador que viese repentinamente á la naturaleza descubriendo tantos secretos, la filosofía tantas verdades, la industria tantos ramos desconocidos, al mismo tiempo que se añadia un nuevo mundo al antiguo, creeria asistir al nacimiento de un nuevo género humano; pero se disminuiria la sorpresa que le causasen todas estas maravillas, luego que viese al mérito y á los talentos luchando con ventaja contra los títulos

mas respetados, y á los sabios y á los literatos admitidos á la púrpura romana, á los consejos de los reyes, á las plazas mas importantes del gobierno, y á todos los honores y dignidades.

Para dar un nuevo interes al viage que me proponia escribir, bastaria añadir á esta emulacion de gloria que brillaba por todas partes, todas las ideas nuevas que está revolucion asombrosa hacia brotar, todos aquellos movimientos que agitaban entonces á las naciones de Europa, todas aquellas relaciones con la antigua Roma, que se representan al espíritu á cada paso, y todo lo que lo presente anunciaba para lo venidero; porque en fin, el siglo de Leon X fué la aurora de los que le siguieron, y muchos ingenios que han brillado en los siglos XVII y XVIII en todas las naciones, deben una gran parte de su gloria á los que la Italia produjo en los dos siglos anteriores.

Esta materia me presentaba cuadros tan ricos, tan varios y tan instructivos, que desde luego tuve el vivo deseo de tratar de ella; pero conocí despues, que exigiria para mí un nuevo género de estudios; y acordándome que un viage á la Grecia hácia los tiempos de Filipo, padre de Alejandro, sin separarme de mis tareas ordinarias, me proporcionaria el medio de ceñir

á un determinado espacio de tiempo lo mas importante que nos ofrece la historia griega, y una infinidad de individualidades sobre las ciencias, artes, religion, costumbres, usos, etc. de que no trata la historia, adopté esta idea; y despues de haberla meditado mucho tiempo, dí principio á su ejecucion cuando regresé de Italia en 1757.

Se podria hacer una biblioteca copiosa de todas las obras publicadas sobre los Griegos. Gronovio juntó una parte pequeña en su coleccion en doce tomos en folio. En ella se hallan, entre otros, los tratados de Ubbo Emmio, de Cragio y de Meursio. Este último ha recogido cuanto los antiguos nos dejaron sobre los Atenienses, y ha coordinado estos pasages en capítulos relativos á diferentes asuntos. Aunque haya dejado algunos, aunque se haya engañado algunas veces en sus interpretaciones, y por lo comun hecho poco caso de conciliar las que se contradicen, y rara vez haya indicado el libro ó capítulo de las ediciones que usaba, nunca se podrán alabar demasiado sus grandes tareas. Yo me atrevo á asegurar que no han sido menores las mias para asegurarme de la verdad de los hechos. Ved aquí mi plan de operaciones.

Habia leido los autores antiguos; los volví á leer con

la pluma en la mano; anotando sobre papeles todos los rasgos que podian ilustrar la naturaleza de los gobiernos, las costumbres y leyes de los pueblos, las opiniones de los filósofos, etc. Antes de tratar una materia, verificaba mis extractos sobre los originales; consultaba despues á los críticos modernos, que habian trabajado sobre la materia, ya en toda su extension, ya en parte. Si ponian algunos pasages que se hubiesen escapado á mi diligencia, y que podian servirme, cuidaba de recogerlos despues de confrontarlos con los originales: cuando su explicacion era diversa que la mia, volvia de nuevo á las fuentes; en fin, si me presentaban ideas buenas, me aprovechaba de ellas, y me creia obligado á citar á los autores.

Mi plan me ofrecia grandes ventajas, y al mismo tiempo grandes inconvenientes.

1°. La historia griega, de cuyos monumentos no ha llegado hasta nosotros mas que una parte, presenta un sin número de dificultades, tanto sobre los hechos, como sobre las opiniones. El escritor que no tiene otro objeto que discutirlas, puede comparar y pesar la autoridad de los testigos á quienes consulta; cuanto mas duda, tantas mayores pruebas da de sus conocimientos y crítica. Mas poniendo á Anacarsis en la es-

cena, le quito casi siempre el recurso de la duda; porque debe hablar afirmativamente, puesto que no cuenta sino lo que ha visto ú oido á personas instruidas. Aun hay mas. En la época que he escogido se habia escrito tanto sobre la historia y sobre las ciencias, que el viagero no debia limitarse á enseñarnos lo que podia presumir que podiamos saber ya. Estas dificultades se presentaban siempre á mis ojos, y así he procurado, cuando no he podido vencerlas, desembarazarme de ellas, ya con confesiones que debilitan su peso, ya con sacrificios que las alejan absolutamente.

En el capítulo I° observa Anacarsis, que no ordenó la relacion de su viage hasta su vuelta á Escitia, y añade: « quizá seria mas exacto, si el bajel en que yo « habia hecho embarcar mis libros, no hubiera pe- « recido en el Ponto Euxino. » De donde se sigue, que en la revision de su obra, no podia extender ó verificar ciertos artículos, de los cuales no conservaba mas que una ligera memoria, estando privado de los mismos recursos que nosotros.

En el capítulo XX hubiera él querido señalar el precio fijo de los comestibles, y por consiguiente el de las diferentes propiedades de los Atenienses; no pudiendo hacerlo, dice que habia tenido una nota exac-

ta del valor de los primeros; pero que habiéndosele perdido, solamente se acordaba que el trigo valia por lo comun á cinco dracmas la medimna, un buey de primera calidad cerca de ochenta dracmas, ó setenta y dos libras, etc.

En el capítulo XLVI refiere la ley de Licurgo, que establecia entre los ciudadanos la igualdad de haciendas. Siguiendo el curso ordinario de las cosas, no podia esta ley subsistir largo tiempo, porque ¿qué precauciones contaba tomar Licurgo para asegurar su duracion? La cuestion era muy importante, y por falta de monumentos no estamos ya en estado de resolverla. Hago pues decir á Anacarsis: « mientras yo estaba en Esparta, el orden de las haciendas habia sido desarreglado por un decreto del éforo Epitades, « que queria vengarse de su hijo, y como no tuve cuidado de instruirme de su estado antiguo, no podré « descubrir las miras del legislador, sino subiendo á « sus principios. » Aquí vienen algunas reflexiones, que mi viagero propone como simples conjeturas.

Cuando no me han bastado estas modificaciones, he guardado silencio, tanto sobre los usos que no estaban atestiguados, sino por algun escritor muy posterior al siglo en que yo supongo á Anacarsis, cuanto

sobre los hechos que, á pesar de mis esfuerzos, me dejaban todavía incertidumbres. Algunas personas han tenido estos sacrificios por otras tantas omisiones y descuidos, y se me ha preguntado que por qué no me he explicado sobre ciertos asuntos; porque v. g. no hacer mencion de la pretendida ley de los Cretenses, que permitia la insurreccion del pueblo cuando se creia oprimido. Montesquieu la citó citando á Aristóteles, pero Montesquieu se engañó, Aristóteles habla efectivamente de esta insurreccion; pero como de un abuso, que de ningun modo estaba autorizado por las leyes. En general, era importante para mí discutirlo todo, y mas todavía el no decidir siempre.

2º. Yo tenia que temer otro inconveniente, y es el juicio de una clase de literatos muy estimables; pero muy descontentadizos. No podia trasportar mi Anacarsis á Delos, á Tempé, ni ponerle en medio de las fiestas de la Grecia, sin hacerle sensible á la belleza de estos espectáculos. No podia emplear el diálogo tan acomodado para evitar la monotonía de estilo, sin hacer tratar á mi viagero con los hombres grandes que vivian entonces, y aun con algunos personages desconocidos, que podian darle luces. De aquí es, que mi escita es instruido en la literatura griega por un ate-

niense llamado Euclides ; en los diversos sistemas sobre las causas primeras por el gran sacerdote de Ceres, y sobre la doctrina de Pitágoras por un pitagórico que halla en Samos, patria de este filósofo.

Pausanias refirió muy por extenso los sucesos de las tres guerras de Mesenia, las cuales son tan instructivas, que no me era lícito omitirlas, y tan sabidas, que para darlas mas importancia he recogido en tres elegías sus circunstancias principales. Me he creido tanto mas autorizado á tomar este partido, cuanto que Pausanias sacó casi todos sus materiales de los poemas de Tirteo y de Riano, que habian contado estas guerras tan célebres. Al mismo tiempo advierto al lector en una de las notas sobre el capítulo XL, la libertad que me habia tomado.

Entre los literatos pues, de quienes hablo, hay algunos, que acostumbrados á disensiones áridas y rigurosas, no debian perdonarme el haberme atrevido á mezclar en mis relaciones imágenes que las dan mas viveza. Sucedió lo que yo habia previsto. Muchos de ellos llaman á mi obra romance, y casi me la han imputado á crimen. Otros, menos severos, han tenido la buena fe de distinguir el fondo de la forma. El fondo les ha presentado una exactitud suficientemente

atestiguada, á mi ver, por la multitud de citas que acompañan á la relacion. En cuanto á la forma, hubieran debido echar de ver, que los adornos con que yo intento algunas veces engalanar mi asunto, eran muy conformes al espíritu de los Griegos, y que las ficciones sabiamente manejadas, pueden ser tan útiles á la historia, cuanto lo son á la verdad.

No hablo de algunas críticas ligeras que he hallado en los papeles periódicos. Uno me reprende el no haber ilustrado el origen de las fábulas, sin duda no sabia él que críticos muy hábiles habian intentado en vano descubrir este origen, y que es de presumir que siempre estará oculto. Otro hubiera deseado que yo hubiese dado la historia circunstanciada de los Atenienses, en cuanto á los siglos anteriores á Solon; pero esta historia no se halla en los autores antiguos, y yo debí ceñirme á recoger el pequeño número de hechos, cuya memoria nos han conservado. Ultimamente, un sabio ingles, en una coleccion de disertaciones críticas, despues de atacar la autenticidad de una inscripcion griega que M. Fourmont habia traido de su viage á Levante, y que yo intenté explicar, creyó deber dar su voto sobre el *Viage de Anacarsis*, el cual le parece agradable, pero superficial.

Nada hay mas embarazoso para un autor, que estas acusaciones vagas tan fáciles de hacer, como difíciles de rechazar; porque no tienen objeto determinado. Me contentaré con decir, que de ningun asunto he tratado, sin meditarle mucho tiempo antes: sin haber confrontado, en cuanto á las contradicciones que presentaba, los testimonios de los autores antiguos, y las opiniones y comentarios de los críticos modernos; y sin dar, cuando era preciso, el resultado que á mí me parecia mas próximo á la verdad. He ocultado mi trabajo, para hacerle mas útil. He renunciado al mérito, si le hay, de ostentar en el texto una grande erudicion. Cuando algunos puntos me han parecido tan importantes, que exigen discusiones, los he examinado en las notas puestas al fin de cada tomo*. Todas estas notas me han parecido necesarias, y hay algunas que me parece no son acreedoras á la censura de superficiales.

He querido mas ser exacto, que parecer profundo: suprimir ciertos hechos, que el no establecerlos mas que sobre conjeturas: dispensarme de subir á buscar las causas, siempre que mis averiguaciones y las de

* En la presente edicion se han puesto estas notas al pie de la página correspondiente. (*N. D. E.*)

los críticos mas hábiles no servian sino para oscurecerlas: poner al lector en disposicion de hacer reflexiones, mas bien que aventurarlas yo mismo. Muchas veces me han causado admiracion los filósofos, que siguiendo sus conocimientos particulares, nos han dado observaciones sobre el genio, caracter y política de los Griegos y Romanos: es preciso que cada autor siga su plan; no entraba en el mio enviar un viagero á Grecia, para llevar allá mis pensamientos; sino para traernos en lo posible los de los Griegos. En lo demas, si me he engañado acerca de algunos puntos, y si mi obra tiene defectos, no me avergonzaré. No se puede exigir de mí mas entendimiento que el que me dió naturaleza. Solamente siento, despues de haber empleado treinta años en ella, el no haberla empezado diez años antes, y no haberla concluido diez años despues.

Luego que estuvo acabada, dudé mucho tiempo sobre su destino. La hubiera dejado manuscrita, si considerando la multitud de citas, notas, y tablas, no me hubiera convencido de que solo el autor podia dirigir la impresion. Esta se concluyó en diciembre de 1788, y algunos amigos me aconsejaban que la reservase hasta el fin de los Estados generales que se aca-

baban de convocar, y que agitaban ya los ánimos de todos; pero en lugar de persuadirme sus razones, me movieron á publicarla cuanto antes. Queria yo que se introdujese silenciosamente entre la gente: si, á pesar de las circunstancias, se llevaba alguna atencion, me lisonjearia mas; y si su caida era pronta y rápida, preparaba una excusa á mi amor propio.

El éxito excedió á mi esperanza. El público la recibió con suma bondad, y los diarios franceses y extrangeros hablaron de ella con elogio. Salió entre otros un extracto muy circunstanciado en un diario ingles, intitulado *Monthly review, or literary journal*, vol. 81. Los autores me tratan en él de una manera que les da derechos á mi agradecimiento; pero terminan con una reflexion, que pide de mi parte alguna explicacion. Es muy posible dicen, que el plan de esta obra se haya formado sobre el de las *Cartas Atenienses*.

Estas fueron compuestas en los años de 1739 y 1740, por una junta de amigos que acababan su carrera de estudios en la universidad de Cambridge. Las imprimieron en 8º el año de 1741, y no tiraron mas que doce ejemplares. En la segunda edicion, hecha en 1781 en 4º, tiraron mayor número. Estas dos ediciones no han servido nunca mas que para el uso de sus autores;

y esto es puntualmente lo que hace decir á los diaristas ingleses, que hablando con propiedad, estas *Cartas Áticas* no se han publicado jamas; pero como añaden que habian sido comunicadas á muchas personas, se podria creer que se me habia descubierto á mí el secreto; y esta sospecha tomaria nueva fuerza, si se atendiese á que estas dos obras parecen ser la una continuacion de la otra.

Las dos ponen en la Grecia, y en épocas muy inmediatas, un testigo ocupado en recoger cuanto le pareciese digno de atencion. En las *Cartas Áticas*, Cleandro, agente del rey de Persia, residente en Atenas, durante la guerra del Peloponeso, mantiene una correspondencia seguida con los ministros de este príncipe, y con diversos particulares. Les da cuenta de los acontecimientos de esta guerra, y de las divisiones que reinaban entre los pueblos de Grecia. Describe sus fuerzas de mar y tierra: disciplina militar, política, gobierno, leyes, costumbres, fiestas, monumentos; nada omite el observador profundo. Trata con Fidias, Aspasia, Alcibiades, Sócrates, Cleon y Tucídides: se instruye de la filosofía de los Griegos, ya con Esmerdis, que reside en Persia, y que en sus respuestas le habla de la filosofía de los magos, ya con Orsoman,

que viaja por Egipto, y que en las suyas le relaciona las leyes y las antigüedades de aquel pais. De este modo se ven felizmente reunidos los pasages principales de la historia de los Griegos, de los Persas y de los Egipcios; y estos pasages tomados de los autores antiguos, dan motivo á paralelos tan instructivos como importantes. A esta bella disposicion corresponde una ejecucion perfecta.

Si yo hubiera tenido presente este modelo, ó no hubiera dado principio á mi obra, ó no la hubiera acabado. Esto es lo que protesté á uno de mis amigos residente en Londres, M. Dutens, miembro de la sociedad real, socio extrangero de la academia de bellas letras, conocido por muchas obras bien escritas. Comunicó mi carta á los autores del *Monthly review* quienes tuvieron la bondad de insertar una parte en uno de sus diarios (Abril 1790, pág. 477.)

En este intervalo habia recibido yo de Inglaterra un soberbio ejemplar en 4° de las *Cartas Aticas*, á cuya frente hallé esta nota manuscrita:

« Milor Dover, de la familia de York, se aprovecha
« con sumo gusto de la ocasion que se le presenta de
« ofrecer por medio de Barthelemy, ministro plenipo-

« tenciario de su magestad cristianísima en la corte de » Londres, á M. el abate Barthelemy, su tio, el homena- « ge tan justamente debido al sabio y elegante autor del « *Viage deljoven Anacarsis à Grecia,* haciendo llegar « á sus manos el volumen adjunto de las *Cartas Aticas.*

« El orígen de esta produccion se explica en el se- « gundo prefacio que precede á la obra. Las cartas « firmadas con P. son de Felipe York, conde de Hard- « wisck, hijo primogénito del gran canciller de este « nombre: las firmadas con C. son de su hermano « M. Carlos York, que tambien ha llegado al impor- « tante empleo de gran canciller; pero que murió muy « pronto para su familia y su patria. Las demas cartas « fueron escritas por sus amigos, ó por sus parientes

« Al suplicar á M. el abate Barthelemy, que acepte « este pequeño presente literarió, no se ha tenido la « presuncion de comparar esta obra con el encantador « *Viage de Anacarsis,* sino únicamente el dar á su « ilustre autor un testimonio de estimacion, y notar « cuanto le ha lisonjeado hallar que una idea que hace « cincuenta años tuvo aquí su origen, haya sido per- « feccionada largo tiempo despues con tanta elegancia, « y sin comunicacion alguna, por un autor digno del « asunto. » *Firmado*, DOVER.

Londres, 21 de Diciembre de 1789.

He copiado la nota lisonjera para mí de milor Dover, cediendo á los impulsos de mi amor propio; pero tambien hago de él un sacrificio, deseando que las *Cartas Aticas* se traduzcan en frances.

FIN DE LAS MEMORIAS.

NOTA

De los Editores.

Las Cartas Aticas han sido, despues de la muerte de Barthelemy, reimpresas y publicadas en Inglaterra con este título: Athenian Letters, or the epistolary Correspondence of an Agent of the King of Persia, residing at Athens during the Peloponesian War; a new edition in two volumes, illustrated with Engravings, and a Map of ancient Greece. London, 1798. *Un socio distinguido del Instituto nacional, el ciu-*

dadano Villeterque, ha emprendido la traduccion, y publicándola cumplirá luego el deseo que nuestro autor tuvo de verlas traducidas. En esta nueva edicion inglesa hemos hallado la respuesta siguiente á la nota de Milor Dover.

MILOR :

« Tengo el honor de daros gracias por el hermoso « ejemplar de las *Cartas Aticas*, que habeis tenido la « bondad de enviarme, y sobre todo, por la nota muy « lisonjera para mí, puesta en él de vuestro puño. El « verano pasado oí hablar por la primera vez de esta « obra á M. Senkinson. No he podido hasta ahora « leerla mas que de prisa. Si yo la hubiera visto antes, « ó no hubiera comenzado la mia, ó hubiera procurado « acercarme á este bello modelo. ¿Por qué no se ha « comunicado al público ? ¿Por qué no ha sido tradu- « cida en todas las lenguas? Yo sacrificaria gustosa- « mente mis últimos dias al placer de enriquecer con « ella nuestra literatura, si conociera mejor las finuras « de la lengua inglesa; pero no emprenderia acabarla, « temeroso de que me sucediese lo que á los que han

« intentado continuar el Discurso de Bossuet sobre la « historia universal.

« Dignaos recibir el tributo de reconocimiento y « respeto, con los cuales etc. »

BARTHELEMY.

Paris, 1° de Enero de 1790.

Barthelemy habia pensado dar cuenta de las demas obras suyas, como lo habia hecho con el *Viage de Anacarsis;* pero no acabó esta empresa. No ha dejado mas que notas incompletas, y apuntamientos sucintos, que se ha creido no deberse publicar. Parece que este trabajo, por interesante que fuese pára su gloria, no le ofrecia un atractivo tan poderoso, que le distrajese del dolor que oprimia su corazon, y del conocimiento

siempre penoso de que su máquina se iba debilitando progresivamente; y así prefirió volver á tomar sus antiguos trabajos sobre la paleografía numismática, con la intencion de aumentar el ensayo que habia dado en la coleccion de memorias de la academia de bellas letras, y de formar un tratado completo. Semejante al viagero, que despues de haber recorrido las diversas regiones del mundo, vuelve á acabar sus dias al lugar que le vió nacer: Barthelemy habia comenzado su carrera literaria por el estudio de las medallas; y despues de haber recorrido el inmenso dominio de la literatura, y haberle extendido con nuevas conquistas, volvió á la ciencia numismática, y la consagró sus últimos momentos. Mas, bien pronto la postracion de sus facultades físicas y morales, le impidieron continuar una empresa que exigia penosas investigaciones y discusiones molestas, y aun le privó de toda especie de ocupacion. Murió despues de una larga consuncion, sin haber concluido esta obra importante.

"No se emprenderá hacer aquí el elogio de Barthelemy *; pues este se halla en todas sus obras, y sus

* El elogio de Barthelemy ha sido formado por los ciudadanos Nivernois, Sainte Croix, Lalande y otros literatos.

obras entre las manos de todos. No hay quien no atestigüe la extension y profundidad de sus conocimientos; su sagacidad y la exactitud de sus observaciones y de su crítica; y la simplicidad, la nobleza y elegancia de su estilo, ó mas bien de sus diferentes estilos: porque siempre usa del mas conveniente al género y al asunto de que trata. Su caracter, su corazon, su alma toda, están pintados en el escrito que dejó sobre su vida. No les queda pues á los pocos amigos que le sobreviven, para honrar su memoria otro tributo que pagarle, mas que el del sentimiento de haberle perdido.



Catalogo

DE LAS OBRAS

DE

JUAN JACOBO BARTHELEMY,

PUBLICADAS POR EL MISMO.

Los amores de Carites y de Polidoro, romance traducido del griego, 1760, en 12°.

Cartas al marques Olivieri, sobre algunos monumentos fenicios, para servir de respuesta á dos cartas insertadas (por el Dr. Swinton) en el tomo LIV de las Transaciones filosóficas. Paris, Delatour, 1766, en 4.°

Conversaciones sobre el estado de la Música griega, hácia mediados del siglo IV antes de la era vulgar. Paris, De-

6.

bure, 1777, en 8.° Reimpresas con variaciones en el *Viage de Anacarsis*, cap. XXVII.

Discurso pronunciado en la academia francesa el martes 25 de agosto de 1789, en 4.°

Disertacion sobre una inscripcion antigua griega, relativa á las rentas públicas de los Atenienses, que contiene el estado de las sumas que suministraban por año los tesoreros de una caja particular. París, 1792, en 4.°

Investigaciones sobre el Pactolo, leidas en 1748, impresas en extracto en la parte histórica de las *Memorias de la academia de inscripciones*; tomo XXI, pág. 19.

Reflexiones sobre una medalla de Xerxes, rey de Arsamosate, leidas en 1747; tomo XXI de las mismas memorias, pág. 404.

Notas sobre una inscripcion de Amiclea, leidas en 1749 y 1750; tom. XXIII, pág. 394.

Ensayo de una paleografía numismática, leido en 1750; tom. XXIV, pág. 30.

Disertacion sobre las medallas de Antigono, rey de Judea, leida en 1749; tom. XXIV, pág. 49.

Observaciones sobre las armas de cobre descubiertas en Gensac, por extracto en la parte histórica; tom. XXV, pág. 117.

Notas sobre algunas medallas publicadas por varios autores, leidas en 1750; tom. XXVI, pág. 532.

Disertacion sobre las medallas árabes, leida en 1753; tom. XXVI, pág. 557.

Reflexiones sobre el alfabeto y lengua que se adoptó en otro tiempo en Palmira, leidas en 1754; tom. XXVI, pág. 577. Impresas separadamente en 4.° y en folio. Paris, Guerin y Delatour. Traducidas al ingles por Roberto Wood, é impresas en el mismo año en Londres.

Memorias sobre los antiguos monumentos de Roma, leida en 1757; tom. XXVIII, pág. 579.

Reflexiones sobre algunos monumentos fenicios, y los alfabetos que resultan, leidas en 1758; tom. XXX, pág. 405.

Explicacion del mosaico de Palestrina, leida en 1760; tom. XXX, pag. 503. Impresa separadamente, con una dedicatoria al cardenal Spinelli, en 4.° Paris, Guerin y Delatour. Añádense las pinturas antiguas de Pedro Santo Bartoli, publicadas por el conde de Cailus, en folio.

Reflexiones generales sobre las relaciones que hay entre las lenguas egipcia, fenicia y griega, leidas en 1763; tom. XXXII, pág. 212.

Notas sobre algunas medallas de los reyes partos, publicadas por deferentes autores, leidas en 1761; tom. XXXII, pág. 671.

Explicacion de un bajo relieve egipcio, y de la inscripcion fenicia que le acompaña, leida en 1761; tom. XXXII pág. 725.

Observaciones sobre el número de piezas que se representaban en el mismo dia en el teatro de Atenas, leidas en 1770; tom. XXXIX, pág. 172. Reimpresas en parte en el *Viage de Anacarsis*. cap. LXX.

Notas sobre las medallas de Antonino, acuñadas en Egipto, leidas en 1775; tomo XLI, pág. 501.

Memoria sobre algunas medallas samaritanas, leida en 1790, impresa solamente en extracto en el *Diario de los Sabios* de este año, y reimpresa con una carta de seis páginas sobre la misma materia, al fin de la obra de Perez Bayer, intitulada: *Nummorum Hebreo-Samaritanorum vindiciæ.*

Muchos artículos en la coleccion de Antigüedades por el conde de Cailus; entre otros: *Explicacion de las inscripciones de cinco altares griegos*; tom. I, pág. 61. *Conjetura sobre una momia*; tom. II, pág. 18. *Explicacion de una medalla de Quio*, ibid. pág. 145. *Observaciones sobre una venda de una momia egipcia*; tom. V, pág. 77, etc.

Tres cartas sobre las medallas fenicias, con relacion á la disputa con el Dr. Swinton; en el *Diario de los Sabios*, agosto de 1760, diciembre 1761, y noviembre 1763.

Descripcion de las fiestas de Delos, en el *Viage pintoresco de Grecia*, por Choiseul-Gouffier, cap. IV, pág. 50, 1782. Reimpresa en el *Viage de Anacarsis*. cap. LXXVI.

Carta al abate Audibert, sobre algunas medallas, pág. 17 de una disertacion de este abate, sobre los orígenes de Tolosa. Paris, 1764, en 8.°

ADVERTENCIA

DEL AUTOR.

Yo supongo que un escita, llamado Anacarsis, viene á Grecia algunos años antes del nacimiento de Alejandro, y que desde Atenas, su mansion ordinaria, hace muchos viages á las provincias vecinas; observando en todas los usos y costumbres de los pue-

blos, asistiendo á sus fiestas, estudiando la naturaleza de sus gobiernos; consagrando algunas veces sus ocios á investigar los progresos del espíritu humano; otras conversando con los hombres grandes que florecian entonces, como eran Epaminondas, Focion, Xenofonte, Platon, Aristóteles, Demóstenes, etc. Luego que ve á la Grecia sujeta á Filipo, padre de Alejandro, se vuelve á Escitia; pone en orden la serie de sus viages, y para no verse obligado á interrumpir su narracion, en una introduccion que hace, da cuenta de los sucesos memorables que habian ocurrido en Grecia antes de haber dejado él la Escitia.

La época que he escogido, una de las mas interesantes que nos ofrece la historia de las naciones, puede ser mirada bajo de dos aspectos. Por la parte de las letras y de las artes, enlaza

el siglo de Pericles con el de Alejandro. Mi escita ha tratado con muchos atenienses que habian vivido con Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Tucídides, Sócrates, Zeuxis y Parrasio. Acabó de citar algunos de los escritores célebres que conoció; vió salir á luz las obras maestras de Praxíteles, de Eufranor, y de Panfilo, como tambien los primeros ensayos de Apeles y de Protógenes, y en uno de los años últimos de su estancia en Grecia, nacieron Epicuro y Menandro.

Esta época no es menos notable bajo el segundo aspecto. Anacarsis fué testigo de la revolucion que mudó la faz de la Grecia, y que poco despues destruyó el imperio de los Persas. A su llegada halla al jóven Filipo con Epaminóndas; le ve subir al trono de Macedonia, desplegar por espacio de veinte y dos años contra los Grie-

gos todos los recursos de su genio, y obligar por fin á aquellos fieros republicanos á que se arrojasen en sus brazos.

He compuesto un viage mas bien que una historia, porque en un viage todo está en accion, y se permiten ciertas menudencias, prohibidas al historiador. Muchas veces estas menudencias solamente están indicadas en los autores antiguos cuando tienen relacion con los usos: por lo comun han dividido á los críticos modernos; y antes de valerme de ellos, los he examinado atentamente á todos. En una revision, he suprimido una gran parte, y acaso todavía me he quedado corto.

Dí principio á esta obra en 1757; y desde entonces no he dejado de trabajar sobre ella. No la hubiera emprendido, si menos deslumbrado por la belleza de la materia, hubiese consultado

á mis fuerzas mas bien que á mis deseos.

Las tablas que pongo despues de esta advertencia, indicarán el orden que he seguido.

ORDEN CRONOLOGICO

DEL

VIAGE DE ANACARSIS.

	Antes de Jesucristo.
Cap. I Sale de Escitia . . en abril del año . .	363
Cap. VI. Despues de detenerse algun tiempo en Bizancio, en Lesbos y en Tebas llega á Atenas . . 13 de marzo	362
Cap. IX. Va á Corinto, y vuelve á Atenas. . . . . 1 de abril del mismo año.	
Cap. XII y siguientes. Describe la ciudad de Atenas, y da cuenta de sus averiguaciones sobre el	

Antes de Jesucristo.

gobierno, costumbres y religion de los Atenienses.. en el mismo año.

CAP. XXII. Parte para la Fócide. . . . . abril 361

CAP. XXIII y siguientes. Vuelve á Atenas, y despues de haber referido algunos sucesos ocurridos desde el año de 361, hasta el de 357, trata de muchas materias relativas á los usos de los Atenienses, á la historia de las ciencias, etc.

CAP. XXXIV y siguientes. Sale para la Beocia y provincias setentrionales de la Grecia 357

CAP. XXXVII. Pasa el invierno de 357 á 356 en Atenas, de donde sale para las provincias meri-

DIVISION
DE LA OBRA.

••••••••

TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Contiene un compendio de la historia griega, desde los tiempos mas remotos, hasta la conquista de Atenas en el año 404 antes de Jesucristo.

Estado salvage de la Grecia.
Llegada de las colonias orientales.
Inaco y Foroneo.

PARTE PRIMERA.

Cécrope.
Argonautas.

Hércules.
Teseo.
Primera guerra de Tebas.
Segunda guerra de Tebas ó guerra de los Epígones.
Guerra de Troya.
Vuelta de los Heráclides.
Reflexiones sobre los siglos heróicos.
Establecimiento de los Jónios en la Asia menor.
Homero.

PARTE SEGUNDA.

SECCION PRIMERA. — SIGLO DE SOLON.

Dracon.
Epiménides.
Legislacion de Solon.
Pisistrato.
Reflexiones sobre la legislacion de Solon.

SECCION SEGUNDA. — SIGLO DE TEMISTOCLES Y DE ARISTIDES.

Batalla de Maraton.
Temístocles y Arístides.
Combate de las Termópilas.

TOMO II.

TOMO III.

TOMO IV.

TOMO V.

Sunio. Discurso de Platon sobre la formacion del mundo.

CAP. LX. Sucesos notables de la Grecia y de Sicilia, desde el año 357 hasta el de 354 antes de Jesucristo. Expedicion de Dion. Juicio de los generales Timoteo é Ifícrates. Fin de la guerra social. Principio de la sagrada.

CAP. LXI. Cartas sobre los asuntos generales de la Grecia, dirigidas á Anacarsis y á Filotas, durante su viage á Egipto y Persia.

CAP. LXII. De la naturaleza de los gobiernos, segun Aristóteles y otros filósofos.

CAP. LXIII. Dionisio, rey de Siracusa, en Corinto. Expediciones de Timoleon.

CAP. LXIV. Continuacion de la biblioteca. Física. Historia natural. Genios.

CAP. LXV. Continuacion de la biblioteca. Historia.

CAP. LXVI. Sobre los nombres propios usados entre los Griegos.

CAP. LXVII. Sócrates.

CAP. LXVIII. Fiestas y misterios de Eleusis.

TOMO VI.

TOMO VII.

Advertencias

SOBRE LAS TABLAS.

TABLAS.

I. Contiene las principales épocas de la historia griega, desde la fundacion del reino de Argos, hasta el fin del reinado de Alejandro.

II. Meses áticos.

III. Tribunales y magistrados de Atenas.

IV. Colonias griegas.

7.

TABLAS.

V. Nombres de los que se distinguieron en las ciencias y artes, desde la llegada de la colonia fenicia á Grecia, hasta la fundacion de la escuela de Alejandría.

VI. Los mismos nombres, puestos por orden alfabético.

VII. Correspondencia de las medidas romanas con las francesas.

ADICION. Correspondencia de las medidas romanas con las españolas.

VIII. Correspondencia del pie romano con el de rey.

ADICION. Correspondencia del pie romano con el español.

IX. Correspondencia del paso romano con la toesa.

ADICION. Correspondencia del paso romano con el español.

X. Correspondencia de las millas romanas con las toesas de Francia.

ADICION. Correspondencia de las millas romanas con el paso español.

XI. Correspondencia del pie griego con el pié de rey.

ADICION. Correspondencia del pié griegó con el español.

INTRODUCCION

AL

VIAGE DE LA GRECIA.

CONTIENE UN COMPENDIO DE LA HISTORIA GRIEGA, DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS, HASTA LA CONQUISTA DE ATENAS EN EL AÑO 404 ANTES DE JESUCRISTO.

ESTADO SALVAGE DE LA GRECIA.

Si hemos de dar crédito á las tradiciones antiguas, los Griegos primitivos habitaban en grutas profundas, de donde no salian sino para disputar á las fieras un alimento grosero, que muchas veces les era tambien nocivo. Andando el tiempo se reunieron bajo el mando de gefes atrevidos, en cuya sociedad adquirieron nuevos conocimientos, pero tambien aumentaron sus necesidades y sus trabajos. El reconocer su debilidad comenzó á hacerlos infelices, y llegaron

à serlo efectivamente por el juicio que formaron de sus fuerzas; pues comenzando las guerras se inflamaron las grandes pasiones, y las consecuencias fueron espantosas. Era necesario que corriesen arroyos de sangre para ser dueños de un pais. Los que llegaban á ser vencedores destruian y aun devoraban á los vencidos: todos tenian el cuchillo y la muerte sobre sus cabezas, al mismo tiempo que la venganza rebosaba en sus corazones.

LLEGADA DE LAS COLONIAS ORIENTALES.

Pero ya sea que el hombre se canse al fin de su propia ferocidad, ó que el clima de la Grecia suavice el caracter de aquellos que la habitan, sucedió que diferentes cuadrillas de estos salvages se presentaron á ciertos legisladores que habian tomado á su cargo la empresa de civilizarlos. Eran estos unos egipcios que acababan de tomar puerto en las costas de la Argólide, en donde buscando un asilo llegaron á fundar un imperio. ¡Qué espectáculo este tan hermoso! ver á unos pueblos bravíos é incultos acercarse llenos de timidez á la colonia extrangera, admirar sus pacíficos trabajos, cortar y desarraigar sus bosques, que eran tan antiguos como el mundo, descubrir delante de sí mis-

mos una tierra antes desconocida, y hacerla fertil, extenderse por las llanuras con sus rebaños, y llegar finalmente á pasar en la inocencia aquellos dias tranquilos y serenos, que adquirieron á los siglos remotos el nombre de siglos de oro.

INACO Y FORONEO.

Esta revolucion tuvo su principio en tiempo de Inaco *, que era quien habia traido la primera colonia de Egipto, y continuó despues bajo la direccion de su hijo Foroneo; y en poco tiempo la Argólide, la Arcadia, y las regiones circumvecinas mudaron de aspecto.

Cerca de tres siglos despues se dejaron ver Cecrope, Cadmo y Danao **, el primero en la Atica, el segundo en la Beocia, y el otro en la Argólide, con nuevas colonias de egipcios y fenicios. La industria y las artes traspasaron los límites del Peloponeso, y sus progresos añadieron, por decirlo asi, nuevos pueblos al género humano.

Entre tanto algunas tribus de salvages que se habian retirado á las montañas, ó hácia los

* En 1970 antes de J. C.

** Cécrope en 1657. Cadmo en 1594. Danao en 1586.

paises setentrionales de la Grecia, atacaron á las sociedades nacientes, las cuales oponiendo el valor á la ferocidad, les precisaron á obedecer á las leyes, ó á ir á otros climas á gozar de una independencia funesta.

El reinado de Foroneo es la época mas antigua de la historia de los Griegos, y el de Cecrope de la de los Atenienses. Desde este último príncipe hasta el fin de la guerra del Peloponeso pasaron cerca de 1250 años, que divido en dos intervalos: el uno hasta la primera olimpiada, y el otro hasta la toma de Atenas por los Lacedemonios *. Voy á referir los sucesos principales ocurridos en uno y otro, deteniéndome principalmente sobre los pertenecientes á Atenas; y advierto que en el primero de estos periodos, los hechos verdaderos y los fabulosos, igualmente necesarios para la inteligencia de la religion, usos y monumentos de la Grecia, se mezclarán en mi relacion como están mezclados en las tradiciones antiguas.

Acaso mi estilo se resentirá de la lectura de los autores que he manejado. Es dificil cuando se camina por el pais de las ficciones dejar de adoptar muchas veces su lenguage.

* Primera olimpiada en 776 antes de J. C. Toma de Atenas en 404.

PARTE PRIMERA.

CECROPE.

La colonia de Cécrope traia su origen de Sais, ciudad de Egipto. Habia dejado las afortunadas riberas del Nilo para sustraerse á la ley de un vencedor inexorable; y despues de una larga navegacion habia llegado á las costas de la Atica, habitadas siempre por un pueblo á quien las naciones feroces habian tenido á menos sojuzgarle. Sus campañas estériles no ofrecian botin, ni su debilidad podia inspirar temor. Acostumbrado á las dulzuras de la paz, li-

bre sin conocer el precio de la libertad, mas bien grosero que bárbaro, debia unirse sin repugnancia á unos extrangeros, á quienes sus mismas desgracias habian hecho instruidos. A poco tiempo los Egipcios y los habitantes de la Atica no formaron sino un pueblo; pero los primeros adquirieron sobre los segundos aquel ascendiente que tarde ó temprano se da á la superioridad de conocimientos: y Cécrope, puesto al frente de los unos y de los otros, formó el proyecto de hacer feliz á la patria que acababa de adoptar.

Los habitantes antiguos de este pais veian renacer todos los años los frutos silvestres de la encina, y vivian confiados en la naturaleza que aseguraba su subsistencia por medio de esta reproduccion. Cécrope les presentó un alimento mucho mas grato, y les enseñó el modo de perpetuarle, sembrando en las tierras diferentes especies de granos. La oliva fué trasportada de Egipto á la Atica, y muchos árboles hasta entonces desconócidos, extendieron sus ramas cargadas de frutos sobre las abundantes cosechas. El habitante de la Atica, arrastrado por el ejemplo de los Egipcios diestros en la agricultura, redoblaba sus esfuerzos y se endurecia en el trabajo; pero todavía no era movido por intereses bastante poderosos para endulzar sus penas, y animarle en sus fatigas.

Pusiéronse leyes al matrimonio; y estos reglamentos, fuente de un nuevo orden de virtudes y de placeres, hicieron conocer las ventajas de la honestidad, los atractivos del pudor, el deseo de agradar, las felicidades del amor, y la necesidad de estar siempre amando. El padre oyó en el fondo de su corazon la secreta voz de la naturaleza, y la oyó tambien en el corazon de su esposa y de sus hijos. Quedó sorprendido al ver que vertia lágrimas que no le arrancaba ya el dolor; y aprendió á estimarse mas viendo que era sensible. Las mutuas necesidades y las alianzas reunieron las familias, y todos los miembros de la sociedad se estrecharon entre sí con un sin número de lazos. Los bienes de que gozaban no eran ya personales, ni miraban como agenos los males que no padecian.

Hubo ademas otros motivos que facilitaron la práctica de las obligaciones. Los Griegos primitivos ofrecian sus homenages á dioses cuyos nombres ignoraban, y que separados demasiadamente de los mortales, y reservando todo su poder para reglar la marcha del universo, con dificultad dejaban ver cual era su voluntad en el pequeño distrito de Dodona en Epiro. Las colonias extrangeras dieron á estas divinidades los nombres que tenian en Egipto, en Libia, en Fenicia, y señalaron á cada una

un imperio limitado y funciones particulares. La ciudad de Argos fué consagrada especialmente á Juno, la de Atenas á Minerva, y la de Tebas á Baco. Esta pequeña adicion al culto religioso, les hizo creer que los dioses se acercaban mas á la Grecia, y que se repartian entre sí el cuidado de sus provincias, y el pueblo los tuvo por mas accesibles, creyéndolos menos poderosos y menos ocupados. En donde quiera encontraba al rededor de sí sus divinidades; y seguro de fijar en adelante sus miradas, concibió una idea mas noble de la naturaleza del hombre.

Cécrope multiplicó los objetos de la pública veneracion. Invocó al soberano de los dioses bajo el título del *Altísimo*: erigió en todas partes templos y altares, pero prohibió verter sobre ellos sangre de víctimas, ya fuese para conservar los animales destinados á la agricultura, ó bien para inspirar á sus súbditos el horror de una escena bárbara que se habia practicado en la Arcadia. Un hombre, un rey, el feroz Licaon acababa de sacrificar allí un hijo á aquellos mismos dioses, á quienes se ultraja siempre que se ultraja á la naturaleza. El homenage que les ofrecia Cécrope, era mas digno de su bondad: eran espigas ó granos, primicias de las cosechas con que ellos enriquecian la Atica; y panales, tributo de la indus-

tria que sus habitantes empezaban á conocer.

Todos los reglamentos de Cécrope respiraban sabiduría y humanidad. Hizo que sus súbditos disfrutasen una vida tranquila, y que fuesen respetados aun mas allá del sepulcro. Quiso que se depositasen sus despojos mortales en el seno de la madre comun de los hombres, y que se sembrase luego la tierra que los cubria, para no quitar al labrador esta porcion de terreno. Los parientes, coronada la cabeza, daban un convite fúnebre; y aquí era donde sin escuchar la voz de la lisonja, ó de la amistad, se honraba la memoria del hombre virtuoso, y se deshonraba la del malvado. Con estas patéticas ceremonias llegaron á penetrar los pueblos que el hombre, poco celoso de conservar despues de su muerte una segunda vida en la estimacion pública, debia á lo menos dejar una reputacion de que no tuvieran que avergonzarse sus hijos.

La misma sabiduría brillaba en el establecimiento de un tribunal que parece haber sido formado por los últimos años de este príncipe, ó al principio del reinado de su sucesor: este es el areopago, que desde su origen jamas pronunció una sentencia de que se pudiese nadie quejar, y que contribuyó tanto á dar á los Griegos las primeras nociones de justicia.

Si Cécrope hubiera sido el autor de estas

memorables instituciones, y de otras muchas que empleó para ilustrar á los Atenienses, hubiera sido el primero de los legisladores y el mas grande de los mortales; pero eran obra de toda una nacion atenta á perfeccionarlas por espacio de muchos siglos. Las habia traido de Egipto, y fué tan rápido su efecto, que la Atica se vió luego poblada de veinte mil habitantes, que fueron divididos en cuatro tribus.

Unos progresos tan rápidos llamaron la atencion de los pueblos que solo vivian de rapiñas. Desembarcaron corsarios en las costas de la Atica, y los Beocios asolaron sus fronteras, difundiendo el terror por todas partes. Cécrope se aprovechó de estos acaecimientos para persuadir á sus súbditos á que reuniesen sus habitaciones, esparcidas hasta entonces en las campiñas; y por medio de murallas, ponerlas á cubierto de los insultos que acababan de experimentar. Echáronse los cimientos de Atenas en la colina, donde hoy dia se ve la ciudadela, y fundáronse otras once ciudades en diversos lugares; y los habitantes poseidos del terror, hicieron sin trabajo el sacrificio que debia serles mas penoso; pues renunciando la libertad de la vida campestre, se encerraron dentro de unos muros, que hubieran mirado como la mansion de la esclavitud, si no hubiese sido preciso adoptarlos como asilo de la debilidad. Al abrigo de

estas murallas, ellos fueron los primeros griegos que durante la paz depusieron aquellas armas matadoras que jamas dejaban antes de la mano.

Murió Cécrope despues de reinar cincuenta años. Se habia casado con la hija de uno de los principales habitantes de la Atica, en la que tuvo un hijo que murió antes que él, y tres hijas, á las cuales los Atenienses decretaron despues honores divinos. Conservan todavia su sepulcro en el templo de Minerva; y su memoria está grabada con caracteres indelebles en la constelacion Aquario que le consagraron.

Muerto Cécrope reinaron por espacio de cerca de quinientos sesenta y cinco años diez y siete príncipes, de los cuales fué el último Codro; pero la posteridad no debe fijar su atencion sobre los mas de ellos. Porque á la verdad, ¿qué importa que algunos hayan sido despojados por sus sucesores del trono que habian usurpado, ni que los nombres de otros por un acaso se hayan salvado del olvido? Busquemos en la serie de sus reinados los rasgos que influyeron sobre el caracter de la nacion, ó los que debian contribuir á su felicidad.

En los reinados de Cécrope y de Cranao su sucesor, gozaron los habitantes de la Atica de una paz bastante durable. Acostumbrados á las dulzuras y servidumbre de la sociedad, estudia-

ban sus obligaciones en sus necesidades, y se formaban las costumbres por los ejemplos.

Aumentados sus conocimientos por uniones tan íntimas, crecieron tambien por el comercio con las naciones vecinas. Algunos años despues de Cécrope las luces del Oriente penetraron en Beocia. Cadmo al frente de una colonia de Fenicios trajo á ella la mas sublime de todas las artes, la de fijar con letras los sonidos fugitivos de la palabra, y las mas finas operaciones del entendimiento. Introducido en la Atica el secreto de la escritura, fué destinado algun tiempo despues á conservar la memoria de los sucesos mas notables.

No podemos señalar de una manera precisa el tiempo en que fueron conocidas las demas artes: sobre cuyo origen solamente podemos referirnos á tradiciones. En el reinado de Erictonio la colonia de Cécrope acostumbró los caballos, dóciles ya al freno, á arrastrar con trabajo un carro, y se aprovechó del trabajo de las abejas, cuya casta perpetuó en el monte Himeto. En el de Pandion hizo nuevos progresos en la agricultura; pero habiendo una larga sequedad destruido las esperanzas del labrador, las cosechas de Egipto suplieron las necesidades de la colonia, con lo que se tomó una ligera tintura del comercio. Erecteo su sucesor ilustró su reinado con establecimientos útiles, y los Atenien-

ses despues de su muerte le consagraron un templo.

Estos descubrimientos sucesivos redoblaban la actividad del pueblo, y procurándole la abundancia le disponian para la corrupcion; porque luego que conocieron que en la vida humana hay bienes que el arte añade á los de la naturaleza, se despertaron las pasiones, y se decidieron hácia esta nueva idea de felicidad. La ciega imitacion, ese movil poderoso de las mas de las acciones del hombre, y que al principio no habia excitado mas que una emulacion dulce y benéfica, produjo luego despues el amor á las distinciones, el deseo de las preferencias, la envidia y el odio. Los ciudadanos principales movieron á su arbitrio estos diversos resortes, llenaron la sociedad de turbulencias, y dirigieron al trono sus ambiciosas miras. Anfiction derribó de él á Cranao; y él mismo se vió forzado á cederle á Erictonio.

Al paso que el reino de Atenas adquiria nuevas fuerzas, los de Argos, de Arcadia, de Lacedemonia, de Corinto, de Sicione, de Tebas, de Tesalia y de Epiro se acrecentaban por grados, y continuaban su revolucion sobre la escena del mundo.

Sin embargo volvió á parecer la antigua barbarie con desprecio de las leyes y costumbres se dejaron ver de cuando en cuando hombres

robustos, que se ponian en los caminos para atacar á los pasageros, ó príncipes cuya fria crueldad imponia á los inocentes suplicios lentos y dolorosos. Pero la naturaleza que continuamente equilibra el mal con el bien, hizo nacer para destruirlos otros hombres mas robustos que los primeros, tan poderosos como los segundos, y mas justos que los unos y los otros. Recorrieron la Grecia, la limpiaron del latrocinio de los reyes y de los particulares: se dejaron ver en medio de los Griegos como mortales de un orden superior; y este pueblo todavía en su infancia, tan extremado en su reconocimiento como en sus temores, daba tanta gloria á cualquiera de sus hazañas, que el honor de protegerle llegó á hacerse la ambicion de las almas fuertes.

Esta especie de heroismo, desconocido en los siglos siguientes, ignorado de otras naciones, el mas propio sin embargo para conciliar los intereses del orgullo con los de la humanidad, brotaba por todas partes, y se ejercitaba sobre toda suerte de objetos. Si una bestia feroz, salida del fondo de las selvas, esparcia el terror en las campañas, el heroe del pais se consideraba obligado á triunfar de ella en presencia de un pueblo que miraba todavía la fuerza como la prenda mas recomendable, y el valor como la primera de todas las virtudes.

Los soberanos mismos esperanzados de añadir á sus títulos la preeminencia del mérito mas estimado en su siglo, se empeñaban en combates, que manifestando su brio parecian legitimar tambien su poder. Pero luego desearon los peligros que antes se contentaban con no temer, y fueron á buscarlos á lo lejos, ó los hicieron nacer al rededor de sí; y como las virtudes se marchitan fácilmente con los elogios, su valentía, degenerando en temeridad, no mudó menos de objeto que de caracter. Sus empresas no eran ya dirigidas á la salud de los pueblos : todo se sacrificaba á las pasiones violentas, cuya impunidad alimentaba el desenfreno. La misma mano que acababa de derribar á un tirano de su trono, despojaba á un príncipe justo de las riquezas que habia heredado de sus padres, ó le robaba una esposa sobresaliente por su hermosura. Con tachas tan vergonzosas se nos presentan las vidas de los heroes antiguos.

ARGONAUTAS.

Muchos de ellos, con el nombre de Argonautas *, formaron el proyecto de ir á un pais lejano para apoderarse de los tesoros de Eetes, rey

* Hácia el año 1360 antes de J. C.

de Colcos. Les fué preciso atravesar mares desconocidos, y arrostrar continuamente nuevos peligros; pero cada uno de ellos se habia hecho famoso ya con tantas hazañas, que reuniéndose, se creyeron invencibles, y lo fueron en efecto. Entre estos heroes se ve á Jason, que sedujo y robó á Medea, hija de Eetes, pero que durante su ausencia perdió el trono de Tesalia á que le llamaba su nacimiento; á Castor y Polux, hijos de Tindaro, rey de Esparta, célebres por su valor y mas célebres todavía por una union que les mereció, se les erigiesen altares; á Peleo, rey de Ptiótide, que pasaria por un hombre grande, si su hijo Aquiles no hubiera eclipsado su gloria; al poeta Orfeo que participaba de los trabajos que con sus cantos hacia mas soportables; á Hércules, en fin, el mas ilustre de los mortales, y el primero de los semidioses.

HERCULES.

Toda la tierra está llena de la fama de su nombre, y de los monumentos de su gloria. Descendia de los reyes de Argos: se dice que era hijo de Júpiter y de Alcmena, muger de Anfitrion: que venció y quitó la vida al leon Nemeo, al toro de Creta, al jabalí de Erimanto, á la hidra Lernea, y á monstruos mas feroces

todavía, como son un Busiris, rey de Egipto, que bañaba cobardemente sus manos en la sangre de los extrangeros: un Anteo de Libia, que no les daba la muerte sino despues de haberlos vencido en la lucha; y últimamente los gigantes de Sicilia; los centauros de Tesalia, y todos los bandidos de la tierra, cuyos límites fijó en el Occidente, como Baco los habia fijado en el Oriente. A esto añaden, que él abrió las montañas para reunir entre sí las naciones: que abrió estrechos para dar comunicacion á los mares: que triunfó de los infiernos; y que hizo triunfar á los mismos dioses en los combates que tuvieron con los gigantes.

Su historia es un tejido de prodigios, ó por decirlo mejor, es la historia de todos los que han tenido su nombre, y sufrido los mismos trabajos. Se han exagerado sus hazañas, y reuniéndolas en un mismo hombre, juntamente con las grandes empresas, cuyos autores se ignoraban, se le ha cubierto de una brillantez que recae sobre la especie humana; porque el Hércules que se adora, es un fantasma de grandeza levantado entre el cielo y la tierra como para llenar el intervalo. El verdadero Hércules no se diferenciaba de los demas hombres mas que en la fuerza, y no se parecia á los dioses de los Griegos sino en sus debilidades. Los bienes y los males que hizo en sus frecuentes expediciones,

le ganaron en vida una celebridad que le valió á la Grecia un nuevo defensor en la persona de Teseo.

TESEO.

Este príncipe era hijo de Egeo, rey de Atenas, y de Etra, hija del sabio Piteo que gobernaba en Trecena. Estaba criado en esta ciudad, donde le inquietaba continuamente la fama de las acciones de Hércules. Oia la relacion de ellas con un ardor tanto mas desasosegado, cuanto mas le unian á este heroe los lazos de la sangre; y su alma impaciente se irritaba contra las barreras que le tenian encerrado, porque veia abrirse un vasto campo á sus esperanzas. Los salteadores comenzaban á aparecer de nuevo: los monstruos salian de sus bosques, y Hércules estaba en Lidia.

Etra deseando satisfacer á su valor y fogosidad, descubre á su hijo el secreto de su nacimiento, le conduce á un peñasco enorme, le manda levantarle, y alli encuentra una espada y otras señales por las que algun dia habia de ser reconocido por su padre. Pertrechado con este depósito toma el camino de Atenas. En vano su madre y su abuelo le instan para que se embarque en un navío. Los consejos prudentes le repugnan tanto como los tímidos: prefiere el

camino del peligro y de la gloria, y luego se halla en presencia de Sinnis. Era este un hombre cruel, que ataba á los que vencia á las ramas de los árboles encorvadas con violencia, y que volvian á enderezarse cargadas de los ensangrentados miembros de aquellos infelices. Mas allá Esciron ocupaba un sendero estrecho sobre una montaña, desde donde precipitaba los pasageros al mar. Mas lejos aun, Procrusto los extendia sobre una cama cuya longitud debia ser la medida justa de su cuerpo, que acortaba ó alargaba con terribles tormentos. Teseo atacó á estos bandidos, y los hizo perecer en los mismos tormentos que ellos habian inventado.

Despues de muchos combates y de repetidos triunfos, llega á la corte de su padre violentamente agitada por disensiones que amenazaban al soberano. Los Palantides, familia poderosa de Atenas, miraban con descontento el cetro en manos de un anciano, que segun ellos, ni tenia derecho á empuñarle, ni fuerza para sostenerle. Hacian entrever con sus desprecios la esperanza que tenian de su próxima muerte, y el deseo de partir sus despojos. La presencia de Teseo desconcertó sus proyectos, y temerosos de que Egeo, adoptando á este extrangero, hallase en él un vengador y un heredero legítimo, le llenaron de todas las desconfianzas de que es susceptible una alma debil; pero estando ya á

punto de sacrificar su hijo, Egeo le reconoce, y hace que le reconozca su pueblo. Rebélanse los Palantides: Teseo los disipa, y vuela corriendo á los campos de Maraton, asolados algunos años habia por un toro rabioso. Le ataca, le prende, y cargado de cadenas le presenta á la vista de los Atenienses, no menos atónitos de la victoria que espantados del combate.

Otro rasgo acabó de llenar bien luego su admiracion. Minos, rey de Creta, les acusaba de haber hecho perecer á su hijo Androgeo, y por la fuerza de las armas les habia obligado á entregarle en plazos señalados * un cierto número de mancebos y de doncellas. La suerte debia elegirlos y ser su último destino ó la esclavitud ó la muerte. Ya era esta la tercera vez que se les habia arrancado á los desgraciados padres las prendas de su cariño. Atenas estaba anegada en lágrimas; mas Teseo la consuela y tranquiliza. Se propone libertarla de este tributo odioso, y para cumplir tan noble proyecto, se pone él mismo en el número de las víctimas, y se embarca para Creta.

Los Atenienses dicen que luego que llegaban sus hijos á esta isla eran encerrados en un labe-

* Todos los años, segun Apolodoro, lib. III, pág. 253: á los siete años, segun Diodoro, lib. IV, pág. 263; y á los nueve, segun Plutarco, *in Thes.*, tom. I, pág. 6.

rinto, y despues devorados por el Minotauro, monstruo medio hombre, medio toro, habido de los infames amores de Pasifae, reina de Creta. Añaden que habiendo Teseo matado al Minotauro, volvió con los jóvenes atenienses y le acompañó Ariadna, hija de Minos, que le ayudó á salir del laberinto, y á la cual él abandonó en las riberas de Naxos. Los Cretenses por el contrario, dicen que los rehenes atenienses estaban destinados á los vencedores en los juegos celebrados en honor de Androgeo: que habiendo logrado Teseo el permiso de entrar en la lid, venció á Tauro general de las tropas de Minos, y que este príncipe fué generoso hasta el punto de hacer justicia á su valor y perdonar á los Atenienses.

El testimonio de los Cretenses es mas conforme al caracter de un príncipe famoso por su justicia y sabiduría: el de los Atenienses no es acaso mas que efecto de su odio eterno á los vencedores que los humillaron; pero de estas dos opiniones resulta igualmente que Teseo libró á su nacion de una servidumbre vergonzosa, y que exponiendo su vida acabó de merecer el trono, que vacó por muerte de Egeo.

Apenas se sentó en él, determinó poner límites á su autoridad, y dar al gobierno una forma mas regular y mas durable. Las doce ciudades de la Atica, fundadas por Cécrope, se habian

hecho otras tantas repúblicas, que tenian magistrados particulares, y gefes casi independientes. Sus intereses eran por lo comun contrarios, y producian entre ellas guerras frecuentes. Si algunos peligros urgentes las obligaban tal vez á recurrir á la proteccion del soberano, la calma que venia despues de la tempestad despertaba luego los antiguos zelos: la autoridad real vacilando entre el despotismo y el envilecimiento, inspiraba ya terror, ya desprecio; y por vicio de una constitucion cuya naturaleza no conocian exactamente ni el príncipe ni los vasallos, carecia el pueblo de todos los medios de defenderse contra la extrema esclavitud, ó contra la extrema libertad.

Teseo formó su plan, y superior aun á los pequeños obstáculos, se encargó de los pormenores de la ejecucion, recorrió los diversos paises de la Atica, é hizo cuanto pudo para insinuarse en los corazones de todos. El pueblo recibió con entusiasmo un proyecto que parecia volverle á su libertad primitiva; pero los mas ricos, consternados por la pérdida de la autoridad que habian usurpado, y por ver que se establecia una especie de igualdad entre todos los ciudadanos, murmuraban contra una innovacion que disminuia la autoridad real: sin embargo no tuvieron valor para oponerse abiertamente á las determinaciones de un príncipe, que procu-

raba alcanzar con la persuasion lo que podia exigir con la fuerza, y dieron su consentimiento, contra el cual se prometieron protestar en circunstancias mas favorables.

En este estado se ordenó que Atenas fuese la metrópoli y centro del imperio: que se aboliesen los senados de las ciudades particulares: que el poder legislativo residiese en la asamblea general de la nacion, distribuida en tres clases, la de los ricos, la de los labradores, y la de los artesanos: que los principales magistrados elegidos en la primera, se encargasen del depósito de las cosas sagradas, y de la interpretacion de las leyes: que las diferentes órdenes de ciudadanos se equilibrasen mútuamente, pues la primera tendria el brillo de las dignidades, la segunda la importancia de los servicios, y la tercera la superioridad del número. Ultimamente, se estableció que Teseo, puesto al frente de la república, fuese el defensor de las leyes que ella promulgase, y el general de las tropas que la defendiesen.

Con estas disposiciones el gobierno de Atenas vino á ser esencialmente democrático; y como era conforme al genio de los Atenienses, se mantuvo en este estado á pesar de las alteraciones que experimentó en tiempo de Pisistrato. Teseo instituyó una fiesta solemne, cuyas ceremonias recuerdan aun el dia de hoy la reu-

nion de los diversos pueblos de la Atica. Hizo construir tribunales para los magistrados : amplió la capital, y la hermoseó cuanto lo permitia la imperfeccion en que aun estaban las artes.

Los extrangeros convidados á habitar en ella, concurrieron de todas partes, y se confundieron con los antiguos habitantes : acrecentó el imperio con el territorio de Megara : puso sobre el istmo de Corinto una columna, que separaba la Atica del Peloponeso, y renovó cercá de este monumento los juegos istmios, á imitacion de los olímpicos que Hércules acababa de establecer.

Todo parecia favorecer entonces sus miras. Mandaba á pueblos libres, á quienes su moderacion y sus beneficios retenian en la dependencia. Dictaba leyes de paz y de humanidad á los pueblos vecinos, y gozaba anticipadamente de aquella profunda veneracion que los siglos conceden por grados á la memoria de los grandes hombres.

A pesar de esto él no lo fué lo bastante para acabar la obra de su gloria. Se cansó de los homenages pacíficos que recibia, y de las virtudes sencillas en que tenian su origen. Dos circunstancias fomentaron mas este disgusto. Su alma, que velaba sin cesar sobre la conducta de Hércules, estaba incomodada con las nuevas hazañas con que este príncipe hacia notable su re-

greso á Grecia. Por otro lado Piritoo, hijo de Ixion, y rey de una parte de Tesalia, ya fuese por experimentar el valor de Teseo, ó para arrancarle de su reposo, concibió un proyecto conforme al genio de los antiguos heroes. Vino á los campos de Maraton á robar los rebaños del rey de Atenas; y cuando se presentó Teseo para vengar este insulto, Piritoo, poseido al parecer de una admiracion secreta, le alargó la mano en señal de paz, y le dijo: «Sed mi juez: « ¿qué satisfaccion quereis que os dé? — La « de que os unais á mí por la hermandad de las » armas, » le respondió Teseo. A estas palabras se juraron una alianza indisoluble, y proyectaron juntos grandes empresas.

Hércules, Teseo y Piritoo, amigos y rivales generosos, estimulados mútuamente todos tres en la liza, no respirando mas que peligros y victorias, haciendo poner pálido al crimen, y temblar á la inocencia, fijaron entonces las miradas de la Grecia entera. Teseo siguiendo unas veces al primero, otras seguido del tercero, y algunas mezclado en el monton de los heroes, era llamado á todas las expediciones ruidosas. Triunfó, segun dicen, de las Amazonas, tanto en las orillas de Termodon en Ásia, como en las llanuras de la Ática: estuvo en la caza de aquel enorme jabalí de Calidon, contra el cual Meleagro, hijo del rey de esta ciudad, juntó los prín-

cipes mas valerosos de su tiempo; y se distinguió contra los centauros de Tesalia, aquellos hombres atrevidos, que habiendo sido los primeros en el ejercicio de combatir á caballo, tenian mas medios para dar la muerte y evitarla.

En medio de tantas acciones gloriosas, pero inútiles para la felicidad de su pueblo, resolvió con Piritoo robar la princesa de Esparta y la de Epiro, famosas ambas por una hermosura que las hacia célebres é infelices. La una era aquella Helena, cuya belleza y gracias hicieron correr despues tanta sangre y derramar tantas lágrimas; y la otra era Proserpina hija de Aidoneo, rey de los Molosos en Epiro.

Hallaron á Helena danzando en el templo de Diana, y habiéndola robado de entre sus compañeras se libraron por la fuga del castigo que les amenazaba en Lacedemonia, y les aguardaba en Epiro; porque Aidoneo, instruido de sus designios, echó á Piritoo á unos alanos horribles que le devoraron, y precipitó á Teseo en los horrores de una prision, de la cual no se libró sino por las diligencias amistosas de Hércules.

Cuando volvió á sus Estados encontró á su familia cubierta de oprobio, y á la ciudad dividida en facciones. La reina, aquella Fedra cuyo nombre resonó tan á menudo en el teatro de

Atenas, habia tomado á Hipólito (hijo de Teseo, habido en Antiope, reina de las Amazonas,) un amor que ella misma tenia por criminal, que daba horror al joven príncipe, y que causó luego la perdicion de ambos. Al mismo tiempo los Palantides, puestos al frente de los principales ciudadanos, procuraban apoderarse del poder soberano debilitado por Teseo, segun decian. El pueblo con el ejercicio de la autoridad, habia perdido el amor al orden, y el afecto de la gratitud. Acababa de ser irritado por la presencia y quejas de Castor y Polux, hermanos de Helena, quienes antes de sacarla del poder de aquellos á quienes Teseo la habia confiado, habian asolado la Atica, y excitado murmuraciones contra un rey que lo sacrificaba todo á sus pasiones, y abandonaba el cuidado de su imperio para ir á buscar aventuras ignominiosas en tierras lejanas, y expiar allí entre cadenas el bochorno.

En vano intentó Teseo disipar tan funestas impresiones. Se le hace un crimen de su ausencia, de sus expediciones, y de sus desgracias; y cuando quiso emplear la fuerza, llegó á conocer que no hay cosa mas debil que un soberano envilecido en la estimacion de sus vasallos.

En este apuro, habiendo prorumpido en imprecaciones contra los Atenienses, se refugió al rey Licomedes, en la isla de Esciros, donde

poco despues pereció *, ó de resultas de algun accidente, ó por traicion de Licomedes, con el fin de ganar la amistad de Mnesteo, sucesor de Teseo.

Sus acciones, y la impresion que hicieron sobre los ánimos en tiempo de su juventud al principio de su reinado, y al fin de su vida, nos le presentan sucesivamente bajo la imagen de un heroe, de un rey, de un aventurero; y segun estas diversas relaciones mereció la admiracion, el amor y el desprecio de los Atenienses. Despues han olvidado sus desaciertos, y se han avergonzado de su propia rebelion. Cimon, hijo de Milciades, trasportó sus huesos dentro de los muros de Atenas por orden del oráculo, y sobre su sepulcro se construyó un templo hermoseado con las producciones de las artes, y hecho el asilo de los delincuentes. Hay diversos monumentos que le representan á nuestros ojos, y nos excitan la memoria de su reino. Este es uno de los genios que presiden á los dias de cada mes, uno de los heroes honrados con fiestas y sacrificios. En fin, Atenas le mira como al primer autor de su poder, y se nombra con orgullo la ciudad de Teseo.

La ira de los dioses que le habia desterrado de sus Estados, habia mucho tiempo que se agra-

* Hácia el año 1305 antes de J. C.

vaba sobre el reino de Tebas. Cadmo arrojado del trono que él habia fundado, Polidoro despedazado por las Bacantes, Labdaco robado por una muerte temprana, y no dejando mas que un hijo en la cuna, y cercado de enemigos; tal habia sido desde el principio la suerte de la familia real, cuando Layo, hijo y sucesor de Labdaco, despues de haber perdido y recobrado dos veces la corona, casó con Epicasta ó Jocasta, hija de Meneceo. A este himeneo estaban reservadas las mas horribles calamidades. El hijo que nacerá, dijo un oráculo, será el asesino de su padre y el esposo de su madre. Nace este hijo, y los autores de su vida le condenaron á ser pasto de las bestias feroces: sus gritos ó la casualidad le hicieron descubrir en un lugar solitario, y presentado á la reina de Corinto le hizo criar en su corte bajo el nombre de Edipo, y como su hijo adoptivo.

Instruido, al salir de la infancia, de los peligros que habia corrido, consultó á los dioses, y habiendo sus ministros confirmado con su respuesta, el oráculo que precedió á su nacimiento, fué arrastrado á la desgracia que queria evitar. Resuelto á no volver á Corinto, que él miraba como su patria, tomó el camino de la Fócide, y en un sendero encontró á un anciano, que le intimó con altanería, que dejase libre el paso, y aun quiso obligarle á ello por fuerza.

Este era Layo: Edipo se arrojó sobre él, y á golpes le quitó la vida.

Despues de este fatal accidente se prometió el reino de Tebas y la mano de Jocasta al que libertase á los Tebanos de los males que sufrian. Esfinge, hija natural de Layo, asociada á unos salteadores, asolaba la campaña, detenia á los caminantes con preguntas capciosas, y los hacia perder en las revueltas del monte Fineo, para entregarlos á sus pérfidos compañeros. Edipo descubrió sus celadas, dispersó á los cómplices de sus crímenes; y recibiendo el premio de su victoria, dió cumplimiento al oráculo en todas sus partes.

Triunfaba el incesto sobre la tierra; mas el cielo se apresuró á detener su curso. Los dos esposos vivian amedrentados con visiones espantosas, y Jocasta acabó su vida y sus desgracias con una muerte violenta. Edipo, segun algunos autores, se sacó los ojos, y murió en la Atica, donde Teseo le habia concedido un asilo; pero segun otras tradiciones, fué condenado á sufrir la luz para ver todavía los lugares testigos de sus maldades, y á mantener la vida para darla á hijos mas culpables y tan desventurados como él. Estos fueron Eteocle, Polinice, Antígona é Ismena, que tuvo de Euriganea, su segunda muger.

Apenas llegaron los dos príncipes á la edad

de reinar, cuando confinaron á Edipo en el fondo de su palacio, y se convinieron entre sí de alternar en el gobierno, teniéndole un año cada uno. Eteocle fué el primero que subió á aquel trono, bajo del cual estaba siempre abierto el abismo, del cual no quiso bajar. Polinice se acogió á Adrasto, rey de Argos, que le casó con su hija, y le prometió socorros poderosos.

PRIMERA GUERRA DE TEBAS.

Esta fué la causa de la primera expedicion en que los Griegos mostraron algunos conocimientos del arte militar *. Hasta entonces se habian visto bandadas ó cuadrillas mas bien que tropas, inundar repentinamente un pais, y retirarse despues de haber cometido las hostilidades y crueldades pasageras. En la guerra de Tebas se vieron proyectos concertados con prudencia y seguidos con constancia; pueblos diversos encerrados en un mismo campo, y sometidos á la misma autoridad, oponiendo un valor igual á los rigores de las estaciones, á la lentitud de un asedio, y á los peligros de los combates diarios.

Partió Adrasto el mando del ejército con Po-

* En 1329 antes de J. C.

linice, a quien queria colocar sobre el trono de Tebas; con el valiente Tideo, hijo de Eneo, rey de Etolia; con el impetuoso Capaneo; con el adivino Anfiarao; con Hipomedon y Partenopeo. Despues de estos guerreros, distinguidos todos por su nacimiento y por su valor, vinieron en un orden inferior de mérito y dignidades, los habitantes principales de Mesenia, de Arcadia y de la Argólide.

Puesto en marcha el ejército, entró en la selva Nemea, donde sus generales instituyeron los juegos que se celebran aun el dia de hoy con la mayor solemnidad, y despues de haber pasado el istmo de Corinto, entró en la Beocia, y forzó á las tropas de Eteocle á encerrarse dentro de los muros de Tebas.

No sabian todavía los Griegos el arte de tomar una plaza defendida por una guarnicion numerosa. Todos los esfuerzos de los sitiadores se dirigian contra las puertas, y toda la esperanza de los sitiados consistia en sus salidas frecuentes. Los combates que estas habian ocasionado, habian hecho ya perecer mucha gente de una y otra parte. Ya el valiente Capaneo acababa de ser precipitado desde lo alto de una escala que habia arrimado al muro, cuando Eteocle y Polinice resolvieron terminar entre sí sus disputas. Señalado dia, fijado lugar, llorando los pueblos, en silencio el ejército, se acometen mú-

tuamente los dos príncipes uno contra otro, y despues de acribillarse á heridas, dieron sus últimos alientos, sin haber podido saciar su rabia. Se les condujo á la misma pira, y con el fin de expresar con una imagen espantosa los sentimientos que les animaron durante su vida, se fingió que la llama penetrada de su odio, se habia dividido para no confundir sus cenizas.

Durante la menor edad de Laodamas, hijo de Eteocle, se encargó á Creon, hermano de Jocasta, el continuar la guerra que cada dia iba haciéndose mas fatal para los sitiadores, y se acabó con una vigorosa salida que hicieron los Tebanos. El combate fué sangrientísimo, y murió en él Tideo y la mayor parte de los generales argivos. Obligado Adrasto á levantar el sitio, no pudo hacer los funerales á los que perecieron en el campo de batalla, y fué preciso que Teseo interpusiese su autoridad para obligar á Creon á someterse al derecho de gentes que empezaba á introducirse.

SEGUNDA GUERRA DE TEBAS O DE LOS EPIGONES.

La victoria de los Tebanos no sirvió mas que para retardar su ruina. Los gefes de los Argivos habian dejado hijos dignos de vengarlos; y

cuando llegó el tiempo * los jóvenes príncipes, conocidos con el nombre de *Epigones*, es decir, *Sucesores*, entre los cuales estaba Diómedes, hijo de Tideo, y Estenilao, hijo de Capaneo, entraron en las tierras de sus enemigos al frente de un ejército formidable. Vinieron luego á las manos, y habiendo perdido la batalla los Tebanos, abandonaron la ciudad que fué entregada al saqueo. Tersandro, hijo y sucesor de Polinice, fué muerto algunos años despues yendo al sitio de Troya, y por su muerte reinaron en Tebas dos príncipes de la misma familia; pero el segundo fué repentinamente asaltado de un tétrico y violento frenesí, y los Tebanos persuadidos á que las furias se encarnizarian en la sangre de Edipo mientras quedase una gota sobre la tierra, colocaron otra familia sobre el trono. Tres generaciones despues adoptaron el gobierno republicano que permanece todavía entre ellos.

No podia ser durable la tranquilidad que gozaba la Grecia despues de la segunda guerra de Tebas. Los gefes de esta expedicion habian vuelto llenos de gloria, y los soldados de botin. Unos y otros se dejaban ver con aquella arrogancia que da la victoria, y contando á sus hijos y á sus amigos, apiñados al rededor de ellos,

* En 1319 antes de J. C.

la serie de sus trabajos y de sus hazañas, conmovian vivamente sus imaginaciones, y encendian en todos los pechos la ardiente sed de los combates. Un suceso repentino desplegó impresiones tan funestas.

GUERRA DE TROYA.

Sobre las costas de Asia, á la parte opuesta de la Grecia, vivia pacíficamente un príncipe cuyos ascendientes habian sido todos soberanos, y que se hallaba al frente de una numerosa familia casi toda compuesta de jóvenes heroes: Priamo reinaba en Troya, y su reino, tanto por su opulencia y por el valor de los pueblos sujetos á sus leyes, cuanto por sus enlaces con los reyes de Asiria, brillaba en este pais de Asia con el mismo esplendor que el reino de Micenes en la Grecia.

La casa de Argos establecida en esta última ciudad, reconocia por gefe á Agamenon, hijo de Atreo. Habia añadido á sus Estados los de Corinto, los de Sicione, y los de otras muchas ciudades vecinas. Su poder aumentado con el de Menelao su hermano, que acababa de casarse con Helena heredera del reino de Esparta, le daba una grande influencia sobre aquella parte

de Grecia, que tomó el nombre de Peloponeso de Pélope, su abuelo.

Tántalo su bisabuelo reinó desde luego en Lidia, y contra los derechos mas sagrados retuvo en prision á un príncipe troyano llamado Ganimedes. Mas recientemente todavía, Hércules, descendiente de los reyes de Argos, habia destruido la ciudad de Troya, hecho morir á Laomedon, y robado á Hesione su hija.

La memoria de estos ultrages, que habian quedado sin castigo, mantenia entre las casas de Priamo y Agamenon un odio hereditario é implacable, irritado de dia en dia por la rivalidad del poder, la mas terrible de las pasiones sanguinarias. Paris, hijo de Priamo, fué destinado á hacer brotar estas semillas de division.

Vino Paris á Grecia, y llegó á la corte de Menelao, donde la belleza de Helena se llevaba todas las atenciones. El príncipe troyano reunia á las ventajas de su figura el deseo de agradar, y el feliz conjunto de las prendas mas recomendables. Estas calidades animadas por la esperanza del éxito, hicieron tal impresion sobre la reina de Esparta, que lo abandonó todo por seguirle. En vano intentaron los Atrides alcanzar por bien una satisfaccion proporcionada á la ofensa: Priamo no vió en su hijo mas que el reparador de los ultrages que su casa y la Asia toda habian recibido de los Griegos, y des-

preció los medios de reconciliacion que se le proponian.

A tan extraña novedad, rompen y se reparten por todas partes aquellos gritos tumultuosos y sanguinarios, aquellos alborotos precursores de los combates y de la muerte. Las naciones de Grecia se conmueven como una selva agitada por la tempestad. Los reyes cuyo poder está limitado á una sola ciudad, y aquellos cuya autoridad se extiende á muchos pueblos igualmente dominados del espíritu de heroismo, se juntan en Micenas. Juran reconocer á Agamenon por gefe de la empresa, de vengar á Menelao, y de reducir á cenizas á Ilion. Si hay príncipes que se niegan al principio á entrar en la confederacion, son luego arrastrados por la elocuencia del anciano Nestor, rey de Pilos: por los discursos insidiosos de Ulises, rey de Itaca: por el ejemplo de Ayax de Salamina: de Diómedes de Argos: de Idomeneo de Creta: de Aquiles, hijo de Peleo, que reinaba en un pais de Tesalia; y de una multitud de jóvenes guerreros, embriagados de antemano con los triunfos que se prometian.

Despues de largos preparativos se juntó el ejército de cerca de cien mil hombres en el puerto de Aulide; y cerca de mil y doscientas velas le trasportaron á las costas de la Troada.

La ciudad de Troya defendida por murallas y

torres, estaba guarnecida por un ejército numeroso á las órdenes de Hector, hijo de Priamo, quien tenia bajo de sí muchos príncipes aliados, que habian reunido sus tropas á las de los Troyanos. Juntos sobre la costa presentaban un frente formidable al ejército de los Griegos, quienes despues de haberles rechazado, se encerraron en un campo con la mayor parte de sus bajeles.

Los dos ejércitos tentaron de nuevo sus fuerzas, y el éxito dudoso de muchos combates hizo penetrar que el sitio se prolongaria.

Con frágiles barcos, y escasas luces sobre la navegacion, los Griegos no habian podido establecer una comunicacion seguida entre la Grecia y Asia. Comenzaron á escasear los víveres, y una parte de la armada se destinó á talar, ó á sembrar las islas y las costas vecinas, mientras que diversas partidas dispersadas por la campaña hurtaban las cosechas y los rebaños. Habia otro motivo que hacia indispensables estos destacamentos. La ciudad no estaba todavía sitiada: y como las tropas de Priamo la ponian al abrigo de una sorpresa, se resolvió atacar á los aliados de este príncipe, ya sea para aprovecharse de sus despojos, ó ya para privarle de sus socorros. Aquiles lo llevaba todo á sangre y fuego; y saliendo de madre como un torrente destructor, volvia con un botin inmenso que

se distribuia al ejército, y con esclavos sin número que distribuian entre sí los generales.

Estaba situada Troya á la falda del monte Ida, á alguna distancia del mar: las tiendas y los bajeles de los Griegos ocupaban la costa: el espacio medio era el teatro de la valentía y de la ferocidad. Los Troyanos y los Griegos armados con picas, con mazas, con espadas, con flechas, y con dardos, cubiertos de morriones, de corazas, de escarcelas y de broqueles, estrechadas las filas, y los generales al frente, se avanzaban los unos contra los otros: los primeros con grande gritería, y los segundos con un silencio mas espantoso: luego que los gefes, cual si fueran soldados rasos, y mas celosos de dar grandes ejemplos que sabios consejos, se precipitaban en el peligro, dejando casi siempre al acaso el cuidado de un suceso que no sabian ni preparar ni seguir, las tropas se chocaban y hacian pedazos con confusion, como las olas que el viento impele y repele en el estrecho de la Eubea. La noche separaba á los combatientes: la ciudad ó los atrincheramientos servian de asilo á los vencidos, y la victoria costaba mucha sangre, sin producir provecho alguno.

En los dias siguientes la llama de la pira devoraba á los que habia segado la muerte, y se honraba su memoria con lágrimas y juegos fú-

nebres. Espiraba la tregua, y se volvia de nuevo á las manos.

Muchas veces en lo mas recio del combate levantaba un guerrero su voz, y desafiaba á singular combate á otro guerrero del partido contrario. Las tropas silenciosas los veian ya lanzarse dardos ó enormes pedazos de piedra : ya acercarse espada en mano, y casi siempre insultarse mútuamente para irritar mas su furor. El rencor del vencedor sobrevivia á su triunfo: si no podia ultrajar el cuerpo de su enemigo y privarle de sepultura, trataba á lo menos de despojarle de las armas. Pero al instante se avanzaban las tropas de una y otra parte, unas para quitarle la presa, otras para asegurársela, y la accion se hacia general.

Tambien llegaba á serlo cuando uno de los ejércitos tenia mucho que temer por la muerte de su guerrero, ó cuando él mismo buscaba en la fuga el medio de salvar la vida. Solas las circunstancias podian justificar este último partido : el insulto y el desprecio cubrian para siempre al que huia sin combatir; porque en todos tiempos ha sido preciso saber arrostrar la muerte para merecer la vida. Se miraba con indulgencia al que no huia el cuerpo á la superioridad de su contrario, sino despues de experimentarla : porque el valor de aquellos tiempos no tanto consistia en la intrepidez de ánimo,

cuanto en el conocimiento de sus fuerzas; y así no era vergonzoso huir cuando solo se cedia á la necesidad, pero era una gloria alcanzar al enemigo cuando huia, y juntar á la fuerza, que preparaba la victoria, la ligereza que servia para decidirla.

Jamas fueron tan comunes las asociaciones de armas y de sentimientos entre dos guerreros como en la guerra de Troya. Aquiles y Patroclo, Ayax y Teucro, Diómedes y Estenelo, Idomeneo y Merion, y otros muchos héroes dignos de seguir sus huellas, combatian muy á menudo uno cerca de otro, y arrojándose en la pelea partian entre sí los peligros y la gloria. Montados otras veces sobre un mismo carro, guiaba el uno los caballos mientras el otro evitaba la muerte, y la causaba al enemigo. La muerte de un guerrero exigia una pronta reparacion de parte de su compañero de armas: la sangre vertida pedia sangre.

Impresa altamente esta idea en los espíritus, endurecia á los Griegos y Troyanos, contra los males sin número que sufrian. Los primeros habian estado mas de una vez á punto de tomar la ciudad: los segundos forzaron muchas el campamento á pesar de las empalizadas, fosos y muros que le defendian. Se veian destruirse los ejércitos, y desaparecer los guerreros. Hector, Sarpedon, Ayax, y Aquiles mismo, habian

muerto ya. A vista de estos reveses los Troyanos suspiraban por que se restituyese á Helena, y los Griegos por su patria; pero á unos y otros los contenia luego la afrenta, y aquella desgraciada facilidad que tienen los hombres de acostumbrarse á todo menos al reposo y á la felicidad.

Todo el mundo tenia puestos los ojos en las campañas de Troya, en aquellos lugares adonde la gloria llamaba á voz en grito á los príncipes que no habian ido desde el principio de la expedicion. Impacientes por señalarse en esta carrera abierta á las naciones, venian sucesivamente á juntar sus tropas á las de los aliados, y algunas veces perecian en el primer combate.

En fin, despues de diez años de resistencia y de trabajos, despues de haber perdido la flor de su juventud y de sus heroes, cayó la ciudad en poder de los Griegos *; y su caida hizo tal ruido en la Grecia, que todavía sirve de principal época á los anales de las naciones. Sus muros, sus casas, y sus templos convertidos en cenizas: Príamo espirando á los pies de los altares, y sus hijos degollados en su presencia: Hecuba su esposa, Casandra su hija; Andrómaca viuda de Hector, y otras muchas princesas cargadas

* En 1282 antes de J. C.

de cadenas, y arrastradas como esclavas al traves de la sangre que corria por las calles, en medio de todo un pueblo devorado por las llamas, ó destruido por el hierro vengador: tal fué el desenlace de esta guerra fatal. Los Griegos saciaron su furor; pero este cruel placer fué el término de su prosperidad, y el principio de sus desastres.

Su regreso fué señalado por los mas siniestros reveses. Mnesteo, rey de Atenas, acabó sus dias en la isla de Melos: Ayax, rey de los Locrienses, pereció con su flota: Ulises, mas infeliz, temió muchas veces la misma suerte en diez años que anduvo errante por los mares; y otros, mas dignos todavía de compasion, fueron recibidos en su familia como extrangeros revestidos de títulos que una larga ausencia habia hecho olvidar, y hacia odiosos una vuelta imprevista. En lugar de las demostraciones de alegría que debia producir su presencia, no oyeron al rededor de sí mas que gritos sediciosos de la ambicion, del adulterio, ó del mas sórdido interes. Vendidos por sus amigos y parientes, fueron los mas de ellos á buscar otros nuevos á paises desconocidos bajo el mando de Idomeneo, de Filoctetes, de Diómedes y de Teucro.

La casa de Argos se cubrió de crímenes, y despedazó sus entrañas con sus propias manos:

Agamenon halló su trono y su lecho profanados por un indigno usurpador, y murió asesinado por Clitemnestra su esposa, la cual poco tiempo despues perdió la vida atrozmente á manos de su hijo Orestes.

Estos horrores repetidos entonces en casi todas las provincias de Grecia, y representados aun el dia de hoy en el teatro de Atenas, deberian instruir á los reyes y á los pueblos, y hacerles temer hasta las mismas victorias. La de los Griegos les fué tan funesta como á los mismos Troyanos. Debilitados por sus esfuerzos y por sus mismos triunfos, no pudieron ya resistir á sus divisiones, y se familiarizaron con la funesta idea de que la guerra era tan necesaria á los Estados como la paz. En el espacio de algunas generaciones se vieron caer y extinguirse la mayor parte de las casas soberanas, que habian destruido la de Priamo; y ochenta años despues de la ruina de Troya, una parte del Peloponeso, pasó á manos de los Heraclides, ó descendientes de Hércules.

VUELTA DE LOS HERACLIDES.

La revolucion producida por la vuelta de estos príncipes fué ruidosa, y fundada sobre los

mas especiosos pretextos*. Entre las familias que en los tiempos mas remotos poseyeron el imperio de Argos y de Micenas, las mas distinguidas fueron las de Danao, y Pélope. Del primero de estos príncipes descendieron Proeto, Acrisio, Perseo, y Hércules; y del segundo Atreo, Agamenon, Orestes y sus hijos.

Sujeto Hércules toda su vida á la voluntad de Euristeo, á quien circunstancias particulares habian elevado al poder supremo, no pudo hacer valer sus derechos, pero los trasmitió á sus hijos, que fueron despues desterrados del Peloponeso. Intentaron mas de una vez entrar en él, pero sus esfuerzos eran reprimidos por la casa de Pélope, que habia usurpado la corona despues de la muerte de Euristeo, y sus títulos fueron crímenes mientras ella podia oponerles la fuerza. Luego que dejó de ser tan temible, se vió despertar en favor de los Heraclides la adhesion de los pueblos á sus antiguos señores, y los zelos de las potencias vecinas contra la casa de Pélope. La de Hércules tenia entonces á su frente tres hermanos Temeno, Cresfonte, y Aristodemo, quienes habiéndose asociado con los Dorios, entraron con ellos en el Peloponeso, donde la mayor parte de las ciudades fueron obligadas á reconocerlos por soberanos.

* En 1202 antes de J C.

Los descendientes de Agamenon forzados en Argos, y los de Nestor en la Mesenia se refugiaron, los primeros á Tracia, y los segundos á la Atica. Argos tocó en suerte á Temeno, y la Mesenia á Cresfonte. Euristeno y Proclo, hijos de Aristodemo, muerto en el principio de la expedicion, reinaron en Lacedemonia.

Poco tiempo despues los vencedores atacaron á Codro, rey de Atenas, que habia dado asilo á sus enemigos. Este príncipe habiendo entendido que el oráculo prometia la victoria al ejército que perdiese á su general en la batalla, se expuso voluntariamente á la muerte, y de tal modo inflamó este sacrificio á sus tropas, que pusieron en huida á los Heraclides.

Aquí es donde se acaban los siglos llamados heróicos, y donde es preciso colocarse para conocer el espíritu, y entrar en los pormenores, que apenas permite indicar el curso rápido de los sucesos.....

REFLEXIONES SOBRE LOS SIGLOS HERÓICOS.

Antiguamente no se veian en la Grecia mas que monarquías; y el dia de hoy casi toda ella está gobernada por repúblicas. Los primeros reyes no poseian mas de una ciudad, ó un cierto distrito: algunos extendieron su poder á costa de sus vecinos, y se formaron grandes Estados:

sus sucesores quisieron aumentar su autoridad con perjuicio de sus súbditos, y la perdieron.

Si no hubieran venido á Grecia mas colonias que la de Cécrope, los Atenienses, mas ilustrados, y por tanto mas poderosos que los otros salvages, los hubieran sujetado poco á poco; y la Grecia no hubiera formado mas que un gran reino, que subsistiria el dia de hoy como los de Egipto y de Persia. Pero las diversas colonias venidas de Oriente la dividieron en muchos Estados; y los Griegos todos adoptaron el gobierno monárquico, pues los que los civilizaron no conocian otros; porque es mas facil sujetarse á la voluntad de un hombre solo, que á la de muchas cabezas; y porque la idea de obedecer y mandar á un mismo tiempo, de ser juntamente súbdito y soberano, supone muchos conocimientos y combinaciones para que pueda ser percibida en la infancia de los pueblos.

Los reyes ejercian las funciones de pontífice, de general y de juez: su poder, que trasmitian á sus sucesores, era muy extenso, pero sin embargo templado por un consejo cuyo parecer tomaban, y cuyas decisiones comunicaban á la asamblea general de la nacion.

Algunas veces, despues de una larga guerra, los dos pretendientes del trono, ó los dos guerreros que ellos habian escogido, se presentaban con las armas en la mano, y el derecho de gobernar

los hombres pendia de la fuerza ó destreza del vencedor.

El soberano para sostener el esplendor de su clase, ademas de los tributos puestos sobre el pueblo, poseia un dominio que habia recibido de sus mayores, el cual aumentaba con sus conquistas y algunas veces con la generosidad de sus amigos. Teseo, desterrado de Atenas, no tuvo otro recurso que los bienes que su padre le habia dejado en la isla de Esciros. Los Etolios, estrechados por un enemigo poderoso, prometieron á Meleagro, hijo de Eneo su rey, un terreno considerable si queria combatir á su frente.

La multitud de ejemplos no permite citar á los príncipes, que debieron una parte de sus tesoros á la victoria ó á la gratitud; pero lo que se debe notar es, que se gloriaban de los dones que habian obtenido, porque los dones se miraban como precio de un beneficio, ó símbolo de la amistad, y así era honroso recibirlos, y vergonzoso no merecerlos.

Nada daba mas brillo á la clase suprema, y estímulo al valor que el espíritu de heroismo: nada habia mas conforme á las costumbres de la nacion, que eran por toda ella las mismas. El caracter de los hombres se componia entonces de un corto número de rasgos sencillos, pero expresivos, y fuertemente expresados. El arte no habia prestado todavía sus colores á

la obra de la naturaleza. De este modo los particulares debian diferenciarse entre sí, y ser parecidos los pueblos.

Los cuerpos naturalmente robustos, se hacian aun mas con la educacion: las almas sin artificio ni ficcion eran activas, emprendedoras, amando ú aborreciendo hasta el exceso, siempre arrastradas por los sentidos, y siempre prontas á evadirse. La naturaleza menos violentada en los que tenian el poder, se desenvolvia en ellos con mas energía que en el pueblo. Repelian la ofensa con el ultrage ó con la fuerza, y mas débiles en el dolor que en los infortunios (si es que se puede llamar debilidad el parecer sensible), lloraban por una afrenta de la cual no podian vengarse. Benignos y condescendientes cuando se tenia atencion con ellos, impetuosos y terribles cuando se les faltaba en esto, pasaban desde la mayor violencia á los mas grandes remordimientos, y reparaban su falta con la misma sencillez que la confesaban. En fin, como los vicios y las virtudes se manifestaban á las claras y sin rodeos, los príncipes y los heroes eran abierta y claramente codiciosos, ansiosos de gloria, de preeminencias y de placeres.

Estos corazones varoniles y altivos, no podian experimentar movimientos lánguidos. Los agitaban á un mismo tiempo dos grandes pasiones, el amor y la amistad; pero con esta dife-

rencia, que el amor era para ellos una llama devoradora y pasagera, y la amistad un calor vivo y continuo. La amistad producia acciones que se miran hoy como prodigios, y entonces eran tenidas por obligaciones. Cuando Orestes y Pilades querian morir el uno por el otro, no hacian sino lo que otros muchos heroes habian hecho antes que ellos. El amor, violento en sus arrebatos, y cruel en zelos, tenia á menudo funestas consecuencias. La hermosura tenia sobre los corazones dotados mas bien de sensibilidad que de ternura, un imperio superior á las calidades que la adornan. Ella hacia el ornato de aquellas soberbias fiestas, que daban los príncipes cuando contraian alguna alianza: allí se reunian con los reyes y guerreros, princesas cuya presencia y cuyos zelos eran un manantial de divisiones y de desgracias.

En las bodas de un rey de Larisa, unos jóvenes de Tesalia, conocidos con el nombre de Centauros, insultaron á las compañeras de la joven reina, y perecieron á manos de Teseo y de muchos heroes que en esta ocasion tomaron á su cargo la defensa de un sexo, que habian ultrajado mas de una vez.

Las bodas de Tetis y de Peleo fueron turbadas por las pretensiones de algunas princesas, que disfrazadas como era uso, con los nombres de

Juno, de Minerva, y de otras diosas, aspiraban al premio de la belleza.

Habia otra clase de espectáculo que reunia los príncipes y los heroes, que eran los funerales de un soberano, al cual concurrian de todas partes haciendo ostentacion de su magnificencia y de su destreza en los juegos que se celebraban para honrar su memoria. Se daban los juegos sobre un sepulcro, porque el dolor no tenia necesidad de otra decencia. Aquella delicadeza que desprecia todo consuelo, es en el sentimiento un exceso ó una perfeccion que no era todavía conocida: mas lo que se sabia era derramar lágrimas sencillas, suspenderlas cuando la naturaleza lo ordenaba, y volverlas á verter cuando el corazon se acordaba de lo que habia perdido. « Algunas veces me encierro « en mi palacio, dice Menelao en Homero, para « llorar aquellos amigos mios que perecieron « bajo los muros de Troya. » Esto habiendo pasado diez años despues de su muerte.

Los heroes eran á un mismo tiempo injustos y religiosos. Cuando por una casualidad, por odio particular, ó por una defensa legítima habian matado á alguno, se estremecian de la sangre que acababan de verter; y dejando su trono ó su patria, iban á tierras lejanas á buscar el socorro de la expiacion. Despues de los sacrificios necesarios para obtenerla, se derramaba sobre

la mano culpable el agua destinada á purificarla; y desde este momento entraba otra vez en la sociedad, y se preparaba á nuevos combates.

El pueblo sorprendido con esta ceremonia, no lo quedaba menos con el exterior amenazador que estos heroes presentaban siempre. Los unos llevaban sobre sus hombros los despojos de los tigres y leones que habian matado. Otros se dejaban ver con pesadas mazas, ó armas de diversas especies quitadas á los salteadores de quienes habian librado á la Grecia.

Con este aparato se presentaban para obtener los derechos de la hospitalidad: derechos peculiares hoy á ciertas familias, y comunes entonces á todas. A la voz de un extrangero se abrian todas las puertas, y se prodigaban todos los obsequios; y para rendir á la humanidad el mas hermoso de todos los homenages, no se informaban de su estado ni de su nacimiento hasta despues de haber satisfecho sus necesidades. No debian los Griegos á los legisladores esta institucion sublime; la debian á la naturaleza cuyas luces vivas y profundas llenaban el corazon del hombre, y que todavía no se han apagado, pues que nuestro primer movimiento es el de estimacion y confianza en nuestros semejantes, y que la desconfianza seria mirada como un vicio enorme, si no la hubiera con-

vertido casi en virtud la experiencia de tantas perfidias.

Sin embargo se vieron crímenes atroces é inaúditos en los siglos en que brillaban tan grandes ejemplos de humanidad; pero semejantes crímenes y prevaricaciones eran efectos de la ambicion y de la venganza: pasiones desenfrenadas, que segun la diferencia de condiciones y tiempos, empleaban ya las maniobras sordas, ya la fuerza abierta para llegar á sus fines. Otras no debieron su origen sino á la poesía, que en sus pinturas altera tanto los hechos históricos como los naturales. Los poetas, dueños de nuestros corazones como esclavos de su imaginacion, ponen sobre la escena los principales personages de la antigüedad, y por algunas noticias que se han librado de la voracidad del tiempo, establecen caracteres, que varian ó contraponen segun necesitan, y cargándolos algunas veces de colores horrorosos, trasforman las flaquezas en crímenes, y los crímenes en atrocidades. Nosotros detestamos á aquella Medea que trajo Jason de la Cólquide, y cuya vida, se dice, no fué mas que una cadena de horrores. Acaso no tuvo otra magia que sus gracias, ni otro crimen que su amor; y quizá la mayor parte de aquellos príncipes, cuya memoria está hoy cubierta de oprobio, no fueron mas culpables que Medea.

No era la barbarie la que reinaba mas en los siglos remotos; era una cierta violencia de caracter, que continuamente se hacia traicion á sí misma á fuerza de obrar á las claras. Pero á lo menos podia uno prevenirse contra un odio que se anunciaba por la cólera, y contra las pasiones, que avisaban antes cuales eran sus proyectos. ¿Pero cómo libertarse el dia de hoy de crueldades meditadas, ni de odios disimulados y bastante pacientes para aguardar el momento de la venganza? El siglo verdaderamente bárbaro no es aquel en que hay mas impetuosidad en los deseos, sino aquel en que se halla mas falsedad en el corazon.

Ni la clase ni el sexo dispensaban de los cuidados domésticos, que dejan de ser viles cuando son comunes á todos los Estados, se les asociaba algunas veces con los talentos agradables, como eran la música y el baile; y mas todavía con los placeres tumultuosos, como la caza y los ejercicios que mantienen ó desenvuelven la fuerza del cuerpo.

Las leyes eran pocas y sencillas, porque habia menos necesidad de decretar sobre la injusticia que sobre el insulto, y de reprimir las pasiones en su ímpetu, que perseguir los vicios en sus subterfugios.

Las grandes verdades morales descubiertas desde luego por aquel instinto admirable que

inclina el hombre al bien, fueron confirmadas muy pronto en su estimacion por la utilidad que le resultaba de su práctica. Entonces se propuso por motivo y por recompensa de la virtud, no tanto la satisfaccion del alma, cuanto el favor de los dioses, la estimacion pública y la veneracion de la posteridad. La razon no se replegaba todavía sobre sí misma para sondear la naturaleza de las obligaciones, y sujetarlas á aquellas análisis que sirven ya para confirmarlas, ó ya para destruirlas. Solamente se sabia que en todas las circunstancias de la vida es ventajoso dar á cada uno lo que le toca; y siguiendo este instinto del corazon, las almas buenas se abandonaban á la virtud, sin hacer caso de los sacrificios que exigia.

Dos especies de conocimientos ilustraban á los hombres, la tradicion cuyos intérpretes eran los poetas, y la experiencia que los ancianos habian adquirido. La tradicion conservaba algunos vestigios de la historia de los dioses y de los hombres. De aquí nacia la consideracion de que gozaban los poetas, encargados de recordar en los festines y en las ocasiones de lucimiento estos hechos interesantes, de adornarlos con los encantos de la música, y de engalanarlos con ficciones que lisonjeaban la vanidad de los pueblos y de los reyes.

La experiencia de los ancianos suplia por la

lenta experiencia de los siglos, y reduciendo los ejemplos á principios, hacia conocer los efectos de las pasiones, y los medios de reprimirlas. De aquí nacia aquella estimacion que se tenia á la ancianidad, que la señalaba los primeros asientos en las asambleas de la nacion, y que apenas concedia á los jóvenes la permision de preguntarla.

La extrema vivacidad de las pasiones daba un precio infinito á la prudencia; y la necesidad de instruirse al talento de la palabra.

Entre todas las calidades del espíritu, la imaginacion fué la primera que se cultivó, porque es la que antes se descubre en la infancia de los hombres y de los pueblos, y porque entre los Griegos principalmente el clima que habitaban, y las alianzas que formaron con los Orientales, contribuyeron á desenvolverla.

En Egipto, donde el sol es siempre abrasador, donde los vientos, las crecidas del Nilo, y los demas fenómenos están sujetos á un órden constante, donde la estabilidad y uniformidad de la naturaleza parece que prueban su eternidad, la imaginacion lo aumentaba todo; y lanzándose por todas partes en lo infinito, llenaba al pueblo de admiracion y de respeto.

En la Grecia, donde el cielo, turbado algunas veces con tempestades, casi siempre centellea con una luz pura; donde la diversidad de

aspectos y de estaciones ofrece sin cesar contrastes sorprendentes; donde á cada paso y á cada instante se presenta la naturaleza en accion, porque siempre se diferencia de sí misma, la imaginacion, mas rica y mas activa que en Egipto, lo engalanaba todo, y derramaba sobre todas las operaciones del espíritu un calor tan apacible como fecundo.

De esta suerte los Griegos salidos de sus bosques, no vieron ya los objetos bajo de un velo espantoso y sombrío, y de la misma manera los Egipcios trasladados á la Grecia, dulcificaron poco á poco los rasgos severos y arrogantes de sus cuadros. No haciendo unos y otros mas que un pueblo, se formaron un lenguage brillante en expresiones figuradas, pintaron sus antiguas opiniones con colores que alteraban su sencillez, pero que las hacian mas seductoras; y como creyeron vivos todos los seres que tenian movimiento, y atribuian á otras tantas causas particulares los fenómenos cuyo enlace no conocian, fué á sus ojos el universo una decoracion magnífica, cuyos resortes se movian al arbitrio de una infinidad de agentes invisibles.

Entonces fué cuando se formó aquella filosofía, ó mas bien aquella religion que subsiste todavía entre el pueblo: mezcla confusa de verdades y de mentiras; de tradiciones respetables y de ficciones alegres: sistema que adula los senti-

dos é irrita á la razon : que respira placer preconizando la virtud, y del cual se hace preciso dar una idea ligera, porque en él se ve el caracter del siglo en que tuvo su principio.

¿Qué poder sacó al universo del caos? El Ser infinito, la luz pura, el origen de la vida: démosle el mas hermoso de sus títulos, el Amor mismo, aquel Amor cuya presencia restablece en todo la armonía, y al cual atribuyen su origen los hombres y los dioses.

Estos seres inteligentes se disputaron el imperio del mundo; pero abatidos los hombres en estos combates terribles, quedaron para siempre sujetos á sus vencedores.

Multiplicóse el linage de los inmortales como el de los hombres. Saturno, nacido del comercio del cielo con la tierra, tuvo tres hijos que se repartieron el dominio del universo: Júpiter reina en el cielo, Neptuno en el mar, Pluton en los infiernos, y los tres en la tierra: todos tres están rodeados de una multitud de divinidades encargadas de ejecutar sus órdenes.

Júpiter es el mas poderoso de los dioses, porque lanza el rayo, y su corte es la mas brillante de todas; pues es la mansion de la luz eterna, y debe serlo de la felicidad, puesto que todos los bienes de la tierra vienen del cielo.

Se implora á las divinidades de los mares y de los infiernos en ciertas ocasiones: á los dioses

celestiales en todos los lugares y en todos los momentos de la vida. Estos exceden á los otros en poder; pues están sobre nuestras cabezas, mientras los otros moran á nuestro lado y bajo nuestros pies.

Los dioses distribuyen á los hombres la vida, la salud, las riquezas, la sabiduría y el valor. Nosotros les acusamos de que son los autores de nuestros males, pero ellos nos reprenden de que somos infelices por culpa nuestra. Pluton es odioso á los mortales, porque es inflexible. Los demas dioses se dejan mover por nuestras súplicas, y sobre todo, por nuestros sacrificios, cuyo olor es para ellos un perfume delicioso.

Si tienen sentidos como nosotros, deben tener las mismas pasiones. La hermosura causa en su corazon la misma impresion que en el nuestro, y se les ha visto muchas veces buscar en la tierra placeres que se hacian mas apetitosos con el olvido de la grandeza, y la sombra del misterio.

No pretendieron los Griegos degradar la divinidad con este conjunto extravagante de ideas. Acostumbrados á juzgar por sí mismos de todos los seres vivientes, atribuian sus flaquezas á los dioses, y sus sentimientos á los animales, sin pretender abatir á los primeros, ni ensalzar á los segundos.

Cuando quisieron formarse una idea de la felicidad celeste, y del cuidado que allí se tiene

del gobierno del universo, miraron al rededor de sí, y dijeron:

Un pueblo es dichoso sobre la tierra, cuando pasa los dias en regocijos; y un soberano cuando reune á su mesa á todos los príncipes y princesas que reinan en los paises vecinos, y las jóvenes esclavas perfumadas con espíritus sirven el vino en abundancia, al mismo tiempo que los diestros cantores mezclan y acordan sus voces con la lira: del mismo modo en los convites frecuentes que reunen á los habitantes del cielo, la juventud y la belleza, significadas en las hermosas facciones de Hebe, distribuyen el nectar y ambrosía; los cantos de Apolo y de las Musas hacen resonar las bóvedas del Olimpo, y brilla en todos los semblantes la alegría.

Algunas veces junta Júpiter á los inmortales al rededor de su trono: ventila con ellos los intereses de la tierra, del mismo modo que un soberano trata de los intereses de sus Estados con los grandes de su reino. Proponen los dioses diversos pareceres, y mientras los defienden con calor, pronuncia Júpiter, y todos enmudecen.

Autorizados por él los dioses dan movimiento al universo, y son los autores de los fenómenos que nos pasman.

Una joven diosa abre todas las mañanas las puertas del oriente, y derrama por los aires la frescura, las rosas por el campo, y rubíes por

el camino del sol. A este anuncio despierta la tierra, y se dispone á recibir al dios que la d cada dia una nueva vida: aparece, y se muestra con la magnificencia que conviene al soberano de los cielos: su carro, conducido por las Horas, vuela, y se interna en el espacio inmenso, que llena de llamas y de luz. Luego que llega al palacio de la soberana de los mares, la Noche, que sigue eternamente sus huellas, extiende su tenebroso manto, y cuelga un sin número de lámparas en la bóveda celeste. Entonces se levanta otro carro cuya claridad apacible y consoladora inclina los corazones sensibles á la meditacion: le conduce una diosa, y viene en silencio á recibir los tiernos homenages de Endimion. Ese arco brillante con tan ricos colores, que se tiende de un punto á otro del horizonte, es la señal luminosa del pasage de Iris, que lleva á la tierra las órdenes de Juno. Esos vientos apacibles, y esas tempestades horrorosas son genios que ya juguetean en los aires, ó ya luchan entre sí para levantar las ondas. Al pie de este ribazo hay una gruta, asilo de la frescura y de la paz: allí es donde una ninfa benéfica vierte de su urna inagotable el arroyo que fertiliza la vecina llanura, y allí es donde ella escucha los votos de la joven belleza, que viene á contemplar sus atractivos en la onda fugitiva. Entrad en ese bosque sombrio; ni el silencio ni la soledad es lo que ocu-

pa vuestro espíritu: estais en la mansion de las Driades y Silvanos; y ese secreto espanto que experimentais es efecto de la magestad divina.

A cualquiera parte que volvamos nuestros pasos, estamos en presencia de los dioses: los hallamos dentro y fuera de nosotros mismos: se repartieron el imperio de las almas, y dirigen nuestras inclinaciones. Unos presiden á la guerra, y á las artes de la paz: otros nos inspiran el amor de la sabiduría ó el de los placeres: todos aman la justicia, y protegen la virtud: treinta mil divinidades derramadas entre nosotros, velan continuamente sobre nuestros pensamientos y acciones. Cuando obramos bien, el cielo aumenta nuestros dias y nuestra felicidad, y nos castiga cuando obramos mal. A la voz del crimen, Nemesis y las negras Furias salen bramando del fondo de los infiernos: se introducen en el corazon del reo, y le atormentan de dia y de noche con ahullidos fúnebres y penetrantes. Estos son los remordimientos. Si el malvado no cuida antes de su muerte de apaciguarlas con ceremonias santas, las Furias enclavadas en su alma como en su presa, la arrastran á los abismos del Tártaro; porque se debe advertir, que los antiguos Griegos estaban generalmente persuadidos de la inmortalidad del alma.

La idea que, siguiendo á los Egipcios, se formaban de esta sustancia tan poco conocida,

era de este modo : el alma espiritual, es decir, el espíritu ó el entendimiento está envuelto en una alma sensitiva, que no es otra cosa que una materia luminosa y sutil, imagen fiel de nuestro cuerpo, sobre el cual ella se ha modelado, y cuya semejanza y dimensiones conserva siempre. Estas dos almas están estrechamente unidas mientras vivimos, la muerte las separa; y mientras que el alma espiritual sube á los cielos, la otra guiada por Mercurio, vuela á las extremidades de la tierra, donde están los infiernos, el trono de Pluton y el tribunal de Minos. Abandonada de todo el universo, y no teniendo en favor suyo mas que sus acciones, comparece el alma ante este tribunal temible : oye su sentencia, y va ó á los Eliseos, ó al Tártaro.

Los Griegos, que no habian fundado la felicidad de los dioses mas que sobre placeres sensuales, no pudieron imaginar para los campos Eliseos otros bienes, que un clima delicioso, y una tranquilidad profunda, pero uniforme : débiles ventajas que no impedian á las almas virtuosas suspirar por la luz del dia, y echar menos sus pasiones y sus placeres.

El Tártaro es la mansion de los llantos y de la desesperacion. Los culpados son atormentados allí de un modo espantoso : les despedazan las entrañas buitres crueles, y ruedas ardientes los arrastran al rededor de su eje. Allí es donde

Tántalo espira de hambre y sed á cada instante en medio de una agua pura, y debajo de árboles cargados de fruta, en donde las hijas de Danao están condenadas á llenar un tonel de agua, que se les va al momento; y Sisifo á fijar en lo alto de un monte un peñasco que sube con trabajo, y que estando ya para llegar al término, vuelve á caer por sí mismo. Necesidades insufribles, y siempre irritadas con la presencia de los objetos propios para satisfacerlas: trabajos siempre los mismos, y eternamente infructuosos..... ¡qué suplicios! La imaginacion que los inventó, habia agotado todas las sutilezas de la barbarie, para preparar castigos al crimen, mientras que no concedia en recompensa á la virtud mas que una felicidad imperfecta, y emponzoñada con pesares. ¿Seria esto porque se juzgase mas util conducir á los hombres por el temor del castigo, que por el atractivo del placer; ó mas bien porque sea mas facil multiplicar las imágenes de la desdicha que las de la felicidad?

Este informe sistema de religion enseñaba un corto número de dogmas esenciales á la tranquilidad de las sociedades, como son: la existencia de los dioses, la inmortalidad del alma las recompensas de la virtud, y el castigo del vicio: prescribia ademas prácticas que podian contribuir á mantener estas verdades, como

las fiestas y los misterios : presentaba á la política medios poderosos para sacar provecho de la ignorancia y credulidad del pueblo, como los oráculos, el arte de los agoreros y adivinos : dejaba en fin á cada uno la libertad de escoger entre las tradiciones antiguas, y de añadir sin cesar nuevas menudencias á la historia y genealogía de los dioses : de suerte, que teniendo la imaginacion libertad para crear hechos, y alterar con prodigios los que ya eran conocidos, esparcia continuamente sobre sus cuadros el interes de lo maravilloso; aquel interes que es tan frio á los ojos de la razon, pero tan encantador para los niños, y para los pueblos cuando están en su infancia. Las relaciones de un viagero á sus huéspedes, de un padre de familia á sus hijos, de un cantor en las diversiones de los reyes, se enredaban ó desenredaban con la intervencion de los dioses; y el sistema de la religion se iba haciendo insensiblemente un sistema de ficciones y de poesía.

Al mismo tiempo las falsas ideas que se tenian sobre la física, enriquecian la lengua con un monton de imágenes. El hábito de confundir el movimiento con la vida, y la vida con la sensacion : la facilidad de unir ciertas relaciones que los objetos tienen entre sí, hacian que los seres mas insensibles tomasen en el discurso una alma ó propiedades que no les convenia.

La espada se decia sedienta de la sangre del enemigo : la flecha que vuela, impaciente por derramarla : se daban alas á cuanto hiende los aires, al rayo, á los vientos, á las flechas, al sonido de la voz. La aurora tenia dedos de rosa : el sol trenzas de oro : Tetis pies de plata. Todas estas metáforas causaron admiracion, sobre todo en su principio ; y el lenguage vino á hacerse poético, como lo son todos en su origen.

Tales eran poco mas ó menos los progresos del espíritu entre los Griegos, cuando Codro sacrificó su vida por la salud de su patria. Conmovidos los Atenienses con este rasgo de grandeza, abolieron el título de rey : dijeron que Codro le habia elevado á tal altura, que en adelante seria imposible igualarle. En consecuencia reconocieron á Júpiter por su soberano ; y habiendo puesto á Medon, hijo de Codro, al lado del trono, le llamaron arconte *, ó gefe perpetuo, obligándole sin embargo á dar al pueblo cuenta de su administracion.

Los hermanos de este príncipe se habian opuesto á su eleccion ; pero cuando la vieron confirmada por el oráculo, quisieron mas bien irse á tierras extrañas á buscar mejor fortuna, que fomentar en su patria un principio de divisiones intestinas.

* En 1092 antes de J. C.

ESTABLECIMIENTO DE LOS JONIOS EN LA ASIA MENOR.

La Atica y los paises que la rodean estaban entonces sobrecargados de habitantes. Las conquistas de los Heraclides habian hecho refluir á esta parte de la Grecia la nacion entera de los Jonios, que ocupaban antes doce ciudades en el Peloponeso. Estos extrangeros gravosos á los lugares que les servian de asilo, y muy próximos à los que habian dejado, suspiraban por una mudanza que les hiciese olvidar sus desgracias. Los hijos de Codro les indicaron mas allá de los mares las ricas campiñas que terminan el Asia, á la parte opuesta de la Europa, de las cuales una parte estaba ya ocupada por aquellos Eolienses, á quienes en otro tiempo habian echado del Peloponeso los Heraclides.

Sobre los confines de la Eolida habia un pais fertil, situado en un clima admirable, y habitado por bárbaros que los Griegos comenzaban á despreciar. Los hijos de Codro habiéndose propuesto conquistarle, fueron seguidos por un gran número de hombres de toda edad y pais. Los bárbaros hicieron muy poca resistencia, y la colonia se halló luego en posesion de otras tantas ciudades como habia dejado en el Peloponeso; y estas ciudades, entre las cua-

les sobresalian Mileto y Efeso, compusieron por su union el cuerpo jónico.

Medon trasmitió á sus descendientes la dignidad de arconte; pero como esta causaba recelos á los Atenienses, limitaron despues su ejercicio al tiempo de diez años*; y creciendo sus temores con sus precauciones, la dividieron por último entre nueve magistrados anuales**, que todavía tienen el título de arcontes.

Estos son todos los movimientos que nos presenta la historia de Atenas desde la muerte de Codro hasta la primera olimpiada, por espacio de trescientos diez y seis años. Segun las apariencias, estos siglos lo fueron de felicidad; porque las desgracias de los pueblos se conservan para siempre en sus tradiciones. No se puede insistir mucho sobre una reflexion tan desconsoladora para la humanidad. En el largo intervalo de paz de que gozó la Atica, produjo sin duda corazones nobles y generosos, que se sacrificaron al bien de la patria; y hombres sabios, cuyas luces mantuvieron la armonía en todas las clases del Estado; pero fueron entregados al olvido, porque no tuvieron mas que virtudes. Si hubieran hecho correr torrentes de

* El año 752 antes de J. C.

** El año 684 antes de J. C.

lágrimas y de sangre, sus nombres hubieran triunfado del tiempo, y á falta de historiadores, los monumentos que se les hubieran consagrado, publicarian todavía su fama en medio de las plazas públicas. ¡ Será preciso pues destruir los hombres para merecer altares !

Mientras la calma reinaba en la Atica, los demas Estados solo experimentaban algunos movimientos ligeros y momentaneos: pasábanse los siglos en silencio, ó mas bien llenaron su vacío tres hombres, los mas grandes que existieron jamas, que fueron, Homero, Licurgo y Aristomeno. En Lacedemonia y Mesenia es en donde se aprende á conocer los dos últimos; pero el genio de Homero se puede admirar en todos los tiempos y en todos los lugares.

HOMERO.

Floreció Homero cerca de cuatro siglos despues de la guerra de Troya *. En su tiempo se cultivaba mucho la poesía entre los Griegos, y cada dia se iba haciendo mas copiosa la fuente de las ficciones, que constituyen su esencia ó su adorno: la lengua brillaba con imágenes, y se prestaba á las necesidades del poeta, tanto

* Hácia el año 900 antes de J. C.

mas, cuanto era mas irregular *. Dos acaecimientos notables, la guerra de Tebas y la de

* Homero emplea muchas veces los diversos dialectos de la Grecia, y se le acusa de ello como de un crimen. Se dice, que esto es lo mismo que si un escritor nuestro usase en un escrito del lenguage de Languedoc, del de Picardía, y de otros idiomas particulares. La acusacion parece fundada. ¿Mas cómo se puede imaginar que Homero con el espíritu mas facil y fecundo, y permitiéndose licencias que no se atreveria á tomarse el menor poeta, se hubiese determinado para hacer sus versos, á formarse un lenguage extravagante y capaz de dar náuseas, no solamente á la posteridad, sino tambien al siglo en que escribia, por ignorante que se le suponga? Es pues mas natural pensar, que se valió de la lengua vulgar de su tiempo.

Entre los pueblos antiguos de la Grecia, las mismas letras hicieron desde luego percibir sonidos mas ó menos ásperos, mas ó menos abiertos: las mismas palabras tuvieron muchas terminaciones, y se modificaron de muchas maneras. Estas eran irregularidades sin duda; pero muy ordinarias en la infancia de las lenguas, y que las frecuentes emigraciones de los pueblos pudieron mantener por largo tiempo entre los Griegos. Cuando estas colonias se fijaron irrevocablemente, ciertos modos de hablar se hicieron propios de ciertas provincias; y entonces fué cuando el lenguage se dividió en dialectos, que eran tambien susceptibles de subdivisiones. Las variaciones frecuentes que tienen las palabras en los mas antiguos monumentos de nuestra lengua, nos hacen presumir, que sucedió lo mismo en la lengua griega.

A esta razon general es preciso añadir otra, que es relativa al pais en que escribia Homero. La colonia Jonia, que dos siglos antes de este poeta, fué á establecerse en las costas del Asia menor; bajo el gobierno de Neleo, hijo de Codro, se componia por la mayor parte de Jonios del Peloponeso; pero tambien habia habitantes de Tebas, de la Fócide, y de otros paises de la Grecia.

Yo soy de parecer, que de sus idiomas mezclados entre sí, y

Troya, tenian en ejercicio los talentos; y por todas partes se veian cantores con la lira en la mano anunciar á los Griegos las hazañas de sus antiguos guerreros.

Se habian ya dejado ver Orfeo, Lino, Museo y otros muchos poetas, cuyas obras se han perdido, y que quizá por lo mismo son mas celebrados: ya acababa de entrar en la carrera aquel Hesiodo, que fué, dicen, el rival de Homero, y que describió en un estilo lleno de dulzura y armonía, las genealogías de los dioses, los trabajos del campo, y otros objetos, á los cuales supo dar interes.

Homero pues encontró un arte que habia ya algun tiempo que habia salido de la infancia, y cuyos progresos se aceleraban con la emulacion continua: le alcanzó en su vigor, y la adelantó tanto, que parecia haberle creado de nuevo.

Se dice que cantó la guerra de Tebas, y compuso muchas obras que le hubieran igua-

con los de los Eolienses y otras colonias griegas, vecinas á la Jonia, se formó el lenguage de que se sirvió Homero. Pero en adelante, por los movimientos progresivos que experimentan todas las lenguas, algunos dialectos se hicieron peculiares de ciertas ciudades: tomaron caracteres mas diferentes, y no obstante conservaron variedades, que dan testimonio de la confusion antigua. En efecto, Heródoto, cuatrocientos años posterior á Homero, reconoce cuatro subdivisiones en el dialecto que se hablaba en la Jonia.

ado á los mejores poetas de su tiempo; pero la Iliada y la Odisea le hacen superior á todos los poetas que han escrito antes y despues de él.

Describió en el primero de estos poemas algunas circunstancias de la guerra de Troya, y en el segundo la vuelta de Ulises á sus Estados.

Durante el sitio de Troya habia ocurrido un suceso que fijó la atencion de Homero. Insultado Aquiles por Agamenon, se retiró á su campo. Su ausencia debilitó el ejército de los Griegos, y reanimó el valor de los Troyanos, que salieron de sus muros, y dieron muchos combates, quedando en casi todos vencedores. Llevaban ya el fuego sobre los bajeles enemigos, cuando se dejó ver Patroclo, armado con las armas de Aquiles. Hector le ataca, y le deja muerto en el campo de batalla. Aquiles, á quien no habian podido ablandar los ruegos de los gefes del ejército, vuela al combate, venga la muerte de Patroclo con la del general troyano, ordena los funerales de su amigo, y entrega por un rescate al infeliz Priamo el cuerpo de su hijo Hector.

Estos hechos ocurridos en muy pocos dias, eran consecuencia de la cólera de Aquiles contra Agamenon, y formaban en el curso del asedio un episodio, que se podia separar fá-

cilmente, y que Homero escogió para asunto de la Iliada. Al tiempo de tratarlo, se sujetó al orden histórico; mas para dar mas brillantez á su objeto, supuso, siguiendo el sistema recibido en su tiempo, que desde el principio de la guerra estaban los dioses divididos entre los Griegos y Troyanos; y para hacerle mas interesante puso los personages en accion: artificio quizá desconocido hasta él, que ha dado origen al género dramático, y que Homero empleó en la Odisea con el mismo éxito.

En este último poema se echa de ver mas sabiduría y mas artificio. Diez años se habian pasado desde que Ulises habia dejado las costas de Ilion. Disipaban sus bienes robadores injustos: querian obligar á su esposa desolada á contraer un segundo matrimonio, y á hacer una eleccion que no podia ya dilatar. En este momento se abre la escena de la Odisea. Telémaco, hijo de Ulises, va al continente de la Grecia á preguntar á Nestor y á Menelao por su padre. Mientras estaba en Lacedemonia, parte Ulises de la isla de Calipso, y despues de una trabajosa navegacion, es arrojado por la tempestad á la isla de los Feacios, próxima á Itaca. En un tiempo en que el comercio no habia reunido los pueblos, r[illegible] estos á cualquier viagero para oir la [illegible] de sus aventuras. Instado Ulises á satisfa[illegible] á una corte, donde

la ignorancia y el gusto por lo maravilloso reinaban hasta el exceso, la refiere los prodigios que ha visto, la enternece con la pintura de los trabajos que ha pasado, y logra socorros para volver á sus Estados. Llega, se da á conocer á su hijo, y toma con él medidas eficaces para vengarse de sus comunes enemigos.

La accion de la Odisea no dura mas de cuarenta dias; Mas Homero por medio del plan que habia formado, halló el secreto de pintar todas las circunstancias del regreso de Ulises, de recordar muchas circunstancias de la guerra de Troya, y de manifestar todos los conocimientos que él mismo habia adquirido en sus viages. Se cree que compuso esta obra en una edad avanzada; lo que parece advertirse en la multiplicidad de las relaciones, como tambien en el caracter apacible de los personages, y en un cierto calor suave come el del sol á su ocaso.

Aunque Homero se haya propuesto principalmente agradar á su siglo, resulta claramente de la Iliada que los pueblos son siempre victima de la division de sus cabezas; y de la Odisea, que la prudencia junta al valor, triunfa tarde ó temprano de los mayores obstáculos.

Apenas eran conocidas en la Grecia la Iliada y la Odisea, cuando Licurgo se dejó ver en Jonia: el genio del poeta se puso luego en comu-

nicacion con el del legislador. Licurgo descubre lecciones de sabiduría, donde el comun de los hombres no veia mas que ficciones agradables: copia los dos poemas, y enriquece su patria. De allí se comunicaron á todos los Griegos, y se vieron actores, conocidos con el nombre de rapsodes, sacar fragmentos de sus escritos, y recorrer toda la Grecia, que los oia con entusiasmo. Unos cantaban el valor de Diómedes; otros la despedida de Andrómaca; otros la muerte de Patroclo, la de Hector, etc.

La reputacion de Homero se acrecentaba al parecer con la reparticion de los papeles; pero el tejido de sus poemas se destruia insensiblemente; y como corria peligro que sus partes muy separadas no pudiesen reunirse al todo, prohibió Solon á muchos rapsodes, cuando se juntasen á cantar, el tomar al acaso en los escritos de Homero hechos aislados, y les mandó seguir en sus relaciones el orden que habia seguido el autor, de modo que comenzase uno donde acababa el otro.

Este reglamento ocurria á un peligro, y dejaba subsistir todavia otro mayor. Entregados los poemas de Homero al entusiasmo y á la ignorancia de los que los cantaban ó interpretaban públicamente, se alteraron cada dia en su boca: perdian considerablemente, y se cargaban de versos agenos. Pisistrato é Hiparco su

hijo emprendieron restablecer la pureza del texto: consultaron á gramáticos diestros: prometieron premios á los que les llevasen fragmentos auténticos de la Iliada y Odisea; y despues de un largo y penoso trabajo, expusieron estos dos magníficos cuadros á los ojos de los Griegos, igualmente atónitos de la hermosura de los planes, y de la riqueza de los pormenores. Ademas de esto ordenó Hiparco que los versos de Homero se cantasen en la fiesta de los Panateneos con el orden señalado en la ley de Solon.

La posteridad, que no puede medir la gloria de los reyes y de los heroes por sus acciones, cree oir á lo lejos el ruido que han hecho en el mundo, y le anuncia con mas brillo á los siglos venideros. Pero la reputacion de un autor cuyos escritos subsisten, á cada generacion, á cada momento es comparada con los títulos que la han establecido; y su gloria debe ser el resultado de las sentencias sucesivas que las edades pronuncian en su favor. La de Homero se ha acrecentado tanto mas, cuanto mejor conocidas han sido sus obras, y se ha estado en mayor disposicion de apreciarlas. Nunca han sido los Griegos tan instruidos como el dia de hoy, y así nunca le tributaron una veneracion tan profunda: su nombre está en las lenguas de todos, y todos tienen delante de sus ojos su retrato.

Muchas ciudades se disputan el honor de ser su patria: otras le han erigido templos : los Argivos, que le invocan en sus ceremonias religiosas, envian todos los años á la isla de Quio á ofrecer un sacrificio en honor suyo.

Sus versos resuenan en toda la Grecia, y hacen el adorno de sus fiestas brillantes. En ellos es en donde la juventud encuentra sus primeras instrucciones: de donde Esquiles, Sófocles, Arquíloco, Heródoto, Demóstenes, Platon y los mejores autores, han tomado la mayor parte de las bellezas que sembraron en sus escritos; y donde el escultor Fidias y el pintor Eufranor aprendieron á representar dignamente al soberano de los dioses.

¿Qué especie pues de hombre es este que da lecciones de política á los legisladores : que enseña el arte de escribir á los historiadores y filósofos: á los poetas y oradores el de mover y que hace brotar todos los talentos, y cuya superioridad es tan reconocida, que no se le tiene mas envidia que al sol que nos ilustra?

Yo sé que Homero debe interesar especialmente á su nacion. Las familias principales de la Grecia creen descubrir en sus obras los títulos de su origen; y los diversos Estados, la época de su grandeza. Su testimonio ha sido muchas veces suficiente para fijar los antiguos límites de dos pueblos vecinos. Pero este mérito, que

podia serle comun con otros muchos autores olvidados ya el dia de hoy, no seria capaz de producir el entusiasmo que excitan sus poemas, y se necesitaban otros motivos para llegar á obtener entre los Griegos el imperio del espíritu.

Yo no soy mas que un escita, y muchas veces se escapa á mis órganos demasiado torpes la armonía de los versos de Homero, aquella armonía que enagena á los Griegos; pero yo no puedo contener mi admiracion cuando le veo elevarse, y ponerse sobre el universo; lanzando por todas partes sus miradas ardientes; recogiendo los fuegos y los colores con que centellean los objetos á su vista; asistiendo á la asamblea de los dioses; sondeando los dobleces del corazon humano; y luego, rico con sus descubrimientos, embriagado con las bellezas de la naturaleza, y no pudiendo contener ya el fuego que le devora, derramarle con profusion sobre sus pinturas y en sus expresiones: poner en disputa el cielo con la tierra, y á las pasiones consigo mismas: deslumbrarnos con rayos de luz, que solo son propios del genio: arrastrarnos con aquellos ímpetus de sensacion en que consiste el sublime verdadero, y dejar siempre en nuestra alma una impresion profunda, que parece dilatarla y engrandecerla. Porque lo que distingue principalmente á Homero, es aquel animarlo todo, y

penetrarnos sin cesar de los movimientos que le agitan: es el subordinarlo todo á la pasion principal; seguirla en sus ardores, en sus descarríos, en sus inconsecuencias, elevarla hasta las nubes, y cuando es preciso, dejarla caer por la fuerza del sentimiento y de la virtud, como la llama del Etna que el viento rebate hasta el fondo del abismo: es haber escogido grandes caracteres; haber distinguido el poder, el valor y las demas calidades de sus personages, no con descripciones frias y fastidiosas, sino con pinceladas rápidas y fuertes, ó con ficciones nuevas y como sembradas al acaso en sus obras.

Subo con él á los cielos, y reconozco á toda una Venus en aquel ceñidor, de donde se escapan sin cesar los fuegos del amor, los deseos impacientes, las gracias seductoras, y los inexplicables encantos de la lengua y de los ojos: reconozco á Palas en sus furores, en aquella egida de la que están pendientes el terror, la violencia, y la cabeza espantosa de la horrible Gorgona: Júpiter y Neptuno son los mas poderosos de los dioses; pero Neptuno necesita un tridente para sacudir la tierra: á Júpiter le basta una mirada para estremecer el Olimpo. Bajo á la tierra: Aquiles, Ayax y Diómedes son los mas temibles de todos los Griegos; pero Diómedes se retira á vista del ejército troyano, Ayax no

cede sino despues de rechazarle muchas veces; y apenas se presenta Aquiles, cuando el ejército desaparece.

Estas diferencias no se encuentran confrontadas en los libros sagrados de los Griegos; pues así se pueden llamar la Iliada y la Odisea. El poeta habia plantado sólidamente sus modelos: cuando era necesario, quitaba los claro-oscuros que servian para distinguirlos, y los tenia presentes en su imaginacion, aun en el tiempo en que daba á sus caracteres variaciones momentaneas; porque efectivamente solo el arte presta á los caracteres una constante unidad, pues la naturaleza no ha producido uno que no se desmienta jamas en las diversas circunstancias de la vida.

Platon no encontraba bastante dignidad en el dolor de Aquiles, ni en el de Priamo, cuando el primero se revuelca en el polvo despues de la muerte de Patroclo, y el segundo da un paso humillante para lograr el cuerpo de su hijo. ¡Pero cuán extraña debe ser aquella dignidad que sofoca el sentimiento! Por lo que á mí toca, yo alabo á Homero, de que á imitacion de la naturaleza, haya puesto la debilidad al lado de la fortaleza, y al lado de la eminencia el abismo. Le alabo todavía mas porque supo presentarme el mejor de los padres en el mas poderoso de los reyes, y el mas tierno

de los amigos en el mas fogoso de los heroes.

He visto reprender los discursos injuriosos que el poeta pone en boca de sus heroes, ya sea cuando se juntan en sus congresos, ya en medio de los combates. En este caso he fijado mi atencion en los niños, que están mas cercanos á la naturaleza que nosotros, en el pueblo que es siempre niño; en los salvages que son siempre pueblo; y he observado en todos, que antes de explicarse por los efectos, se anuncia su cólera por la jactancia, por la insolencia y por los ultrajes.

He visto vituperar á Homero, porque habia pintado en su simplicidad las costumbres de los tiempos que le precedieron; mas yo me he reido de la crítica, y he guardado silencio.

Pero cuando se le imputa á crimen haber degradado á los dioses, me contento con referir la respuesta que me dió en una ocasion un ateniense ilustrado. Homero, me decia este, siguiendo el sistema poético de su tiempo, habia atribuido nuestras debilidades á los dioses. Aristófanes las ha presentado en el teatro, y nuestros padres aplaudieron su licencia: los teólogos mas antiguos dijeron que los hombres y los dioses tenian un origen comun; y casi en nuestros dias ha dicho Píndaro lo mismo.

Jamas pues se ha pensado que estos dioses pudiesen llenar la idea que tenemos de la divinidad; y en efecto, la verdadera filosofía admite sobre ellos un Ser supremo, que les ha confiado su poder. Las gentes instruidas le adoran en silencio: los demas dirigen sus votos, y algunas veces sus quejas á los que le representan; y la mayor parte de los poetas son como los vasallos del rey de Persia, que se postran ante el soberano, y se desbocan contra sus ministros.

Carguen la mano sobre los defectos de Homero los que pueden resistir á sus bellezas. ¿Y para qué disimularlo? Descansa á menudo, y dormita algunas veces; pero su descanso es como el del águila, que despues de haber recorrido por los aires sus vastos dominios, cae fatigada sobre una montaña eminente; y su sueño se parece al de Júpiter, que segun el mismo Homero, despierta lanzando el rayo.

Cuando se quiera juzgar á Homero, no por medio de un examen, sino por el dictamen del corazon; no por reglas, por lo comun arbitrarias, sino por las leyes inmutables de la naturaleza, nos convenceremos sin duda de que merece el lugar que los Griegos le señalaron, y de que fué el principal ornamento de los siglos, cuya historia acabo de compendiar.

PARTE SEGUNDA.

La historia de los Atenienses, si se ha de hablar con rigor, no empieza sino cerca de ciento y cincuenta años despues de la primera olimpiada. De este modo no comprende mas que trescientos años, si se la hace llegar á nuestros dias, y cerca de doscientos, si se la concluye en la conquista de Atenas; en cuyo tiempo se ve en intervalos bastante notables, los principios, progresos y decadencia de su imperio. Séame pues permitido señalar estos intervalos

con caracteres particulares. Llamaré al primero el siglo de Solon, ó de las leyes: al segundo el siglo de Temístocles y de Arístides; este es el de su gloria : y al tercero el siglo de Pericles, que es el siglo del lujo y de las artes.

SECCION PRIMERA.

SIGLO DE SOLON *.

La forma de gobierno establecida por Teseo, habia experimentado alteraciones sensibles: todavía se reservaba el pueblo el derecho de juntarse; mas el poder soberano estaba entre las manos de los ricos; la república era gobernada por nueve arcontes ó magistrados anuales, que no tenian la autoridad tan largo tiempo que pudiesen abusar de ella, ni lo bastante para mantener la tranquilidad del Estado.

Los habitantes de la Atica se hallaban divididos en tres facciones, de las cuales cada una tenia á su frente una de las mas antiguas fami-

* Desde el año 630 hasta el de 490 antes de J. C.

lias de Atenas. Divididos los intereses de todas tres por la diversidad de su caracter y posicion, no podian convenirse en la eleccion de gobierno. Los mas pobres é independientes, confinados en las montañas vecinas, estaban por la democracia: los ricos distribuidos en la campiña, por la oligarquía; los de las costas aplicados á la marina y al comercio, por un gobierno mixto, que asegurase las propiedades sin perjudicar á la libertad pública.

A esta causa de division se juntaba en cada partido el odio envejecido de los pobres contra los ricos: los ciudadanos oscuros cargados de deudas, no tenian otro recurso que vender su libertad ó la de sus hijos á sus crueles acreedores, y la mayor parte de ellos abandonaban una tierra que no proporcionaba á los unos mas que trabajos infructuosos, á otros una eterna esclavitud, y el sacrificio de los sentimientos naturales.

Un cortísimo número de leyes, casi tan antiguas como el imperio, y conocidas por la mayor parte con el nombre de leyes reales, no eran suficientes despues que, aumentados los conocimientos, se habian abierto en la sociedad nuevas fuentes de industria, de necesidades y de vicios. La licencia quedaba impune, ó no era castigada sino con penas arbitrarias: la vida y la hacienda de los particulares estaban con-

fiadas á magistrados, que no teniendo regla fija, estaban demasiadamente dispuestos á dar oidos á sus preocupaciones ó intereses.

DRACON.

En esta confusion que amenazaba al Estado con su próxima ruina, fué escogido Dracon para tratar de toda la legislacion en general, aplicándola hasta á las particularidades mas leves. Nos son poco conocidas las individualidades de su vida privada; pero ha dejado la reputacion de un hombre de bien, lleno de conocimientos, y sinceramente adherido á su patria. Su elogio podria adornarse con otros rasgos, pero no son necesarios para conservar su memoria. Hizo un código de leyes y de moral como los legisladores que le habian precedido, y le siguieron despues: en él tomó al ciudadano en el momento en que nace, prescribió el modo de criarle y educarle: siguióle despues en las diversas épocas de la vida; y uniendo estas miras particulares con el objeto principal, se lisonjeó de poder formar hombres libres, y ciudadanos virtuosos; pero no hizo sino descontentos, y sus reglamentos excitaron tantas murmuraciones, que se vió obligado

á retirarse á la isla de Egina, donde murió luego.

Habia puesto en sus leyes la marca de su caracter; pues las hizo tan severas, como lo fueron siempre sus costumbres. La muerte es la pena que señala á la ociosidad, y el único castigo que determina, tanto para delitos leves, como para las maldades mas atroces. Decia que no conocia otro mas suave para los primeros, y que no sabia otros para los segundos. Parece que su alma excesivamente fuerte y virtuosa, no era capaz de mirar con indulgencia, ni los vicios que la chocaban, ni las debilidades de que triunfaba fácilmente. Quizá tambien era de parecer que en la carrera del crimen, los primeros pasos conducen infaliblemente á los mayores precipicios.

Como no habia tocado á la forma de gobierno, se aumentaron de dia en dia las disensiones intestinas. Uno de los principales ciudadanos, llamado Cilon, formó el proyecto de apoderarse de la autoridad: se le cercó en la ciudadela, donde se defendió mucho tiempo; y viéndose al fin sin víveres, y sin esperanza de socorro, evitó con la fuga el suplicio á que estaba destinado. Los que habian seguido su partido, se refugiaron al templo de Minerva; pero se les sacó de este asilo, prometiéndoles a vida, y al punto fueron muertos cruelmen-

te *. Algunos de estos infelices fueron degollados sobre los altares de las temibles Eumenides.

Levantáronse de todas partes gritos de indignacion. Todos detestaban la perfidia de los vencedores : todos se estremecian de su impiedad; y la ciudad entera estaba temiendo los males con que los habia de castigar la venganza celeste. En medio de la general consternacion, se supo que la ciudad de Nisea y la isla de Salamina habian caido en poder de los Megarienses.

A esta triste novedad se siguió luego una epidemia. Las imaginaciones trastornadas ya de antemano, eran poseidas repentinamente de pánicos terrores, y entregadas á la vision de mil espectros espantosos. Consultaron los adivinos y los oráculos, y estos declararon, que habiendo sido la ciudad manchada con la profanacion de los lugares santos, debia ser purificada con las ceremonias de la expiacion.

EPIMENIDES.

Se hizo venir de Creta á Epiménides, mirado en su tiempo como un hombre que tenia comu-

* El año 612 antes de J. C.

nicacion con los dioses, y que adivinaba lo futuro; y en el nuestro como un hombre ilustrado, fanático, capaz de seducir por sus talentos, de engañar con la severidad de sus costumbres, y sobre todo diestro en explicar los sueños y presagios mas oscuros, y en prever los sucesos futuros en las causas que debian producirlos. Los Cretenses han dicho, que siendo joven todavía, se apoderó de él, estando en una caverna, un sueño que le duró cuarenta años segun unos, y mucho mas segun otros: añaden, que cuando despertó, atónito de las mudanzas que se le ofrecían á la vista, arrojado de la casa de su padre como un impostor, solo pudo hacerse reconocer, despues de los mas evidentes indicios. De esta relacion solo resulta, que Epiménides pasó los primeros años de su juventud en la soledad, entregado al estudio de la naturaleza; acostumbrando su imaginacion al entusiasmo con los ayunos, silencio y contemplacion; y sin otro objeto que el de conocer la voluntad de los dioses, para dominar sobre las de los hombres. El éxito excedió á su esperanza. Adquirió tal reputacion de sabiduría y santidad, que en las públicas calamidades, los pueblos mendigaban de él la dicha de ser purificados segun los ritos, que practicados por sus manos, eran mas agradables á la divinidad, segun decian.

Recibióle Atenas con aquel entusiasmo que producen la esperanza y el temor *. Dispuso que se construyesen nuevos templos y nuevos altares, que se sacrificasen las víctimas que él habia escogido, y que se acompañasen con ciertos cánticos estos sacrificios. Como cuando hablaba parecia agitado de un furor divino, su elocuencia impetuosa lo arrastraba todo en pos de sí. Aprovechóse de este ascendiente para hacer mudanzas en las ceremonias religiosas; en lo que se le puede mirar como uno de los legisladores de Atenas. Hizo menos costosas estas ceremonias: abolió la bárbara costumbre que tenian las mugeres de acardenalarse el rostro cuando acompañaban los muertos al sepulcro; y con una multitud de reglamentos útiles,

* Hácia el año 597 antes de J. C.

Todo cuanto toca á Epiménides está lleno de oscuridades. Algunos autores antiguos le hacen venir á Atenas hácia el año 600 antes de J. C. Platon es el único que fija la data de este viage en el año 500 antes de esta era. Esta dificultad ha dado mucho que hacer á los críticos modernos. Se ha dicho que el texto de Platon estaba alterado; y parece que no lo está. Se ha dicho que era preciso admitir dos Epiménides; y esta suposicion no tiene verosimilitud. En fin, siguiendo á algunos autores antiguos, que dan á Epiménides ciento y cincuenta y cuatro, ciento y cincuenta y siete, y aun doscientos y noventa y nueve años de vida, no se ha tenido reparo en decir que hizo dos viages á Atenas, uno á los cuarenta años, y otro á los ciento y cincuenta. Absolutamente hablando son posibles los dos viages; pero tambien lo es que Platon se haya engañado. En cuanto á lo demas se puede ver á Fabricio.

trató de reducir á los Atenienses á principios de union y de equidad.

La confianza que habia inspirado, y el tiempo que hubo que gastar para poner en ejecucion sus órdenes, calmaron poco á poco los ánimos, y desaparecieron los fantasmas: Epiménides marchó cubierto de gloria, honrado con el sentimiento de perderle, que manifestó un pueblo entero. Rehusó recibir presentes considerables, y no pidió para sí mas que un ramo de la oliva que estaba consagrada á Minerva, y para su patria Cnose la amistad de los Atenienses.

Poco tiempo despues de su partida, volvieron á encenderse con nuevo furor las divisiones; y llegaron tan adelante sus excesos, que se vieron luego reducidos al extremo en que no queda á un Estado otra alternativa, que ó perecer, ó abandonarse al genio de un hombre solo.

LEGISLACION DE SOLON.

La voz unánime elevó á Solon á la dignidad de primer magistrado, de legislador y de árbitro soberano *. Se le instó á que subiese sobre el trono; pero como no vió facilidad para bajar

* Hácia el año 594 antes de J. C.

de él, resistió á las reprensiones de sus amigos, y á las instancias de los cabezas de partido, y de la parte mas sana de los ciudadanos.

Descendia Solon de los antiguos reyes de Atenas. En su juventud se aplicó al comercio, ya fuese para reparar las quiebras que las liberalidades de su padre habian causado en la hacienda de su casa, ó tal vez para instruirse de las leyes y costumbres de las naciones. Despues de haber adquirido en esta profesion la fortuna necesaria para no padecer necesidad, y verse libre de las ofertas generosas de sus amigos, sus viages no tuvieron mas objeto que el de aumentar sus conocimientos.

El depósito de estos se hallaba entonces entre las manos de algunos hombres virtuosos, conocidos con el nombre de sabios, y distribuidos en diferentes paises de la Grecia. Su único estudio tenia por objeto al hombre, lo que es, lo que debe ser, y como se le debe instruir y gobernar.

Recogian el pequeño número de verdades morales y políticas, y las reducian á máximas bastante claras para conocerlas al primer aspecto, y bastante concisas para ser ó parecer profundas. Cada uno elegia una con preferencia, que era como su divisa, y la regla de su conducta. « Nada de mas, ó bueno está lo bueno, « decia uno. Conócete á tí mismo, decia otro. »

Esta concision que los Esparciatas han conservado en su estilo, se hallaba en las respuestas que en otro tiempo daban los sabios á las frecuentes preguntas que les hacian los reyes y los particulares. Enlazados con una amistad que no alteró jamas su celebridad, se reunian algunas veces en un mismo lugar para comunicarse sus luces, y ocuparse en los intereses de la humanidad.

En estas asambleas augustas se veian Tales de Mileto, que en este tiempo ponia los fundamentos de una filosofía mas general, y acaso menos util: Pítaco de Mitilene, Bias de Priene, Cleóbulo de Lindos, Mison de Quen, Quilon de Lacedemonia, y Solon de Atenas, que era el mas ilustre de todos. Los lazos de la sangre, y la memoria de los sitios que me vieron nacer, no me permiten olvidar á Anacarsis, á quien desde el fondo de la Escitia atrajo el ruido de su reputacion, y á quien la Grecia, aunque envidiosa del mérito de los extrangeros, pone alguna vez en el número de los sabios con que se honra.

Solon juntaba los mas distinguidos talentos á los conocimientos que adquirió en su comercio: naciendo, recibió el de la poesía, y le cultivó hasta su mas avanzada edad; pero siempre sin esfuerzo y sin pretension. Sus primeros ensayos no fueron mas que obras de diversion.

En sus escritos se hallan himnos en alabanza de los dioses, diferentes rasgos propios para justificar su legislacion, y avisos ó reprensiones á los Atenienses: casi en todo una moral pura, y bellezas que descubren genio. Instruido en los últimos años de su vida, de las tradiciones de los Egipcios, emprendió pintar en un poema las revoluciones ocurridas en nuestro globo, y las guerras de los Atenienses contra los habitantes de la isla Atlántica, situada mas allá de las columnas de Hércules, y sumergida despues por los mares. Si, libre de todo cuidado, hubiera emprendido en una edad menos avanzada el tratar de esta materia, tan apta para dar vuelo á su imaginacion, quizá hubiera partido la gloria con Homero y Hesiodo.

Se le puede reprender de no haber sido bastante enemigo de las riquezas, aunque no fuese muy ansioso por adquirirlas, de haber avanzado sobre el deleite máximas poco dignas de un filósofo, y de no haber manifestado en su conducta aquella austeridad de costumbres tan digna de un hombre reformador de una nacion. Parece que su caracter dulce y condescendiente no le destinaba mas que á tener una vida tranquila en el seno de las artes y de los placeres lícitos. Sin embargo es preciso confesar que no le faltó vigor y constancia en cier-

tas ocasiones. El fué el que movió á los Atenienses á reconquistar la isla de Salamina, á pesar de la prohibicion rigurosa hecha á sus oradores de proponer esta conquista; y lo que sobre todo parece caracterizar un valor superior, fué el primer acto de autoridad que ejerció luego que se puso al frente de la república.

Resueltos los pobres á cualquier empresa para salir de la opresion, pedian á voz en grito una nueva reparticion de las tierras, precediendo la abolicion de las deudas. Oponianse los ricos con el mismo calor á unas pretensiones que los hubieran confundido con la multitud; y que, segun ellos, no podian menos de trastornar el Estado. En este apuro, Solon abolió las deudas particulares, anuló todos los actos que comprometian la libertad del ciudadano, y negó el repartimiento de las tierras. Ricos y pobres creyeron que lo habian perdido todo, porque no lo habian logrado todo, pero cuando los primeros se vieron en pacífica posesion de los bienes que habian heredado de sus padres, ó adquirido por sí mismos: cuando los segundos libres para siempre del temor de la esclavitud, vieron sus cortas herencias exentas de toda servidumbre: en fin, cuando se vió renacer la industria, restablecerse la confianza, y volver tantos ciudadanos infelices, alejados de su patria por la crueldad de los acreedores, enton-

ces los sentimientos de gratitud reemplazaron á las murmuraciones; y el pueblo, atónito de la sabiduría de su legislador, añadió nuevos poderes á los que antes le tenia dados.

Solon se aprovechó de ellos para revisar las leyes de Dracon, cuya abolicion pedian los Atenienses. Las concernientes al homicidio quedaron intactas. Todavía se gobiernan por ellas los tribunales, donde no se pronuncia el nombre de Dracon sin la veneracion que se debe á los bienhechores de los hombres.

Animado Solon con tan feliz éxito, acabó la obra de su legislacion. Primeramente arregla la forma de gobierno, y expone despues las leyes que deben asegurar la tranquilidad del ciudadano. En la primera parte tuvo por principio establecer la única igualdad que debe haber en una república, entre los diversos órdenes del Estado: en la segunda se dirigió por este otro principio, que el mejor gobierno es aquel en que se halla una sábia distribucion de premios y de castigos.

Prefiriendo Solon el gobierno popular á los otros, se ocupó desde luego en tres objetos esenciales, que son: asamblea de la nacion, eleccion de magistrados, y tribunales de justicia.

Se arregló que el poder supremo residiese en las asambleas, adonde tuviesen derecho de asis-

tir todos los ciudadanos, y que allí se decidiria sobre la paz y la guerra, sobre las alianzas, las leyes, los impuestos; en fin, sobre los grandes intereses del Estado.

¿ Pero á qué se reducirán estos intereses entre las manos de una multitud ligera é ignorante, que olvida lo que debe querer mientras delibera, y lo que ha querido despues de haber deliberado? Para dirigirla en sus determinaciones, estableció Solon un senado, compuesto de cuatrocientas personas, sacadas de las cuatro tribus que comprendian entonces todos los ciudadanos de la Atica. Estas cuatrocientas personas fueron como diputados ó representantes de la nacion. Se estableció que se les propondrian desde luego los asuntos sobre los cuales habia de pronunciar el pueblo; y que despues de haberlos examinado y discutido con sosiego y madurez, ellos mismos harian la relacion á la asamblea general; y de aquí provino aquella ley fundamental: « Toda decision del pueblo será « precedida de un decreto del senado. »

Supuesto que todos los ciudadanos tienen derecho para asistir á la asamblea, deben tener tambien el de votar. Pero seria de temer que despues de la informacion del senado, se apoderasen repentinamente de la tribuna gentes sin experiencia, y llevasen en pos de sí á la multitud. Era preciso pues prevenir las primeras impre-

siones que habia de recibir, y por tanto se ordenó que los primeros opinantes habian de tener mas de cincuenta años.

En algunas repúblicas habia hombres que se dedicaban al arte de hablar; y la experiencia enseñó, que sus voces tenian muchas veces en las asambleas públicas mas poder que la de las leyes: por lo que era neces rio resguardarse de su elocuencia. Se creyó que su probidad bastaria para responder del uso de sus talentos; y así se ordenó que ningun orador se podria mezclar en los asuntos públicos, sin sufrir un examen sobre su conducta; y se dió permiso á todo ciudadano, para perseguir en justicia al orador que hubiese hallado el secreto de ocultar á la severidad de este examen la irregularidad de sus costumbres.

Despues de haber providenciado sobre el modo con que el poder supremo debia anunciar sus determinaciones, era preciso elegir los magistrados que se destinaban á ejecutarlas. ¿En quién reside el poder de conferir las magistraturas? ¿A quiénes se han de conferir? ¿Cómo? ¿Por cuánto tiempo? ¿Con qué restricciones? Los reglamentos de Solon sobre estos puntos, parecen conformes al espíritu de una sábia democracia.

En este gobierno tienen las magistraturas funciones tan importantes, que no pueden ema-

nar sino del soberano. Si la multitud no tuviese, en cuanto está de su parte, el derecho de disponer de ellas, y de velar sobre la manera con que se ejercitan, seria esclava, y por tanto enemiga del Estado. Solon dejó á la asamblea general el poder de elegir magistrados, y el de hacerse dar cuenta de su administracion.

En la mayor parte de los gobiernos democráticos de la Grecia, todos los ciudadanos, aun los mas pobres, podian aspirar á las magistraturas. Solon tuvo por mas conveniente dejar este depósito en manos de los ricos, que le habian tenido hasta entonces; y así distribuyó los ciudadanos de la Atica en cuatro clases. En la primera, segunda ó tercera, se comprendian aquellos que percibian de sus heredades quinientas, trescientas, ó doscientas medidas de trigo ó de aceite. Los demas ciudadanos, la mayor parte pobres é ignorantes, pertenecian á la cuarta, y quedaban separados de los empleos. Si hubieran tenido la esperanza de obtenerlos, los hubieran respetado menos; y si en efecto los hubieran logrado, ¿qué se podria esperar de ellos?

Es esencial á la democracia que las magistraturas no se confieran sino por tiempo determinado, y que, á lo menos las que no exigen cierto grado de conocimientos, se den por suerte. Solon ordenó que se confiriesen todos

los años: que las principales fuesen electivas, y que la suerte distribuyese las otras.

Ultimamente, presidiendo los nueve magistrados principales en calidad de arcontes á los tribunales adonde iban á parar las causas de los particulares, era de temer que su poder les diese demasiada influencia sobre la multitud. Solon quiso que se pudiese apelar de sus sentencias al juicio de los tribunales superiores.

Restaba proveer estos tribunales de justicia. Ya hemos visto que la última y mas numerosa clase de ciudadanos no podia obtener magistraturas. Esta exclusion, deshonrosa siempre en un Estado popular, hubiera sido en extremo peligrosa, si los ciudadanos sobre quienes recaia, no hubieran tenido una indemnizacion, y si hubieran visto el depósito de sus intereses y derechos en manos de los ricos. Solon ordenó, que todos sin distincion, se presentarian á llenar las plazas de jueces; y que decidiria entre ellos la suerte.

Para hacer durables estos reglamentos necesarios al establecimiento de una especie de equilibrio entre los ciudadanos de las diferentes clases, se necesitaba confiar su conservacion á un cuerpo, cuyas plazas fuesen de por vida, que no tuviese parte en la administracion, y que pudiese imprimir en los ánimos una alta opinion de sabiduría. Atenas tenia en el areopago un

tribunal que se habia grangeado la confianza y amor de los pueblos por sus conocimientos y por su integridad. Habiéndole encargado Solon que velase en la conservacion de las leyes y de las costumbres, le estableció como una potencia superior, que debia traer continuamente al pueblo á los principios de la constitucion, y á los particulares á las reglas de la decencia y del deber. Para conciliarle mas respeto, é instruirle mas á fondo en los intereses de la república, quiso que al salir de su plaza los arcontes, fuesen contados entre los senadores, despues de un examen severo.

De este modo el senado del areopago y el de los Cuatrocientos, se hacian dos contrapesos bastante poderosos para libertar á la república de las borrascas que amenazan á los Estados: el primero reprimiendo las empresas de los ricos, con su censura general; y el segundo, enfrenando, con sus decretos y presencia, los excesos de la muchedumbre.

Estas disposiciones fueron apoyadas con nuevas leyes. La constitucion podia ser atacada ó por facciones generales, que tanto tiempo habia agitaban las diferentes clases del Estado, ó por la ambicion é intrigas de algunos particulares.

Para ocurrir á estos peligros, decretó Solon penas contra los ciudadanos, que en tiempo de

perturbacion no se declarasen abiertamente por alguno de los partidos. Era su objeto en este reglamento admirable, sacar á los hombres de bien de una inaccion funesta, echarlos en medio de los facciosos, y salvar la república por la intrepidez y ascendiente de la virtud.

Otra ley condena á muerte á todo ciudadano convencido de haber querido apoderarse de la autoridad soberana.

Ultimamente, en el caso en que se levantase otro gobierno sobre las ruinas del popular, no ve mas que un medio para despertar la nacion; y es obligar á los magistrados á hacer dimision de sus empleos, y de aquí nace aquel decreto fulminante: Será lícito á todo ciudadano quitar la vida, no solamente á un tirano y á sus cómplices, sino tambien al magistrado que continuase sus funciones despues de la destruccion de la democracia.

Tal es en compendio la república de Solon. Voy á recorrer con la misma rapidez sus leyes civiles y criminales.

Ya he dicho que las de Dracon sobre el homicidio se habian conservado sin la menor mudanza. Solon abolió las demas, ó mas bien, se contentó con suavizar su rigor, con refundirlas en las suyas, y acomodarlas al caracter de los Atenienses. Se propuso en todas el bien general de la república, con preferencia al de los

particulares. Así que, siguiendo sus principios conformes á los de los filósofos mas ilustrados, el ciudadano debe ser considerado: 1° en su persona, como que hace parte del Estado: 2° en la mayor parte de las obligaciones que contrae, como perteneciente á una familia, que pertenece tambien al Estado: 3° en su conducta, como miembro de una sociedad, cuyas costumbres constituyen la fuerza del Estado.

1° Bajo el primer aspecto, puede un ciudadano pedir la reparacion auténtica del ultrage hecho á su persona. Pero si es en extremo pobre, ¿cómo podrá depositar la cantidad que se exige de antemano al acusador? Las leyes le dispensan. Y si ha nacido de condicion baja, ¿quién será su fiador contra los atentados de un rico y poderoso? Todos los partidarios de la democracia: todos aquellos á quienes la probidad, el zelo, el interes y la venganza los hace enemigos del agresor; todos están autorizados por esta ley excelente: si alguno insulta á un niño, á una muger, á un hombre libre ó esclavo, sea permitido á todo ateniense demandarle en justicia. De este modo la acusacion se hará pública, y la ofensa hecha al menor ciudadano será castigada como un crimen contra el Estado, lo que se funda sobre este principio: La fuerza es el patrimonio de algunos, y las leyes el apoyo de todos. Tambien está fundado en esta máxi-

ma de Solon: No habria injusticias en una ciudad, si todos los ciudadanos se indignasen contra ellas tanto como los que las padecen.

Tan preciosa es la libertad del ciudadano, que las leyes solas pueden suspender su ejercicio; y ni él mismo puede empeñarla por deudas, ni por ningun otro pretexto, ni tiene derecho de disponer de la de sus hijos. El legislador le permite vender su hija ó su hermana; pero solamente en el caso en que, encargado de su conducta, hubiese sido testigo de su deshonra *.

Cuando un ateniense intenta quitarse la vida, se hace reo de Estado, porque le priva de un ciudadano. Se enterraba separadamente su mano, y esta circunstancia era una ignominia. Pero si atenta contra la vida de su padre, ¿cuál será el castigo prescrito por las leyes? Sobre semejante atrocidad todas guardan silencio; y para

* Cuando se ve que Solon quita á los padres la autoridad de vender á sus hijos, como hacian antes, cuesta trabajo persuadirse que les haya dado la de quitarles la vida, como han dicho algunos escritores antiguos, posteriores á este legislador. Yó quiero mas adherirme al testimonio de Dionisio Halicarnaseo, quien en sus *Antigüedades Romanas* observa, que segun las leyes de Solon, de Pítaco, y de Carondas, los Griegos no permitian á los padres mas que desheredar á sus hijos, ó echarlos de sus casas, sin que pudiesen imponerles penas mas graves. Si los Griegos han dado en adelante mas extension á la autoridad paternal, es de presumir que lo hayan tomado de las leyes romanas.

inspirar mas horror, supone Solon que no estaba en el orden de los delitos posibles.

Un ciudadano no tendria mas que una libertad imperfecta, si su honor pudiese ser atacado impunemente. De aquí las penas establecidas contra los calumniadores, y el permiso de perseguirlos en justicia: de aquí tambien la prohibicion de deshonrar la memoria de un difunto. Ademas de que no es prudente política eternizar los odios entre las familias, no es justo que el muerto esté expuesto á insultos que hubiera repelido en vida.

Un ciudadano no es dueño de su honor, puesto que no lo es tampoco de su vida. De aquí nacen aquellas leyes que en diversas circunstancias privan al que se deshonra de los privilegios de ciudadano.

En otros paises, los ciudadanos de las últimas clases, están de tal manera horrorizados de la oscuridad de su estado, del crédito de sus contrarios, de la lentitud de los pleitos, y de los peligros que traen consigo, que muchas veces les es mas ventajoso sufrir la opresion, que procurar libertarse de ella. Las leyes de Solon ofrecen muchos medios de defenderse contra la violencia ó la injusticia. ¿Se trata por ejemplo de un robo? Vos mismo podeis arrastrar al delincuente delante de los once magistrados que presiden á la guardia de las prisiones: estos

le pondrán en ellas, y le acusarán despues al tribunal, que os impondrá una multa si no probais el delito. ¿No teneis bastante fuerza para prender al culpado? Dirigios á los arcontes, que mandarán á sus lictores que le lleven á la carcel. ¿Quereis otro medio? Acusadle públicamente. ¿Temeis quedar vencido en esta acusacion y pagar la multa de mil drácmas? Denunciadle al tribunal de los árbitros: la causa se hará civil, y no tendreis que aventurar cosa alguna.

De esta manera multiplicó Solon las fuerzas de cada particular, é hizo que no hubiese vejaciones de las cuales no se pudiese triunfar fácilmente.

La mayor parte de delitos contra la seguridad del ciudadano, pueden ser puestos en justicia por una acusacion particular ó pública. En el primer caso, el ofendido no es mirado sino como un simple particular, y no pide mas que una reparacion proporcionada á los delitos particulares: en el segundo, se presenta en calidad de ciudadano, y se hace el crimen mas grave. Solon facilitó las acusaciones públicas, porque son mas necesarias en una democracia, que en ningun otro gobierno. Sin este freno temible, la libertad general estaria continuamente amenazada por la de cada particular.

2º Veamos ahora cuales son los deberes del

ciudadano en la mayor parte de las obligaciones que contrae.

En una república sabiamente arreglada, el número de habitantes no debe ser ni muy crecido, ni muy corto. La experiencia ha hecho ver, que el número de hombres que pueden aquí armarse, no debe subir ni bajar de veinte mil.

Entre otros medios que adoptó Solon para conservar la proporcion dicha, uno es no permitir la naturalizacion de extrangeros, sino bajo condiciones difíciles de cumplir. Por otro lado, para evitar la extincion de las familias, quiere que sus cabezas sean, despues de su muerte, representados por sus hijos legítimos ó adoptivos; y en caso de que un particular muera sin sucesion, ordena que se sustituya jurídicamente al ciudadano muerto uno de sus herederos naturales, quien deberá tomar su nombre, y perpetuará su familia.

El magistrado á cuyo cargo está impedir que las casas queden desiertas, es decir, sin cabeza de familia, debe extender sus cuidados y la proteccion de las leyes á los huérfanos: á las mugeres que manifiestan su preñez despues de la muerte de sus maridos; y á las doncellas que no teniendo hermanos quedan con el derecho de recoger la herencia de sus padres.

¿Adopta un ciudadano un hijo? Este último

podrá algun dia volver á la casa de sus padres; pero debe dejar en la que le adoptó un hijo que llene las miras de la primera adopcion; y este hijo igualmente podrá tambien abandonar esta casa, despues de dejar un hijo natural ó adoptivo que le reemplace.

No bastaban estas precauciones. Puede interrumpirse el hilo de las generaciones por los disturbios y odios que pueden ocurrir entre los esposos: en tal caso se permitirá el divorcio; pero con tales condiciones, que limitarán su uso. Si es el marido quien pide la separacion, se expone á dar el dote á la muger, ó á lo menos á pagarla una pension alimentaria señalada por la ley: si es la muger la que pide, ella misma debe comparecer ante los jueces, y presentarles su demanda.

Es esencial en la democracia, no solamente que se conserven las familias, sino que los bienes no estén poseidos por un pequeño número de particulares. Cuando están repartidos con cierta proporcion, el pueblo, poseedor de algunas pequeñas porciones de terreno, se ocupa mas bien en su labor, que en las disensiones de la plaza pública. De aquí las prohibiciones, hechas por algunos legisladores, de vender sus posesiones, sino en caso de una necesidad extrema, ó de empeñarlas para procurarse un recurso contra la necesidad. La violacion de

este principio ha bastado muchas veces para destruir la constitucion.

Solon no se separa de él. Señala límites á las adquisiciones que puede hacer un particular; y quita una parte de sus derechos al ciudadano que ha malgastado locamente la herencia de sus padres.

Un ateniense que tiene hijos, no puede disponer de sus bienes en favor de otro. Si no los tiene, y muere sin testar, va la herencia por derecho á los parientes mas cercanos. Si deja una hija única heredera de sus bienes, debe casarse con ella el pariente mas cercano; pero debe pedirla en justicia, para que en adelante nadie le dispute la posesion. Tan reconocidos son los derechos del pariente mas próximo, que si una de sus parientas legítimamente unida á un ateniense, viniese á poseer la herencia de su padre, muerto sin hijos varones, tendria derecho aquel para anular este matrimonio, y obligarla á casarse con él.

Pero si este esposo no se halla en estado de tener hijos, traspasará la ley que vela en la conservacion de las familias, y abusará de la ley que trata de conservar en ella sus bienes. Solon, para castigar estas dos transgresiones, permite á la muger entregarse al pariente mas cercano del esposo.

Con el mismo fin, una huérfana, hija única,

ó mayor que sus hermanas, puede, si no tiene hacienda, obligar á su mas próximo pariente á que la tome por esposa, ó á dotarla. Si se niega á ello, el arconte podrá obligarle so pena de pagar él mismo mil dracmas *. Por una consecuencia de estos principios sucedia, que por una parte el heredero natural no podia ser tutor, y el tutor no podia casarse con la madre de sus pupilos; y por otra un hermano podia casarse con su hermana de padre, y no con su hermana de madre. En efecto, era de temer que un tutor interesado, y una madre desnaturalizada, convirtiesen en su provecho los bienes de los pupilos: era de temer que un hermano, uniéndose á su hermana de madre, amontonase sobre sí la herencia de su padre y la del primer marido de su madre.

El mismo espíritu dirige todos los reglamentos de Solon sobre las sucesiones, testamentos y donaciones. No obstante, debemos pararnos sobre el que permite al ciudadano que muere sin hijos, disponer á su arbitrio de sus bienes. Se han levantado, y quizá se levantarán todavía, filósofos contra una ley que parece tan contraria á los principios del legislador: otros le justifican, ya por las restricciones que puso á la ley, y ya por el objeto que se propuso. En

* Novecientas pesetas.

efecto, exige que el testador no se halle postrado ni por la edad, ni por la enfermedad, que no haya cedido á las seducciones de su esposa, que no esté en la carcel, y que no haya dado indicios de demencia. ¿Qué probabilidad hay que escoja en este caso heredero en otra familia, si no tiene que quejarse de la suya? Para excitar pues entre los parientes los cuidados y atenciones, concedió Solon á los ciudadanos un poder que no habian tenido hasta entonces, que recibieron con aplauso, y del que no es natural que se abuse. Se debe añadir, que un ateniense que llama á un extrangero á su sucesion, está al mismo tiempo obligado á adoptarle.

Los Egipcios tienen una ley, por la cual cada particular debe dar cuenta de sus bienes y de sus recursos. Esta ley es todavía mas util en una democracia, en donde el pueblo no debe estar ocioso, ni ganar su vida por medios ilícitos. Todavía es mas necesaria en un pais, en donde la esterilidad del terreno no puede ser compensada sino por la industria y el trabajo.

De aquí aquellos reglamentos, en los cuales Solon impone la nota de infamia á la ociosidad: ordena al areopago indagar de qué modo proveen á su subsistencia los particulares: permite á todos ejercer las artes mecánicas, y priva al que no ha cuidado de enseñar un oficio á su hi-

jo de los socorros que debia esperar en su vejez.

3° No resta mas que citar algunas de las disposiciones que tienen relacion mas particular con las costumbres.

Solon, siguiendo á Dracon, publicó muchas leyes sobre los deberes de los ciudadanos, y en particular sobre la educacion de la juventud. Lo preve todo, lo arregla todo, la edad en que los niños deben recibir lecciones públicas, las calidades de los maestros encargados de instruirles, las de los ayos destinados á acompañarlos, y aun la hora en que deben abrirse y cerrarse las escuelas. Como es preciso que estas no respiren mas que inocencia, establece pena de muerte contra todo hombre, que sin necesidad, se atreva á introducirse en el santuario donde se juntan los niños, y que uno de los tribunales de justicia vele sobre la observancia de estos reglamentos.

Al salir de la infancia pasarán al gimnasio. Allí se perpetuarán las leyes destinadas á la conservacion de la pureza de sus costumbres, y á preservarlos del contagio del ejemplo y de los peligros de la seduccion.

En los diversos periodos de la vida, se sucederán rápidamente nuevas pasiones en sus pechos. El legislador multiplicó las amenazas y castigos. Señaló recompensas á las virtudes, y deshonra á los vicios.

Y así los hijos de los que mueran con las armas en la mano, serán educados á expensas del público, y se decretarán solemnemente coronas á los que hayan hecho considerables servicios al Estado.

Por otra parte, el ciudadano que se hace famoso por la depravacion de sus costumbres, sea él del estado que fuese, tenga el talento que se quiera, será excluido del sacerdocio, de la magistratura, del senado, y de la asamblea general: ni podrá hablar en público, ni ser encargado de una embajada, ni tener asiento en los tribunales de justicia; y si ejerce alguna de estas funciones, será acusado criminalmente, y sufrirá las penas rigurosas prescritas por la ley.

La cobardía, de cualquier modo que se manifieste, ya sea negándose al servicio militar, ó haciéndole traicion por algun hecho indigno, no puede ser excusada por la clase del delincuente, ni por otro algun pretexto. Será castigada, no solamente con el desprecio general, sino tambien con una acusacion pública, que enseñará al ciudadano á temer mas la deshonra impuesta por la ley, que el hierro del enemigo.

Las leyes son las que prohiben á los hombres toda especie de afectaciones y delicadezas; las que ordenan que las mugeres, cuyo influjo sobre las costumbres es tan poderoso, se contengan en los límites de la modestia, y las que ha-

cen que un hijo esté obligado á alimentar en su vejez á los que le dieron la vida. Pero los hijos nacidos de una ramera están dispensados de esta obligacion respecto á su padre, porque en sustancia no les son deudores mas que del oprobio de su nacimiento.

Se necesitan ejemplos para sostener las costumbres, y estos ejemplos deben darlos los que están al frente del gobierno. Cuanto mayor es la altura de donde proceden, tanto mayor es la impresion que hacen. La corrupcion de los últimos ciudadanos se reprime fácilmente, y no se difunde mas que en la oscuridad, porque la corrupcion no sube jamas de una clase á la otra; pero cuando se atreve á tomar posesion de los lugares donde reside el poder, se precipita desde allí con mas fuerza que las mismas leyes. Así es que no se ha temido sentar está máxima: Las costumbres de una nacion penden únicamente de las del soberano.

Solon estaba persuadido á que no era menos necesaria la decencia y la santidad para administrar una democracia, que para el ministerio de los altares. De aquí aquellos exámenes, aquellos juramentos, y aquellas responsabilidades que exige de los que están ó han estado revestidos de algun poder : de aquí aquella máxima suya, que la justicia debe ejercerse lentamente en las faltas de los particulares;

pero con toda la presteza posible en las de los empleados; y de aquí finalmente, aquella ley terrible, por la cual condena á muerte al arconte que despues de haber perdido la razon en los placeres de la mesa, se atreve á presentarse en público con las insignias de su dignidad.

En fin, si se considera que la censura de las costumbres fué confiada á un tribunal, cuya austera conducta era la mas fuerte de todas las censuras, se concebirá fácilmente que Solon miraba las costumbres como el apoyo mas firme de la legislacion.

Tal fué el sistema general de Solon. Los Atenienses han mirado siempre como oráculos sus leyes civiles y criminales, y los demas pueblos como modelos. Muchos Estados de la Grecia se creyeron obligados á adoptarlas; y desde el centro de la Italia las llamaron en su socorro los Romanos, cansados de sus divisiones. Como las circunstancias pueden obligar á un Estado á modificar algunas de sus leyes, hablaré en otra parte de las precauciones que tomó Solon para introducir las mudanzas necesarias, y para evitar las peligrosas.

La forma del gobierno que estableció, se diferencia esencialmente de la que se sigue hoy. ¿Se deberá atribuir esta prodigiosa variacion á los vicios inherentes á la constitucion misma?

¿Se deberá referir á sucesos que era imposible prever? Por los conocimientos que he adquirido en el trato con muchos atenienses ilustrados, me atreveré á aventurar algunas reflexiones sobre un asunto tan importante; pero este ligero examen debe ser precedido de la historia de las revoluciones del Estado desde Solon hasta la invasion de los Persas.

Las leyes de Solon no debian conservar su fuerza mas de un siglo. Habia señalado este término, para no irritar á los Atenienses con la perspectiva de un yugo eterno. Despues que los senadores, los arcontes y el pueblo juraron mantenerlas, fueron grabadas sobre las diversas superficies de muchos rollos de madera, que al principio se pusieron en la ciudadela. Se elevaban desde el suelo hasta el techo del edificio en que estaban; y dando, al menor esfuerzo, vuelta sobre sí mismos, presentaban sucesivamente á los ojos de los espectadores el código entero de leyes. Despues se trasladaron al Pritaneo y á otras partes, donde es permitido y facil á los particulares consultar estos preciosos títulos de su libertad.

Luego que se meditaron despacio, se vió Solon rodeado de una multitud de importunos, que le abrumaban con preguntas, con consejos, con alabanzas ó con vituperios. Unos le instaban á que se explicase sobre algunas leyes ca-

paces, segun ellos, de diversas interpretaciones; otros le presentaban artículos que era necesario añadir, modificar ó suprimir. Habiendo Solon apurado todos los medios de la suavidad y de la paciencia, conoció que el tiempo solo podia consolidar su obra: pidió pues licencia para ausentarse por diez años: hizo jurar á los Atenienses, que no tocarian á sus leyes hasta su vuelta; y se puso en camino.

En Egipto trató con aquellos sacerdotes, que creen tener entre sus manos los anales del mundo; y como cierto dia hiciese delante de ellos ostentacion de las antiguas tradiciones griegas, le dijo con gravedad uno de estos sacerdotes: « Solon, Solon, los Griegos sois muy « jóvenes: el tiempo no ha encanecido todavía « vuestros conocimientos.» En Creta tuvo el honor de instruir en el arte de reinar al soberano de un pequeño pais, y de dar su nombre á una ciudad, cuya felicidad habia procurado.

A su regreso halló á los Atenienses muy cercanos á volver á caer en la anarquía. Parecia que los tres partidos, que tiempo antes despedazaban la república, no habian suspendido su odio durante su legislacion mas que para exhalarle con mas fuerza durante su ausencia. Solamente se reunian en un punto, que era el desear una mudanza en la constitucion, sin tener mas mo-

tivo que una inquietud secreta, ni otro objeto que unas inciertas esperanzas.

Recibido Solon con los mas distinguidos honores, quiso aprovecharse de estas favorables disposiciones, para calmar las disensiones que renacian á cada paso. Al principio creyó verse ayudado poderosamente por Pisistrato, que se hallaba al frente de la faccion del pueblo, y que celoso, al parecer, de mantener la igualdad entre los ciudadanos, hablaba altamente contra las innovaciones capaces de destruirla; mas no tardó en conocer, que este político profundo escondia una ambicion desmesurada bajo una moderacion fingida.

PISISTRATO.

Jamas hubo hombre que reuniese mas circúnstancias para cautivar los corazones. Un nacimiento ilustre, riquezas considerables, un valor brillante y bien probado, una figura que infundia respeto, una elocuencia persuasiva, á la cual daba nuevos encantos el metal de la voz, un espíritu rico en dones naturales y en conocimientos adquiridos, tal era Pisistrato. Por otra parte, nunca se vió hombre mas dueño de sus pasiones, ni que hiciese valer mas las virtudes que tenia en realidad, y las que solo

eran aparentes. Sus felices sucesos han probado que en los proyectos de lenta ejecucion, nada hay que dé mas superioridad que la dulzura y flexibilidad de caracter.

Con tantas ventajas, accesible Pisistrato á los mas ínfimos ciudadanos, les prodigaba los consuelos y los socorros, que secan la fuente de los males, ó disminuyen su amargura. Atento Solon á su conducta, penetró sus intentos; pero mientras estaba ocupado en prevenir las consecuencias, se presentó Pisistrato en la plaza pública, cubierto de heridas que él mismo se habia procurado con destreza, implorando la proteccion de aquel pueblo, á quien habia protegido tantas veces. Convócase la asamblea: acusa al senado y á los gefes de las demas facciones de haber querido quitarle la vida; y mostrando sus heridas, todavía sangrientas: « Ved aquí, exclamó, ved aquí el premio de « mi amor á la democracia, y del celo con que « defendí vuestros derechos. »

A estas palabras, se oyen por todas partes gritos amenazadores; y los principales ciudadanos atónitos, callan ó huyen. Solon indignado de su cobardía y de la ceguedad del pueblo, intenta en vano reanimar el valor de los unos, y la ilusion de los otros: su voz, debil ya por los años, es sofocada por los clamores que excitan la compasion, el furor y el miedo. Ter-

mínase la asamblea, concediendo á Pisistrato un cuerpo temible de satélites, encargados de acompañarle adonde quiera, y de velar en su conservacion. Desde este momento se completaron todos sus proyectos: empleó luego sus fuerzas en apoderarse de la ciudadela; y despues de haber desarmado á la muchedumbre, se levantó con la autoridad suprema *.

Solon no sobrevivió mucho á la esclavitud de su patria. Se habia opuesto cuanto pudo á las ambiciosas empresas de Pisistrato. Se le habia visto ir con las armas en la mano á la plaza pública, é intentar sublevar al pueblo; pero su ejemplo y sus discursos no hacian impresion. Sus amigos solos, pasmados de su intrepidez, le representaban que el tirano habia resuelto su perdicion; y sobre todo, añadian: ¿quién puede inspiraros una tal firmeza?..... Mi ancianidad, respondió él.

Pisistrato estaba muy lejos de manchar su triunfo con semejante maldad. Penetrado del mas distinguido aprecio hácia la persona de Solon, conocia que solo el voto de este legislador podia justificar de algun modo su poder; y así le cumplimentó con las mas distinguidas señales de deferencia y respeto, y le pidió consejos; y Solon cediendo á la seduccion, creyendo

* El año 560 antes de J. C.

que cedia á la necesidad, no tardó en dárselos. Sin duda se lisonjeaba de empeñar á Pisistrato en mantener las leyes y en destruir lo menos que se pudiese la constitucion establecida.

Treinta y tres años pasaron desde la revolucion hasta la muerte de Pisistrato *; pero no estuvo al frente del gobierno mas que diez y siete años. Oprimido por el crédito de sus contrarios, y obligado á dejar la Atica por dos veces, volvió á tomar otras dos veces su autoridad, y antes de morir tuvo el consuelo de verla establecida en su familia.

Mientras estuvo al frente de la administracion, sus dias consagrados á la utilidad pública, fueron señalados, ó con nuevos beneficios, ó con nuevas virtudes.

Sus leyes reanimaron la agricultura y la industria, desterrando la ociosidad: distribuyó por el campo aquella muchedumbre de ciudadanos oscuros, que el ardor de las facciones habia fijado en la capital; y reanimó el valor de las tropas, señalando á los soldados inválidos una subsistencia segura para el resto de sus dias. En los campos, en la plaza pública, y en sus jardines, abiertos para todos, se presentaba cual un padre en medio de sus hijos: pronto siempre á escuchar los lamentos de los infelices;

* El año 528 antes de J. C.

haciendo rebajas á unos, adelantos á otros, y ofrecimientos á todos.

Al mismo tiempo, con la mira de conciliar su gusto por la magnificencia con la necesidad de ocupar á un pueblo indocil y ocioso, adornó la ciudad con templos, gimnasios y fuentes; y como no temia los progresos de las luces, publicó una nueva edicion de las obras de Homero, y formó, para uso de los Atenienses, una biblioteca compuesta de los mejores libros conocidos entonces.

Añadamos aquí algunos rasgos que manifiesten mas particularmente la elevacion de su alma. Jamas tuvo la debilidad de vengarse de los insultos que podia castigar fácilmente. Asistia su hija á una ceremonia religiosa : un joven que la amaba excesivamente, se precipitó á darla un abrazo, y algun tiempo despues intentó robarla. Pisistrato respondió á su familia que le instaba á la venganza : « si aborrecemos á los « que nos aman, ¿ qué haremos con los que nos « aborrecen ? » Y sin mas tardanza se la dió al joven por esposa.

Unos borrachos insultaron públicamente á su muger. A la mañana siguiente vinieron llorando á solicitar un perdon que no creian poder obtener : « os engañais, les dijo Pisistrato, mi mu- « ger no salió ayer en todo el dia. »

Ultimamente, algunos de sus amigos resuel-

tos á apartarse de su obediencia, se retiraron á una plaza fuerte. Él los siguió inmediatamente con algunos esclavos que llevaban su equipage; y preguntándole los conjurados, que cuál era su designio, respondió: « es necesario que vò-« sotros me persuadais á quedarme con voso-« tros, ó que yo os persuada á que volvais con-« migo. »

Estos actos de moderacion y de clemencia, multiplicados en el discurso de su vida, y hechos mas apreciables por la brillantez de su administracion, suavizaron insensiblemente el humor intratable de los Atenienses, é hicieron que muchos de ellos prefiriesen una servidumbre tan dulce á su antigua y tumultuosa libertad.

Sin embargo es preciso confesarlo: aunque en una monarquía hubiera sido Pisistrato el mejor de los reyes, en la república de Atenas causó por lo general mas impresion el vicio de su usurpacion, que las ventajas que resultaron al Estado.

Despues de su muerte le sucedieron Hipias é Hiparco sus hijos; quienes con menos prendas gobernaron con la misma prudencia que su padre. Hiparco, en especial, era aficionado á las letras. Anacreonte y Simónides, traidos á su palacio, recibieron el acogimiento que debia lisonjearles mas, pues colmó de honores al pri-

mero, y de regalos al segundo. Este debe participar con su padre de la gloria de haber extendido la reputacion de Homero. Se le puede hacer cargo, como tambien á su hermano, de haberse entregado demasiado á los placeres, y haber inspirado á los Atenienses el mismo gusto. ¡ Feliz, á pesar de esto, si en medio de tales excesos, no hubiera cometido una injusticia, de la cual él fué la víctima primera!

Dos jóvenes atenienses, Harmodio y Aristogiton, unidos entre sí con la amistad mas tierna, habiendo recibido de este príncipe una injuria que era imposible olvidar, juraron perderle á él y á su hermano. Entraron en esta conjuracion algunos de sus amigos, y se fijó la ejecucion para la solemnidad de los Panateneos. Esperaban que la multitud de atenienses, que durante las ceremonias de esta fiesta tenian permiso para llevar armas, favorecerian sus esfuerzos, ó cuando menos los librarian del furor de los guardias que cercaban á los hijos de Pisistrato.

Con este objeto, despues de haber cubierto sus puñales con ramos de mirto, fueron al sitio donde los príncipes ordenaban una procesion, que debian conducir al templo de Minerva. Llegan, y ven á uno de los conjurados conversar familiarmente con Hipias: se creen descubiertos; y resueltos á vender caras sus vidas, se apartan un momento, hallan á Hiparco, y le

clavan el puñal en el corazon *. Harmodio muere luego á los golpes de los satélites de este príncipe. Aristogiton, arrestado casi en el mismo instante, fué puesto en el tormento; pero lejos de nombrar á sus cómplices, acusó á los partidarios mas fieles de Hipias, que al momento fueron llevados al suplicio. « ¿ Tienes « otros malvados que denunciar? exclamó el « tirano enfurecido. — No queda mas que tú « solo, respondió el ateniense. Muero; pero « muero con la satisfaccion de haberte privado « de tus mejores amigos. »

Desde entonces Hipias no se hizo memorable sino por sus injusticias; pero tres años despues fué roto el yugo que él hacia insoportable á los Atenienses**. Clístenes, cabeza de los Alcmeonides, familia poderosa de Atenas, que siempre habia sido enemiga de los Pisistratos, reunió á sí todos los malcontentos; y habiendo logrado socorro de los Lacedemonios por medio de la Pitia de Delfos, á la cual interesó en su favor, marchó contra Hipias, y le forzó á abdicar la tiranía. Despues de haber andado este príncipe errante por algun tiempo con su familia, se refugió á Dario, rey de Persia, y últimamente pereció en la batalla de Maraton.

* El año 514 antes de J. C.

** El de 510 antes de J. C.

Apenas recobraron su libertad los Atenienses, cuando hicieron los mayores honores á la memoria de Harmodio y Aristogiton. Se les erigieron estatuas en la plaza pública: se ordenó que sus nombres fuesen perpetuamente celebrados en la fiesta de los Panateneos, y que por ningun motivo se permitiria usar de ellos á los esclavos. Los poetas eternizaron su gloria con composiciones poéticas *, que se cantan todavía en los convites; y se concedieron para siempre grandes privilegios á sus descendientes.

Clístenes, que habia contribuido tanto á la expulsion de los Pisistratides, tuvo todavía que luchar algunos años contra una faccion poderosa; pero por fin, habiendo obtenido en el Estado el crédito que merecian sus prendas, ase-

* Ateneo pone una de las canciones, compuestas en honor de Harmodio y Aristogiton, y M. de La Nuza la tradujo de esta manera:

« Yo llevaré mi espada cubierta con hojas de mirto, como hi-
« cieron Harmodio y Aristogiton, cuando mataron al tirano, y
« establecieron en Atenas la igualdad de las leyes.

« Querido Harmodio, vos no sois muerto todavía: se dice que
« estais en las islas de los bienaventurados; donde están Aquiles,
« el de los pies ligeros; y Diómedes, aquel valiente hijo de *Tideo*.

« Yo llevaré mi espada cubierta con hojas de mirto, como hi-
« cieron Harmodio y Aristogiton, cuando mataron al tirano Hi-
« parco en el tiempo de los Panateneos.

« Que vuestra gloria sea eterna, querido Harmodio, querido
« Aristogiton, porque matasteis al tirano, y establecisteis en Ate-
« nas la igualdad de las leyes. »

guró la constitucion que habia establecido Solon, y que nunca pensaron destruir los Pisistratides.

En efecto, jamas tomaron estos príncipes el título de reyes, aunque se creian descendientes de los antiguos soberanos de Atenas. Si Pisistrato exigió el diezmo del producto de las tierras, este único impuesto, que sus hijos redujeron al vigésimo, pareció que lo exigian todos tres menos para su utilidad, que para las urgencias del Estado. Mantuvieron las leyes de Solon, tanto con el ejemplo, como con la autoridad. Pisistrato, acusado de un homicidio, vino á justificarse ante el areopago, como pudiera el menor ciudadano. En fin, ellos conservaron las partes esenciales de la antigua constitucion, el senado, las asambleas del pueblo, y las magistraturas, que procuraron obtener ellos mismos, y ampliar sus privilegios. Obraban pues como primeros magistrados del pueblo, como gefes perpetuos de un Estado democrático; y bajo el mismo aspecto tenian tanta influencia en las públicas deliberaciones. El poder mas absoluto se ejercia bajo las formas mas legales en la apariencia; y el pueblo esclavizado, tuvo siempre ante sus ojos la imagen de la libertad. Así es, que despues de la expulsion de los Pisistratides, se le vió entrar sin oposicion y sin esfuerzos en el ejercicio de

sus derechos, mas bien suspensos que destruidos. Las mutaciones que Clístenes hizo entonces en el gobierno, no le volvieron enteramente á sus primeros principios, como haré ver luego.

REFLEXIONES SOBRE LA LEGISLACION DE SOLON.

La relacion de los hechos me ha conducido á los tiempos en que los Atenienses manifestaron su valor contra los Persas. Antes de describirlos, debo hacer las reflexiones que he prometido sobre el sistema político de Solon.

No se debia esperar de Solon una legislacion como la de Licurgo. Uno y otro se hallaban en circunstancias muy diferentes.

Los Lacedemonios ocupaban un pais que producia todo lo necesario á su subsistencia; y así le bastaba al legislador tenerlos encerrados en él, para impedir que los vicios extrangeros corrompiesen el espíritu y pureza de sus instituciones. Atenas, situada cerca del mar, y rodeada de terrenos ingratos, se veia precisada á cambiar continuamente sus géneros, su industria, sus ideas y costumbres con las de otras naciones.

La reforma de Licurgo precedió á la de Solon cerca de dos siglos y medio. Los Esparciatas, limitados en sus artes, en sus conocimien-

tos, y en sus pasiones mismas, estaban menos adelantados en el bien y en el mal, que los Atenienses del tiempo de Solon. Estos últimos, despues de haber experimentado todas las especies de gobierno, se habian disgustado de la servidumbre y de la libertad, sin poder vivir sin la una, y sin la otra. Industriosos, ilustrados, vanos y difíciles de gobernar: todos, hasta los de la ínfima plebe, se habian familiarizado con la intriga, con la ambicion, y con todas aquellas grandes pasiones, que se levantan en las frecuentes conmociones del Estado: tenian ya los vicios que se hallan en las naciones formadas; y ademas tenian aquella actividad inquieta, y aquella ligereza de espíritu que no se halla en ninguna otra nacion.

La familia de Licurgo ocupaba mucho tiempo habia el trono de Lacedemonia: los dos reyes que le poseian entonces no gozaban de ningun aprecio; y Licurgo era á los ojos de los Esparciatas el primero y el mayor personage del Estado. Como podia contar con su crédito y con el de sus amigos, le detenian menos aquellas consideraciones que resfrian el genio, y limitan las miras de un legislador. Solon, simple particular, revestido de una autoridad pasagera, que era necesario emplear con prudencia para emplearla con fruto, cercado de facciones poderosas, que debia contemplar para conservar

su confianza, instruido por el ejemplo reciente de Dracon de que los medios de severidad no convenian á los Atenienses, no podia aventurar grandes innovaciones, sin ocasionar otras mayores todavía, y sin hacer caer otra vez el Estado en desgracias quizá irreparables.

No hablo de las calidades personales de los dos legisladores. Nada se parece menos al genio de Licurgo, que las prendas de Solon; ni al alma vigorosa del primero, que el caracter afable y circunspecto del segundo. No tuvieron mas semejanza que la de haber trabajado por la felicidad de los pueblos con el mismo conato; pero por caminos diferentes. Puesto uno en el lugar del otro, Solon no hubiera hecho tan grandes cosas como Licurgo; y se puede dudar que Licurgo las hubiese hecho mejores que Solon.

Conocia este último el peso con que se habia cargado; y cuando preguntado si habia dado á los Atenienses las leyes mejores, respondió: «las mejores que ellos pueden tolerar.» Pintó con un solo rasgo el caracter indocil de los Atenienses, y el funesto embarazo en que se habia hallado.

Solon se vió obligado á preferir el gobierno popular, porque el pueblo, que se acordaba de haber gozado de él durante muchos siglos, no podia sufrir la tiranía de los ricos; y porque

una nacion que se dedica á la marina, siempre se inclina fuertemente á la democracia.

Eligiendo esta forma de gobierno la templó de modo, que se cree hallar la oligarquía en el cuerpo de los areopagitas, la aristocracia en la manera de elegir los magistrados; y la pura democracia en la libertad concedida al menor de los ciudadanos de tener plaza en los tribunales de justicia.

Esta constitucion, que participaba de los gobiernos mixtos, se destruyó por el exceso del poder en el pueblo, como la de los Persas por el exceso de poder en el príncipe.

Se reprende á Solon el haber acelerado esta corrupcion por la ley que atribuye indistintamente á todos los ciudadanos el cuidado de hacer justicia, y de haberles llamado á esta funcion importante por medio de la suerte. No se percibieron al principio los efectos que podia producir semejante prerogativa; pero en adelante hubo precision de contemplar ó implorar la proteccion del pueblo, que, llenando los tribunales, fué árbitro para interpretar las leyes, y para disponer como quisiese de las vidas y haciendas de los ciudadanos.

Trazando la pintura del sistema de Solon, he dicho los motivos que le obligaron á dar la ley de que se trata. Añado: 1° que no solamente está adoptada, sino tambien que es utilísima

en las democracias mejor organizadas: 2º que Solon nunca debió presumir que el pueblo abandonaria sus trabajos por el esteril placer de juzgar las cuestiones de los particulares. Si despues se ha levantado con los tribunales, si se ha aumentado su autoridad, se debe acusar á Pericles, que asignando un derecho de presencia á los jueces, proporcionó á los ciudadanos pobres un medio mas facil de vivir.

No se debe pues atribuir á las leyes de Solon el origen de los vicios que han desfigurado su obra, sino á la serie de innovaciones que, por la mayor parte, no eran necesarias, y que era tan imposible preverlas como seria hoy dia el justificarlas.

Despues de la expulsion de los Pisistratides, Clístenes para ganarse el pueblo, dividió en diez tribus las cuatro que desde Cécrope comprendian á todos los habitantes de la Atica; y todos los años se sacaban de cada una cincuenta senadores, lo que hizo subir á quinientos el número de estos magistrados.

Estas tribus, como otras tantas repúblicas, tenian cada una sus presidentes, sus oficiales de policía, sus tribunales, sus juntas y sus intereses. Multiplicarlas y darlas mas actividad era empeñar á todos los ciudadanos sin distincion á mezclarse en los asuntos públicos, y era favorecer al pueblo, que, ademas del

derecho de nombrar sus oficiales, tenia la mayor influencia en cada tribu.

Ademas de esto, sucedió que las diversas compañías encargadas de la recaudacion y empleo de rentas, se compusieron de diez oficiales nombrados por las diez tribus; lo que, presentando nuevos objetos á la ambicion del pueblo, sirvió tambien para introducirle en las diferentes partes de la administracion.

Pero sobre todo la ruina de la antigua constitucion se debe atribuir á las victorias de los Atenienses sobre los Persas. Despues de la batalla de Platea, se ordenó que los ciudadanos de las últimas clases, excluidos por Solon de las magistraturas principales, tuviesen en adelante derecho de obtenerlas. El prudente Arístides, que presentó este decreto, dió el mas funesto ejemplo á los que le sucedieron en el mando; porque primeramente les fué preciso adular á la muchedumbre, y despues humillarse delante de ella.

Antes se desdeñaba de asistir á las juntas generales; pero desde que el gobierno concedió una gratificacion de tres óbolos á cada asistente, iba á ellas en tropel, y tanto con su presencia, como con sus furores, apartó á los ricos, y sustituyó con insolencia sus caprichos á las leyes.

Pericles, el mas peligroso de sus cortesanos, le quitó la aficion al trabajo y á las pocas virtudes que le habian quedado, con liberalidades

que agotaban el tesoro público, y que entre otras ventajas, le facilitaban la entrada á los teatros; y como si hubiera jurado la ruina de las costumbres para acelerar la de la constitucion, impuso silencio al areopago, despojándole de casi todos sus privilegios.

Entonces desaparecieron ó quedaron sin efecto aquellas precauciones tan sabiamente imaginadas por Solon, para librar los grandes intereses del Estado de las inconsecuencias de un populacho ignorante y furioso. Traigamos á la memoria que el senado debia preparar los asuntos antes de exponerlos á la asamblea nacional: que debian ser ventilados por oradores de conocida probidad; y que los primeros votos debian ser dados por ancianos experimentados. Estos frenos tan aptos para reprimir la impetuosidad del pueblo, fueron todos rotos por él: no quiso obedecer sino á gefes que le descaminaron, y apartó tan lejos de sí los límites de su autoridad, que dejando él mismo de percibirlos, se persuadió á que tales límites no existian.

Ciertas magistraturas que una eleccion libre no concedia en otro tiempo sino á hombres íntegros, se confieren ahora por suerte á toda clase de ciudadanos, y muchas veces los particulares sin recurrir á este medio ni al de la eleccion, á fuerza de dinero é intrigas, hallaban el modo de obtener los empleos, y de introdu-

cirse hasta en el orden de senadores. En fin, el pueblo pronuncia en última instancia sobre muchos delitos, cuyo conocimiento le es privativo por decretos posteriores á Solon, ó que él mismo se avoca con desprecio del curso ordinario de justicia. Con esto se hallan confundidos los poderes que habian sido tan sabiamente distribuidos; y ejecutando el poder legislativo sus propias leyes, hace sentir ó temer á cada momento el peso terrible de la opresion.

No se hubieran introducido en la constitucion estos vicios destructores, si esta no hubiese tenido obstáculos insuperables que vencer; pero la usurpacion de los Pisistratides detuvo sus progresos en su mismo origen; y despues las victorias contra los Persas corrompieron los principios. Para que ella hubiese podido defenderse contra semejantes acontecimientos, hubiera sido preciso que una larga paz, y una completa libertad la pusiesen en estado de obrar poderosamente sobre las costumbres de los Atenienses. Sin esto, todos los dones del genio reunidos en un legislador, no podian impedir á Pisistrato ser el mas seductor de los hombres, ni á los Atenienses, el pueblo mas facil de ser seducidó: ni podian hacer que las brillantes victorias de Maraton, de Salamina y de Platea no llenasen de una loca presuncion al pueblo mas vano de la tierra.

Por los efectos que produjeron las instituciones de Solon, se puede juzgar los que hubieran producido en mejores circunstancias. Violentadas bajo la dominacion de los Pisistratides, obraron lentamente sobre los espíritus, ya sea por las ventajas de una educacion que era entonces comun, y que no lo es el dia de hoy, ó bien por la influencia de las formas republicanas, que conservan continuamente la ilusion y la esperanza de la libertad. Apenas se desterraron estos principios, cuando la democracia se restableció por sí misma, y los Atenienses desplegaron un caracter, que no se habia ni aun sospechado en ellos hasta entonces. Desde esta época hasta la de su corrupcion, no se pasó mas que cerca de medio siglo; pero en este tiempo feliz, se respetaban todavía las leyes y las virtudes. Los mas sabios no hablan el dia de hoy sin elogios acompañados de sentimientos, y no hallan otro remedio á los males del Estado, sino el de restablecer el gobierno de Solon.

SECCION SEGUNDA.

SIGLO DE TEMISTOCLES Y DE ARISTIDES *.

Me determino con pena á describir combates. Debiera bastar el saber que las guerras empiezan por la ambicion de los príncipes, y acaban en la infelicidad de los pueblos; pero el ejemplo de una nacion que prefiere la muerte á la esclavitud, es demasiado grande é instructivo para que se pase en silencio.

Acababa Ciro de elevar la potencia de los Persas sobre las ruinas de los imperios de Babilonia y de Lidia; se le habian sometido la Arabia, el Egipto y los pueblos mas remotos; y Cambises su hijo habia sojuzgado la Cirenaica y muchas naciones africanas.

Despues de la muerte de este último, unos señores persas en número de siete, habiendo derribado á un mago que habia usurpado el trono, se juntaron para arreglar el destino de tan vastos Estados. Otanes propuso darles libertad, y establecer por todas partes la democracia; Megabises ensalzó las ventajas de la aristocra-

* Desde el año 490 hasta cerca del de 444 antes de J. C.

cia; Darío, hijo de Histaspes, opinó por la constitucion, que hasta entonces habia producido la felicidad y la gloria de los Persas : prevaleció su voto, y habiéndose declarado por él la suerte, á la cual se habia confiado la eleccion de soberano, por artificios suyos, se vió pacífico poseedor del mas poderoso imperio del mundo, y tomó el título de gran rey, y el de rey de reyes, conforme al ejemplo de los antiguos monarcas de la Asiria *.

En esta elevacion supo respetar las leyes, discernir el mérito, recibir consejos, y hacerse amigos. Zopiro, hijo de Megabises, fué al que amó mas. Cierto dia se atrevió uno á hacer á Darío, que tenia en la mano una granada, esta pregunta : « ¿ qué bien es el que querriais multiplicar tan-« tas veces como son los granos de esa granada? « A Zopiro, respondió el rey sin pararse. » Esta respuesta precipitó á Zopiro en uno de aquellos extravíos de celo, que no pueden justificarse, sino por la pasion que los produce **.

Diez y nueve meses habia que Darío tenia sitiada á Babilonia, que se habia rebelado : estaba ya para abandonar su empresa, cuando se dejó ver ante él Zopiro sin narices, sin orejas, muti-

* El año 521 antes de J. C.

** Segun Heródoto, no fué á Zopiro á quien nombró Darío, sino á Megabises, padre de este joven persa.

ladas y cubiertas de heridas todas las partes de su cuerpo. «¿Y qué mano bárbara te ha puesto «en tal estado? exclamó el rey corriendo hácia «él.—Yo mismo, respondió Zopiro. Voy á Babilo- «nia, donde se sabe bien mi nombre, y el puesto «que ocupo en vuestra corte. Os acusaré de ha- «ber castigado con la crueldad mas indigna, el «consejo que os di de retiraros. Se me confiará «un cuerpo de tropas; expondreis algunas de «las vuestras, y me facilitareis sucesos, que me «ganarán mas y mas la confianza del enemigo: «llegaré á hacerme dueño de las puertas, y «Babilonia será vuestra.» Darío quedó penetrado de dolor y de admiracion. El proyecto de Zopiro se logró. Su amigo le colmó de caricias y beneficios; pero decia muchas veces: «hubiera «dado cien Babilonias por excusar á Zopiro un «tratamiento tan bárbaro.»

De esta sensibilidad tan atractiva en un particular, y tan preciosa en un rey, resultaba aquella clemencia que los vencidos experimentaban en este príncipe, y aquella gratitud con la cual recompensaba como rey, los servicios que habia recibido como particular. De allí nacia tambien aquella moderacion con que resplandecian los actos mas rigurosos de su autoridad. Antes las rentas de la corona no consistian mas que en las ofertas voluntarias de los pueblos; ofertas que Ciro recibia con la ternura de un padre; que

Cambises exigia con la altanería de un señor, y que en adelante hubiera podido el soberano multiplicar á su arbitrio. Darío dividió su reino en veinte gobiernos ó satrapías, y sujetó al examen de aquellos que habia puesto á su frente, la lista de las contribuciones que se proponia sacar de cada provincia. Todos ponderaron la pequeñez de los impuestos; pero el rey se contentó con reducirlos á la mitad, desconfiando de sus pareceres.

Arregló con leyes sábias los diferentes ramos de la administracion. Ellas mantuvieron entre los Persas la armonía y la paz que sostienen un Estado; y los particulares hallaron en la conservacion de sus derechos y posesiones, la única igualdad que podian gozar en una monarquía.

Ilustró Darío su reinado con establecimientos útiles; pero le oscureció con sus conquistas. Nacido con talentos militares, adorado de sus tropas, valeroso y ardiente en la accion; pero tranquilo y de sangre fria en el peligro, sujetó casi tantas naciones como el mismo Ciro.

Sus fuerzas, sus victorias y aquella vil lisonja que culebrea siempre al rededor de los tronos, le persuadieron á que una palabra suya debia obligar á las naciones á rendirle homenage; y como era tan capaz de ejecutar grandes proyectos como de formarlos, podia suspenderlos, mas nunca los abandonaba.

Habiendo de hablar de los inmensos recursos que tenia para añadir la Grecia á sus conquistas, he debido traer á la memoria algunos rasgos de su caracter; porque un soberano es todavía mas temible por sus calidades personales que por su poder.

El suyo apenas tenia límites. Su imperio, cuya extension es en ciertas partes de cerca de veinte y un mil ciento y sesenta y cuatro estadios * de este á oeste; y de cerca de siete mil novecientos treinta y seis ** de mediodia á norte, puede contener de superficie ciento y quince millones, seiscientos diez y ocho mil estadios cuadrados ***; mientras que la superficie de la Grecia, no teniendo mas que un millon, trescientos sesenta y seis mil estadios cuadrados, no era mas que la centésima décimaquinta parte de la Persia. Contiene ademas muchas provincias situadas en el clima mas feliz, fertilizadas por grandes rios, hermoseadas con ciudades florecientes, ricas por la naturaleza de su terreno, por la industria de sus habitantes, por la actividad del comercio, y por una poblacion favorecida juntamente por la religion, por las leyes, y

* Ochocientas leguas francesas, de dos mil y quinientas toesas cada una.

** Trescientas leguas.

*** Ciento sesenta y cinco mil y doscientas leguas cuadradas. (*Nota manuscrita de M. de Anville.*)

por las recompensas concedidas á la fecundidad.

Los impuestos en dinero subian á poco mas de catorce mil quinientos sesenta talentos euboicos *; y no se empleaban en los gastos corrientes **, sino que reducidos á barras, se reservaban para los gastos extraordinarios. Las provincias estaban encargadas del mantenimiento de la casa real, y de la subsistencia de los ejércitos: unas daban trigo, otras caballos: la Armenia sola enviaba todos los años veinte mil potros. De otras satrapías se sacaban ganados, lana, ébano, marfil y otras varias producciones.

Repartidas las tropas en las provincias, las mantenian en la obediencia, ó las libraban de una invasion. Otro ejército, formado de soldados elegidos, velaba en la conservacion del príncipe: sobre todos se distinguian diez mil hombres, que se llamaban *los Inmortales*, porque su número debia estar siempre completo: ningun otro cuerpo se atreveria á disputarle ni la preferencia ni el valor.

Ciro habia establecido en sus ejércitos una

* Cerca de noventa millones de nuestra moneda.

** Por lo que se dijo en el texto se ve, por que Alejandro halló tantas cantidades amontonadas en los tesoros de Persépolis, Suza, Pasagarda, etc. Así que, no sé si será preciso estar al testimonio de Justino, cuando dice, que despues de la conquista de la Persia, sacaba Alejandro todos los años de sus nuevos súbditos trescientos mil talentos, los que harian una suma de cerca de mil seiscientos y veinte millones de nuestra moneda.

disciplina, que procuraron mantener sus inmediatos sucesores. Todos los años mandaba el soberano hacer una revista general: se instruia por sí mismo del estado de las tropas que tenia cerca de sí; y enviaba inspectores diestros y fieles á las provincias remotas á ejercer las mismas funciones: los oficiales que se distinguian en el cumplimiento de sus deberes, eran recompensados; y los que no cumplian con ellos perdian sus plazas.

La nacion particular de los Persas, la primera del Oriente desde que habia producido á Ciro, miraba el valor como la prenda mas sobresaliente entre todas, y por consiguiente le estimaba en sus enemigos. Arrostrar los rigores de las estaciones, hacer marchas largas y penosas, lanzar dardos, y pasar á nado los rios, eran entre ellos los juegos de la infancia: en la edad mas crecida se juntaba á esto la caza y los demas ejercicios que mantienen las fuerzas del cuerpo. En tiempo de paz se andaba con una parte de las armas que se llevaban á la guerra; y para no perder el hábito de andar á caballo, casi nunca se iba á pie. Estas costumbres se habian hecho insensiblemente las de todo el imperio.

La caballería es la principal fuerza de los ejércitos persas. En su fuga misma arrojan flechas, que detienen la furia del vencedor. El caballo

y ginete van igualmente cubiertos de hierro y de bronce, y la Media producia caballos famosos por su talla, su vigor y su ligereza.

Hay obligacion de sentar plaza de soldado á la edad de veinte años, y se obtiene licencia á los cincuenta. A la primera orden del soberano todos los que están destinados á hacer la campaña, deben hallarse en el lugar que se les señala, dentro de un término fijo. Las leyes son en este punto extremamente severas. Algunas veces han pedido algunos padres infelices por premio de sus servicios el conservar consigo sus hijos, que eran el báculo de su vejez. Se les dispensará de acompañarme, respondia el príncipe; y los mandaba quitar la vida.

Los reyes de Oriente no salen jamas á una expedicion, sin llevar tras de sí una multitud inmensa de combatientes. Creen que es dignidad suya mostrarse en estas ocasiones con todo el aparato de su poder: creen que el número de los soldados decide de la victoria, y que reuniendo la mayor parte de sus fuerzas al rededor de su persona, podrán precaver las turbulencias que podrian levantarse en su ausencia. Pero si estos ejércitos no lo arrastran todo tras de sí, por el repentino terror que inspiran, ó por el impulso primero que dan, se ven luego obligados á retirarse, ya sea por falta de víveres, ya por el abatimiento de las tro-

pas. Por tanto se ve frecuentemente en el Asia finalizarse sus guerras en una sola campaña; y pender de una batalla sola el destino de un imperio.

Los reyes de Persia gozan de una autoridad absoluta, y cimentada en el respeto de los pueblos acostumbrados á venerarlos como imágenes vivas de la divinidad. El dia de su nacimiento es un dia de fiesta. A su muerte, para anunciar que se ha perdido el principio de la luz y de las leyes, se tiene cuidado de apagar el fuego sagrado, y de cerrar los tribunales de justicia. Durante su reinado no ofrecen los particulares sacrificio alguno, sin dirigir votos al cielo por el soberano, del mismo modo que pór la nacion. Todos, sin exceptuar los príncipes tributarios, los gobernadores de las provincias, y los grandes que residen á la Puerta *, se llaman esclavos del rey: expresion que hoy dia indica una extrema servidumbre: pero que en tiempo de Ciro y de Darío, no era mas que un testimonio de afeccion y de celo.

Hasta el último de estos príncipes no habian tenido los Persas interes en reñir con los pueblos del continente de Grecia. Apenas se sabia en la corte de Suza, que habia una Lacedemo-

* Con esta palabra se significaba en Persia la corte del rey, ó la de los gobernadores de provincia.

nia y una Atenas, cuando Darío resolvió sujetar estas regiones lejanas. Atosa, hija de Ciro, con quien acababa de casarse, le dió la primera idea. Ella la tuvo de un médico griego, llamado Demócedes, que la habia curado de una enfermedad grave. No pudiendo Demócedes procurarse la libertad por otros medios, formó el proyecto de una invasion en la Grecia : hizo entrar en él á la reina, y se lisonjeó de obtener una comision, que le facilitaria el medio de volver á Crotona su patria.

Atosa se aprovechó del momento en que Darío le manifestaba su ternura. « Ya es tiempo, « le dijo, de señalar vuestra subida al trono, « por una empresa que os gane la estimacion « de vuestros vasallos. Los Persas necesitan un « soberano conquistador. Distraed su valor so« bre alguna nacion, si no quereis que le dirijan « contra vos. » Habiendo respondido Darío que se proponia declarar la guerra á los Escitas. « Los Escitas, replicó la reina, serán vues« tros cuando vos lo querais. Yo deseo que di« rijais vuestras armas contra la Grecia, y que « me traigais para servirme mugeres de Lace« demonia, de Argos, de Corinto y de Atenas. » Desde este instante suspendió Darío su proyecto contra los Escitas, é hizo marchar á Demócedes con cinco persas encargados de darle noticia exacta de los paises cuya conquista meditaba.

No bien habia salido Demócedes de los Estados de Darío, cuando se huyó á Italia. Los persas que él debia conducir sufrieron muchos trabajos. Cuando volvieron á Suza, se habia ya resfriado el deseo de la reina de tener esclavas griegas á su servicio, y Darío se ocupaba en asuntos mas importantes.

Habiendo puesto este príncipe bajo su obediencia la ciudad de Babilonia, resolvió marchar contra las naciones escíticas *, que viven acampadas con sus rebaños entre el Ister ** y el Tanais ***, á lo largo de las costas del Ponto Euxino.

Presentóse al frente de setecientos mil soldados á ofrecer la esclavitud á unos pueblos, que para arruinar su ejército no tuvieron que hacer mas que atraerle á paises incultos y desiertos. Darío se obstinó en seguir sus huellas: recorria como vencedor soledades inmensas. « ¿ Por qué « huyes de mi presencia ? envió á decir un dia « al rey de los Escitas. Si puedes resistirme, de- « tente: y trata de pelear; y si no te atreves, « reconoce á tu señor. — El rey de los Escitas « respendió : no huyo, ni temo á nadie. Noso- « tros acostumbramos errar tranquilamente en

* El año 508 antes de J. C.

** El Danubio.

*** El Don.

« nuestros vastos dominios, tanto en tiempo de
« paz como en tiempo de guerra. No conocemos
« otro bien que la libertad, ni otros señores que
« los dioses. Si quieres hacer prueba de nuestro
« valor, síguenos, y ven á insultar los sepul-
« cros de nuestros padres. »

Entre tanto el ejército se debilitaba con las enfermedades, con la falta de víveres, y dificultad de las marchas. Fué pues necesario resolverse á volver á tomar el puente que Darío habia dejado sobre el Ister. Su guarda habia sido confiada á los Griegos de la Jonia, permitiéndoles retirarse á su pais, si veian que no volvia antes de dos meses. Concluido este término, se dejaron ver mas de una vez cuerpos de escitas sobre lás márgenes del rio. Quieren, primero con súplicas, despues con amenazas, empeñar á los oficiales de la armada á que la llevasen á la Jonia. Milciades, el ateniense, apoyaba fuertemente este parecer, pero habiendo representado Histieo de Mileto á los otros gefes, que, puestos por Darío en el gobierno de diferentes ciudades de la Jonia, quedarian en el estado de simples particulares, si dejaban perecer al rey, se prometió á los Escitas romper el puente, y se tomó el partido de permanecer allí. Esta resolucion salvó á Darío y á su ejército.

Una conquista importante borró luego la

afrenta de la expedicion de la Escitia. Se hizo reconocer por soberano de los pueblos que habitan cerca del Indo; y este rio fijó por el oriente los límites de su imperio.

Al occidente se terminaba en una serie de colonias griegas, establecidas sobre las costas del mar Egeo. Allí están Efeso, Mileto, Esmirna y otras muchas ciudades florecientes, reunidas en diferentes confederaciones, separadas todas del continente de la Grecia por el mar y muchas islas, de las cuales unas obedecian á los Atenienses, y otras eran independientes. Las ciudades griegas de la Asia aspiraban á sacudir el yugo de los Persas. Los habitantes de las islas y de la Grecia propiamente tal, temian la vecindad de una potencia que amenazaba á las naciones con una esclavitud general.

Estos temores se aumentaron, cuando se vió á Darío, que volviendo de la Escitia, dejó en la Tracia un ejército de ochenta mil hombres, el cual sometió este reino, obligó al rey de Macedonia á hacer á Darío homenage de su corona, y se apoderó de las islas de Lemnos y de Imbros.

Se aumentaron aun mas cuando se vió á los Persas hacer una tentativa contra la isla de Naxos, y amenazar á la Eubea, tan próxima á la Atica: cuando las ciudades de la Jonia, resueltas á recobrar su antigua libertad, echaron

de allí á sus gobernadores, quemaron la ciudad de Sardes, capital del antiguo reino de Lidia, y atrajeron á los pueblos de Caria y de la isla de Quipre á la liga que habian formado contra Darío. Esta revolucion * fué efectivamente el principio de las guerras que estuvieron para destruir todas las potencias de la Grecia, y que ciento y cincuenta años despues trastornaron el imperio de los Persas.

Los Lacedemonios tomaron el partido de no acceder á la liga, y los Atenienses el de favorecerla, sin declararse abiertamente. El rey de Persia no disimulaba ya el deseo que tenia de extender hácia la Grecia los confines de su imperio. Los Atenienses debian á la mayor parte de las ciudades que acababan de sustraerse á su obediencia, los socorros que las metrópolis deben dar á sus colonias. Hacia mucho tiempo que se quejaban de la proteccion que los Persas concedian á Hipias, hijo de Pisistrato, que los habia oprimido, y á quien ellos habian desterrado. Artafernes, hermano de Darío, y sátrapa de Lidia, les habia declarado que el único medio de atender á su seguridad, era volver á llamar á Hipias; y se sabia que este último desde su llegada á la corte de Suza mantenia en el espíritu de Darío preocupacio-

* Hácia el año 504 antes de J. C.

nes, que no cesaba de inspirarle contra los pueblos de la Grecia, y en particular contra los Atenienses. Irritados con estos motivos los Atenienses, enviaron á Jonia tropas, que contribuyeron á la toma de Sardes, y los Eretrienses de la Eubea siguieron su ejemplo.

El principal autor de la sublevacion de la Jonia, fué aquel Histieo de Mileto, que cuando la expedicion de Escitia se obstinó en guardar el puente del Ister. Darío no olvidó nunca este servicio importante, y se acordaba todavía despues de haberle recompensado. Pero Histieo, desterrado de la corte de Suza, impaciente por volver á su patria, excitó por bajo de cuerda las turbulencias de la Jonia, y se valió de ellas para lógrar el permiso de volver á esta provincia, donde se le cogió luego con las armas en la mano. Diéronse prisa los generales para hacerle morir, porque conocian la generosidad de su señor. En efecto, este príncipe, haciendo menos caso de su traicion que de los favores que le debia, honró su memoria con exequias, y con las reprensiones que dió á sus generales.

Por el mismo tiempo, habiendo unos barcos fenicios hecho prisionera una galera ateniense, hallaron en ella á Metioco, hijo de aquel Milciades que aconsejó romper el puente del Ister, y abandonar á Darío al furor de los Escitas.

Le enviaron al rey, quien le recibió con señales de distincion, y á fuerza de beneficios le obligó á establecerse en Persia.

Esto no nacia de que Darío fuese insensible á la sublevacion de la Jonia y á la conducta de los Atenienses. Al darle noticia del incendio de Sardes, juró vengarse completamente de estos últimos, y encargó á uno de sus oficiales, que le recordase todos los dias el ultraje que se le habia hecho; pero antes era preciso poner fin á la guerra que los primeros le habian movido. Duró algunos años, y le proporcionó grandes ventajas. La Jonia volvió á su obediencia: muchas islas del mar Egeo, y todas las ciudades del Helesponto recibieron sus leyes.

Entonces Mardonio su yerno partió al frente de un ejército poderoso, acabó de pacificar la Jonia, fué á Macedonia, y allí hizo embarcar sus tropas, ya fuese porque previno las órdenes de Darío, ó bien porque se limitase á seguirlas. Su pretexto era el castigar á los Atenienses y Cretienses: su verdadero objeto hacer á la Grecia tributaria; pero habiendo estrellado una violenta tempestad contra las rocas del monte Atos una parte de sus galeras y soldados, volvió á tomar el camino de Macedonia, y luego despues el de Suza.

Este desastre no bastaba para desviar la tempestad que amenazaba á la Grecia. Darío, an-

DISPOSICION DEL EJÉRCITO GRIEGO,
y de las tribus Atenienses

Plateenses
Pandionida
Erecteida
Hipotoontida
Antioquida
Leontida
Cecrópida
Acamantida
Eneida
Egeida
Aiantida



tes de llegar á romper claramente, envió por todas partes reyes de armas, para pedir en su nombre la tierra y el agua: esta era la fórmula que usaban los Persas para exigir el tributo de las naciones. La mayor parte de las islas y de los pueblos del continente le ofrecieron sin detenerse: los Atenienses y los Lacedemonios, no solamente le negaron, sino que con una violacion manifiesta del derecho de gentes, arrojaron á los embajadores del rey en una fosa profunda. Los primeros llegaron mas allá con su indignacion: condenaron á muerte al intérprete que habia manchado la lengua griega explicando las órdenes de un bárbaro.

A esta novedad, Darío puso al frente de sus tropas á un medo, llamado Datis, que tenia mas experiencia que Mardonio: le dió orden de destruir las ciudades de Atenas y de Eretria, y de traerle los habitantes cargados de cadenas.

BATALLA DE MARATON.

Luego se juntó el ejército en una llanura de Cilicia, de donde seiscientos bajeles le trasportaron á la isla de Eubea. La ciudad de Eretria, despues de haberse defendido vigorosamente seis dias, fué tomada por traicion de algunos ciudadanos que tenian crédito sobre el

pueblo. Los templos fueron arrasados, los habitantes puestos en cadenas; y la flota, habiendo aportado inmediatamente á las costas de la Atica, echó en tierra, cerca del lugar de Maraton, distante de Atenas como ciento y cuarenta estadios *, cien mil hombres de infantería, y diez mil de caballería. Camparon en una llanura, bañada al este por el mar, cercada de montañas por los demas lados, y que tenia cerca de doscientos estadios de circunferencia**.

Entre tanto Atenas estaba llena de consternacion y de espanto. Habia implorado el socorro de los demas pueblos de la Grecia. Unos se habian sometido á Darío; otros temblaban al solo nombre de Medos ó Persas: los Lacedemonios solos prometieron tropas; pero diversas circunstancias impidieron su pronta reunion con las de los Atenienses.

Quedaban pues estos abandonados á sus propias fuerzas. ¿Y cómo, con algunos soldados levantados precipitadamente, se atreveria á resistir á una potencia, que en el espacio de medio siglo habia derribado los imperios mas grandes del mundo? ¿Aun cuando á costa de perder sus mejores ciudadanos, y sus mas va-

* Cerca de seis leguas.
** Cerca de siete leguas y media.

lientes guerreros, aspirase al honor de disputar la victoria por algun tiempo, no se verian salir de las costas de Asia, y del fondo de la Persia ejércitos aun mas temibles que el primero? Los Griegos han irritado á Darío; y añadiendo el ultraje á la ofensa, no le han dejado otra eleccion que la de la venganza, la de la deshonra, ó la del perdon. ¿El homenage que él exige lleva consigo una servidumbre vergonzosa? ¿Las colonias griegas establecidas en sus Estados, no han conservado sus leyes, su culto y sus posesiones? ¿Despues de su rebelion no las ha obligado con las mas sábias disposiciones á unirse entre sí, y á ser felices á pesar suyo? ¿Y Mardonio mismo no habia establecido últimamente la democracia en las ciudades de la Jonia?

Estas reflexiones, que empeñaron á la mayor parte de los pueblos de la Grecia á declararse por los Persas, se equilibraban en el espíritu de los Atenienses, por temores no menos fundados. El general de Darío les presentaba con una mano las cadenas con que debia esclavizarlos, y con la otra aquel Hipias, cuyas solicitudes é intrigas habian por fin traido los Persas á los campos de Maraton. Era preciso pues sufrir la horrible desgracia de ser arrastrados á los pies de Darío como viles esclavos, ó la infelicidad mucho mayor todavía, de ge-

mir nuevamente bajo las crueldades de un tirano, que no respiraba mas que venganza. En esta alternativa apenas deliberaron, y resolvieron perecer con las armas en la mano.

Por fortuna se dejaron ver entonces tres hombres destinados á dar un nuevo remonte á las pasiones de la nacion. Eran estos Milciades, Temístocles y Arístides. Su caracter se manifestará por sí mismo en la relacion de sus acciones. Milciades habia hecho mucho tiempo la guerra en Tracia, y adquirido una reputacion brillante. Arístides y Temístocles, mas jóvenes que él, habian manifestado desde su infancia una rivalidad que hubiera perdido el Estado, si, en las ocasiones críticas no la hubieran sacrificado al bien público. Para pintar á Arístides basta un rasgo: fué el ateniense mas justo y mas virtuoso. Para expresar el talento, los recursos, las miras de Temístocles serian necesarios muchos: amó su patria, pero amó la gloria aun mas que su patria misma.

El ejemplo de estos tres ilustres ciudadanos, junto con sus reflexiones, acabaron de inflamar los espíritus. Se hicieron levas. Las diez tribus dieron á mil hombres de á pie, con un general á su frente; siendo necesario alistar esclavos para completar su número. Juntas estas tropas salieron de la ciudad, y bajaron á la llanura de Maraton, adonde los de Platea en Beo-

cia les enviaron un refuerzo de mil infantes.

Apenas estuvieron en presencia del enemigo, cuando Milciades propuso atacarle. Arístides y algunos de los gefes apoyaron fuertemente su propuesta: otros atemorizados por la extrema desproporcion de los ejércitos, querian que se esperase el refuerzo de los Lacedemonios. Divididos así los pareceres, restaba tomar el del polemarco ó gefe de la milicia, á quien se consulta en estas ocasiones, para quitar el empate de votos. Milciades se dirigió á él, y con el ardor de una alma fuertemente penetrada, le dijo: « Atenas se halla en el punto de experi-« mentar la mayor de las vicisitudes. Va á ser, « ó la primera potencia de la Grecia, ó el teatro « de los furores de Hipias. De vos solo, ó Ca-« limaco, espera su destino. Si dejamos enfriar « el ardor de las tropas, se abatirán vergonzo-« samente bajo el yugo de los Persas; si las lle-« vamos al combate, estarán por nosotros los « dioses y la victoria. Una palabra vuestra va á « precipitar vuestra patria en la esclavitud, ó « á conservarla su libertad. »

Calimaco dió su voto, y se resolvió dar la batalla. Para asegurar el éxito, Arístides y los demas generales á su ejemplo, cedieron á Milciades el honor del mando que cada uno tenia por su turno; pero para ponerlos á ellos al abrigo de los acaecimientos, esperó que lle-

gase el dia en que de derecho le tocaba ponerse al frente del ejército.

Luego que llegó, Milciades ordenó sus tropas al pie de una montaña, en un sitio cubierto de árboles, que debian detener la caballería persiana. Los Plateenses fueron colocados en el ala izquierda: Calimaco mandaba la derecha: Arístides y Temístocles estaban en el centro, y Milciades en todo. Un intervalo de ocho estadios * separaba el ejército griego del de los Persas.

A la primera señal los Griegos atravesaron corriendo este espacio. Los Persas, asombrados de un género de ataque tan nuevo para las dos naciones, quedaron inmóviles por un momento; mas luego opusieron al furor impetuoso de sus enemigos, un furor mas tranquilo, pero no menos temible. Despues de algunas horas de combate obstinado, comenzaron las dos alas del ejército griego á fijar la victoria. La derecha dispersó á los enemigos por la llanura; la izquierda les hizo replegar á un pantano que á la vista parecia un prado, en el cual se metieron, y quedaron sepultados. Las dos vuelan al socorro de Arístides y Temístocles, que estaban ya para ceder á la fuerza de las mejores tropas que Datis habia puesto en su centro.

* Cerca de setecientas sesenta toesas.

Desde este momento se hizo general la derrota. Los Persas, rechazados por todas partes, no hallan otro asilo que la armada, que se habia acercado á la costa. El vencedor los persigue á sangre y fuego: prende, quema, y echa á pique muchos barcos, y los demas se salvan á fuerza de remos.

El ejército persiano perdió cerca de seis mil y cuatrocientos hombres: el de los Atenienses ciento noventa y dos heroes; pues no hubo uno que no mereciese este dia tal nombre. Milciades salió herido: Hipias murió, como tambien Estesileo y Calimaco, dos generales de los Atenienses.

Apenas se habia acabado el combate, cuando un soldado, cansadísimo hasta el extremo, formó el proyecto de llevar á los magistrados de Atenas la primera nueva de este suceso; y sin dejar sus armas, corre, vuela, anuncia la victoria, y cae luego muerto á sus pies.

Sin embargo, esta victoria hubiera sido funesta para Atenas, si no hubiera sido por la actividad de Milciades. Datis, al tiempo de retirarse, concibió la esperanza de sorprender á Atenas, que él creia indefensa; y ya su armada doblaba el cabo de Sunio. Apenas lo supo Milciades, cuando se puso en marcha, y llegó en el mismo dia á los muros de la ciudad, desconcertó con su presencia los proyectos del ene-

migo, y le obligó á retirarse á las costas de Asia.

La batalla se dió el dia seis de boedromion, en el tercer año de la olimpiada setenta y dos *. Al dia siguiente llegaron dos mil esparciatas, que habian andado en tres dias y tres noches mil y doscientos estadios **. Aunque sabedores de la fuga de los Persas, continuaron su marcha hasta Maraton, y no temieron ir á ver los lugares donde una nacion rival se habia distinguido con tan grandes hazañas: vieron allí alzadas todavía las tiendas de los Persas, el campo sembrado de muertos, y cubierto de ricos despojos: encontraron allí tambien á Arístides, que con su tribu guardaba los prisioneros y el botin; y no se retiraron, sino despues de haber dado á los vencedores los elogios merecidos.

Nada omitieron los Atenienses para eternizar la memoria de los que murieron en el combate. Se les hicieron honrosas exequias. Se grabaron sus nombres sobre medias columnas, levantadas en la llanura de Maraton. Estos monumentos, sin exceptuar los de los generales Calimaco y Estesileo, son en extremo sencillos. Inmediato á ellos se erigió un trofeo cargado de ar-

* El 29 de setiembre del año 490 antes de J. C.

** Cerca de cuarenta y seis leguas y media.

mas de los Persas. Un artista diestro pintó los pormenores de la batalla en uno de los pórticos mas frecuentados de la ciudad : allí representó á Milciades al frente de los generales, y en el momento de exhortar á las tropas al combate.

Darío se indignó cuando supo la derrota de su ejército. Se temblaba por la suerte de los Eretrienses que Datis llevaba á sus pies. Sin embargo, apenas los vió, cuando la compasion ahogó en su pecho todas las demas pasiones: les distribuyó tierras á corta distancia de Suza; y para vengarse de los Griegos de una manera mas noble y mas digna de su persona, ordenó nuevas levas, é hizo preparativos inmensos.

No tardaron los Atenienses en vengarle ellos mismos. Habian elevado tanto á Milciades, que empezaron á temerle. La envidia representaba, que mientras gobernó en Tracia, habia ejercido todos los derechos de la soberanía: que siendo temido de las naciones extrangeras, y adorado del pueblo de Atenas, era tiempo de estar alerta, tanto sobre sus virtudes, como sobre su gloria. El mal éxito de una expedicion que emprendió contra la isla de Paros, dió un nuevo pretexto al odio de sus enemigos. Se le acusó de haberse dejado corromper por el oro de los Persas; y á pesar de las solicitudes y declama-

ciones de los mas honrados ciudadanos, se le sentenció á ser arrojado en la fosa donde se hacia morir á los malhechores. Habiéndose opuesto el magistrado á la ejecucion de este infame decreto, se conmutó la pena en una multa de cincuenta talentos *; y como no estaba en disposicion de pagarla, se vió al vencedor de Darío espirar entre cadenas, de las heridas que habia recibido en servicio de la patria.

TEMISTOCLES Y ARISTIDES.

No hacen desmayar ni á la ambicion ni á la virtud estos terribles ejemplos de injusticia y de ingratitud de parte de un soberano, ó de una nacion. Semejantes acontecimientos son escollos que se encuentran en la carrerade los honores, como los hay en medio del mar. Temístocles y Arístides tomaban sobre los Atenienses aquel ascendiente que el uno merecia por la diversidad de sus prendas, y el otro por la uniformidad de su conducta enteramente consagrada al bien público. El primero; atormentado dia y noche por la memoria de los trofeos de Milciades, lisonjeaba continuamente con nuevos decretos el orgullo de un pueblo embria-

* Doscientas setenta mil libras.

gado con su victoria: el segundo solamente se ocupaba en mantener las leyes y las costumbres que la habian preparado: los dos opuestos en principios y en proyectos, llenaban la plaza pública con sus divisiones, de tal manera que Arístides, despues de haber logrado ganar un dia, contra toda razon, cierta ventaja sobre su competidor, no pudo menos de decir, que la república perecia, si no se le echaba á él y á Temístocles en una fosa profunda.

Al fin, el talento y la intriga triunfaron de la virtud. Como Arístides se conducia como un árbitro en las discordias de los particulares, la reputacion de su equidad hacia que estuviesen desiertos los tribunales de justicia. La faccion de Temístocles le acusó de que se establecia un realismo tanto mas temible, cuanto que estaba fundado sobre el amor del pueblo, y concluyó con la pena de destierro. Estaban juntas las tribus, y debian dar su voto por escrito. Arístides asistia al juicio. Un ciudadano oscuro sentado junto á él, le suplicó que le escribiese el nombre del acusado en una conchita que le presentó. « ¿ Os ha hecho algun mal, respondió Arísti- « des ? — No, dijo el incógnito, pero estoy « fastidiado de oirle llamar por todas partes el « justo. » Arístides escribió su nombre, fué condenado, y salió de la ciudad deseando felicidades á su patria.

A su destierro se siguió luego la muerte de Darío. Este príncipe amenazaba á un tiempo á la Grecia, que no habia querido sujetar su cuello al yugo de los Persas; y al Egipto que acababa de sacudirle. Su hijo Xerxes fué el heredero de su trono *, sin serlo de ninguna de sus grandes prendas. Educado en una alta opinion de su poder, justo y benéfico por humorada, injusto y cruel por debilidad, casi siempre incapaz de sufrir los sucesos felices y los desgraciados, no se advertia constantemente en su caracter mas que una extrema violencia, y una excesiva pusilanimidad.

Despues de haber castigado la rebelion de los Egipcios, y agravado desatinadamente el peso de sus cadenas, acaso hubiera gozado en tranquilidad de su venganza, á no ser por uno de aquellos viles cortesanos, que sin remordimiento alguno sacrifican á sus intereses millares de hombres. Mardonio, á quien el honor de haber casado con la hermana de su señor, inspiraba las mas vastas pretensiones, queria mandar los ejércitos, lavar la deshonra con que se habia cubierto en su primera expedicion, y subyugar la Grecia para lograr su gobierno, y ejercer en ella sus rapiñas. Persuadió fácilmente á Xerxes que reuniese este pais y la Europa toda

* El año 485 antes de J. C.

al imperio de los Persas. Se decretó la guerra, y se conmovió toda el Asia

A los enormes preparativos hechos por Darío, se añadieron otros mucho mas espantosos. Se emplearon cuatro años en levantar tropas, en establecer almacenes por el camino, en trasportar á las costas provisiones de guerra y boca, y en construir en todos los puertos galeras y navíos de trasporte.

El rey salió en fin de Suza, persuadido á que iba á extender los confines de su imperio hasta los sitios donde el sol termina su carrera. Luego que llegó á Sardes en Lidia, envió reyes de armas á toda la Grecia, menos á Lacedemonia y Atenas. Estos debian recibir el homenage de las islas y naciones del continente, de las cuales muchas se sometieron á los Persas.

Por la primavera del año cuarto de la olimpiada setenta y cuatro *, llegó Xerxes á las costas del Helesponto con el ejército mas numeroso que jamas asoló la tierra: quiso ver allí á su gusto el espectáculo de su poder; y desde un trono alto vió el mar cubierto de sus navíos, y la campaña con sus tropas.

En este sitio, la costa de Asia no esta separada de la de Europa, sino por un brazo de mar

* Por la primavera del año 480 antes de J. C.

de siete estadios de anchura *. Dos puentes de barcas, sujetados por sus áncoras, unieron las costas opuestas. Desde el principio se habia encargado á los Egipcios y Fenicios que los construyesen; pero destruida su obra por una violenta tempestad, Xerxes hizo cortar la cabeza á los obreros; y queriendo tratar á la mar como á esclava, mandó que la azotasen, que la marcasen con un hierro ardiente, y que echasen en su fondo un par de cadenas. ¡Y sin embargo este príncipe era seguido por muchos millones de hombres!

Sus tropas gastaron siete dias y siete noches en pasar el estrecho, y sus bagages tardaron un mes. Desde allí tomando el camino por la Tracia, y costeando el mar, llegó á la llanura de Dorisco, bañada por el Hebro, propia no solamente para proporcionar refrescos y descanso á los soldados, sino tambien para hacer la revista y enumeracion del ejército.

Se componia este de un millon y setecientos mil hombres de á pie, y de ochenta mil caballos. Veinte mil árabes y libios conducian los

* Estos dos puentes empezaban en Abidos, y terminaban un poco mas ábajo de Sestos. En estos últimos tiempos se ha reconocido que este paso, el mas corto de todo el estrecho, no tiene mas que cerca de trescientas setenta y cinco toesas y media. Teniendo los puentes siete estadios de longitud, ha inferido M. de Anville, que estos estadios nó tenian mas de cincuenta y una toesas.

camellos y los carros. Xerxes, puesto en un carro triunfal, recorrió las filas: pasó despues á la flota que se habia aproximado á la costa, y se componia de mil doscientas y siete galeras de tres órdenes de remos. Cada una podia llevar doscientos hombres, y todas juntas doscientos cuarenta y un mil y cuatrocientos. Las acompañaban dos mil barcos de trasporte, en los cuales se presume que habia doscientos cuarenta mil hombres.

Estas eran las fuerzas que habia traido de la Asia; las que se aumentaron luego con trescientos mil combatientes sacados de la Tracia, de la Macedonia, de la Peonia, y de otras muchas regiones europeas, sujetas á Xerxes. Las islas vecinas contribuyeron ademas con ciento y veinte galeras, en las cuales iban veinte y cuatro mil hombres. Si á esta multitud inmensa se añade un número casi igual de gentes necesarias ó inútiles, que marchaban en seguida del ejército, se hallará que cinco millones de hombres habian sido arrancados de su patria, é iban á destruir naciones enteras, para satisfacer la ambicion de un particular llamado Mardonio.

Despues de la revista del ejército y de la flota, envió Xerxes á llamar al rey Demarates, que habiendo sido desterrado algunos años antes de Lacedemonia, habia hallado un asilo en la corte de Suza.

« ¿Pensais, le dijo, que los Griegos se atrevan « á resistirme? — Habiendo Demarates alcanza- « do permiso para decirle la verdad, respondió: « los Griegos son temibles, porque son pobres y « virtuosos. Sin hacer el elogio de los demas, « solamente os hablaré de los Lacedemonios. La « idea de esclavitud los irritará; y aun cuando « toda la Grecia se sometiese á vuestras armas, « no por eso dejarian de defender con mas valor « su libertad. No os informeis del número de sus « tropas: aun cuando no fuesen mas que mil, y « aun cuando fuesen menos, se presentarán al « combate. »

El rey se echó á reir, y despues de haber comparado sus fuerzas con las de los Lacedemonios, añadió: « ¿no veis que la mayor parte de mis « soldados huirian, si no los contuviesen las « amenazas y los golpes? Como este medio no « obra sobre los Esparciatas, que se nos pintan « tan libres é independientes, es claro que no « arrostrarán una muerte segura gratuitamente. « ¿Y quién podria obligarlos á ello? — La ley, « replicó Demarates, aquella ley que tiene mas « poder sobre ellos, que vos sobre vuestros va- « sallos; aquella ley que les dice: ved allí vues- « tros enemigos; no se trata de contarlos; es « preciso vencerlos ó morir. »

A estas palabras se redoblaron las risas de Xerxes: dió sus órdenes, y partió el ejército

dividido en tres cuerpos. El uno seguia la costa del mar, y los otros dos marchaban por lo interior de la tierra á cierta distancia. Las medidas que se habian tomado les proporcionaban medios seguros de subsistir. Los tres mil barcos cargados de víveres iban costeando, y reglaban sus movimientos por los del ejército. Los Egipcios y Fenicios habian provisto de antemano muchas plazas marítimas de Tracia y de Macedonia. En fin, á cada estacion los Persas eran alimentados y mantenidos por los habitantes de los paises vecinos, que prevenidos mucho tiempo antes, se habian preparado á recibirlos.

Mientras el ejército continuaba su marcha hácia Tesalia, asolando las campiñas, consumiendo en un dia las cosechas de muchos años, arrastrando al combate las naciones que habia reducido á la indigencia, la flota de Xerxes atravesaba el monte Atos, en lugar de doblarle.

Este monte se prolonga en una peninsula, que no está unida al continente mas que por un istmo de doce estadios de ancho*. La flota de los Persas habia experimentado algunos años antes cuan peligroso era este parage. En esta ocasion se la hubiera podido trasportar por encima del istmo á fuerza de brazos; pero Xerxes habia dado orden de abrir paso por él, y

* Cerca de media legua.

una multitud de obreros se ocuparon mucho tiempo en hacer un canal por donde pudiesen pasar dos galeras de frente. Xerxes lo vió, y se persuadió á que despues de haber echado un puente sobre el mar, y de haberse abierto un camino al traves de las montañas, nada resistiria ya á su poder.

La Grecia tocaba entonces en el desenlace de los temores que la habian agitado por muchos años. Todas las nuevas que venian de Asia, despues de la batalla de Maraton, no anunciaban sino proyectos de venganza de parte del gran rey, y preparativos suspendidos por la muerte de Darío, vueltos á emprender con nuevo vigor por su hijo Xerxes.

Mientras este último se hallaba mas ocupado en ellos, se presentaron repentinamente en Suza dos esparciatas, que fueron admitidos á la audiencia del rey; pero que se negaron constantemente á postrarse delante de él, como lo hacian los Orientales. «Rey de los Medos, le «dijeron, hace algunos años que los Lacede-«monios dieron muerte á los embajadores de «Darío. Deben una satisfaccion á la Persia, y «nosotros venimos á ofrecer nuestras cabezas.» Estos dos esparciatas, llamados Espertias y Bulis, habiendo llegado á entender que los dioses estaban irritados por la muerte de los embajadores persas, y que no querian admitir los sacri-

ficios de los Lacedemonios, se habian ofrecido voluntariamente por la salud de la patria. Atónito Xerxes de su firmeza, no los espantó á ellos menos con su respuesta. «Id á decir á los Lace-« demonios, que si ellos son capaces de violar « el derecho de gentes, yo no lo soy de seguir « su ejemplo; y que quitándoos la vida, yo no « expiaria el crimen con que se han manchado. »

Poco tiempo despues estando Xerxes en Sardes, fueron descubiertos tres espías atenienses, que se habian introducido en el ejército de los Persas. El rey, lejos de condenarlos al suplicio, les permitió formar despacio un estado exacto de sus fuerzas, lisonjéandose de que á su regreso no tardarian los Griegos en ponerse bajo su obediencia. Pero su relacion no sirvió mas que para confirmar á los Lacedemonios y Atenienses en la resolucion que habian tomado de hacer una liga general de los pueblos de la Grecia. Juntaron una dieta en el istmo de Corinto, y sus diputados corrieron de ciudad en ciudad, procurando esparcir en todas el ardor que los animaba. La Pitia de Delfos preguntada continuamente, rodeada sin cesar de presentes, procurando conciliar el honor de su ministerio con las miras interesadas de los sacerdotes, y con las de aquellos que la consultaban, tan presto exhortaba á los pueblos á permanecer en inaccion, como aumentaba sus temores con las des-

gracias que anunciaba, y su incertidumbre con la impenetrabilidad de sus respuestas.

Se instó á los Argivos á entrar en la confederacion. Acababan estos de perder seis mil soldados, entre los cuales estaba la flor de su juventud, en una expedicion que Cleómenes, rey de Lacedemonia, habia hecho en la Argólide. Extenuados con esta pérdida, habian logrado un oráculo que les prohibia tomar las armas: despues pidieron el mando de una parte del ejército de los Griegos; y habiéndose quejado de una negativa que ellos esperaban, permanecieron tranquilos, y acabaron en tener con Xerxes inteligencias secretas.

Se habian concebido fundadas esperanzas de los socorros de Gelon, rey de Siracusa. Este príncipe acababa de someter, con su talento y victorias, muchas colonias griegas, que debian naturalmente correr á la defensa de su metrópoli. Admitidos á su presencia los diputados de Lacedemonia y Atenas, habló el esparciata Siagro; y despues de haber dicho algo de las fuerzas y proyectos de Xerxes, se contentó con representar á Gelon, que la ruina de la Grecia arrastraria tras de sí la de Sicilia.

El rey respondió con alteracion, que en sus guerras con los Cartagineses, y en otras ocasiones habia implorado él la asistencia de las potencias aliadas, sin lograrla: que solo el pe-

ligro les obligaba entonces á recurrir á él: que sin embargo, olvidando tan justos motivos de quejas, estaba pronto á contribuir con doscientas galeras, con veinte mil hombres armados de todas armas, con cuatro mil caballos, dos mil archeros, y otros tantos honderos. « Ademas de esto, añadió, me obligo de « proporcionar á todo el ejército los víveres « necesarios para todo el tiempo de la guerra; « pero bajo una condicion, y es de ser nom- « brado generalísimo de las tropas de mar y « tierra. »

« ¡Oh, y cuánto se quejaria la sombra de Aga- « menon, replicó con viveza Siagro, si su- « piese que los Lacedemonios habian sido des- « pojados por Gelon y por los Siracusanos del « honor de mandar los ejércitos! No, jamas os « cederá Esparta esta prerogativa. Si quereis so- « correr la Grecia, debeis tomar nuestras órde- « nes; y si pretendeis darlas, guardad vuestros « soldados. — El rey respondió tranquilamente: « Siagro, tengo presente que nos unen los lazos « de la hospitalidad: acordaos vos tambien que « las palabras injuriosas no sirven mas que para « agriar los ánimos. La arrogancia de vuestra « respuesta no me hará salir de los límites de « la moderacion; y aunque por mi poder tengo « mas derecho que vos á la comandancia gene- « ral, yo os propongo el partirla. Elegid, ó el

«mando del ejército, ó el de la flota: yo to-
«maré el que dejeis.

«No piden los Griegos general, sino tropas, «respondió el embajador ateniense: he callado «en punto á vuestras primeras pretensiones: «tocaba á Siagro destruirlas; mas yo declaro, «que si los Lacedemonios ceden una parte del «mando, se devuelve á nosotros por derecho.»

Al oir estas palabras, Gelon despidió á los embajadores, y al instante hizo partir para Delfos á uno llamado Cadmo, con orden de esperar allí el éxito del combate: de retirarse, si vencian los Griegos: y si eran vencidos, de ofrecer á Xerxes el homenage de su corona, acompañado de ricos presentes.

No fueron mas felices las negociaciones entabladas con la mayor parte de las demas ciudades confederadas. Los habitantes de Creta consultaron al oráculo, quien les mandó no mezclarse en los negocios de la Grecia. Los de Corcira armaron sesenta galeras, con orden de permanecer tranquilas sobre las costas meridionales del Peloponeso, y de declararse despues por los vencedores.

En fin los Tesalienses, á quienes el crédito de muchos de sus gefes habia empeñado hasta entonces en el partido de los Medos, significaron á la dieta, que estaban prontos á guardar el paso del monte Olimpo, que conduce

desde la Macedonia inferior á Tesalia, si los otros griegos favorecian sus esfuerzos. Inmediatamente se hizo marchar á diez mil hombres bajo el mando de Evenetes de Lacedemonia, y de Temístocles de Atenas. Llegaron á las orillas del Peneo, y acamparon con la caballería tesaliense á la entrada del valle de Tempé; pero habiendo sabido algunos dias despues que el ejército persa podia penetrar en Tesalia por un camino mas facil, y habiéndoles advertido los diputados de Alejandro, rey de Macedonia, lo peligroso de su posicion, se retiraron hácia el istmo de Corinto, y los Tesalienses resolvieron entrar en composicion con los Persas.

Así que no quedaba para defender la Grecia mas que un corto número de pueblos y de ciudades. Temístocles era el alma de sus consejos, y sostenia sus esperanzas; empleando alternativamente la persuasion y la maña, la prudencia y la actividad; arrastrando todos los ánimos menos con la fuerza de su elocuencia, que con la de su caracter, y arrastrado siempre él mismo por un genio que el arte no habia cultivado, y que la naturaleza habia destinado á dirigir los hombres y los acaecimientos: especie de instinto, cuyas inspiraciones repentinas le descubrian en lo venidero y en lo presente lo que debia esperar ó temer.

Hacia algunos años que tenia previsto que la batalla de Maraton no era mas que el preludio de las guerras que amenazaban á la Grecia: que jamas habian estado en mayor peligro que despues de la victoria: que para conservar la superioridad que habian adquirido, era preciso abandonar los medios por los cuales la habian logrado: que serian siempre señores del continente, si podian serlo del mar: que en fin vendria tiempo en que su salud penderia de la de Atenas, y la de Atenas del número de sus bajeles.

Siguiendo estas reflexiones tan nuevas como importantes, habia emprendido mudar las ideas de los Atenienses, y convertir sus miras á la marina. Dos circunstancias le pusieron en disposicion de ejecutar su plan. Los Atenienses estaban en guerra con los habitantes de la isla de Egina; y debian repartir entre sí cantidades considerables, provenientes de sus minas de plata. Persuadióles pues que renunciasen esta distribucion, y que se construyesen con ella doscientas galeras, que servirian para atacar actualmente á los Eginetes, ó para defenderse algun dia contra los Persas. Estas embarcaciones estaban en los puertos de la Atica cuando Xerxes hizo la invasion.

Mientras este príncipe continuaba su marcha, se resolvió en la dieta del istmo, que un cuerpo

de tropas mandadas por Leonidas, rey de Esparta, ocuparia el paso de las Termópilas, situado entre la Tesalia y la Lócride: que la armada naval de los Griegos aguardaria á la de los Persas en los parages vecinos, en un estrecho formado por las costas de Tesalia y por las de la Eubea.

Los Atenienses que debian armar ciento y veinte y siete galeras pretendian tener mas derecho al mando de la flota, que los Lacedemonios, que no daban mas que diez. Mas viendo que los aliados amenazaban con retirarse, si no obedecian á un esparciata, desistieron de su pretension. Euribiades fué elegido general, y tuvo á sus órdenes á Temístocles, y á los gefes de las otras naciones.

Reuniéronse los doscientos ochenta navíos que debian componer la armada sobre la costa setentrional de la Eubea, cerca de un sitio llamado Artemisio.

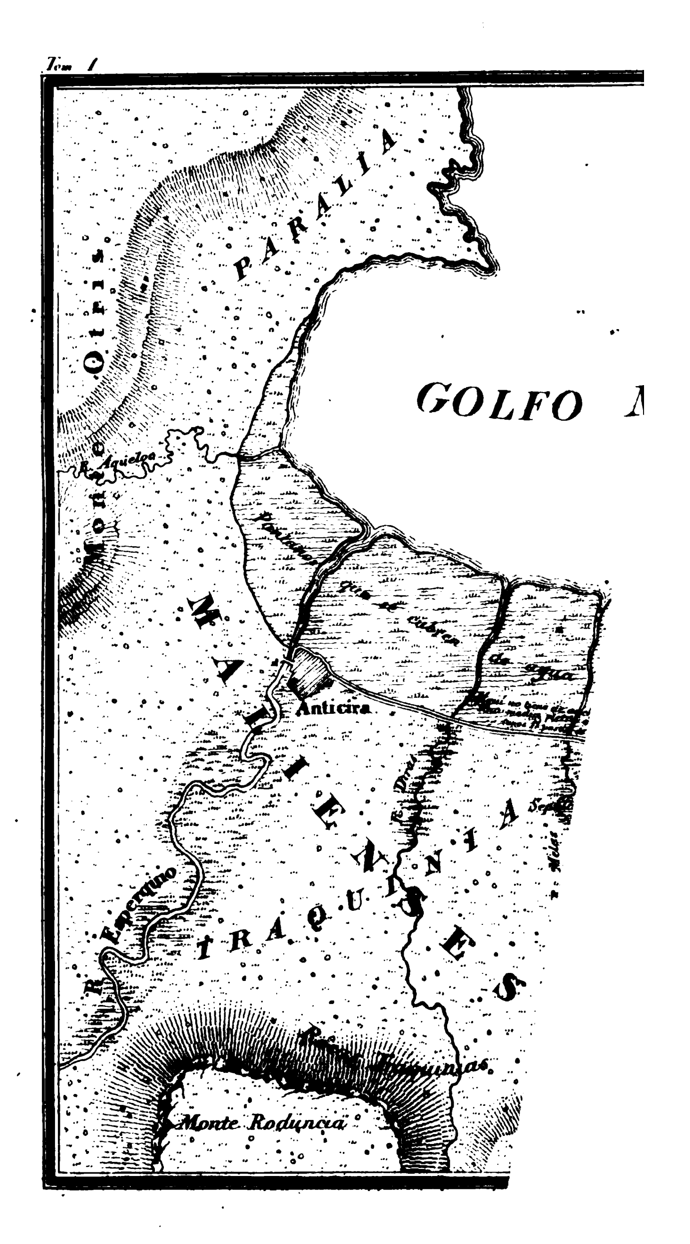
Sabiendo Leonidas la eleccion de la dieta, previó su suerte, y se sometió al destino con aquella grandeza de alma que caracterizaba entonces á su nacion. No tomó en su compañía mas que trescientos esparciatas, que le igualaban en valor, y cuyos sentimientos le eran bien conocidos. Habiéndole hecho presente los éforos, que no podian serle suficientes tan pocos soldados, respondió: « bien pocos son para

« detener al enemigo; pero son demasiados pa-
« ra el objeto que se proponen. — ¿ Cuál es
« pues este objeto? preguntaron los éforos. —
« Nuestra obligacion, respondió, es defender
« el pase, y nuestra resolucion morir allí. Tres-
« cientas víctimas bastan para honor de Esparta.
« Se perderia sin recurso, si me confiase todos
« sus guerreros; porque no presumo que se
« atreviese á huir ni uno solo de ellos. »

Algunos dias despues se vió en Lacedemonia un espectáculo que no se puede recordar sin espanto. Los compañeros de Leonidas honraron de antemano su muerte y la propia con un combate fúnebre, al cual asistieron sus padres y sus madres. Concluida esta ceremonia, salieron de la ciudad seguidos de sus parientes y amigos, de quienes recibieron los adioses eternos; y allí fué donde habiendo preguntado la muger de Leonidas á este guerrero, cuál era su última voluntad, respondió: « yo te deseo « un esposo digno de tí, é hijos que se le pa- « rezcan. »

COMBATE DE LAS TERMOPILAS.

Apresuraba Leonidas su marcha, y con su ejemplo queria sostener en sus deberes á muchas ciudades próximas á declararse por los


PARALIA
Monte Otris
GOLFO
R. Aqueloo
que se cubren de agua
Anticira
MALIENSES
TRAQUINIA
R. Esperquio
Monte Roduncia

Persas: pasó por las tierras de los Tebanos, cuya fidelidad era sospechosa, quienes sin embargo le dieron cuatrocientos hombres, con los cuales se fué á acampar á las Termópilas.

Luego llegaron sucesivamente mil soldados de Tegea y de Mantinea, ciento y veinte de Orcomena, mil de las otras ciudades de Arcadia, cuatrocientos de Corinto, doscientos de Flionte, ochenta de Micenas, setecientos de Tespis, mil de la Fócide, y la pequeña nacion de los Locrienses fué al campo con todas sus fuerzas.

Este destacamento, que ascendia á siete mil hombres poco mas ó menos *, debia ser seguido

* Voy á presentar á los ojos del lector los cálculos de Heródoto, lib. VII, cap. CCII: los de Pausanias, lib. X, cap. XX, p. 845; y los de Diodoro, lib. II, p. 4.

SEGUN HERODOTO.		SEGUN PAUSANIAS.		SEGUN DIODORO.	
		Tropas del Peloponeso.			
Esparciatas	300	Esparciatas. . . .	300	Esparciatas	300
Tegeates.	500	Tegeates.	500	Lacedemonios . .	700
Mantineenses. . .	500	Mantineenses. . .	500		
Orcomenienses. .	120	Orcomenienses. .	120		
Arcadios.	1000	Arcadios	1000		
Corintios	400	Corintios.	400		
Fliontienses. . . .	200	Fliontienses. . . .	200	Otras naciones del	
Micenienses. . . .	80	Micenienses. . . .	80	Peloponeso . . .	3000
TOTAL. . .	3100	TOTAL. . .	3100	TOTAL. . .	4000
		Otras naciones de la Grecia.			
Tespienses.	700	Tespienses. . . .	700	Milesienses	1000
Tebanos.	400	Tebanos.	400	Tebanos.	400
Focenses.	1000	Focenses.	1000	Focenses.	1000
Locrienses-Opontienses.		Locrienses.	6000	Locrienses. . . .	1000
TOTAL. . .	5200	TOTAL. . .	11200	TOTAL. . .	7400

Así que, las ciudades del Peloponeso, segun Heródoto, con-

por el ejército griego. Los Lacedemonios estaban ocupados en celebrar una fiesta: los otros

tribuyeron con tres mil y cien soldados, los Tespienses con setecientos, los Tebanos con cuatrocientos, y los Focenses con mil: total, cinco mil y doscientos, sin contar á los Locrienses-Opontienses, que marcharon en masa.

Pausanias sigue el cálculo de Heródoto en cuanto á las otras naciones, y conjetura que los Locrienses eran seis mil; lo que hace un total de once mil y doscientos hombres.

Segun Diodoro, Leonidas fué al paso de las Termópilas al frente de cuatro mil hombres, entre los cuales, trescientos eran esparciatas, y setecientos lacedemonios. Añade, que este cuerpo fué reforzado luego con mil milesienses, cuatrocientos tebanos, mil locrienses, y un número casi igual de focenses: total, siete mil y cuatrocientos hombres. Por otro lado Justino y otros autores dicen, que Leonidas no tenia mas que cuatro mil hombres.

Acaso desaparecerian estas incertidumbres, si tuviéramos todas las inscripciones grabadas despues de la batalla sobre cinco columnas, levantadas en las Termópilas. Todavía tenemos la del adivino Megistias; pero no nos da ninguna luz. Las otras se habian consagrado á los soldados de las diversas naciones. En la de los Esparciatas se dice que eran trescientos; y en otra se anuncia que cuatro mil soldados del Peloponeso habian combatido contra tres millones de Persas. La de los Locrienses la cita Estrabon; pero no dice su contenido, y debia hallarse en ella el número de soldados. No tenemos la última, que sin duda era para los Tespienses; porque no podia tocar ni á los Focenses, que no combatieron, ni á los Tebanos que eran del partido de Xerxes cuando se erigieron estos monumentos.

Véanse aquí ahora algunas reflexiones para conciliar los cálculos precedentes.

1° Es claro que Justino se refiere solamente á la inscripcion hecha en honor de los pueblos del Peloponeso, cuando no ha dado á Leonidas mas que cuatro mil hombres.

aliados se preparaban para la solemnidad de los juegos olímpicos, y unos y otros creian que

2º Heródoto no señalaba el número de locrienses. Pausanias no se funda sino en una conjetura leve para poner seis mil. Desde luego se le puede oponer á Estrabon, que dice positivamente, que Leonidas no habia recibido de los pueblos vecinos mas que un corto número de soldados: despues á Diodoro de Sicilia; que en su cálculo no admite mas que mil locrienses.

3º Diodoro omite á los tespienses en la enumeracion de las tropas; aunque hace mencion de ellos en el curso de su narracion. En lugar de los tespienses cuenta mil milesienses. No se conoce en el continente de Grecia un pueblo que haya tenido este nombre. Paulmier ha pensado que se debia sustituir el nombre de malienses al de milesienses. Estos malienses se habian sometido desde luego á Xerxes; y como saldria de ojo verlos reunidos con los Griegos, supone Paulmier, segun un pasage de Heródoto, que no se declararon abiertamente por los Persas, hasta despues del combate de las Termópilas. Sin embargo, ¿es de presumir que habitando en un pais abierto, se hubiesen atrevido á tomar las armas contra una nacion poderosa, á la que habian jurado obedecer? Mucho mas verosimil es que en el combate de las Termópilas no dieron auxilio ni á los Griegos ni á los Persas; y que despues de él, juntasen algunas naves á la armada de los últimos. De cualquiera manera que se haya introducido el yerro en el texto de Diodoro, yo me inclino á creer, que en lugar de mil milesienses, se debe leer setecientos tespienses.

4º Diodoro junta setecientos lacedemonios á los trescientos esparciatas; y su testimonio se halla claramente confirmado por el de Isócrates. Heródoto nada dice, quizá porque no salieron hasta despues de Leonidas. Yo creo que se le debe admitir, porque ademas de la autoridad de Diodoro y de Isócrates, los esparciatas no salian sin que los acompañasé un cuerpo de lacedemonios. Ademas, es cierto que los del Peloponeso dieron cuatro mil hombres: este número estaba claramente expresado en la inscripcion

Xerxes estaba todavía lejos de las Termópilas.

Este paso es el único camino por donde puede un ejército entrar de Tesalia á la Lócride, la Fócide, la Beocia, la Atica, y las regiones ve-

puesta sobre su sepulcro; y sin embargo Heródoto no cuenta mas que tres mil y ciento, porque no ha creido deber hacer mencion de los setecientos lacedemonios, que segun apariencias, vinieron á las Termópilas á juntarse con Leonidas.

Segun estas notas, demos un resultado. Herodóto hace subir el número de combatientes á cinco mil y doscientos. Añadamos por una parte setecientos lacedemonios, y por otra los locrienses, cuyo número no ha especificado; y que Diodoro no hace subir mas que á mil, tendremos seis mil y novecientos hombres.

Pausanias cuenta once mil y doscientos hombres. Añadamos los setecientos lacedemonios que omitió, á imitacion de Heródoto, y tendremos once mil y novecientos hombres. Reduzcamos con Diodoro á mil los seis mil locrienses, y tendremos de total seis mil y novecientos hombres.

El cálculo de Diodoro nos da siete mil y cuatrocientos hombres. Si mudamos los mil milesienses en setecientos tespienses, tendremos siete mil y cien hombres. Asi, se puede decir en general, que Leonidas tenia consigo cerca de siete mil hombres.

De Heródoto se deduce, que los esparciatas estaban acompañados de hilotas, segun costumbre. Los autores antiguos no los han comprendido en sus cálculos: acaso no pasaban del número de trescientos.

Cuando Leonidas supo que iba á ser cercado, envió la mayor parte de sus tropas á repasar el estrecho: no dejó mas que los esparciatas, tespienses y tebanos, que hacian un frente ó fondo de mil y cuatrocientos hombres; pero la mayor parte habia perecido en los primeros ataques; y si creemos á Diodoro, Leonidas no tenia mas que quinientos soldados cuando tomó el partido de atacar el campo de los Persas.

cinas. Es preciso dar aquí una descripcion sucinta *.

Saliendo de la Fócide para ir á Tesalia, se pasa por el pequeño pais de los Locrienses, y se llega al lugar de Alpeno, situado en la orilla del mar. Como está á la entrada del estrecho, se ha fortificado en estos últimos tiempos.

El camino no tiene desde el principio mas anchura que la necesaria para el paso de un carro : se prolonga despues entre pantanos formados por las aguas del mar, y unas rocas casi inaccesibles, que terminan la cadena de montañas conocidas con el nombre de Eta.

No bien se ha salido de Alpeno, cuando se halla á la izquierda una piedra consagrada á Hércules Melampigo; y aquí es donde viene á salir un sendero que llega á lo alto de la montaña, del cual hablaré pronto.

Mas lejos se pasa un arroyo de agua caliente, que ha hecho dar á este sitio el nombre de Termópilas.

Luego despues está el pueblo de Antela : en la planicie que le cerca, se distingue una pequeña colina, y un templo de Ceres, donde los anfictiones tienen todos los años una de sus juntas.

Al salir de la llanura se encuentra un camino,

* Véase el plan del paso de las Termópilas.

ó mas bien una calzada, que no tiene mas de siete ú ocho pies de anchura. Este punto es digno de notarse. Los Focenses construyeron allí en otro tiempo una muralla para librarse de las invasiones de los de Tesalia.

Despues de pasar el Fenix, cuyas aguas se mezclan con las del Asopo, que sale de un valle cercano, se halla el último desfiladero, cuya anchura es de media pletra *.

El camino se ensancha despues hasta la Traquinia, que toma su nombre de la ciudad de Traquis, habitada por los Malienses. Este pais ofrece grandes llanuras bañadas por el Esperquio y por otros rios. Al este de Traquis está ahora la ciudad de Heraclea, que no existia en tiempo de Xerxes.

Todo el estrecho desde el desfiladero que está mas adelante de Alpeno hasta el que se encuentra al otro lado del Fenix, puede tener cuarenta y ocho estadios de longitud ** Su anchura varia á cada paso; mas en todo él hay por un lado rocas escarpadas, y por otro el mar, ó pantanos impenetrables: el camino está muchas veces destruido por los torrentes, ó por las aguas estancadas.

Leonidas puso su ejército cerca de Antela,

* Siete á ocho toesas.
** Cerca de dos eguas.

reedificó el muro de los Focenses, y adelantó algunas tropas para defender las cercanías. Mas no bastaba guardar el paso que está al pie de la móntaña. Habia sobre esta un sendero que empezaba en la llanura de Traquis, y que despues de varios rodeos terminaba cerca del lugar de Alpeno. Leonidas confió su defensa á los mil Focenses que tenia consigo, y que fueron á situarse sobre las alturas del monte Eta.

Apenas estaban tomadas estas disposiciones, cuando se vió el ejército de Xerxes derramarse en la Traquinia, y cubrir la llanura con un número infinito de tiendas. Al ver esto los Griegos, trataron sobre el partido que debian tomar. Los mas de los gefes proponian la retirada al istmo; pero Leonidas desechando este parecer, se contentó con hacer partir correos para acelerar los socorros de las ciudades aliadas.

En este tiempo se dejó ver un caballero persa, enviado por Xerxes á reconocer los enemigos. El puesto avanzado de los Griegos estaba compuesto de esparciatas aquel dia: unos se ejercitaban en la lucha; otros peinaban sus cabellos, porque su primer cuidado en semejantes peligros es adornar sus cabezas. El caballero tuvo todo el tiempo que quiso para acercarse, contarlos, y retirarse, sin que se dignasen hacer caso de él. Como el muro le encubria la vista del resto del ejército, no dió parte á Xerxes mas

que de trescientos hombres que habia visto á la entrada del desfiladero.

Atónito el rey de la tranquilidad de los Lacedemonios, esperó algunos dias para darles lugar á la reflexion. Al quinto escribió á Leonidas: «si quieres someterte, te daré el imperio de la «Grecia.— Leonidas respondió: quiero mas mo«rir por mi patria, que esclavizarla.» Una segunda carta del rey no contenia mas que estas palabras: «Entrégame tus armas. — Leonidas «puso debajo: Ven tú á tomarlas.»

Xerxes, furioso de cólera, hizo marchar á los Medos y Cisios, con orden de coger vivos á aquellos hombres, y llevárselos al momento. Algunos soldados fueron corriendo á Leonidas, y le dijeron: «Los Persas están cerca de noso«tros.—El les respondió friamente: Mejor di«reis que nosotros estamos cerca de ellos.» Inmediatamente salió del retrincheramiento con lo escogido de sus tropas, y dió la señal del combate. Los Medos avanzan con furor: sus primeras filas caen traspasadas de heridas; y las que las reemplazan experimentan la misma suerte. Los Griegos, apretados unos con otros, y cubiertos con grandes escudos, presentaban un frente erizado con largas picas. En vano se suceden unas tropas á otras para romperlos. Despues de muchos ataques infructuosos, se apodera el miedo de los Medos: huyen, y los

releva el cuerpo de los diez mil Inmortales que mandaba Hidarnes. El combate se hizo entonces mas sangriento. El valor era quizá igual por ambas partes; pero los Griegos tenian en su favor la ventaja del sitio, y la superioridad de las armas. Las lanzas de los Persas eran muy cortas, y muy pequeños sus escudos. Perdieron mucha gente, y Xerxes, testigo de su fuga, se arrojó, dicen, mas de una vez de su trono, y temió perder su ejército.

A la mañana siguiente se empeñó de nuevo el combate; pero con tan mal éxito por parte de los Persas, que Xerxes perdia ya la esperanza de forzar el paso. La inquietud y la afrenta agitaban su alma orgullosa y pusilánime, cuando un habitante del pais, llamado Epialtes, vino á descubrirle el sendero fatal, por el que podia rodear á los Griegos. Arrebatado Xerxes de alegría, destacó luego á Hidarnes con el cuerpo de los Inmortales, sirviéndoles Epialtes de guia. Parten al anochecer: penetran el bosque de encinas que cubren las laderas de aquellas montañas, y llegan hácia los sitios donde Leonidas habia puesto un destacamento de su ejército.

Hidarnes le creyó un cuerpo de esparciatas; pero consolado por Epialtes, que reconoció á los Focenses, se preparaba al combate, cuando vió que estos últimos, despues de una corta de-

fensa, se refugiaban á las montañas vecinas; y así continuó su marcha.

Leonidas habia sabido por la noche su proyecto por los desertores del campo de Xérxes; y al dia siguiente muy temprano supo el buen éxito por las centinelas venidas de lo alto de la montaña. A esta terrible nueva se juntaron los gefes de los Griegos; y como los unos fuesen de parecer que se alejasen de las Termópilas, y otros de permanecer allí, Leonidas los suplicó que se reservasen para mejor tiempo; y declaró, que por lo que tocaba á él y á sus compañeros, no les era permitido dejar un puesto que Esparta les habia confiado. Los Tespienses juraron no abandonar á los Esparciatas: los cuatrocientos Tebanos tomaron el mismo partido, fuese por voluntad, ó por fuerza; y el resto del ejército tuvo tiempo para salir del desfiladero.

Entre tanto se disponia Leonidas á la empresa mas atrevida. « No es aquí, dijo á sus compa« ñeros, no es aquí donde debemos combatir: « es preciso marchar á la tienda de Xerxes, « quitarle la vida, ó perecer en medio de su « campo. » Sus soldados no dieron mas respuesta que un grito de alegría. Hizo que tomasen una comida frugal, añadiendo: « bien pronto « tomaremos otra con Pluton. » Todas sus palabras hacian una profunda impresion en los ánimos. Próximo ya á atacar al enemigo, se conmo-

vió por la suerte de dos esparciatas parientes y amigos suyos, y dió al primero una carta, y al segundo una comision secreta para los magistrados de Lacedemonia. «No estamos aquí, le «dicen ambos, para llevar órdenes, sino para «pelear;» y sin aguardar respuesta se fueron á colocar en las filas que les estaban señaladas.

A la media noche salen del desfiladero los Griegos, y Leonidas á su frente: avanzan en la llanura á pasos redoblados, arrollan los puestos avanzados, y penetran hasta la tienda de Xerxes, que habia huido ya: entran en las tiendas inmediatas, se derraman por el campamento, y se hartan de carnicería. Reprodúcese á cada paso, á cada instante el terror que inspiran, con las circunstancias mas espantosas. Rumores sordos, gritos terribles anuncian que las tropas de Hidarnes estaban derrotadas; y que todo el ejército lo seria luego por las fuerzas reunidas de la Grecia. No pudiendo los mas valientes de los Persas oir á sus generales, no sabiendo á donde dirigir sus pasos y sus golpes, se arrojan al acaso en el monton, mueren los unos á manos de los otros, cuando los primeros rayos del sol manifiestan á sus ojos el corto número de vencedores. Se forman luego, y atacan á los Griegos por todas partes. Cae Leonidas bajo una lluvia de dardos. El honor de recoger su cuerpo empeña un combate sangriento entre sus compañeros, y los

soldados mas aguerridos del ejército persa. Dos hermanos de Xerxes, muchos persas y muchos esparciatas perdieron allí la vida. Al fin los Griegos, aunque cansados y debilitados con sus pérdidas, se apoderan de su general, rechazan cuatro veces al enemigo en su retirada; y despues de haber ganado el desfiladero, saltan el retrincheramiento, y van á situarse sobre la pequeña colina que está cerca de Antela: allí se defendieron todavía algunos momentos, ya contra las tropas que los seguian, ya contra las que Hidarnes traia del otro lado del estrecho.

Perdonad, sombras generosas, perdonad la debilidad de mis expresiones. Yo os ofrecia un homenage mas digno cuando visitaba aquella colina donde exhalasteis los últimos alientos; cuando apoyado sobre uno de vuestros sepulcros, regaba con mis lágrimas los lugares teñidos con vuestra sangre. Sobre todo, ¿qué podria añadir la elocuencia á este sacrificio tan grande y tan extraordinario? Vuestra memoria durará mas tiempo que el imperio de los Persas al que resististeis, y hasta el fin de los siglos, vuestro ejemplo producirá en los corazones amantes de su patria el entusiasmo de la admiracion.

Antes de concluirse la accion algunos tebanos, segun se dice, se pasaron á los Persas. Los Tespienses acompañaron en las hazañas, y en el último destino á los Esparciatas; y sin em-

bargo la gloria de los Esparciatas ha oscurecido casi la de los Tespienses. Entre las causas que han influido sobre la opinion pública, se debe observar que la resolucion de perecer en las Termópilas fué un proyecto concebido, decretado y seguido por los primeros con tanta sangre fria como constancia, cuando en los segundos no fué mas que un arrebato de valentía y de virtud, excitado por el ejemplo. Los Tespienses no se elevaron sobre los demas hombres, sino porque los Esparciatas se habian hecho superiores á sí mismos.

Lacedemonia se ensoberbece de la pérdida de sus guerreros. Todo cuanto les toca infunde interes. Cuando estaban en las Termópilas, queriendo un traquiniense darles una idea grande del ejército de los Persas, les decia que el número de sus dardos bastaria para oscurecer el sol: « mejor, « respondió el esparciata Dieneces, pelearemos á « la sombra. » Otro, enviado por Leonidas á Lacedemonia, estaba detenido en el lugar de Alpeno con motivo de una fluxion en los ojos. Se le vino á decir que el destacamento de Hidarnes habia bajado del monte, y entraba en el desfiladero; tomó al punto sus armas, mandó á su esclavo que le llevase al enemigo, le atacó á la ventura, y recibió la muerte que esperaba.

Otros dos igualmente ausentes por orden del general, se hicieron sospechosos á su regreso,

de no haber hecho todo lo que podian para hallarse en el combate. Esta sospecha los cubrió de infamia. El uno se quitó la vida, y el otro no tuvo otro recurso que perderla en la batalla de Platea.

El sacrificio de Leonidas y de sus compañeros produjo mas buen efecto que la mas brillante victoria. Enseñó á los Griegos el secreto de sus fuerzas, y á los Persas el de su debilidad. Xerxes atónito de tener tanta multitud de hombres y tan pocos soldados; no quedó menos pasmado de saber que la Grecia encerraba en su seno una multitud de defensores tan intrépidos como los Tespienses, y ocho mil esparciatas semejantes á los que acababan de perecer. Por otra parte, el espanto que estos últimos infundieron en los Griegos, se mudó luego en un deseo violento de imitarlos. La ambicion de gloria, el amor de la patria, todas las virtudes subieron al mas alto grado, y las almas á una elevacion no conocida hasta entonces. Este es el tiempo de las hazañas heroicas, y no es el que se debe elegir para poner cadenas á pueblos animados de tan nobles sentimientos.

Interin Xerxes estaba en las Termópilas, su armada, despues de haber sufrido sobre las costas de Magnesia una tempestad que hizo perecer cuatrocientas galeras, y muchos barcos de carga, continuó su derrotero, y estaba anclada cerca de la ciudad de Afetes, en presencia y so-

lamente á ochenta estadios de distancia de la de los Griegos, encargada de defender el paso que hay entre la Eubea y tierra firme. Aquí, aunque con alguna diferencia en los sucesos, se renovaron en el ataque y defensa muchas circunstancias, de las que precedieron y acompañaron el combate de las Termópilas.

Los Griegos resolvieron abandonar el estrecho al acercarse la armada enemiga; pero Temístocles los contuvo. Doscientos bajeles persas dieron vuelta á la isla de Eubea, é iban á envolver á los Griegos, cuando una nueva tempestad los estrelló contra los escollos. Por espacio de tres dias hubo muchos combates, casi todos ventajosos á los Griegos. Ultimamente supieron, que estaba forzado el paso de las Termópilas, y desde este momento se retiraron á la isla de Salamina.

En esta retirada recorrió Temístocles las costas adonde las fuentes podian atraer el equipage de los barcos enemigos. Dejó allí inscripciones dirigidas á los Jonios, que estaban en la armada de Xerxes : les recordaba que descendian de aquellos Griegos contra quienes venian armados. Su fin era moverlos á dejar el partido de este príncipe, ó á lo menos á hacérselos sospechosos.

Entre tanto la armada de los Griegos se habia colocado en el istmo de Corinto, y no trataba

mas que de disputar la entrada del Peloponeso. Este proyecto desconcertaba las miras de los Atenienses, que se habian lisonjeado hasta entonces, que la Beocia, y no la Atica, séria el teatro de la guerra. Abandonados de sus aliados, acaso se hubieran abandonado ellos mismos; pero Temístocles que lo preveia todo sin temer nada, como lo prevenia todo sin aventurar cosa alguna, habia tomado tan justas medidas, que este mismo acaecimiento no servia mas que para justificar el sistema de defensa que habia concebido desde el principio de la guerra de los Medos.

Representaba á los Atenienses pública y privadamente, que era tiempo de abandonar los lugares que la cólera celestial entregaba al furor de los Persas: que la armada les ofrecia un asilo seguro: que hallarian una nueva patria donde quiera que pudiesen conservar su libertad. Apoyaba estos discursos con los oráculos que él habia logrado de la Pitia; y cuando el pueblo estuvo junto, un incidente diestramente manejado por Temístocles, le acabó de determinar. Los sacerdotes anunciaron que acababa de desaparecer la serpiente sagrada que se mantenia en el templo de Minerva. La diosa, dijeron á voces, abandona este sitio; ¿por qué nos detenemos en seguirla? Luego el pueblo confirmó este decreto propuesto por Temístocles:

« que la ciudad se pondria bajo la proteccion « de Minerva : que todos los habitantes aptos « para las armas se embarcarian, y que cada « particular cuidaria de la seguridad de su mu- « ger, hijos y esclavos. » Tan animado estaba el pueblo, que al salir de la asamblea apedreó á Cirsilo, que se habia atrevido á proponer que se sometiesen á los Persas, é hizo sufrir el mismo suplicio á la muger de este orador.

La ejecucion de este decreto presentó un espectáculo tierno. Los habitantes de la Atica obligados á dejar sus hogares, sus campos, los templos de sus dioses, y los sepulcros de sus padres, hacian resonar las llanuras con lúgubres lamentos. Los ancianos, que por sus achaques no podian ser trasladados, no podian apartarse de los brazos de sus familias desoladas : los hombres que estaban en disposicion de servir á la república, recibian sobre las riberas del mar los adioses y llantos de sus mugeres, de sus hijos, y de aquellos de quienes habian recibido la vida : les hacian embarcar aceleradamente sobre bajeles que debian conducirlos á Egina, á Trecena, y á Salamina; y ellos marchaban al punto á la armada, llevando consigo el peso de un dolor, que no aguardaba mas que el momento de la venganza.

Xerxes se disponia entonces á salir de las Termópilas : la huida de la armada de los Griegos

le habia vuelto todo su orgullo; esperaba hallar entre ellos el terror y desmayo, que excitaba en su alma el menor reves. En estas circunstancias llegaron á su ejército algunos desertores de Arcadia, y fueron introducidos en su presencia. Se les preguntó ¿qué hacian los pueblos del Peloponeso ? «Celebran los juegos olímpicos, «respondieron, y se ocupan en repartir coro-«nas á los vencedores.» Habiendo luego exclamado uno de los gefes del ejército: ¿se nos trae pues á combatir con hombres que no pelean sino por la gloria ? Xerxes le reprendió su cobardía; y mirando la seguridad de los Griegos como un insulto, precipitó su marcha.

Entró en la Fócide: cuyos habitantes resolvieron sacrificarlo todo antes que hacer traicion á la causa comun: unos se refugiaron al monte Parnaso, y otros á una nacion vecina: sus campos fueron talados; y sus ciudades destruidas á sangre y fuego. La Beocia se sometió á excepcion de Platea y de Tespia, de las que no quedó piedra sobre piedra. Despues de haber asolado la Atica, entró Xerxes en Atenas: halló algunos infelices viejos que esperaban la muerte, y un corto número de ciudadanos, que confiados en algunos oráculos mal entendidos, resolvieron defender la ciudadela. Rechazaron por muchos dias los ataques reiterados de los sitiadores; pero al fin, unos se precipitaron de lo alto de


MONTE ICARIO
Icaria
Cropia
Monte Pecilo
templo de Apolo
El Gamito
Hermos
Oa ú Ea
Xipeté
Aquerdoo
Colona
el Ceramico
Colitos
Cele
Latia
Melito
Eupiridas
LLANURA DE ATENAS
Templo de Ceres
ATENAS
Equelidas
Templo de Juno
FALERO
Rada de Falero
Templo de Venus
Alimonte
3000
4000
5000

los muros, y otros fueron asesinados en los lugares santos donde habian buscado en vano un asilo. La ciudad fué entregada al pillage, y quemada enteramente.

COMBATE DE SALAMINA.

La armada de los Persas estaba fondeada en la rada de Falera, á veinte estadios * de Atenas; la de los Griegos sobre las costas de Salamina. Está isla situada enfrente de Eleusis ** forma una gran bahía, en la que se entra por dos estrechos: el uno al este por el lado de la Atica, y el otro al oeste por la parte de Megara. El primero, á cuya entrada está la pequeña isla de Psitalia, puede tener por algunas partes siete á ocho estadios de ancho ***, mucho mas en otras, y el segundo es mas angosto.

El incendio de Atenas causó tal impresion sobre la armada de los Griegos, que la mayor parte resolvió acercarse al istmo de Corinto donde estaban atrincheradas las tropas de tierra, y se señaló la mañana siguiente para partir.

Durante la noche ****, Temístocles se fué á ver

* Una legua corta.

** Véase el plan del combate de Salamina.

*** De setecientas á ochocientas toesas.

**** La noche del 18 al 19 de octubre del año 480 antes de J. C.

con Euribiades, generalísimo de la armada: le representó con eficacia que si en la consternacion que se habia apoderado de los soldados los conducia á lugares favorables á su desercion, no pudiendo ya su autoridad contenerlos en los barcos, se hallaria bien pronto sin armada, y la Grecia sin defensa.

Conmovido Euribiades con esta reflexion, llamó á consejo de generales. Todos se levantaron contra la propuesta de Temístocles, é irritados por su obstinacion, llegaron á decirle proposiciones ofensivas, y amenazas injuriosas. Rechazaba él con furor estos ataques indecentes y tumultuosos, cuando vió que venia á él el general lacedemonio con el baston levantado. Detiénese, y le dice sin alterarse: «Descarga; «pero oye.» Este rasgo de grandeza asombra al esparciata, y hace reinar el silencio; y Temístocles recuperando su ascendiente, pero cuidando de no suscitar la menor sospecha sobre la fidelidad de los gefes y de las tropas, pintó vivamente las ventajas del puesto que ocupaban, y los peligros del que querian tomar. «A-«quí, dijo, recogidos en un estrecho opon-«dremos un frente igual al del enemigo. Mas «lejos, la armada innumerable de los Persas, «teniendo bastante espacio para desplegarse, «nos cercará por todas partes. Combatiendo en «Salamina, conservaremos esta isla, donde

« hemos depositado nuestras mugeres é hijos:
« conservaremos la isla de Egina y la ciudad de
« Megara, cuyos habitantes han entrado en la
« confederacion: si nos retiramos al istmo, per-
« deremos estas plazas importantes, y vos Eu-
« ribiades, tendreis que reprenderos de ha-
« ber atraido al enemigo á las costas del Pelo-
« poneso. »

A estas palabras, Adimanto, gefe de los Corintios, partidario declarado del parecer contrario, recurrió de nuevo al insulto, « ¿ Toca, « dijo, á un hombre que no tiene casa ni hogar, « venir á dar leyes á la Grecia? Reserve Te- « místocles sus consejos para cuando pueda li- « sonjearse de tener patria. — ¿ Y qué, ex- « clamó Temístocles, habrá valor en presencia « de los Griegos, para atribuirnos á crimen el « haber abandonado un despreciable monton de « piedras por evitar la esclavitud? Miserable « Adimanto, Atenas está destruida, pero los « Atenienses existen. Tienen una patria mil ve- « ces mas floreciente que la vuestra. Esta se « halla en estos doscientos bajeles, que son « suyos, que yo mando, y que tambien ofrez- « co; pero quedarán en estos lugares. Si se re- « husa su socorro, algun griego que me escu- « cha, sabrá dentro de poco que los Atenienses « poseen una ciudad mas opulenta, y campiñas « mas fértiles que las que han perdido. Y vol-

« viéndose repentinamente á Euribiades: á vos, « dijo, os toca ahora elegir entre el honor de « haber salvado la Grecia, y la deshonra de ha- « ber causado su ruina. Yo solamente os de- « claro, que despues de vuestra partida, noso- « tros embarcaremos nuestros hijos y mugeres, « é iremos á Italia á fundar una potencia, que « en otro tiempo nos anunciaron los oráculos. « Cuando hayais perdido unos aliados como los « Atenienses, acaso os acordareis de los dis- « cursos de Temístocles. »

La firmeza del general ateniense causó tal respeto, que Euribiades dió orden para que la armada no dejase las costas de Salamina.

Los mismos intereses se trataban al mismo tiempo en las dos armadas. Xerxes habia convocado, sobre uno de sus barcos, á los gefes de las divisiones particulares de que se componia su armada. Eran estos los reyes de Sidonia, de Tiro, de Cilicia, de Quipre, y otros muchos pequeños soberanos ó déspotas, dependientes y tributarios de la Persia. En esta augusta asamblea se dejó ver tambien Artemisa, reina de Halicarnaso y de algunas islas vecinas; princesa á la cual ninguno de los otros generales excedia en valor, ni igualaba en prudencia, que habia seguido á Xerxes voluntariamente, y le decia la verdad sin desagradarle. Se puso en deliberacion si se atacaria de nuevo

la flota de los Griegos. Mardonio se levantó para recoger los votos.

El rey de Sidonia, y la mayor parte de los que opinaron con él, instruidos de las intenciones del gran rey, se declararon por la batalla. Mas Artemisa dijo á Mardonio: «referid « en propios términos á Xerxes lo que voy á « deciros: señor, despues de lo ocurrido en el « último combate naval, no se me acusará de « debilidad ó de cobardía. Mi celo me obliga el « dia de hoy á daros un consejo saludable. No « aventureis una batalla, cuyas consecuencias « serian inútiles ó funestas á vuestra gloria. ¿ No « está logrado ya el objeto principal de vuestra « expedicion? Sois señor de Atenas, y lo sereis « luego del resto de la Grecia. Teniendo en inac« cion vuestra armada, la de vuestros enemi» gos, que no tiene víveres sino para pocos « dias, se disipará por sí misma. ¿ Quereis ace« lerar este momento? Enviad vuestros barcos « á las costas del Peloponeso; llevad vuestras « tropas de tierra hácia el istmo de Corinto, y « vereis á las de los Griegos correr á la defensa « de su patria. Yo temo una batalla, porque le« jos de proporcionar ventajas, expondria vues« tros dos ejércitos: la temo, porque conozco « la superioridad de la marina griega. Vos sois, « señor, el mejor de los amos; pero teneis muy « malos criados. Y sobre todo, ¿ qué confianza

« podrá inspiraros ese monton de Egipcios, de « Cipriotas, de Cilicios y Panfilios, que llenan « la mayor parte de vuestros bajeles ? »

Habiendo Mardonio acabado de tomar los votos, se hizo la relacion á Xerxes, quien despues de haber colmado de elogios á la reina de Halicarnaso, trató de conciliar el parecer de esta princesa con el de la mayor parte. Su armada recibió orden de adelantarse hácia la isla de Salamina, y el ejército de marchar hácia el istmo de Corinto.

Esta marcha produjo el efecto que Artemisa habia previsto. La mayor parte de los generales de la armada griega, clamaron que era tiempo de ir al socorro del Peloponeso. La oposicion de los Eginetes, Megarienses y Atenienses alargó la deliberacion; pero últimamente, previendo Temístocles que prevalecia en el consejo el parecer contrario, hizo el último esfuerzo para prevenir las resultas.

Fué un hombre por la noche * á anunciar de su parte á los gefes de la armada enemiga, que una parte de los Griegos, y á su frente el general de los Atenienses, estaban dispuestos á declararse por el rey: que los demas, llenos de espanto, trataban de una retirada pronta: que debilitados por sus divisiones, si se veian

* En la noche del 19 á 20 de octubre del año 480 antes de J. C.

rodeados repentinamente por la armada persa, se verian forzados á rendir sus armas, ó á convertirlas contra sí mismos.

Inmediatamente se avanzaron los Persas, favorecidos de la noche, y despues de haber bloqueado las salidas por donde los Griegos hubieran podido escaparse, echaron cuatrocientos hombres en la isla de Psitalia, situada entre el continente y la punta oriental de Salamina. En este sitio debia darse el combate.

Arístides, á quien Temístocles habia ganado poco antes en favor de los Atenienses, pasaba en aquel momento de la isla de Egina á la armada de los Griegos: advirtió el movimiento de los Persas; y luego que llegó á Salamina, se fué al sitio donde estaban en junta los gefes, hizo llamar á Temístocles, y le dijo: « ya es « tiempo de abandonar nuestras vanas y pue- « riles disensiones. Un solo interes debe ani- « marnos hoy, que es el de salvar la Grecia: « vos, dando órdenes, y yo ejecutándolas. De- « cid á los Griegos que no se trata de deliberar, « y que el enemigo acaba de hacerse dueño de « los pasos que podrian favorecer su huida. » Movido Temístocles por el proceder de Arístides, le descubrió la estratagema de que se habia valido para atraer á los Persas, y le suplicó que entrase en el consejo. La relacion de Arístides, confirmada por otros testigos que

llegaron sucesivamente, disolvió la junta, y los Griegos se dispusieron al combate.

Con los nuevos refuerzos que las dos armadas habian recibido, la de los Persas ascendia á mil doscientos y siete bajeles, y la de los Griegos á trescientos y ochenta. Temístocles hizo embarcar sus soldados al romper el dia. La armada de los Griegos se formó en el estrecho del este: los Atenienses estaban en la derecha, y enfrente de los Fenicios: la izquierda compuesta de Lacedemonios, Eginetes y Megarienses, tenia delante á los Jonios.

Queriendo Xerxes animar con su presencia á su armada, se vino á colocar sobre una altura vecina, rodeado de secretarios, que debian describir todas las circunstancias del combate. Luego que se dejó ver, se pusieron en movimiento las dos alas de los Persas, y avanzaron hasta mas allá de la isla de Psitalia. Conservaron sus líneas mientras pudieron extenderse; pero se veian forzadas á romperlas á proporcion que se acercaban á la isla y al continente. Ademas de este perjuicio, se veian en la precision de luchar contra el viento, que les era contrario, y contra la pesadez de sus barcos, poco aptos para las maniobras, y que lejos de sostenerse mútuamente, se estorbaban y chocaban unos contra otros.

La suerte de la batalla pendia de lo que hi-

ciesen la derecha de los Griegos, y la izquierda de los Persas; pues allí era donde se hallaba lo mas florido de las dos armadas. Los Fenicios y los Atenienses se impelian y repelian en el desfiladero. Ariabignes, uno de los hermanos de Xerxes, conducia los primeros al combate, como si los llevase á la victoria. Temistocles estaba presente en todos los lugares y peligros. Mientras que animaba ó moderaba el valor de los suyos, se avanza Ariabignes, y hace llover sobre él, como si fuera de lo alto de un muro, una lluvia de flechas y de dardos. En el mismo momento cayó impetuosamente sobre el almirante fenicio una galera ateniense; y el joven príncipe indignado se lanza sobre ella, y en el momento fué acribillado de heridas.

La muerte del general difundió la consternacion entre los Fenicios, y la multitud de cabezas que allí habia, puso tal confusion, que aceleró su ruina: los barcos grandes arrojados contra las rocas de las costas vecinas, estrellados unos contra otros, abiertos por sus costados por los espolones de las galeras atenienses, cubrian el mar con sus destrozos: los socorros mismos que se les enviaban, no servian mas que para aumentar el desorden. En vano, los Cipriotas y las otras naciones del Oriente quisieron restablecer el combate: despues de una resistencia bas-

tante obstinada, se dispersaron como los Fenicios.

No satisfecho Temístocles con estas ventajas, voló con su ala victoriosa al socorro de los Lacedemonios y demas aliados, que se defendian contra los Jonios. Como estos últimos habian leido sobre las costas de la Eubea las inscripciones en que Temístocles les exhortaba á dejar el partido de los Persas, se pretende que algunos se pasaron á los Griegos durante la batalla, ó que pelearon como amigos. Pero lo cierto es, que los mas de ellos se batieron con valor, y no pensaron en retirarse, hasta que vieron sobre sí toda la armada de los Griegos. Entonces fué cuando Artemisa, cercada de enemigos, y próxima á caer en manos de un ateniense que la iba á los alcances, no dudó echar á pique un barco de la armada persa. Convencido el ateniense con esta maniobra, de que la reina habia dejado el partido de los Persas, cesó de perseguirla; y Xerxes persuadido á que el barco sumergido era de los Griegos, no pudo menos de decir que en aquella jornada los hombres se habian portado como mugeres, y las mugeres como hombres.

La armada de los Persas se retiró al puerto de Falera. Habian perecido doscientos de sus barcos, y otros muchos habian sido hechos prisioneros. Los Griegos no perdieron mas que cuarenta galeras. El combate se dió el veinte de boe-

dromion el año primero de la olimpiada setenta y cinco*.

Se ha conservado la memoria de los pueblos y de los particulares que mas se distinguieron. Entre los primeros fueron los Eginetes y los Atenienses, y entre los segundos Polícrites de Egina, y dos atenienses, Eumenes y Aminias.

Mientras duró el combate, Xerxes fluctuaba entre el gozo, el temor y la desesperacion: prodigando alternativamente promesas, y dictando órdenes sanguinarias; haciendo notar á sus secretarios los nombres de los que se señalaban en la accion, y quitando por medio de sus esclavos la vida á los oficiales que venian á él á justificar su conducta. Cuando no era ya sostenido por la esperanza ó por el furor, cayó en un abatimiento profundo, y aunque tuviese todavía suficientes fuerzas para conquistar el mundo entero vió á su armada dispuesta á sublevarse, y á los Griegos preparados á quemar el puente de barcas que habia dejado sobre el Helesponto. Una pronta huida le hubiera librado de estos vanos terrores; pero el decoro de su persona ó la vanidad, no le permitian manifestar tanta debilidad á la vista de sus enemigos y cortesanos; y así, mandó hacer preparativos para un nuevo

*El 20 de octubre del año 480 antes de J. C.

ataque, y juntar la isla de Salamina al continente por medio de un arrecife.

Despues envió un correo á Suza, como habia despachado otro cuando tomó á Atenas. A la llegada del primero los habitantes de esta gran ciudad concurrieron á los templos, y quemaron perfumes en las calles, adornadas con ramos de mirto: á la llegada del segundo, rasgaron sus vestidos, y por todas partes se oian llantos, gemidos y expresiones de interes por el rey, é imprecaciones contra Mardonio, primer autor de esta guerra.

Los Persas y los Griegos esperaban una nueva batalla; pero Mardonio no se fiaba en las órdenes que Xerxes habia dado: penetraba el interior de este príncipe, y no veia sino los sentimientos mas viles juntos á proyectos de venganza, cuya víctima seria él mismo; y acercándose á él, le dijo: « señor, reanimad vuestro « valor: vos no habeis fundado vuestras espe- « ranzas sobre la armada, sino sobre este ejército « formidable que me habeis confiado. Los Grie- « gos no están ahora en estado de resistir mas « que antes: nada hay que pueda libertarlos del « castigo que merecen sus antiguas ofensas, y la « esteril ventaja que acaban de tener. Si toma- « mos el partido de retirarnos, seremos el objeto « de la irrision, y vos hareis recaer sobre vues- « tros fieles Persas el oprobio con que acaban

« de cubrirse los Fenicios, los Egipcios y demas « pueblos que combatian sobre vuestros bajeles. « A mí me ocurre otro medio de salvar su gloria « y la vuestra; y consiste en volver á Persia el « mayor número de vuestras tropas, y dejarme « trescientos mil hombres, con los cuales redu- « ciré á esclavitud toda la Grecia. »

Xerxes, interiormente penetrado de alegría, juntó su consejo, hizo entrar en él á Artemisa, y quiso que se explicase sobre el proyecto de Mardonio. La reina, sin duda disgustada de servir á semejante príncipe, y persuadida á que hay ocasiones, en las cuales deliberar es haber tomado su partido, le aconsejó volver cuanto antes á sus Estados. Debo referir una parte de su respuesta, para hacer ver el lenguage de la corte de Suza. « Dejad á Mardonio el cuidado de aca- « bar vuestra obra. Si sale bien, la gloria será « toda vuestra: si perece ó es derrotado, no por « eso vacilará vuestro imperio, y la Persia no « mirará como una gran desgracia la pérdida de « una batalla, cuando hayais puesto en seguri- « dad vuestra persona. »

Xerxes no lo dilató mas. Su armada recibió orden de ir inmediatamente al Helesponto, y cuidar de la conservacion del puente de barcas: la de los Griegos la persiguió hasta la isla de Andros. Temístocles y los Atenienses querian alcanzarla, y quemar luego el puente; pero ha-

biendo Euribiades representado fuertemente, que lejos de encerrar á los Persas en la Grecia, seria necesario, si fuese posible, proporcionarles nuevas salidas: la armada de los aliados se detuvo, y fué luego al puerto de Pagasa, donde pasó el invierno.

Temístocles envió entonces un aviso secreto á Xerxes. Unos dicen, que queriendo procurarse un asilo cerca de este príncipe, para un caso de desgracia, se felicitaba de haber apartado á los Griegos del proyecto de quemar el puente. Segun otros, prevenia al rey, que si no precipitaba su marcha los Griegos le cortarian el camino de la Asia. Sea lo que fuese, algunos dias despues del combate de Salamina, el rey tomó el camino de Tesalia, donde Mardonio puso en cuarteles de invierno los trescientos mil hombres que habia pedido y escogido de todo el ejército. De allí continuando su camino, llegó á las costas del Helesponto con muy corto número de tropas: el resto, falto de víveres, habia perecido de enfermedades, ó dispersádose por la Macedonia y por la Tracia. Para colmo de la desventura, ya no subsistia el puente; pues le habia destruido una tempestad. El rey se arrojó á un barco; pasó el mar como fugitivo*, cerca de seis meses despues de haberle atravesado como con-

* El 4 de diciembre del año 480 antes de J. C.

quistador, y se fué á Frigia á edificar unos magníficos palacios, que cuidó de fortificar.

La primera atencion de los vencedores despues de la batalla fué enviar á Delfos las primicias de los despojos que se habian repartido; despues fueron los generales al istmo de Corinto; y siguiendo un uso respetable por su antigüedad, y mas todavía por la emulacion que inspira, se juntaron cerca del altar de Neptuno, para decretar coronas á los que contribuyeron mas á la victoria. No se pronunció la sentencia; cada uno de los gefes se habia adjudicado el primer premio, al mismo tiempo que los mas habian decretado el segundo á Temístocles.

Aunque consiguiente á esto no se le pudiese disputar el primero en la opinion pública, quiso lograr uno efectivo de parte de los Esparciatas. Estos le recibieron en Lacedemonia con aquella alta consideracion que ellos mismos merecian, y le asociaron á los honores decretados á Euribiades. Una corona de oliva fué la recompensa de los dos. A su marcha se le colmó de nuevos elogios: se le regaló la mejor carroza que se pudo hallar en Lacedemonia, y por una distincion tan nueva como brillante, trescientos jóvenes de á caballo de las primeras familias de Esparta, tuvieron orden para acompañarle hasta las fronteras de la Laconia.

Entre tanto se disponia Mardonio para termi-

nar una guerra tan vergonzosa para la Persia: aumentaba con nuevas tropas las que Xerxes le habia dejado, sin echar de ver que aumentarlas era debilitarlas: consultaba sucesivamente los oráculos de la Grecia; enviaba desafíos á los pueblos aliados, y les proponia para campo de batalla las llanuras de la Beocia y las de Tesalia: en fin, él resolvió apartar de la liga á los Atenienses, é hizo que Alejandro, rey de Macedonia, partiese para Atenas, con la cual estaba enlazado por la hospitalidad.

Admitido este príncipe á la asamblea del pueblo, al mismo tiempo que los diputados de Lacedemonia encargados de romper esta negociacion: habló así: « ved aquí lo que dice Mardonio: « he recibido una orden del rey concebida en « estos términos: olvido las ofensas de los Atenienses. Mardonio, ejecutad mis disposiciones: dad á ese pueblo sus tierras; dadle mas si « las quiere; conservadle sus leyes, y restableced « los templos que yo he quemado. Yo he creido « deber instruiros de las intenciones de mi « amo; y añado, que es una locura por vuestra « parte querer resistir á los Persas, y es otra « mayor pretender resistirles mucho tiempo. « Aun cuando, contra toda esperanza, ganaseis « la victoria, os la arrancaria luego de las manos « otro ejército. No corrais pues á vuestra ruina, « y que un tratado de paz, dictado por la buena

« fe, ponga á cubierto vuestro honor y vuestra « libertad.» Despues de haber referido Alejandro estas palabras, intentó convencer á los Atenienses de que no estaban en disposicion de luchar contra el poder de los Persas, y les pidió encarecidamente que prefiriesen la amistad de Xerxes á todos los demas intereses.

« No deis oidos á los pérfidos consejos de Ale« jandro, exclamaron entonces los diputados « de Lacedemonia. Este es un tirano, que sirve « á otro tirano. Por un indigno artificio ha al« terado las instrucciones de Mardonio. Las pro« mesas que os hace de su parte, son muy « seductoras para no ser sospechosas. No po« deis aceptarlas sin hollar las leyes de la jus« ticia y del honor. ¿ No sois vosotros los que « habeis encendido esta guerra? ¿ Y será po« sible que aquellos Atenienses, que en todos « tiempos han sido los mas celosos defensores « de la libertad, sean los primeros autores de « nuestra esclavitud? Lacedemonia, que os hace « estas representaciones por nuestra boca, está « condolida al ver el estado funesto á que os « reducen vuestras casas destruidas, y vuestras « campiñas taladas: ella os propone en su nom« bre y en el de sus aliados, el guardar en de« pósito vuestras mugeres, hijos, y esclavos, « durante la guerra. »

Los Atenienses pusieron el asunto en delibe-

racion; y siguiendo el voto de Arístides, se resolvió responder al rey de Macedonia, que hubiera podido dispensarse de advertirles que sus fuerzas eran inferiores á las del enemigo : que por esto no estaban menos dispuestos á oponer una resistencia vigorosa á los bárbaros: que le aconsejaban no volviese á aparecer en su presencia, si habia de ser para proponerles semejantes cobardías, y que no les expusiese á violar los derechos de la hospitalidad y amistad en su persona.

Se decretó, que se responderia á los Lacedemonios, que si Esparta hubiera conocido mejor á los Atenienses, no los hubiera creido capaces de una traicion, ni tratado de mantenerlos en su alianza por miras de interes : que atenderian como pudiesen á las necesidades de sus familias, y que daban gracias á los aliados por la generosidad de sus ofertas : que estaban adheridos á la liga con lazos sagrados é indisolubles : que la única gracia que pedian á los aliados era que les enviasen un socorro, pues era tiempo de marchar á Beocia, y de impedir á los Persas entrar segunda vez en la Atica.

Habiendo vuelto á entrar los embajadores, hizo, Arístides que se leyesen los decretos en su presencia; y luego levantando la voz, dijo : « diputados lacedemonios, haced saber á Es-« parta, que todo el oro que circula sobre la

« tierra, ó que se esconde todavia en sus entra-
« ñas, es nada en nuestra estimacion, en com-
« paracion de nuestra libertad... Y vos Alejan-
« dro, dirigiéndose á este príncipe, y señalán-
« dole el sol, decid á Mardonio, que mientras
« aquel astro siga la carrera que le está prescri-
« ta, los Atenienses continuarán sobre el rey de
« Persia la venganza, porque claman sus cam-
« piñas taladas, y sus templos reducidos á ce-
« nizas. » Para hacer este empeño mas solemne todavía, hizo al punto formar un decreto, por el cual los sacerdotes sacrificarian á los dioses infernales á todos los que tuviesen inteligencias con los Persas, y se separasen de la confederacion de los Griegos.

Instruido Mardonio de la resolucion de los Atenienses, hizo marchar luego sus tropas á la Beocia, y desde allí cayó sobre la Atica, cuyos habitantes se habian refugiado otra vez á la isla de Salamina. Le lisonjeó tanto el apoderarse de un pais desierto, que valiéndose de señales puestas de distancia en distancia, tanto en las islas como en el continente, lo hizo saber á Xerxes, que estaba todavía en Sardes de Lidia. Tambien quiso aprovecharse de esto para entablar una nueva negociacion con los Atenienses, pero recibió la misma respuesta; y Licidas, uno de los senadores, que habia propuesto que se diese oidos á las promesas del general per-

sa, fué apedreado con su muger y sus hijos.

Entre tanto los aliados en lugar de enviar una armada á la Atica, como habian tratado, se fortificaban en el istmo de Corinto, y solo parecia que atendian á la defensa del Peloponeso. Los Atenienses, alborotados con este proyecto, enviaron diputados á Lacedemonia, donde se celebraban unas fiestas que debian durar muchos dias. Hicieron presentes sus quejas, y la respuesta se dilataba de un dia para otro. Ultimamente, ofendidos de una inaccion y silencio que les autorizaba para sospechar una perfidia, se presentaron por la última vez á los éforos, y les declararon que Atenas vendida por los Lacedemonios, y abandonada por los demas aliados, estaba dispuesta á volver contra ellos sus armas, haciendo la paz con los Persas.

Los éforos respondieron, que la noche antes habian hecho salir bajo el mando de Pausanias, tutor del joven rey Plistarco, á cinco mil esparciatas, y treinta y cinco mil esclavos ó hilotas armados á la ligera. Estas tropas, aumentadas luego con cinco mil lacedemonios, habiéndose unido con las de las ciudades confederadas, partieron de Eleusis, y fueron á Beocia, donde Mardonio acababa de traer su ejército.

Habia evitado sabiamente combatir en la Atica. Como este pais está cortado con alturas y


Campo de Mardomo
PERSAS
GRIEGOS
Camino de Eleutera
Puente
Torre
CITERON TEBANO
Eritres
Paso de las tres Cabezas,
ó las Cabezas de la Encina

desfiladeros, no hubiera podido, ni desplegar su caballería en el combate, ni asegurar su retirada en caso de derrota. La Beocia, al contrario, ofrecia grandes llanuras, un pais fertil, muchas ciudades prontas á recoger las reliquias de su ejército, porque á excepcion de los de Platea y Tespis, todos los pueblos de estos paises se habian declarado por los Persas.

BATALLA DE PLATEA.

Mardonio puso su campo en la llanura de Tebas, á lo largo del rio Asopo, cuya orilla izquierda ocupaba, hasta las fronteras del pais de los Plateenses *. Para encerrar sus bagages, y proporcionarse un asilo, hacia circunvalar con un foso profundo, y con muros y torres de madera un espacio de diez estadios de extension por todas partes **.

Los Griegos estaban enfrente, al pie y sobre el declive del monte Citeron. Arístides mandaba á los Atenienses, y Pausanias á todo el ejército ***. Aquí fué donde los generales extendie-

* Véase el plan de la batalla de Platea.

** Cerca de novecientas y cuarenta y cinco toesas.

*** Se hallaron á la vista los dos ejércitos el 10 de setiembre del año 479 antes de J. C.

ron la fórmula de un juramento, que los soldados repitieron con entusiasmo. Era el siguiente: « yo no preferiré la vida á la libertad: no aban-« donaré á mis gefes, ni durante su vida, ni « despues de su muerte: haré los honores de « sepultura á los aliados que mueran en la ba-» talla: despues de la victoria no arruinaré nin-« guna de las ciudades que hayan combatido « en favor de la Grecia; y diezmaré todas las « que se hayan unido á sus enemigos: en lugar « de reedificar los templos que él ha quemado « ó destruido, quiero que permanezcan las rui-« nas, para recordar continuamente á nuestros « nietos el furor impío de los bárbaros. »

Una anécdota referida por un autor casi contemporaneo, nos pone en estado de juzgar de la idea que la mayor parte de los Persas tenian de su general. Comia Mardonio en casa de un particular de Tebas con cincuenta de sus oficiales generales, otros tantos tebanos, y Tersandro, uno de los principales ciudadanos de Orcomena. Al fin del convite, nacida ya la confianza entre los convidados de las dos naciones, un persa puesto al lado de Tersandro, le dijo: « Esta mesa, garante de nuestra fe; y estas « libaciones que hemos hecho de consuno en « honor de los dioses, me inspiran un secreto « interes hácia vos. Es tiempo de pensar en « vuestra seguridad. Veis estos persas que se

« abandonan á sus delirios; habeis visto ese « ejército que hemos dejado á orillas del rio. « ¡ Ay, de aquí á poco no vereis de todo ello « mas que unas reliquias miserables! » Lloraba cuando decia esto, y sorprendido Tersandro, le preguntó si habia comunicado sus temores á Mardonio, ó á sus confidentes; y el extrangero respondió: « ¡ ó mi querido huesped, el hombre « no puede evitar su hado! Muchos persas han « previsto, como yo, el que les amenaza; y « todos juntos nos dejamos arrastrar de la fata- « lidad. La mayor desgracia de los hombres es, « que los mas sabios son siempre los que tie- « nen menos crédito. » El autor (Heródoto. lib. IX. cap. XVI.) lo oyó al mismo Tersandro.

Viendo Mardonio que los Griegos se obstinaban en guardar sus alturas, envió contra ellos toda su caballería, mandada por Masistio, que gozaba del mas alto favor con Xerxes, y de la mayor estimacion en el ejército. Despues de haber los Persas insultado á los Griegos llamándolos cobardes, cayeron sobre los Megarienses, que estaban acampados en un terreno mas llano, y que con el socorro de trescientos atenienses hicieron una larga resistencia. La muerte de Masistio los libró de una derrota completa, y puso fin al combate. Esta pérdida fué un motivo de duelo para el ejército persa, y una materia de triunfo para los Griegos, que vieron pasar

por todas sus filas el cuerpo de Masistio, que habian quitado á los enemigos.

A pesar de esta ventaja, la dificultad de procurarse agua en presencia de un enemigo, que á fuerza de dardos alejaba á todos los que querian acercarse al rio, los obligó á mudar de posicion, desfilaron á lo largo del monte Citeron, y entraron en el pais de los Plateenses.

Los Lacedemonios se colocaron cerca de un manantial abundante, que se llama Gargafia, y que debia bastar para las necesidades del ejército: los otros aliados fueron puestos la mayor parte sobre las colinas que hay al pie de la montaña, algunos en la llanura, y todos enfrente del Asopo.

Mientras se distribuian así los puestos, se levantó una disputa muy acalorada entre los Atenienses y Tegeates, que pretendian igualmente mandar la ala izquierda. Unos y otros alegaban sus títulos, y las expediciones de sus mayores; pero Arístides puso fin á la disputa, diciendo: « no venimos aquí para entrar en contestaciones « con nuestros aliados, sino para combatir á « nuestros enemigos. Declaramos, que no es el « puesto el que da ó quita el valor. En vues» tras manos nos ponemos, ó Lacedemonios: « sea el que fuere el puesto que nos señaleis, « nosotros le ensalzaremos tanto, que acaso « será el mas honroso de todos. » Los Lacede-

monios opinaron por aclamacion en favor de los Atenienses.

Un peligro aun mas inminente puso la prudencia de Arístides á una prueba todavía mas cruel: supo que algunos oficiales de su tropa, que eran de las familias mas distinguidas de Atenas, meditaban una traicion en favor de los Persas, y que la conjuracion hacia todos los dias grandes progresos. Lejos de hacerla mas temible con pesquisas que la hubieran instruido de sus fuerzas, se contentó con hacer arrestar ocho cómplices. Los dos mas culpados huyeron, y á los otros, mostrándoles los enemigos, les dijo: la sangre de aquellos es lo único que puede expiar vuestra culpa.

Apenas supo Mardonio que los Griegos se habian retirado al territorio de Platea, cuando, haciendo subir su ejército á lo largo del rio, le puso segunda vez en presencia del enemigo. Se componia este de trescientos mil hombres sacados del Asia, y de cerca de cincuenta mil beocios, tesalienses, y otros griegos auxiliares. El de los confederados constaba de cerca de ciento y diez mil hombres, de los cuales los sesenta y nueve mil y quinientos estaban armados á la ligera. Habia allí diez mil esparciatas y lacedemonios, ocho mil atenienses, cinco mil corintios, tres mil megarienses, y diversos cuerpos pequeños con que contribuyeron otros pueblos

ó ciudades de la Grecia. Todos los dias venian otros nuevos. Los Mantineenses y Eleenses no llegaron hasta despues de la batalla.

Hacia ocho dias que los ejércitos estaban á la vista, cuando un destacamento de la caballería persiana, pasando el Asopo por la noche, se apoderó de un convoy que venia del Peloponeso, y bajaba del Citeron. Los Persas se hicieron dueños de este paso *, y los Griegos no volvieron á recibir provisiones.

El campo de estos últimos fué insultado muchas veces por la caballería enemiga en los dos dias siguientes. Ninguno de los ejércitos se atrevia á pasar el rio. Por una parte y otra el adivino, sea por sí mismo, ó sea por impresiones extrañas, prometia la victoria á su partido, si estaba sobre la defensiva.

El dia once juntó Mardonio su consejo **. Artabazo, uno de los primeros oficiales del ejército, propuso el retirarse á los muros de Tebas, y no aventurar una batalla, sino corromper, á fuerza de plata, á los principales ciudadanos de las ciudades aliadas. Este parecer, que aprobaron y abrazaron los Tebanos, hubiera ido poco á poco separando de la confederacion á la mayor parte de los pueblos que la componian. Por otra

* El 17 de setiembre del año 479 antes de J. C.

** El 20 de setiembre.

parte el ejército griego falto de víveres se veria obligado en pocos dias á dispersarse, ó á combatir en la llanura. Mardonio desechó con desprecio la propuesta.

A la noche siguiente *, habiéndose adelantado un caballero desertado del ejército de los Persas hácia el campo de los Atenienses, hizo decir á su general, que tenia que comunicarle un secreto importante; y luego que llegó Arístides le dijo este incógnito : « Mardonio cansa inútil-« mente á los dioses para tener auspicios favo-« rables. Su silencio ha retardado hasta aquí el « combate; pero los adivinos se esfuerzan en « vano para contenerle. Mañana al amanecer os « atacará. Espero que despues de vuestra victo-« ria os acordareis de que he arriesgado mi vida « por libraros de una sorpresa : soy Alejandro, « rey de Macedonia. » Acabadas estas palabras, volvió el caballo, y á galope tomó el camino del campo.

Arístides marchó luego al cuartel de los Lacedemonios : allí se tomaron las medidas mas sábias para rechazar al enemigo; y Pausanias declaró un parecer, que Arístides no se atrevia á proponer por sí mismo : este era oponer los Atenienses á los Persas, y los Lacedemonios á los

* La noche del 20 al 21 de setiembre.

griegos auxiliares de Xerxes. Con esto, decia, combatiremos unos y otros con tropas que han experimentado ya nuestro valor. Tomada esta resolucion, los Atenienses pasaron al romper el alba á la ala derecha, y los Lacedemonios á la izquierda. Penetrando Mardonio sus designios, hizo pasar los Persas á la derecha, y no tomó el partido de volverlos á su antiguo puesto, hasta que vió á los enemigos restablecer su primer orden de batalla.

Este general no miraba los movimientos de los Lacedemonios, sino como una confesion de su cobardía. En la embriaguez de su orgullo, les daba en cara con su reputacion, y les hacia desafíos insultantes. Enviando un rey de armas á Pausanias, le propuso terminar la contienda entre la Persia y la Grecia por un combate entre determinado número de esparciatas y de persas: y como no se le diese respuesta, hizo marchar toda su caballería. Esta inquietó al ejército griego por todo el resto del dia, y aun llegó á cegar la fuente de Gargafia.

Privados los Griegos de este único recurso, resolvieron retirar un poco su campamento á una isla formada por dos brazos del Asopo, de las cuales una se llama Peroe; y desde allí debian enviar la mitad de sus tropas al paso del monte Citeron, para arrojar de él á los Persas, que interceptaban sus convoyes.

Levantóse el campo por le noche * con la confusion que se podia esperar de tantas naciones independientes, resfriadas por su inaccion, y sobresaltadas de resultas de sus retiradas frecuentes, y por la escasez de víveres. Algunos fueron al sitio señalado, y otros, descaminados por sus guias, ó por un terror pánico, se refugiaron cerca de la ciudad de Platea.

La partida de los Lacedemonios y Atenienses se retardó hasta la salida de la aurora. Estos últimos tomaron el camino de la llanura: los Lacedemonios seguidos de tres mil tegeates desfilaron por la falda del Citeron. Llegados al templo de Ceres, apartado diez estadios, tanto de su primera posicion como de la ciudad de Platea, se detuvieron para esperar á uno de sus cuerpos, que se habia negado mucho rato á abandonar su puesto; y aquí fué donde los alcanzó la caballería persiana, destacada por Mardonio para suspender su marcha. « ¡Mirad allí, exclamó este general en medio de sus oficiales, mirad allí á esos Lacedemonios intrépidos, que nos decian que nunca se retiran á la vista del enemigo! Nacion vil, que no se distingue de los demas griegos mas que por un exceso de cobardía, y que bien pronto va á pagar la pena que merece. »

* La noche del 21 al 22 de setiembre.

Pónese despues al frente de la nacion guerrera de los Persas y de sus mejores tropas; pasa el rio, y se avanza á pasos dobles en la llanura. Los demas pueblos de Oriente le siguen en monton dando gritos, y al mismo tiempo su ala derecha, compuesta de griegos auxiliares, ataca á los Atenienses, y les impide auxiliar á los Lacedemonios.

Habiendo Pausanias formado sus tropas en un terreno inclinado y desigual, cerca de un arroyuelo, y del recinto consagrado á Ceres, los dejó mucho tiempo expuestos á los dardos y flechas sin que ellos se atreviesen á defenderse. Las entrañas de las victimas no anunciaban mas que sucesos funestos. Esta desventurada superstícion hizo morir á muchos soldados, que sentian menos perder la vida, que una muerte inutil á la Grecia. Al fin, los Tegeates no pudiendo contener el ardor que los animaba, se pusieron en movimiento, y fueron luego sostenidos por los Esparciatas, que acababan de lograr, ó de procurarse auspicios favorables.

Al acercarse, tiran los Persas sus arcos, cierran las filas, se cubren con sus escudos, y forman una masa, cuya pesadez é impulso detienen y rechazan el furor del enemigo. En vano, sus escudos formados de frágiles materias, vuelan en pedazos; rompen las lanzas con que se les quiere herir, y suplen por un corage feroz el defecto

de sus armas. Mardonio al frente de mil soldados escogidos tuvo dudosa largo tiempo la victoria; pero cae luego herido con un golpe mortal. Los que le cercan quieren vengar su muerte, y son sacrificados al rededor de él. Desde este momento los Persas se desordenan, son arrollados, y forzados á huir. Su caballería detiene por algun tiempo al vencedor; pero no le impide llegar al pie del retrincheramiento que los Persas habian levantado cerca del Asopo, y que recibió las reliquias de su ejército. Las mismas ventajas habian logrado los Atenienses en el ala izquierda: habian experimentado una grande resistencia en los Beocios; pero debilísima en los demas aliados de Xerxes, irritados sin duda con las altanerías de Mardonio, y con su obstinacion en dar la batalla en un lugar tan poco ventajoso. Los Beocios en su fuga arrastraron tras sí toda el ala derecha de los Persas.

Arístides, lejos de perseguirlos, vino luego á juntarse con los Lacedemonios, que poco versados todavía en el arte de sitiar, atacaban sin fruto el campo atrincherado en que estaban encerrados los Persas. La llegada de los Atenienses y demas confederados no puso miedo á los sitiados, quienes rechazaban con furor á cuantos se presentaban al asalto; pero al fin los Atenienses habiendo forzado el atrincheramiento y destruido el muro, se precipitaron los Griegos en el

campamento, y los Persas se dejaron degollar como víctimas.

Desde el principio de la batalla, Artabazo, que tenia á sus órdenes un cuerpo de cuarenta mil hombres; pero que mucho tiempo habia que abrigaba en su pecho resentimientos secretos por la eleccion que Xerxes habia hecho de Mardonio para mandar al ejército, se habia adelantado, mas para ser espectador del combate, que para asegurar el buen éxito. Luego que vió retroceder á las tropas de Mardonio, dió á las suyas orden de seguirle, y en su fuga tomó el camino de la Fócide; atravesó el mar de Bizancio, y se fué á Asia, donde quizá se le hizo un mérito de haber salvado una parte del ejército. Todo lo demas, excepto cerca de tres mil hombres, pereció en el atrincheramiento ó en la batalla.

Las naciones que se distinguieron en esta jornada, fueron por una parte los Persas y los Sacos; y por otra los Lacedemonios, los Atenienses y los de Tegea. Los vencedores alabaron el valor de Mardonio, el del ateniense Sófanes, y el de cuatro esparciatas, á cuya frente se debe poner á Aristodemo, que en esta ocasion quiso borrar la deshonra de no haber perecido en el paso de las Termópilas. Los Lacedemonios no hicieron honor alguno á sus cenizas. Decian que resuelto á morir mas bien que á vencer, habia

abandonado su fila durante el combate, y mostrado un valor de desesperacion mas que de virtud.

Entre tanto los Lacedemonios y los Atenienses aspiraban igualmente á la recompensa del valor: los primeros porque habian batido las mejores tropas de Mardonio, y los segundos porque habian forzado el retrincheramiento. Unos y otros defendian sus pretensiones con una altanería, que no les dejaba lugar para renunciarlas. Los ánimos se irritaban, y los dos campos resonaban con amenazas; y se hubiera llegado á las manos sin la prudencia de Arístides, que hizo que los Atenienses se comprometiesen en el juicio de los aliados. Entonces Teogiton de Megara propuso á las dos naciones que renunciasen el galardon, y le adjudicasen á algun otro pueblo. Cleócrito de Corinto nombró á los Plateenses, y se reunieron todos los votos en su favor.

La tierra estaba cubierta de los ricos despojos de los Persas, en cuyas tiendas resplandecia el oro y la plata. Pausanias hizo guardar el botin á los hilotas, y se reservó el diezmo para el templo de Delfos, y una gran parte todavía para levantar monumentos en honor de los dioses. Los vencedores partieron entre sí lo demas, y llevaron á sus naciones el primer origen de la corrupcion. . . . .

Se tributaron todos los honores á los que habian muerto con las armas en la mano. Cada nacion levantó un sepulcro á sus guerreros, y en una junta de generales hizo Arístides aprobar este decreto: «que todos los años envien «los pueblos de la Grecia diputados á Platea, «para renovar con sacrificios augustos la me«moria de los que habian perdido la vida en «el combate: que de cinco en cinco años se «celebrasen juegos solemnes, que se llama«rian las fiestas de la Libertad; y que los Pla«teenses, no teniendo en adelante otros cui«dados que hacer votos por la salud de la Gre«cia, serian mirados como una nacion invio«lable, y consagrada á la divinidad.»

Once dias despues de la batalla * marcharon los vencedores á Tebas, y pidieron á los habitantes, que les entregasen los ciudadanos que les habian inducido á someterse á los Medos. Negándose á ello los Tebanos, fué sitiada la ciudad; y estaba en peligro de ser tomada y destruida, si uno de los principales culpados no hubiera sido de parecer de ponerse con los de su faccion en manos de los aliados. Se lisonjeaban de que podrian rescatar sus vidas con el sacrificio de las sumas que habian recibido de Mardonio; pero Pausanias, insensible

* El 3 de octubre del año 479 antes de J. C.

á sus ofrecimientos, los condenó á muerte.

La batalla de Platea se dió el dia tres del mes boedromion, en el segundo año de la olimpiadia setenta y cinco *. El mismo dia la armada de los Griegos, mandada por Leutiquidas, rey de Lacedemonia, y por Xantipo el ateniense, logró una señalada victoria de los Persas cerca del promontorio de Micala en Jonia; y los pueblos de este pais, que la habian llamado en su socorro, entraron despues del combate en la confederacion. Este fué el fin de la guerra de Xerxes, mas conocida con el nombre de guerra meda, que duró dos años, y acaso nunca han sucedido tan grandes cosas en tan poco tiempo, ni nunca semejantes sucesos han producido tan rápidas revoluciones en las ideas, en los intereses y en los gobiernos de los pueblos. Sobre los Lacedemonios y Atenienses produjeron efectos diferentes, segun la diversidad de sus caracteres y de sus instituciones. Los primeros no trataron mas que de descansar de sus triunfos, y apenas manifestaron algunas señales de zelos contra los Atenienses. Estos últimos se abandonaron repentinamente á la ambicion mas desenfrenada, y se propusieron á un tiempo despojar á los Lacedemonios de la preeminencia que tenian en la Grecia, y de proteger contra

* El 22 de setiembre del año 479 antes de J. C.

los Persas á los Jonios, quienes acababan de recobrar su libertad.

Por fin ya respiraban los pueblos: los Atenienses se restablecian en medio de las ruinas de su desgraciada ciudad: reedificaban sus murallas á pesar de las quejas de los aliados que empezaban á temer la gloria de este pueblo, y á pesar de las representaciones de los Lacedemonios, que eran de parecer que se desmantelasen las plazas de la Grecia situadas fuera del Helesponto, para que no sirviesen de asilo á los Persas en caso de una nueva invasion. Temístocles habia sabido alejar diestramente la tempestad que amenazaba á Atenas en esta ocasion. Ademas les habia empeñado en formar en Pireo un puerto circunvalado de una cerca terrible, en construir todos los años cierto número de galeras, en prometer inmunidades á los extrangeros, y sobre todo á los artífices que quisiesen establecerse en su ciudad.

Al mismo tiempo los aliados se preparaban á libertar las ciudades griegas, donde los Persas habian dejado guarnicion. Una armada poderosa, bajo el mando de Pausanias y de Arístides, obligó al enemigo á abandonar la isla de Quipre y la ciudad de Bizancio, situada sobre el Helesponto. Estos triunfos acabaron de perder á Pausanias, incapaz de allí en adelante de sostener el peso de su gloria.

No era ya aquel esparciata austero, que en los campos de Platea insultaba al fausto y á la esclavitud de los Medos: era un sátrapa, enteramente subyugado por las costumbres de los pueblos vencidos, y rodeado continuamente de satélites extrangeros, que le hacian inaccesible. Los aliados, que no lograban de él mas que respuestas duras y humillantes, y órdenes imperiosas y sanguinarias, se rebelaron en fin contra una tiranía, hecha mas odiosa todavía por la conducta de Arístides. Este último empleaba los medios mas poderosos para ganar los ánimos, que son la dulzura y la justicia. Así se vió á los pueblos confederados proponer á los Atenienses combatir bajo sus órdenes.

Sabedores los Lacedemonios de esta sublevacion, llamaron luego á Pausanias, acusado de vejaciones contra los aliados, y sospechoso de inteligencias con los Persas: se tuvieron entonces pruebas de sus vejaciones, y se le quitó el mando del ejército: las hubo algun tiempo despues de su traicion, y se le quitó la vida. Por ruidoso que fuese este castigo, no volvió á atraer á los aliados, quienes se negaron á obedecer al esparciata Dorcis, que reemplazó á Pausanias; y habiéndose retirado este general, los Lacedemonios deliberaron sobre el partido que habian de tomar.

El derecho que tenian de mandar los ejér-

citos combinados de los Griegos, estaba fundado sobre los títulos mas respetables. Todos los pueblos de la Grecia, sin exceptuar los Atenienses, le habian reconocido hasta entonces. Esparta le habia ejercido, no para aumentar sus dominios, sino para destruir por todas partes la tiranía. La sabiduría de sus leyes la hacia á menudo árbitra de los pueblos de la Grecia, y la justicia de sus decisiones habia puesto á muchos en el número de sus aliados. ¿Y qué momento se elegia para despojarla de su prerogativa? Aquel en que, bajo el mando de sus generales, acababan los Griegos de ganar las mas brillantes victorias.

Estas razones discutidas entre los Esparciatas, los llenaron de indignacion y de furor. Se amenazaba á los aliados: se meditaba hacer una invasion en la Atica, cuando un senador, llamado Hetaemaridas, se atrevió á representar á los guerreros que le rodeaban, que sus generales, despues de los mayores triunfos, no habian traido á su patria mas que las semillas de la corrupcion: que el ejemplo de Pausanias debia hacerles temer la eleccion de sus sucesores, y que era ventajoso á la república ceder á los Atenienses el imperio del mar, y el cuidado de continuar la guerra contra los Persas.

Este discurso sorprendió y calmó repentinamente los espíritus, y se vió á la nacion mas

valiente del mundo preferir sus virtudes á su venganza, y deponer sus zelos á la voz de la razon. Dominaba todavía en Esparta el genio de Licurgo; y acaso nunca manifestó esta nacion mas valor y grandeza.

Los Atenienses, que lejos de esperar este sacrificio, se habian prevenido para lograrle con las armas, admiraron una moderacion que ellos eran incapaces de imitar; y mientras una nacion rival se despojaba de una parte de su poder, ellos estaban mas solícitos de hacerse asegurar por sus aliados el derecho honorífico de mandar las armadas de la Grecia.

Este nuevo sistema de confederacion debia ser justificado con nuevas empresas, é hizo brotar nuevos proyectos. Se empezó por arreglar las contribuciones necesarias para continuar la guerra contra los Persas. Todas las naciones pusieron sus intereses en manos de Arístides: este recorrió el continente y las islas, se instruyó del producto de las tierras, y manifestó tanta inteligencia y justicia en sus operaciones, que hasta los mismos contribuyentes le miraban como á su bienhechor. Terminadas estas, se resolvió atacar á los Persas.

Los Lacedemonios no tomaron parte en esta deliberacion: no respiraban entonces mas que paz, y los Atenienses solo guerra. Esta oposicion de miras se habia manifestado mas de una

vez. Despues de la batalla de Micala, los del Peloponeso y los Lacedemonios á su frente, querian trasladar los pueblos de la Jonia al continente de Grecia, y darles las plazas marítimas, que poseian las naciones que se habian ligado con los Persas. Por estas trasmigraciones se hubiera libertado la Grecia del cuidado de proteger á los Jonios, y se alejaba un rompimiento cierto entre el Asia y la Europa. Mas los Atenienses despreciaron este parecer, so pretexto de que la suerte de las colonias no debia pender de los aliados. A lo menos era preciso echar una especie de borron sobre los pueblos griegos que habian juntado sus tropas con las de Xerxes, ó habian permanecido en inaccion. Los Lacedemonios propusieron el excluirlas de la asamblea de los anfictiones; pero Temístocles, que queria proporcionar á su patria la alianza de los Argivos, de los Tebanos y de los Tesalienses, representó, que separando de esta asamblea á las naciones culpables, dos ó tres ciudades poderosas dispondrian á su arbitrio de todos los votos: así inutilizó la propuesta de los Lacedemonios, y se atrajo su odio.

Habia merecido el de los aliados por las exacciones y violencias que ejerció en las islas del mar Egeo. Una multitud de particulares se quejaban de sus injusticias: otros de las riquezas que habia amontonado, y todos del extremado deseo

que tenia de dominar. La envidia que asechaba y recogia sus menores acciones y palabras, gustaba del cruel placer de esparcir sombras sobre su gloria. El mismo la veia marchitarse de dia en dia; y para sostener su brillo, se abatia á fatigar el pueblo con la relacion de sus expediciones, sin percibir que es tan peligroso como inutil recordar servicios olvidados. Hizo construir cerca de su casa un templo consagrado

A DIANA,

Autora de los Buenos Consejos.

Esta inscripcion, monumento de los que él habia dado á los Atenienses durante la guerra contra los Medos, pareció una represion, y por consiguiente un ultraje hecho á la nacion. Al fin prevalecieron sus enemigos: fué desterrado*, y se retiró al Peloponeso; pero acusado luego de mantener una correspondencia criminal con Artaxerxes, sucesor de Xerxes, fué perseguido de ciudad en ciudad, y obligado á refugiarse á los Persas. Honraron estos en su vencedor suplicante, los talentos que los habian humillado,

* Hácia el año 471 antes de J. C.

pero que no eran ya de temer; y murió muchos años despues*.

Apenas echaron de ver esta pérdida los Atenienses. Tenian á Arístides, y á Cimon, hijo de Milciades. Cimon reunia al valor de su padre la prudencia de Temístocles, y casi todas las virtudes de Arístides, cuyos ejemplos habia imitado, y estudiado sus lecciones. Se le confió el mando de la armada griega: hízose á la vela para la Tracia, se apoderó de una ciudad donde los Persas tenian guarnicion, destruyó á los piratas que infestaban los mares vecinos, y llevó el terror á las islas que se habian separado de la liga.

Poco despues salió de Pireo con doscientas galeras, á las cuales reunieron otras ciento los aliados. Por su presencia ó por sus armas obligó á las ciudades de Caria y Licia á declararse contra los Persas, y habiendo encontrado la armada de estos últimos, compuesta de doscientos barcos, á la altura de la isla de Quipre, echó á fondo una parte, y tomó lo restante: en la misma tarde llegó á las costas de Panfilia, donde los Persas habian reunido un fuerte ejército; desembarcó sus tropas, atacó al enemigo, le dispersó, y volvió con un prodigioso número de prisioneros, y muchos ricos despojos, destinados para adornar á Atenas.

* Hácia el año 449 antes de J. C.

La conquista de la península de Tracia se siguió luego á estas dos victorias; y otras muchas ventajas logradas por espacio de muchos años acrecentaron sucesivamente la gloria de los Atenienses, y la confianza que tenian en sus fuerzas.

Las de sus aliados se debilitaban en la misma proporcion. Apurados por una guerra que de dia en dia les era mas extraña, la mayor parte se negaba á dar su contingente de tropas y de barcos. Los Atenienses emplearon desde luego las amenazas y violencia para obligarlas; pero Cimon, con miras mas profundas, les propuso que reservasen sus tropas y marineros, que aumentasen la contribucion en dinero, y que le enviasen sus galeras, que él armaria con atenienses. Con esta diestra política les quitó la marina; y haciéndoles entrar en un funesto reposo, dió tanta superioridad á su patria, que esta echó á un lado toda consideracion respecto á los aliados. Arístides y Cimon conservaron algunos por medio de atenciones continuas. Atenas con sus altanerías obligó á los otros á separarse de su alianza, y castigó su separacion esclavizándolos.

De este modo se apoderó de las islas de Esciros y Naxos; y la de Tasos, despues de un largo sitio, fué obligada á derribar los muros de su capital, y á entregar á los vencedores sus bar-

cos, sus minas de oro, y el pais que tenia en el continente.

Estas infracciones eran enteramente contrarias al tratado que Arístides habia hecho con los aliados, de cuya ejecucion eran garantes los juramentos mas horribles. Pero el mismo Arístides exhortó á los Atenienses á descargar sobre él las penas que merecia su perjurio. Parece que la ambicion empezaba á corromper á la misma virtud.

Atenas estaba entonces en un estado de guerra continua; y esta guerra tenia dos objetos: el uno, que se publicaba á voz en grito, consistia en mantener la libertad de las ciudades de la Jonia; y el otro, que se temia confesar, era el robarla á los pueblos de la Grecia.

Despertando por fin los Lacedemonios á los clamores de los aliados, habian resuelto mientras el sitio de Tasos, hacer una diversion en la Atica; pero cuando iban á ejecutarla, unos terribles temblores de tierra destruyeron á Esparta, é hicieron perecer bajo de sus ruinas un número considerable de habitantes. Rebeláronse los esclavos: algunas ciudades de la Laconia siguieron su ejemplo, y los Lacedemonios se vieron obligados á implorar el socorro de aquel pueblo, cuyos progresos querian detener*. Uno de sus

* Hácia el año 464 antes de J. C.

oradores aconsejaba, que se dejase perecer á la única potencia que tenian que temer en la Grecia; pero Cimon, convencido de que la rivalidad de Esparta era mas util á los Atenienses, que sus mismas conquistas, supo inspirarles sentimientos mas generosos. En varias ocasiones juntaron sus tropas con las de los Lacedemonios; y este servicio importante, que debia unir las dos naciones, hizo nacer entre ellas un odio, que produjo guerras funestas. Los Lacedemonios creyeron percibir que los generales de los Atenienses mantenian inteligencias con los sublevados: les suplicaron que se retirasen con pretextos plausibles; pero los Atenienses irritados por semejante sospecha, rompieron el tratado que los ligaba á los Lacedemonios desde el principio de la guerra meda; y se dieron prisa á concluir otro con los de Argos, antiguos enemigos de los Lacedemonios.

Entre tanto Inaro, hijo de Psametico, habiendo hecho sublevarse el Egipto contra Artaxerxes, rey de Persia, solicitó la proteccion de los Atenienses*. El deseo de debilitar á los Persas, y de proporcionarse la alianza de los Egipcios, determinó á la república, mas que las ofertas de Inaro. Cimon condujo á Egipto la armada de los aliados, compuesta de doscientos barcos: esta

* Hácia el año 462 antes de J. C.

subió Nilo arriba, y se juntó á la de los Egipcios, que derrotaron á los Persas, y se apoderaron de Menfis, excepto un cuartel de la ciudad, donde se habian refugiado los residuos del ejército persiano. La rebelion de los Egipcios no se acabó sino seis años despues: el valor solo de los Atenienses y de los otros griegos prolongó su duracion. Despues de haber perdido una batalla, se defendieron diez y seis meses en una isla formada por dos brazos del Nilo, y la mayor parte pereció con las armas en la mano. Es preciso observar que Artaxerxes, para obligar á las tropas á dejar el Egipto, habia intentado vanamente, por medio de regalos, empeñar á los Lacedemonios á que hiciesen una irrupcion en la Atica.

Mientras los Atenienses combatian lejos de su patria para dar un rey á Egipto, atacaban en Europa á los de Corinto y Epidauro, triunfaban de los Beocios y de los Sicionios: dispersaban la armada del Peloponeso, forzaban á los habitantes de Egina á entregarles sus barcos, á pagarles un tributo, y á demoler sus fortificaciones: enviaban tropas á Tesalia para restablecer á Orestes en el trono de sus padres: conmovian sin cesar los pueblos de la Grecia con intrigas ocultas, ó con empresas atrevidas, dando socorros á unos, obligando á otros á dárselos, agregando á su dominio los paises que les acomodaban, formando establecimientos donde los

atraia el comercio: siempre con las armas en la mano, y arrastrados siempre á nuevas expediciones por una serie rápida de reveses y de triunfos.

Colonias, compuestas algunas veces de diez mil hombres, iban lejos á cultivar las tierras de los vencidos. Estas y las guerras continuas hubieran despoblado la Atica; pero venian en tropel los extrangeros á este pequeño pais, atraidos por el decreto de Temístocles, que les concedia asilo, y aun mas por el deseo de participar de la gloria y fruto de tantas conquistas.

Tres generales hábiles y emprendedores favorecian demasiado la desenfrenada ambicion de la república. Estos eran Mirónides, que en una sola campaña se apoderó de la Fócide, y de casi toda la Beocia: Tolmides, que casi al mismo tiempo taló las costas del Peloponeso; y Pericles, que empezaba á poner los cimientos de su gloria, y se aprovechaba de las frecuentes ausencias de Cimon, para hacerse dueño del espíritu del pueblo.

Los Atenienses no hacian entonces directamente la guerra á los Lacedemonios; pero ejercian con frecuencia hostilidades contra ellos, y contra sus aliados. Concertados un dia con los Argivos, quisieron oponerse al regreso de un cuerpo de tropas lacedemonias, atraidas por intereses particulares del Peloponeso á Beocia. Dióse la

batalla cerca de la ciudad de Tanagra*. Fueron batidos los Atenienses, y los Lacedemonios continuaron su marcha tranquilamente. Los primeros temieron entonces un rompimiento abierto. En estas ocasiones se avergonzaba la república de sus injusticias, y los que la gobernaban deponian su rivalidad. Todos volvieron su atencion hácia Cimon, que ellos habian desterrado algunos años antes; y Pericles que le habia hecho desterrar, se encargó de proponer el decreto que ordenaba su perdon.

Este hombre grande, honrado con la estimacion de los Esparciatas, y asegurado de la confianza de los Atenienses, empleó todos sus cuidados, en inclinarlos á ideas pacíficas, y les obligó á lo menos á firmar una tregua de cinco años**. Pero como los Atenienses no podian sufrir el reposo, se dió prisa á llevarlos á Quipre; y logró tales ventajas sobre los Persas, que obligó á Artaxerxes á pedir la paz en calidad de rendido***. Las condiciones fueron vergonzosas para el gran rey. El mismo no hubiera dictado otras á una colonia de bandidos, que hubiera infestado las fronteras de su reino. Reconoció la independencia de las ciudades griegas de la Jonia: se es-

* Hácia el año 456 antes de J. C.
** El de 450 antes de J. C.
*** El de 449 antes de J. C.

tipuló que sus barcos de guerra no podrian entrar en los mares de la Grecia, ni sus tropas de tierra acercarse á las costas, mas que á una distancia de tres dias de camino. Los Atenienses por su parte juraron respetar los Estados de Artaxerxes.

Tales fueron las leyes que una ciudad de la Grecia impuso al mayor imperio del mundo. Treinta años antes se miró como un arrebato de desesperacion el proyecto de resistir á esta potencia, y el éxito feliz pareció un prodigio. Cimon no disfrutó mucho tiempo de su gloria, y acabó sus dias en Quipre. Su muerte fué el término de las prosperidades de Atenas; y lo seria tambien de esta parte de su historia, si no tuviese que recoger algunos rasgos, que sirven para caracterizar el siglo en que vivió.

REFLEXIONES SOBRE EL SIGLO DE TEMISTOCLES Y DE ARISTIDES.

Cuando los Persas se dejaron ver en la Grecia, dos especies de temor obligaron á los Atenienses á oponerles una resistencia vigorosa: el de la esclavitud, que en una nacion libre ha producido siempre mas virtudes que los principios de la constitucion; y el temor de la opinion pública, que en todas las naciones suple muchas veces la falta que hay de virtudes. La pri-

mera influia tanto mas sobre los Atenienses, cuanto ellos empezaban á gozar de aquella libertad que les habia costado dos siglos de disensiones; y debian la segunda á su educacion y á un largo hábito. Reinaba entonces en las almas aquel pudor que se avergüenza del libertinage, no menos que de la cobardía: que hace que cada ciudadano se ciña á los límites de su estado ó de sus talentos: que la ley sea un freno para el poderoso, la práctica de las obligaciones un recurso para el debil; y la estimacion de sus semejantes una necesidad para todos.

Se huia de los empleos, porque se merecian: no se osaba aspirar á las distinciones, porque la consideracion pública bastaba para pagar los servicios hechos al Estado. Jamas se han hecho mayores cosas que en este siglo, ni jamas se ha estado mas lejos de pensar que la gloria debiese redundar sobre algunos ciudadanos. Se levantaron estatuas en honor de Solon, de Harmodio y de Aristogiton; pero fué despues de su muerte. Arístides y Temístocles salvaron la república, la cual no les decretó ni aun una corona de laurel. Milciades, despues de la batalla de Maraton, solicitó este honor en una asamblea del pueblo: levantóse un hombre, y dijo: « Milciades, cuan« do rechaceis vos solo á los bárbaros, se os de« cretará á vos solo una corona. » Poco tiempo despues las tropas de los Atenienses, mandadas

por Cimon, lograron grandes ventajas en la Tracia, y á su vuelta pidieron una recompensa. En las inscripciones que se grabaron, se hizo el elogio de las tropas, pero no se citó á ninguno en particular.

Como cada ciudadano podia ser util, y no era humillado á cada instante con preferencias injustas, sabian todos que podian ganar una consideracion personal; y como las costumbres eran sencillas y puras, tenian en general aquella independencia y dignidad, que no se pierde sino por la multiplicidad de necesidades é intereses.

No citaré para alabanza de este siglo, el homenage brillante que los Atenienses hicieron á la probidad de Arístides, lo que sucedió en la representacion de una pieza de Esquiles. Habiendo dicho el actor que Anfiarao se preciaba menos de parecer hombre de bien, que de serlo en efecto, todos los ojos se clavaron repentinamente en Arístides. Una nacion corrompida podria hacer esta aplicacion; pero los Atenienses defirieron siempre mas á los pareceres de Arístides que á los de Temístocles; y esto es lo que no se veria en una nacion corrompida.

Despues de sus triunfos sobre los Persas, se juntó en sus corazones el orgullo que da la victoria á las virtudes que la habian procurado; y este orgullo era tanto mas legítimo, cuanto ja-

mas se habia combatido por una causa mas justa ni mas importante.

Cuando una nacion pobre y virtuosa llega repentinamente á cierta elevacion, sucede una de dos cosas: ó que por conservar su constitucion renuncia á toda idea de engrandecimiento, y entonces goza en paz de su propia estimacion, y del respeto de los demas pueblos, que es lo que sucedió á los Lacedemonios: ó quiere acrecentar su poder á toda costa; y en tal caso se hace injusta y opresora, que es lo que experimentaron los Atenienses.

Temístocles los hizo perder en el camino por donde los conducia. Los otros gefes, lejos de moderar su ardor, parece que solo trataron de inflamarle.

En la segunda invasion de los Persas propuso Milciades, que se combatiese en campo raso. Este proyecto era digno del vencedor de Maraton. El de Temístocles fué acaso mas osado. Se atrevió á aconsejar á los Atenienses, que confiasen su destino al acaso de una batalla naval. Habia razones poderosas contra este plan de defensa. Apenas sabian entonces los Atenienses gobernar sus débiles navíos, ni estaban ejercitados en combates marítimos, ni se podia prever que Xerxes atacaria á los Griegos en un estrecho. Ultimamente, ¿podia lisonjearse Temístocles, como él aseguraba, que en todo evento él

se abriria paso al traves de la armada enemiga, y trasportaria el pueblo de Atenas á un pais lejano? Sea lo que fuere, el éxito justificó sus miras.

Pero si el establecimiento de la marina fué la salud de Atenas, tambien fué luego el instrumento de su ambicion y de su ruina. Temístocles, que queria hacer á su nacion la mas poderosa de la Grecia, para ser él el primer ciudadano de ella, hizo abrir un nuevo puerto, construir mayor número de galeras, y venir á sus flotas los soldados, los artífices, los labradores, y aquella multitud de extrangeros que habia llamado de todas partes. Despues de haber aconsejado que se perdonase á los pueblos del continente, que se habian unido á Xerxes, atacó sin miramiento las islas que se habian visto forzadas á ceder á los Persas: robó sus tesoros, y de vuelta á su patria compró partidarios, que contenia é irritaba con su fausto. Cimon y los demas generales, enriquecidos por el mismo medio, ostentaron una magnificencia desconocida hasta entonces: á ejemplo de Temístocles, no tenian otro objeto, que el engrandecimiento de la república. Esta era la idea dominante en todos los espíritus.

Envanecido el pueblo de ver á sus generales, poniendo á sus pies los despojos y la obediencia voluntaria ó forzada de las ciudades reunidas á su dominio, se difundia con impetuosidad por

todos los mares, se presentaba en todas las costas, y multiplicaba conquistas, que insensiblemente alteraban el caracter del valor nacional. En efecto, aquellos valientes soldados, que habian arrostrado la muerte en los campos de Maraton y de Platea, empleados servilmente en las operaciones de la maniobra, por lo comun no se ejercitaban mas que en intentar desembarcos con precaucion, en sorprender ciudades sin defensa, y en talar tierras abandonadas: especie de guerra que enseña á calcular sus fuerzas, á no acercarse al enemigo sino temblando, y á huir sin avergonzarse.

Las costumbres recibieron el golpe funesto que dan á un gobierno fundado sobre la virtud el comercio de los extrangeros, la rivalidad del poder ó del crédito, el espíritu de conquista, y la esperanza del lucro. Aquella muchedumbre de ciudadanos oscuros que servian en la marina, y á los cuales debia consideraciones la república, pues le debia su gloria, contrajeron en sus corsos los vicios de los piratas; y haciéndose mas emprendedores cada dia, dominaron en la plaza pública, é hicieron pasar la autoridad á manos del pueblo; lo que sucede casi siempre en un Estado en que está floreciente la marina. Dos ó tres rasgos manifiestan la rapidez con que se debilitaron en la nacion los principios de rectitud y de justicia.

Despues de la batalla de Platea, Temístocles anunció que habia formado un proyecto importante, cuyo éxito no se podia asegurar sino por medio de un impenetrable secreto. El pueblo respondió: « sea Arístides el depositario: en sus « manos nos ponemos. Temístocles llamó á este « último aparte, y le dijo: la armada de nues- « tros aliados descansa segura en el puerto de « Pagasa: propongo el que se la queme, y somos « dueños de la Grecia. Atenienses, » dijo en- « tonces Arístides, no hay cosa mas util que « el proyecto de Temístocles, pero tampoco « mas injusta. — Pues no lo queremos, » exclamó la asamblea á una voz.

Algunos años despues propusieron los Samios á los Atenienses violar un artículo del tratado hecho con los aliados. El pueblo pidió el parecer de Arístides. « El de los Samios es « injusto, respondió él, pero es util. » El pueblo aprobó el proyecto de los Samios.

En fin, despues de un corto intervalo de tiempo, y bajo el mando de Pericles, los Atenienses en mas de una ocasion tuvieron la insolencia de confesar, que ellos no conocian ya otro derecho de gentes, que la fuerza.

SECCION TERCERA.

SIGLO DE PERICLES *.

Pericles conoció muy desde el principio, que su nacimiento y riquezas le daban ciertos derechos, y le hacian sospechoso. Otro motivo aumentaba sus temores. Los ancianos que habian conocido á Pisistrato, creian verle en el joven Pericles. Tenia el mismo metal de voz, el mismo talento de la palabra, y la misma fisonomía. Era preciso hacer que se disimulase esta semejanza, y las ventajas que la acompañaban. Pericles dedicó sus primeros años al estudio de la filosofía, sin mezclarse en los negocios públicos, y sin que se echase de ver que aspiraba á otra distincion que á la del valor.

Despues de la muerte de Arístides, y del destierro de Temístocles, tomó Cimon las riendas del gobierno; pero ocupado continuamente en expediciones lejanas, dejaba fluctuar la confianza de los Atenienses entre muchos concurrentes incapaces de fijarla. Entonces se vió á Pericles retirarse de la sociedad, renunciar los

* Desde el año 444 hasta el de 404 antes de J. C.

placeres, atraerse la atencion de la multitud con un andar pausado, unos modales decentes, un exterior modesto, y costumbres irreprensibles. Se dejó en fin ver en la tribuna, y sus primeros ensayos admiraron á los Atenienses. Debia á la naturaleza el ser el mas elocuente de los hombres; y á la aplicacion el ser el primer orador de la Grecia.

Los maestros célebres que le habian enseñado en la infancia: continuando en ilustrarle con sus consejos, subian con él á los principios de la moral y de la política: su genio se hacia propios sus conocimientos, y de aquí nacian aquella profundidad, aquella plenitud de luces, aquella fuerza de estilo, que él sabia moderar cuando era necesario, aquellas gracias que no despreciaba; pero que tampoco afectaba jamas, y otras muchas calidades, que le pusieron en estado de persuadir á los que no podia convencer, y de atraer á los que no podia ni convencer ni persuadir.

Se hallaba en sus discursos una magestad formidable, bajo la cual quedaban los espíritus abrumados: este era el fruto de sus conversaciones con el filósofo Anaxágoras, el cual, explicándole el principio de los seres, y los fenómenos de la naturaleza, como que habia agrandado su alma naturalmente elevada.

No era menos notable la destreza con que

apuraba á sus contrarios, y hurtaba el cuerpo á sus asaltos. Esta la debia al filósofo Zenon de Elea, quien mas de una vez le habia conducido por los laberintos de una dialéctica capciosa, para enseñarle sus salidas secretas. Así es, que uno de los mayores antagonistas de Pericles, decia comunmente: « cuando le he derribado, « y le tengo debajo, exclama que no está ven« cido, y lo persuade á todos. »

Conocia Pericles muy bien su nacion, para no fundar sus esperanzas en el talento de la palabra y la excelencia de este talento, para no ser el primero á respetarle. Antes de hablar en público, se advertia á sí mismo en secreto, que iba á hablar á hombres libres, á Griegos, á Atenienses.

Sin embargo, se apartaba cuanto podia de la tribuna, porque siempre ardiente en seguir con lentitud el proyecto de su elevacion, temia borrar con nuevos sucesos la impresion de los primeros, y de hacer subir muy pronto la admiracion del pueblo á aquel punto, de donde ya no puede sino bajar; y así se creyó, que un orador que despreciaba los aplausos que tenia por seguros, merecia la confianza que no buscaba; y que debian ser bien importantes los asuntos que tomaba á su cargo, pues le obligaban á romper el silencio.

Se formó una idea grande del poder que tenia

sobre su alma, cuando un dia, en que se alargó hasta la noche la asamblea, se vió á un simple particular interrumpirle y ultrajarle sin cesar, seguirle hasta su casa diciéndole injurias, y á Pericles mandar friamente á uno de sus esclavos, que tomase una hacha de viento, y volviese con él hasta su casa.

Ultimamente, cuando se vió en todo que manifestaba, no solo talento, sino tambien una virtud propia de las circunstancias; en lo interior la modestia y la frugalidad de los tiempos antiguos: en los empleos de la administracion un desinteres y una probidad inalterables: en el mando de los ejércitos atencion á no exponer nada á la casualidad, y á aventurar mas bien su reputacion, que la salud del Estado: se pensó que una alma que sabia despreciar los elogios y el insulto, las riquezas, las superfluidades, y aun la gloria misma, debia tener hácia el bien público aquel calor devorante, que ahoga todas las demas pasiones, ó que á lo menos las reune en una sola.

Esta ilusion fué la causa principal de la elevacion de Pericles, y él supo mantenerla cerca de cuarenta años, en una nacion ilustrada, celosa de su autoridad, y que se cansaba tan fácilmente de su admiracion como de su obediencia.

Obtuvo una parte sola de su favor, antes de

lograrle por entero. Cimon estaba al frente de los nobles y ricos: Pericles se declaró por la multitud que despreciaba, y que le dió un partido considerable. Cimon habia adquirido por medios legítimos en sus expediciones una riqueza inmensa, que empleaba en hermosear la ciudad, y en socorrer á los infelices. Pericles, por la fuerza de su ascendiente, dispuso del tesoro público de los Atenienses, y del de sus aliados: llenó á Atenas de obras maestras de las artes; señaló pensiones á los ciudadanos pobres, les distribuyó una parte de las tierras conquistadas, multiplicó las fiestas, concedió un derecho de presencia á los jueces, y á los que asistiesen á los espectáculos y á la asamblea general. No viendo el pueblo mas que la mano que daba, cerraba los ojos para no ver la fuente de donde esta se surtia. Se unia cada vez mas con Pericles, quien para estrechársele mas fuertemente, le hacia cómplice de sus injusticias, y se servia de él para dar aquellos grandes golpes, que aumentan el crédito al mismo tiempo que le manifiestan. El hizo desterrar á Cimon, falsamente acusado de comunicaciones sospechosas con los Lacedemonios; y con frívolos pretextos destruyó la autoridad del areopago, que se oponia vigorosamente á la libertad de costumbres, y á las innovaciones.

Despues de la muerte de Cimon, Tucídides,

su cuñado, trató de reanimar el partido vacilante de los principales ciudadanos. No tenia los talentos militares de Pericles; pero tan diestro como él para manejar los ánimos, sostuvo por algun tiempo el equilibrio, y acabó con experimentar los rigores del ostracismo ó del destierro.

Desde este momento mudó Pericles de sistema. Habia subyugado el partido de los ricos lisonjeando á la muchedumbre; despues sujetó á esta reprimiendo sus caprichos, ya con una oposicion invencible, ya con la sabiduría de sus consejos, ó con los encantos de su elocuencia. Todo se hacia como él queria, y todo en la apariencia se hacia siguiendo las reglas establecidas; y la libertad confiada en que se mantenian las formalidades republicanas iba espirando, sin advertirlo, bajo el peso del genio.

Cuanto mas se aumentaba el poder de Pericles, tanto menos prodigaba su crédito y su presencia. Encerrado en un pequeño círculo de parientes y amigos, velaba desde el fondo de su retiro, sobre todas las partes del gobierno, mientras que no se le creia ocupado mas que en pacificar ó trastornar la Grecia. Los Atenienses, dóciles al movimiento que los arrastraba, respetaban á su autor, porque rara vez le veian solicitar sus votos; y extremados en

sus expresiones tanto como en sus sentimientos, no representaban á Pericles, sino con los rasgos del mas poderoso de los dioses. ¿ Hacia oir su voz en las ocasiones necesarias ? Se decia que Júpiter le habia confiado los relámpagos y el rayo. ¿ Obraba en las demas circunstancias por medio de sus criaturas ? Se traia á la memoria, que el Soberano de los cielos confiaba á los genios subalternos las menudencias del gobierno del universo.

Pericles extendió con victorias brillantes los dominios de la república; pero cuando vió elevada á cierta altura la potencia de los Atenienses, creyó que seria una deshonra permitir que se debilitase, y una desgracia el procurar su aumento. Esta mira dirigió todas sus operaciones; y él triunfo de su política fué haber retenido tanto tiempo en inaccion á los Atenienses, á los aliados en dependencia, y á los Lacedemonios en respeto.

Penetrados los Atenienses del conocimiento de sus fuerzas, de aquel conocimiento que en las clases elevadas produce la altanería y orgullo, y en la muchedumbre insolencia y ferocidad, ya no se ciñeron á dominar la Grecia : meditaban la conquista de Egipto, de Cartago, de Sicilia y de Etruria. Pericles les dejaba exhalar estos vastos proyectos, y estaba mas atento á los pasos de los aliados de Atenas.

La república rompia sucesivamente los lazos de la igualdad, que habian formado su confederacion: recargaba sobre ellos un yugo mas humillante que el de los bárbaros, porque en efecto, es mas facil acostumbrarse á la violencia que á la injusticia. Entre otras causas de queja, los aliados hacian cargo á los Atenienses de haber empleado en adornar la ciudad las sumas de dinero que daban todos los años para hacer la guerra á los Persas. Pericles respondió, que las armadas de la república ponian á sus aliados á cubierto de los insultos de los bárbaros, y que no tenia otra obligacion que cumplir. La Eubea, Samos y Bizáncio se sublevaron con esta respuesta; pero luego despues la Eubea volvió á la obediencia de los Atenienses: Bizancio les trajo el tributo ordinario, y Samos, despues de una resistencia vigorosa, los indemnizó de los gastos de la guerra, entregó sus bajeles, demolió sus muros, y dió rehenes.

La liga del Peloponeso vió en este ejemplo de vigor una nueva prueba del despotismo de Atenas sobre sus aliados, y lo que harian algun dia experimentar á sus enemigos. Alarmada tiempo habia de sus rápidos progresos, poco segura de los tratados que habia hecho con ellos, y se habian confirmado con una tregua de treinta años*;

* El año 445 antes de J. C.

hubiera detenido mas de una vez el curso de sus victorias, si hubiera podido vencer la extrema repugnancia de los Lacedemonios á toda especie de guerra.

Tal era la disposicion de los ánimos entre todas las naciones de la Grecia. Pericles era odioso á los unos, y temible á todos. Su reinado, porque este es el nombre que se puede dar á su administracion, no habia padecido alteracion por los gritos de la envidia, y aun menos por las sátiras ó chanzas que se permitian contra él en el teatro, ó en las tertulias. Pero á esta especie de venganza, que consuela al pueblo en su debilidad, sucedieron al fin murmuraciones sordas, mezcladas de una inquietud sombría, que presagiaban una próxima revolucion. No atreviéndose sus enemigos á atacarle directamente, ensayaron sus armas en los que habian merecido su proteccion ó su amistad.

Fidias, encargado de la direccion de los soberbios monumentos que hermosean á Atenas, fué denunciado de haber sustraido una parte del oro con que debia adornar la estatua de Minerva: se justificó de semejante cargo; pero no por eso dejó de morir en una prision. Anaxágoras, acaso el mas religioso de los filósofos, fué acusado ante la justicia de crimen de impiedad, y obligado á huir. La esposa, la tierna amiga de Pericles, la célebre Aspasia, acusada

de haber ultrajado la religion con sus discursos, y las costumbres con su conducta, defendió por sí misma su causa, y apenas bastaron las lágrimas de su esposo á libertarla de la severidad de los jueces.

Estos ataques no eran mas que el preludio de los que hubiera sufrido, cuando un suceso imprevisto reanimó sus esperanzas, y aseguró su autoridad.

GUERRA DEL PELOPONESO.

Corcira tenia guerra años habia con Corinto, de donde traia su origen. Segun el derecho público de la Grecia, una potencia extrangera no podia mezclarse en las desavenencias que se suscitaban entre una metrópoli y su colonia. Pero era muy interesante á los Atenienses atraerse un pueblo, cuya marina estaba floreciente, y que por su situacion podia favorecer el paso de sus flotas á Sicilia é Italia. Le recibieron en su alianza, y le enviaron socorros; y los Corintios publicaron que los Atenienses habian quebrantado la tregua.

Potidea, otra colonia de los Corintios, habia abrazado el partido de los Atenienses. Desconfiados estos últimos de su fidelidad, no solamente pidieron rehenes, sino tambien que

demoliese sus muros, y despidiese á los magistrados, que segun costumbre, recibia de su metrópoli todos los años. Potidea se reunió á la liga del Peloponeso, y los Atenienses la sitiaron.

Algun tiempo antes los Atenienses con muy leves pretextos habian prohibido á los de Megara, aliados de los Lacedemonios, la entrada de sus puertos y de sus mercados. Otras varias ciudades estaban quejosas por la pérdida de sus leyes y de su libertad.

Corinto, que queria suscitar una guerra general, adoptó sus quejas, y supo empeñarlas en pedir una satisfaccion ruidosa á los Lacedemonios, gefes de la liga del Peloponeso. Llegaron á Lacedemonia los diputados de estas diferentes ciudades: se les junta, y exponen sus agravios con tanta acrimonia como vehemencia: dicen lo que han sufrido, lo que tienen que temer, todo cuanto dicta una justa venganza, y cuanto pueden inspirar el odio y los zelos. Cuando los espíritus estuvieron dispuestos á recibir las mas fuertes impresiones, toma la palabra uno de los embajadores de Corinto, y vitupera en los Lacedemonios aquella sinceridad, que no les permite sospechar la mala fe de los otros; aquella moderacion de que se les hacia un mérito, y que los obliga á mirar con indiferencia los intereses de las potencias vecinas.

«¿Cuántas veces, decia, os hemos advertido los proyectos de los Atenienses? ¿Y qué necesidad hay de recordároslos todavía? Corcira, cuya marina, en caso oportuno, podia favorecer tan bien nuestros esfuerzos, ha entrado en su alianza: Potidea, esa plaza que aseguraba nuestras posesiones de Tracia, va á caer en sus manos. A vosotros solos os acusamos de nuestras pérdidas: á vosotros, que despues de la guerra de los Medos habeis permitido á nuestros enemigos fortificar su ciudad, y extender sus conquistas: á vosotros, que sois los defensores de la libertad, y con vuestro silencio favoreceis la esclavitud: á vosotros, que deliberais cuando es necesario obrar; y que no pensais en defenderos sino cuando el enemigo cae sobre vosotros con todas sus fuerzas. Todavía nos acordamos: los Medos, salidos del fondo del Asia, habian atravesado la Grecia, y penetrado hasta el Peloponeso, cuando vosotros estabais muy tranquilos todavía en vuestros hogares. No tendreis que combatir ahora contra una nacion lejana, sino contra un pueblo que le teneis á vuestra puerta; contra esos Atenienses, cuyo caracter y recursos no conocisteis jamas, ni los penetrais todavía. Espíritus ardientes en formar proyectos, diestros en variarlos en las ocasiones; tan prontos en ejecutarlos, que

« para ellos es lo mismo poseer que desear; tan « presuntuosos, que se creen despojados de las « conquistas que no han podido hacer; tan an« siosos, que jamas se contentan con las he« chas: nacion valiente y turbulenta, cuyo atre« vimiento crece con el peligro, y la esperanza « con el reves: que mira la ociosidad como un « tormento, y á la que los dioses irritados ar« rojaron sobre la tierra para no estar en des« canso jamas, ni dejar descansar á las otras.

« ¿Qué oponeis vosotros á tantas ventajas? « Pensamientos inferiores á vuestras fuerzas; « desconfianza en las resoluciones mas sábias, « lentitud en las operaciones, desmayo á los « primeros reveses, temor de extender vuestros « dominios, y negligencia en conservarlos. To« do, hasta vuestros principios, es tan perjudi« cial al reposo de la Grecia, como á vuestra « seguridad. No atacar á nadie, ponerse en dis« posicion de no ser atacado jamas.... no os pa« recen medios suficientes siempre para asegu« rar la felicidad de un pueblo. Vosotros quereis « que no se vengue el insulto sino cuando de « esto no resulta ningun perjuicio á la patria. « Máxima funesta, y que adoptada por las na« ciones vecinas, apenas os libertaria de sus in« vasiones.

« ¡O Lacedemonios, vuestra conducta se re« siente demasiado de la sencillez de los prime-

« ros siglos! Tiempos diversos, requieren otras « costumbres, y otro sistema. La inmovilidad « de principios no es adaptable sino á una ciu- « dad que gozase de una paz eterna; pero cuan- « do por sus relaciones con otros paises, se com- « plican mas sus intereses, se necesita una po- « lítica mas refinada. Abjurad pues, á imitacion « de los Atenienses, esa rectitud que no sabe « acomodarse á los acaecimientos: salid de esa « indolencia, que os tiene encerrados en el re- « cinto de vuestros muros: haced una irrupcion « en la Atica: no obligueis á vuestros aliados, « á vuestros fieles amigos, á arrojarse entre los « brazos de vuestros enemigos; y puestos al « frente de las naciones del Peloponeso, mos- « traos dignos del imperio que nuestros padres « confirieron á vuestras virtudes. »

Los diputados atenienses que estaban en Lacedemonia por otros asuntos, pidieron permiso para hablar, no para responder á las acusaciones que acababan de oir, pues no eran sus jueces los Lacedemonios, sino solamente para mover la asamblea á suspender una decision que podia tener consecuencias funestas.

Recordaron con complacencia las batallas de Maraton y de Salamina; y que los Atenienses eran los que las habian ganado, los que habian arrojado á los bárbaros, y los que habian salvado la Grecia. Un pueblo capaz de tan grandes

cosas, merecia sin duda consideraciones. La envidia le atribuye á crimen hoy dia la autoridad que ejerce sobre una parte de las naciones griegas; pero Lacedemonia es quien se la ha cedido: la conserva, porque no podria abandonarla sin peligro: entre tanto, ejerciéndola, prefiere la dulzura á la severidad; y si algunas veces se ve obligada á emplear el rigor, es porque el mas debil no puede ser contenido en la dependencia, sino por la fuerza. « Que Lacedemonia cese de escuchar las quejas injustas de « los aliados de Atenas, y el zeloso furor de sus « propios aliados: que antes de tomar un partido, reflexione sobre la importancia de los « intereses que se van á ventilar, y sobre la incertidumbre de los acaecimientos á los cuales « se va á exponer. Lejos de aquí aquella embriaguez que no deja á los pueblos oir la voz « de la razon, sino cuando ya han llegado al « cúmulo de los males, y que hace que toda « guerra acabe por donde debia empezar. Todavía es tiempo: podemos poner fin á nuestras « disensiones amigablemente, como lo previenen los tratados; pero si despreciando vuestros juramentos, rompeis la tregua, haremos « testigos á los dioses vengadores del perjurio, « y nos prevendremos para la mas vigorosa defensa. »

Acabado este discurso salieron los embaja-

dores de la asamblea; y el rey Arquidamo, que juntaba una larga experiencia á una sabiduría profunda, conociendo en la agitacion de los espíritus, que la guerra era inevitable, quiso á lo menos retrasar el momento.

« Pueblo de Lacedemonia, dijo, he sido tes-« tigo de muchas guerras, como muchos de vo-« sotros; y por lo mismo temo mas la que vais « á emprender. ¿Quereis sin preparativos y sin « recursos atacar á una nacion ejercitada en la « marina, temible por el número de sus solda-« dos y de sus bajeles, rica con las produccio-« nes de su suelo y con los tributos de sus alia-« dos? ¿Qué es lo que puede inspiraros esta « confianza? ¿Acaso vuestra armada? ¿Pero cuán-« to tiempo seria necesario para repararla? ¿Es « el estado de vuestras rentas? Mas no tenemos « tesoro público, y los particulares son pobres. « ¿Es la esperanza de separar de Atenas á los « aliados? Pero como la mayor parte son in-« sulares, seria preciso dominar el mar para « promover y sostener su separacion. ¿Es el « proyecto de talar los campos de la Atica, y « terminar en una campaña esta disputa? ¡Ah! « ¿Pensais que la pérdida de una cosecha, tan « facil de reparar en un pais donde florece el « comercio, obligará á los Atenienses á pedi-« ros la paz? ¡Ay, y cómo temo mas bien que « dejemos por herencia á nuestros hijos esta

« guerra! Las hostilidades de las ciudades y de « los particulares son pasageras; pero cuando « se enciende la guerra entre dos Estados po- « derosos, es tan dificil prever las consecuen- « cias, como salir de ellas con honor.

« Yo no soy de parecer que dejemos á nues- « tros aliados en la opresion; solamente digo, « que antes de tomar las armas, debemos enviar « embajadores á los Atenienses, y entablar una « negociacion. Ellos acaban de proponernos este « medio, y seria injusto desechárselo. Entre « tanto recurriremos á las naciones griegas, y, « pues la necesidad lo exige, á los bárbaros mis- « mos, para pedir socorros en dinero y barcos. « Si los Atenienses desprecian nuestras quejas, « las repetiremos despues de dos ó tres años de « preparativos; y acaso entonces los hallaremos « mas dóciles.

« La lentitud que se nos atribuye ha sido siem- « pre la que ha hecho nuestra seguridad: jamas « nos han hecho entrar en empresas temerarias « ni las reprensiones ni los elogios. Nosotros no « somos bastante diestros para rebajar con dis- « cursos elocuentes el poder de nuestros ene- « migos; pero sabemos que para ponernos en dis- « posicion de vencerlos, es preciso estimarlos, « juzgar de su conducta por la nuestra, preve- « nirnos tanto contra su prudencia, como contra « su valor, y contar menos con sus faltas, que

« con la sabiduría de nuestras precauciones.
« Creemos que un hombre no se diferencia de
« otro hombre; pero tambien creemos, que el
« mas temible es aquel, que en las ocasiones
« críticas se conduce con mas prudencia y co-
« nocimiento.

« No nos separemos jamas de las máximas que
« recibimos de nuestros padres, y que han con-
« servado esta república. Deliberad despacio:
« que no decida un instante solo de vuestros
« bienes, de vuestra gloria, de la sangre de tan-
« tos ciudadanos, y del destino de tantos pue-
« blos: dejad divisar la guerra, y no la declareis:
« haced preparativos, como si nada esperaseis
« de las negociaciones; y creed que estas me-
« didas son las mas útiles á vuestra patria, y las
« mas propias para intimidar á los Atenienses. »

Acaso las reflexiones de Arquidamo hubieran detenido á los Lacedemonios, si para estorbar su efecto no hubiera exclamado repentinamente Estenelaidas, uno de los éforos diciendo.

« Nada entiendo de la elocuencia verbosa de
« los Atenienses: jamas cesan de hacer su elogio,
« y nunca dicen palabra para su defensa. Cuanto
« mas irreprensible fué su conducta en la guerra
« de los Medos, tanto mas vergonzosa es el dia
« de hoy; y yo los declaro dos veces dignos de
« castigo, pues que eran virtuosos, y han de-
« jado de serlo. Por lo que hace á nosotros, siem-

« pre los mismos, no haremos traicion á nues-
« tros aliados, y los defenderemos con el mismo
« ardor con que se les ataque. En lo demas no se
« trata aquí de discursos y discusiones: á nuestros
« aliados no se les ha ultrajado con palabras. La
« venganza mas pronta, ved aquí lo que conviene
« á la dignidad de Esparta. Y que no se diga
« que nosotros debemos deliberar despues de
« haber recibido un insulto: á los otros era á
« quienes tocaba deliberar mucho tiempo antes
« de insultarnos. Opinad pues por la guerra ¡ó
« Lacedemonios! y para poner últimamente lí-
« mites á las injusticias y ambicion de los Ate-
« nienses, marchemos, bajo la proteccion de
« los dioses, contra esos opresores de la liber-
« tad.»

Dijo; y al punto llamó al pueblo á votar. Muchos de los asistentes fueron del parecer del rey; pero el mayor número decidió que los Atenienses habian rompido la tregua, y se resolvió convocar una dieta general para resolver definitivamente.

Llegados todos los diputados, se volvió á poner el asunto en deliberacion, y se decidió la guerra á pluralidad de votos. No obstante, como nada habia preparado todavía, se encargó á los Lacedemonios, que enviasen diputados á los Atenienses, y hacerles presentes las quejas de la liga del Peloponeso.

La primera embajada no tuvo otro objeto que obtener la separacion de Pericles, ó hacerle odioso á la multitud. Los embajadores pretextaron razones agenas de las disensiones de que se trataba, y que no causaron impresion alguna en los Atenienses.

Otros nuevos diputados ofrecieron continuar la tregua: propusieron algunas condiciones, y por fin se ciñeron á pedir la revocacion del decreto que prohibia el comercio de la Atica á los habitantes de Megara. Pericles respondió, que las leyes no les permitian quitar la tabla donde estaba escrito el decreto. « Si no la podeis quitar, « dijo uno de los embajadores, volvedla sola- « mente: vuestras leyes no os lo prohiben. »

Ultimamente, en una tercera embajada se contentaron los diputados con decir: « los Lacede- « monios desean la paz, y no la hacen depender « mas que de un punto: permitir á las ciudades de « la Grecia gobernarse por sus leyes. » Esta última proposicion se discutió en la asamblea del pueblo como las precedentes; y al ver que los pareceres estaban divididos, se apresuró Pericles á subir á la tribuna, y representó, que segun los tratados, las desavenencias suscitadas entre las ciudades contratantes se debian ventilar por vias pacíficas; y que entre tanto cada uno debia gozar de lo que poseia. « Con desprecio de esta decision for- « mal, dijo, los Lacedemonios nos significan im-

« periosamente sus resoluciones; y no dándonos « á elegir mas que entre la guerra y la sumision, « nos mandan renunciar á las ventajas que hemos « logrado sobre sus aliados. ¿No publican ellos « que la paz pende únicamente del decreto dado « contra Megara? ¿Y muchos de vosotros no « exclamais, que por tan leve motivo no se deben « tomar las armas? Atenienses, tales ofrecimien- « tos no son mas que una celada grosera: es preci- « so despreciarlos hasta que se trate con nosotros « de igual á igual. Toda nacion que pretende dic- « tar leyes á una nacion rival, la propone cadenas. « Si cedierais en un solo punto, se creeria que se os « habia hecho temblar, y desde aquel momento « se os impondrian condiciones mas vergonzosas.

« ¿Y qué podeis temer hoy de esa muchedum- « bre de naciones, tan diferentes en origen como « en principios? ¡Qué lentitud en la convocacion « de sus dietas! ¡Qué confusion en la discusion « de sus intereses! Dedican un momento al bien « general, y lo demas á sus provechos particula- « res. Estas no piensan mas que en su venganza: « aquellas solo en su seguridad; y casi todas « echando unas sobre otras el cuidado de su con- « servacion, corren á su pérdida comun sin ad- « vertirlo. »

Pericles hizo ver despues, que no estando los aliados del Peloponeso en estado de hacer muchas campañas, el mejor modo de reducirlos

era el cansarlos, y oponer una guerra de mar á una guerra de tierra. « Ellos harán invasiones « en la Atica, y nuestras flotas asolarán sus cos« tas: ellos no podrán reparar sus pérdidas, mien« tras que nosotros tendremos campos que cul« tivar, sea en las islas, ó sea en el continente. El « império del mar da tanta superioridad, que « si estuvieseis en una isla, ninguna potencia « se atreveria á atacaros. No considereis á Ate« nas mas que como una plaza fuerte, y en cierto « modo separada de la tierra: llenad de solda« dos los muros que la defienden, y las naves « que están en sus puertos. Que el territorio que « la rodea os sea extraño, y llegue á ser á vues« tra vista presa de los enemigos. No cedais al « valor insensato de oponer vuestro valor á la « superioridad del número. Una victoria haria « venir luego sobre vosotros ejércitos mayores: « una derrota sublevaria á los aliados, á quienes « contenemos por la fuerza. No se deberia llo« rar la pérdida de vuestros bienes, sino la de « los soldados que expusieseis en una batalla. « ¡Ah! si yo os lo pudiera persuadir, en este « instante mismo llevariais el hierro y el fuego « á nuestros campos, y á las casas que los cu« bren; y los Lacedemonios aprenderian á no « mirarlas ya como prendas de nuestra esclavi« tud.

« Yo tendria otros garantes de la victoria que

« presentaros, si estuviese seguro de que en el « temor de añadir nuevos peligros á los de la « guerra, no deseareis combatir para conquis- « tar; porque yo temo mas vuestras faltas que « los proyectos del enemigo.

« Ahora es preciso responder á los diputados: « 1° que los Megarienses podrán comerciar en la « Atica, si los Lacedemonios no nos prohiben á « nosotros ni á nuestros aliados entrar en su ciu- « dad: 2° que los Atenienses volverán á los pue- « blos que han subyugado, la libertad que tenian « antes, si los Lacedemonios hacen otro tanto « con las ciudades que dependen de ellos: 3° que « la liga de Atenas ofrece todavía á la del Pelo- « poneso terminar amigablemente las disensio- « nes que ahora las dividen. »

Con esta respuesta se retiraron los embajadores de Lacedemonia; y por una y otra parte se hicieron preparativos para la guerra mas larga y funesta que jamas tuvo la Grecia*. Duró veinte y siete años; y tuvo por principio la ambicion de los Atenienses, y el justo temor que inspiraban á los Lacedemonios y á sus aliados. Los enemigos de Pericles le acusaron de haberla suscitado: lo que parece cierto es, que fué util para el restablecimiento de su autoridad.

Los Lacedemonios tenian por su partido á los

* Por la primavera del año 431 antes de J. C.

Beocios, á los Focenses, á los Locrienses, á los de Megara, de Ambracia, de Leucada, de Anactorio, y á todo el Peloponeso, exceptuando los Argivos, que observaron neutralidad.

Por el partido de los Atenienses estaban las ciudades griegas, situadas sobre las costas del Asia, las de la Tracia y Helesponto, casi toda la Acarnania, algunos otros pueblos pequeños, y todos los insulares, excepto los de Melos y Tera. Ademas de estos socorros podian ellos mismos suministrar á la liga trece mil soldados, armados de todas armas, mil y doscientos de á caballo, mil y seiscientos archeros de á pie, y trescientas galeras: diez y seis mil hombres escogidos entre los ciudadanos, ó muy jóvenes ó muy viejos, y entre los extrangeros establecidos en Atenas, fueron encargados de defender los muros de la ciudad y las fortalezas de la Atica.

Habia depositados en la ciudadela seis mil talentos *. En caso necesario se podian procurar todavía mas de quinientos **, fundiendo los vasos sagrados, y echando mano de otros recursos que Pericles indicaba al pueblo.

Tales eran las fuerzas de Atenas, cuando Arquidamo, rey de Lacedemonia, habiéndose detenido en el istmo de Corinto, recibió de ca-

* Treinta y dos millones, y cuatrocientas mil libras.

** Dos millones y setecientas mil libras.

da ciudad confederada del Peloponeso las dos terceras partes de sus habitantes en estado de tomar las armas, y avanzó lentamente hácia la Atica, al frente de sesenta mil hombres. Quiso volver á entablar la negociacion; y con este objeto envió un embajador á los Atenienses, quienes se negaron á oirle, y le hicieron salir en el momento mismo del territorio de la república. Entonces Arquidamo, continuando su marcha, se derramó por las llanuras de la Atica en tiempo de la siega. Los infelices habitantes se habian retirado al acercarse el ejército: habian trasportado sus efectos á Atenas, donde la mayor parte no halló otro asilo, que los templos, los sepulcros, las torres de los muros, las cabañas mas oscuras, y los mas desiertos lugares. A la pena de haber dejado sus antiguas y apacibles moradas, se juntaba el dolor de ver á lo lejos sus casas consumidas par las llamas, y sus cosechas abandonadas al hierro del enemigo.

Forzados los Atenienses á sufrir ultrajes, que se hacian mas duros con la memoria de sus gloriosas expediciones, se exhalaban en voces de indignacion y de furor contra Pericles, que tenia encadenado su valor. Pero él no oponiendo mas que el silencio á las súplicas y amenazas, hacia marchar una escuadra de cien velas al Peloponeso, y reprimia los clamores públicos con la sola fuerza de su caracter.

No hallando ya Arquidamo subsistencia en la Atica, volvió sus tropas cargadas de botin al Peloponeso; las cuales se retiraron á sus casas, y no volvieron á dejarse ver en lo restante del año. Despues de su retirada, Pericles envió una escuadra contra los Locrienses, que tuvo algunas ventajas. La armada grande, despues de haber desolado las costas del Peloponeso; tomó á su vuelta la isla de Egina; y luego despues los Atenienses marcharon en cuerpo de nacion contra los de Megara, cuya tierra asolaron. En el invierno siguiente honraron con funerales públicos á los que habian muerto con las armas en la mano, y Pericles hizo de ellos un elogio elocuente. Los Corintios armaron cuarenta galeras, hicieron un desembarco en la Acarnania, y se retiraron con pérdida. Así se terminó la primera campaña.

Las que la siguieron no ofrecen tampoco mas de una continuacion de acciones particulares, de incursiones rápidas, y de empresas que parecen extrañas al objeto que se proponia una y otra parte. ¿Cómo es que unos pueblos tan guerreros, y tan vecinos, animados por una envidia antigua, y un odio reciente, no pensaban mas que en sorprenderse, en evitarse, en dividir sus fuerzas, y en multiplicar y prolongar las desgracias de la guerra con una multitud de diversiones sin lucimiento y sin peli-

gro? Porque esta guerra no debia seguir el mismo plan que las otras.

La liga del Peloponeso era tan superior en tropas de tierra, que los Atenienses no podian aventurar una accion general, sin exponerse á una pérdida cierta. Pero los pueblos que formaban esta liga ignoraban el arte de atacar las plazas: acababan de salir mal en el sitio de una pequeña fortaleza de la Atica; y no se apoderaron despues de la ciudad de Platea en la Beocia, defendida por una debil guarnicion, sino despues de un bloqueo, que duró cerca de dos años, y forzó á los habitantes á rendirse por falta de víveres. ¿Cómo se lisonjearian de tomar por asalto, ó reducir á la hambre á una ciudad como Atenas, que podia ser defendida por treinta mil hombres, y que dueña del mar, tenia por él los víveres que necesitaba?

Así es, que los enemigos no tenian otro partido que el de venir á destruir las cosechas de la Atica, y esto es lo que ejecutaron en los primeros años; pero estas incursiones debian ser pasageras, porque siendo muy pobres, y únicamente ocupados en las labores del campo, no podian estar mucho tiempo con las armas en la mano, y en un pais que tanto distaba del suyo. En adelante resolvieron aumentar el número de sus naves; pero necesitaban muchos años para aprender á maniobrar, y adquirir aquella expe-

riencia, que apenas habian logrado los Atenienses con cincuenta años de ejercicio. La destreza de estos últimos estaba tan reconocida en el principio de la guerra, que sus menores escuadras no temian atacar á las mayores flotas del Peloponeso.

En el año séptimo de la guerra *, por salvar los Lacedemonios á cuatrocientos y veinte soldados suyos, que estaban sitiados en una isla, pidieron la paz, y entregaron cerca de sesenta galeras, que se les debian devolver, si no se les entregaban los prisioneros. No se los entregaron, y conservando los Atenienses las galeras, quedó destruida la marina del Peloponeso. Diversos incidentes retardaron su restablecimiento, hasta que al año veinte de la guerra el rey de Persia se obligó por promesas y tratados á proveer á su conservacion. Entonces la liga del Peloponeso cubrió el mar con sus naves: las dos naciones rivales se atacaron mas directamente; y despues de una alternativa de sucesos felices y desgraciados, la potencia de la una quedó rendida al poder de la otra.

Los Atenienses por su parte no estaban ya en estado de dar la ley á la Grecia por el número de sus naves, como ni sus enemigos por el número de sus tropas de tierra. Si aparecian con

* Hácia el año 424 antes de J. C.

sus flotas en donde los del Peloponeso tenian posesiones, sus esfuerzos se reducian á devastar un pais, á tomar una plaza indefensa, y á imponer contribuciones, sin atreverse á penetrar tierra adentro. ¿ Era preciso sitiar una plaza fuerte en un pais apartado? Aunque tuviesen mas recursos que los Lacedemonios, la lentitud de sus operaciones agotaba sus tesorerías, y el corto número de tropas que podian emplear. La toma de Potidea les costó muchos soldados, dos años y medio de trabajos, y dos mil talentos *.

Así, por la extrema diversidad de fuerzas, y su extraordinaria desproporcion, debia alargarse mucho la guerra. Esto es lo que habian previsto los dos mas hábiles políticos de la Grecia, Arquidamo y Pericles; con esta diferencia, que el primero concluia, que los Lacedemonios debian temerla; y el segundo, que los Atenienses debian desearla.

Tambien era facil prever que el incendio romperia, se apagaria, y se volveria á encender por intervalos entre todos los pueblos. Como separaban á las ciudades intereses contrarios: como las unas se apartaban con leves pretextos de su confederacion, y las otras quedaban abandonadas á facciones, fomentadas continua-

* Diez millones y ochocientas mil libras

mente por Atenas y Lacedemonia, sucedió que la guerra se hizo de nacion á nacion en una misma provincia: de ciudad á ciudad en una misma nacion, y de partido á partido en una misma ciudad.

Tucídides, Xenofonte y otros autores célebres han pintado las desgracias que causaron estas largas y funestas disensiones. Sin seguirlos en las particularidades, que solo interesan hoy á los pueblos de la Grecia, referiré algunos de los sucesos que tocan mas principalmente á los Atenienses.

Al principio del segundo año volvieron los enemigos á la Atica, y se declaró peste en Atenas. Nunca este azote terrible asoló tantos paises. Salido de la Etiopia, habia corrido el Egipto, la Libia, una parte de la Persia, la isla de Lemnos, y otros lugares. Un barco mercante le introdujo sin duda en Pireo, donde se manifestó al principio: de allí se difundió con furor por la ciudad, y sobre todo en aquellas habitaciones oscuras y enfermizas, donde los habitantes del campo estaban amontonados.

El mal atacaba sucesivamente todas las partes del cuerpo: los síntomas eran espantosos, los progresos rápidos, y las consecuencias casi siempre mortales. Desde los primeros ataques perdia el espíritu sus fuerzas, y el cuerpo al parecer las adquiria nuevas; y era un cruel tormento resistir á la enfermedad, sin poder resis-

tir al dolor. Los pervigilios, los terrores, los sollozos continuos, las convulsiones violentas no eran los únicos tormentos que padecian los enfermos, sino que les devoraba interiormente un ardor insufrible. Cubiertos de llagas y de manchas lívidas, los ojos encendidos, oprimido el pecho, despedazadas las entrañas, exhalando un hedor pestilente de su boca manchada con sangre impura, se les veia arrastrarse por las calles para respirar mas libremente, y no pudiendo apagar la sed abrasadora que los consumia precipitarse en los rios cubiertos de hielo.

La mayor parte morian al séptimo ó noveno dia. Si prolongaban la vida mas allá de este término, era para sufrir una muerte mas dolorosa y mas lenta.

Los que no morian de la enfermedad, casi nunca la tenian otra vez. ¡Debil consuelo, pues que no ofrecian á la vista mas que los restos infelices de lo que fueron! Unos habian perdido el uso de algunos miembros, y otros no conservaban ninguna idea de lo pasado. ¡Felices sin duda en ignorar su situacion; pero no podian reconocer á sus amigos!

El mismo método de curar producia unas veces efectos saludables, y otras perniciosos: parecia que la enfermedad se burlaba de las reglas y de la experiencia. Como se extendia tambien por muchas provincias de la Persia, resolvió

Artaxerxes llamar al célebre Hipócrates, que estaba entonces en la isla de Cos. En vano le convidó con el oro y las dignidades: este grande hombre respondió al gran rey, que él no tenia ni necesidades ni deseos, y que se debia á los Griegos mas bien que á sus enemigos. En efecto, vino á ofrecer sus servicios á los Atenienses, quienes le recibieron con tanto mayor reconocimiento, cuanto la mayor parte de sus médicos habian muerto víctimas de su celo. Agotó los recursos de su arte, y expuso muchas veces su vida; y si no logró todo el feliz éxito que merecian tan grandes sacrificios y talentos, á lo menos dió consuelos y esperanzas. Se dice que para purificar el aire mandó encender grandes hogueras en las calles de Atenas: otros pretenden que este medio le empleó con utilidad un médico de Agrigento, llamado Acron.

Al principio de la epidemia se vieron grandes ejemplos de piedad filial y de amistad generosa; pero como casi siempre fueron funestos á sus autores, rara vez se renovaron en lo sucesivo. Entonces se rompieron los lazos mas respetables: los ojos, próximos á cerrarse eternamente, no vieron por todas partes mas que una soledad profunda, y la muerte no hizo ya derramar lágrimas.

Este endurecimiento produjo una licencia desenfrenada. La pérdida de tantas gentes bue-

nas, confundidas en un mismo sepulcro con los malvados; y la ruina de tantos caudales, hechos de repente herencia ó presa de los ciudadanos mas oscuros, llamaron vivamente la atencion de los que no tenian mas principio que el temor: persuadidos á que los dioses no se interesaban ya por la virtud, y que la venganza de las leyes no seria tan pronta como la muerte que les amenazaba, creyeron que la fragilidad de las cosas humanas les indicaba el uso que debian hacer de ellas, y que no teniendo mas vida que la de algunos momentos, debian á lo menos pasarlos en el seno de los placeres.

Al cabo de dos años pareció que calmaba la peste. En este intervalo se vió mas de una vez que el germen del contagio no estaba destruido; y así volvió á explicarse diez y ocho meses despues, y en el discurso de un año renovó las mismas escenas de duelo y de horror. En una y otra época pereció un gran número de ciudadanos, entre los cuales es necesario contar cerca de cinco mil hombres aptos para llevar las armas.

La pérdida mas irreparable fué la de Pericles, que murió de resultas de la epidemia en el año tercero de la guerra *. Algun tiempo antes los Atenienses, incomodados por lo in-

* Hácia el otoño del año 429 antes de J. C.

tolerable de sus males, le habian despojado de su autoridad, y condenádole á una multa: acababan de reconocer su injusticia, y Pericles se la habia perdonado; bien que mirando con disgusto el mando por la ligereza del pueblo, y por la pérdida de su familia y amigos, que le robó la peste. Estando ya para morir, y sin dar señal alguna de vida, los principales de Atenas, juntos al rededor de su cama, aliviaban su dolor refiriendo sus victorias, y el número de sus trofeos. «Esas hazañas, dijo «levantándose con esfuerzo sobre su cama, «son obra de la fortuna, y tienen conmigo «parte en ellas otros generales. El único elogio «que merezco, es de no haber hecho poner «luto á ningun ciudadano.»

Si conforme al plan de Pericles, hubieran continuado los Atenienses una guerra ofensiva por mar y defensiva por tierra; y si renunciando á toda idea de conquista, no hubieran aventurado la salud de la patria con empresas temerarias, tarde ó temprano hubieran triunfado de sus enemigos, porque les hacian mayor número de males que los que ellos podian recibir; pues la liga que mandaban, les estaba enteramente subordinada; mientras que la del Peloponeso, compuesta de naciones independientes, podia disolverse á cada momento. Pero murió Pericles, y fué reemplazado por Cleon.

Este era un hombre de nacimiento humilde, sin verdadero talento; pero vano, atrevido, arrebatado, y por esto mismo agradable á la muchedumbre. La habia ganado con sus liberalidades, la contenia inspirándola una alta idea del poder de Atenas, y un absoluto desprecio del de Lacedemonia. Este fué el que juntó un dia á sus amigos, y les dijo : que estando para administrar los asuntos públicos, renunciaba á toda relacion que pudiese acaso comprometerle para cometer una injusticia; mas no por esto dejó de ser el mas avaro é injusto de los hombres.

Los buenos y honrados ciudadanos le opusieron á Nicias, uno de los primeros y mas ricos particulares de Atenas, que habia mandado los ejércitos, y logrado muchas ventajas. Este interesó en su favor á la multitud con fiestas y liberalidades; pero como desconfiaba de sí mismo y de los acaecimientos, y como sus sucesos no habian servido sino para hacerle mas tímido, alcanzó consideracion, sí, mas no la superioridad del crédito. La razon hablaba friamente por su boca; cuando el pueblo tenia necesidad de agitaciones fuertes, y Cleon las excitaba con sus declamaciones, gritos, y gestos de frenético.

Por una casualidad salió bien de una empresa que Nicias no quiso ejecutar, y desde este momento los Atenienses, que se habian burlado de

su eleccion, se entregaron á sus consejos con mas confianza. Desecharon las proposiciones de paz, que hacian los enemigos, y le pusieron al frente de las tropas, que enviaron á Tracia para detener los progresos de Brasidas, el mas diestro general de Lacedemonia. Allí se atrajo el desprecio de los dos ejércitos; y habiéndose acercado al enemigo sin precaucion, se dejó sorprender, fué de los primeros á huir, y perdió la vida.

Despues de su muerte, no hallando Nicias obstáculo á la paz, entabló negociaciones, seguidas luego de una alianza ofensiva y defensiva *, que debia unir estrechamente á los Atenienses y Lacedemonios por espacio de cincuenta años. Las condiciones del tratado les volvian al mismo estado en que se hallaban antes de comenzar la guerra; pero entre tanto se habian pasado mas de diez años desde esta época, y las dos naciones se habian debilitado inútilmente.

Se lisonjeaban de gozar por fin de las dulzuras del descanso; pero su alianza ocasionó nuevas ligas y nuevas divisiones. Se quejaron muchos aliados de Lacedemonia de no haber sido comprendidos en este tratado; y habiéndose unido con los Argivos, que hasta entonces habian permanecido neutrales, se declararon contra los

* El año 421 antes de J. C.

Lacedemonios. Por otra parte, los Atenienses y los Lacedemonios se acusaban mútuamente de no haber cumplido los artículos del tratado; y de aquí nacieron las desavenencias y las hostilidades. Mas no obstante, seis años y diez meses despues fué cuando llegaron á un rompimiento declarado * : rompimiento, cuyo pretexto fué frívolo en extremo, que se hubiera evitado fácilmente, si no hubiera sido necesaria la guerra para la elevacion de Alcibiades.

ALCIBIADES.

Algunos historiadores han manchado la memoria de este ateniense, y otros la han ensalzado con sus elogios, sin que se les pueda tachar de injusticia ó parcialidad. Parece que la naturaleza habia intentado reunir en él lo mas extremado que ella es capaz de producir, tanto en vicios como en virtudes. Nosotros le consideraremos aquí con relacion al Estado, cuya ruina aceleró; y mas adelante con relacion á la sociedad que acabó de corromper.

Un origen ilustre, riquezas considerables, la mas hermosa figura, las gracias mas seductoras, un espíritu penetrante y vasto, y en fin el honor

* El año 414 antes de J. C.

de ser cosa de Pericles: tales fueron las ventajas que deslumbraron desde luego á los Atenienses, y con que primero se deslumbró él á sí mismo.

En una edad en que no se necesita mas que indulgencia y consejos, tuvo ya él una corte y aduladores: admiró á sus maestros por su docilidad, y á los Atenienses con sus licenciosas costumbres. Sócrates, que conoció muy luego que este joven seria el mas peligroso ciudadano de Atenas, si no se le hacia el mas util, buscó su amistad, la logró á fuerza de cuidados, y no la perdió jamas. Emprendió moderar aquella vanidad, que no podia sufrir en el mundo ni superior ni igual; y en algunas ocasiones era tal el poder de la razon ó de la virtud, que el discípulo lloraba sus errores, y se dejaba humillar sin quejarse.

Cuando entró en la carrera de los honores, quiso mas bien obtener éxitos felices por medio de los rasgos de su elocuencia, que por el brillo de su magnificencia, y por sus liberalidades; y así se presentó en la tribuna. Un defecto leve de pronunciacion daba á sus palabras las gracias sencillas de la infancia, y aunque se detuviese algunas veces para buscar la palabra propia, fué mirado como uno de los grandes oradores de Atenas. Ya habia dado pruebas de su valor, y por sus primeras campañas se infirió que algun dia habia de ser el mas diestro general de la Grecia.

No hablaré de su dulzura, de su afabilidad, ni de otras muchas calidades que contribuyeron á hacerle el mas amable de los hombres.

No se debia buscar en su corazon la elevacion que produce la virtud; pero se hallaba el atrevimiento que da el instinto de la superioridad. Ningun obstáculo, ningun reves podia sorprenderle, ni desanimarle. Parece que estaba persuadido á que cuando las almas de cierta clase no hacen todo lo que quieren, es porque no se atreven á todo lo que pueden. Obligado por las circunstancias á servir á los enemigos de su patria, le fué tan facil ganar su confianza por su ascendiente, como gobernarlos con la sabiduría de sus consejos. Tuvo de particular, el que siempre hizo triunfar al partido que él favorecia, y que sus muchas expediciones no fueron nunca deslucidas por ninguna desgracia.

En las negociaciones empleaba unas veces las luces de su espíritu, que eran tan vivas como profundas: otras las astucias y las perfidias, que nunca podrán autorizar las razones de Estado; y otras la ligereza de un caracter, que el deseo de agradar, ó la necesidad de dominar acomodaba sin esfuerzo á las circunstancias. De este modo se atrajo las atenciones, y dominó la opinion pública en todos los pueblos. Los Esparciatas se asombraron de su frugalidad: los Tracios de su intemperancia: los Beocios de su afi-

cion á los ejercicios violentos : los Jonios de su inclinacion á la pereza y al deleite; y los sátrapas del Asia de un lujo, que ellos no podian igualar. Se hubiera mostrado el mas virtuoso de los hombres, si nunca hubiera tenido el ejemplo del vicio; pero este le arrastraba sin esclavizarle. Parece que la profanacion de las leyes, y la corrupcion de costumbres no eran en su opinion mas que una serie de victorias ganadas contra las costumbres y las leyes. Se podria decir tambien, que sus defectos no eran mas que descarríos de su vanidad. Los rasgos de ligereza, de insustancialidad y de imprudencia, nacidos de su juventud ó de su ociosidad, desaparecian en las ocasiones que pedian reflexion y constancia. Entonces juntaba la prudencia á la actividad; y los placeres no le robaban ningun instante de los que debia á su gloria ó á sus intereses.

Su vanidad hubiera degenerado tarde ó temprano en ambicion; porque era imposible que un hombre tan superior á los demas, y tan devorado del deseo de dominar, no hubiera acabado por exigir su obediencia, despues de haber apurado su admiracion. Así es, que toda su vida fué sospechoso á los ciudadanos principales, de los cuales unos temian sus talentos, y otros sus excesos; y alternativamente era ya adorado, ya temido y aborrecido del pueblo, que no podia pasarse sin él; y como los sentimientos de que

era objeto, llegaban á ser pasiones violentas, los Atenienses le elevaron á los honores con arrebatos de alegría, le condenaron á muerte con los del furor, y con los mismos le perdonaron, y le proscribieron segunda vez.

Un dia que desde la tribuna habia llevado tras sí los votos del público, y se volvia á su casa, escoltado por toda la asamblea, le salió al encuentro Timon, llamado el misántropo; y apretándole la mano, le dijo: «ánimo, hijo mio; «continúa engrandeciéndote, y te deberé la «ruina de los Atenienses.»

En otro momento de embriaguez, quiso el pueblo bajo restablecer el realismo en su favor; pero como él no se hubiera contentado con ser solamente un rey, no le convenia la pequeña soberanía de Atenas, sino un vasto imperio que le pusiese en estado de conquistar otros.

Nacido en una república, debia elevarla sobre sí misma antes de ponerla á sus pies. Este era sin duda el secreto de las empresas brillantes, á las cuales arrastró á los Atenienses. Con sus soldados hubiera sojuzgado los pueblos, y los Atenienses se hubieran visto esclavizados sin advertirlo.

Su primera desgracia, deteniéndole casi en el principio de su carrera, solamente hizo ver una verdad: á saber, que su genio y sus proyectos eran muy vastos para la felicidad de su patria.

Se dice que la Grecia no podia sufrir dos Alcibiades; pero se debe añadir, que Atenas tuvo uno de mas. El fué el que hizo decretar la guerra contra la Sicilia.

GUERRA DE LOS ATENIENSES EN SICILIA.

Hacia tiempo que los Atenienses trataban de la conquista de esta isla rica y poderosa. Reprimida su ambicion por Pericles, fué promovida poderosamente por Alcibiades. Mil sueños lisonjeros representaban todas las noches á su espíritu la gloria inmensa con que iba á coronarse. La Sicilia no debia ser mas que el teatro de sus primeras expediciones: se apoderaria de la Africa, de la Italia y del Peloponeso. Todos los dias hablaba de sus grandes designios á aquella juventud fogosa que seguia sus pasos, y cuyas voluntades gobernaba.

Entre tanto la ciudad de Egesta en Sicilia, que se decia oprimida por los de Selinonte y Siracusa, imploró el socorro de los Atenienses, de quienes era aliada: ofrecia indemnizarlos de sus gastos, y les representaban que si no detenian los progresos de los Siracusanos, no tardarian estos en reunir sus tropas á las de los Lacedemonios. La república envió diputados á Sicilia; y á su regreso hicieron una relacion falsa del

estado de las cosas. Resolvióse la expedicion; y se nombraron generales á Alcibiades, Nicias y Lamaco. De tal modo se lisonjeaban del éxito, que el senado arregló de antemano la suerte de los diversos pueblos de Sicilia.

Sin embargo, los ciudadanos ilustrados estaban tanto mas temerosos, cuanto no se tenia entonces mas que una corta idea de la grandeza, fuerzas y riquezas de esta isla. A pesar de la ley que prohibe volver á tratar una decision de todas las órdenes del Estado, representó Nicias á la asamblea, que, no habiendo podido la república terminar todavía las disensiones suscitadas entre ella y los Lacedemonios, la paz actual no era mas que una suspension de armas: que sus verdaderos enemigos estaban en el Peloponeso: que no aguardaban mas que la salida de la armada para caer sobre la Atica: que las discordias de las ciudades de Sicilia nada tenian que ver con los Atenienses: que era el cúmulo de la extravagancia sacrificar la salud de la patria á la vanidad ó al interes de un joven, ansioso por ostentar su magnificencia delante del ejército: que semejantes ciudadanos no servian sino para arruinar el Estado, arruinándose á sí mismos; y que les era tan poco conveniente deliberar sobre tan altas empresas, como el ejecutarlas.

« Yo veo con espanto, añadió Nicias, esa nu-
« merosa juventud que le rodea, y cuyos votos

« dirige. Ancianos respetables, yo solicito los « vuestros en nombre de la patria. Y vosotros, « magistrados, llamad otra vez el pueblo á votos; « y si las leyes os lo prohiben, acordaos que la « primera de las leyes es la salud del Estado. »

Tomando Alcibiades la palabra, representó, que los Atenienses habian llegado al alto punto de gloria y de grandeza en que estaban, por proteger á las naciones oprimidas: que no les era ya permitido entregarse á un descanso demasiadamente capaz de enervar el valor de las tropas: que algun dia se verian ellos sometidos, si al presente no sometian á los otros: que muchas ciudades de Sicilia no estaban pobladas mas que de bárbaros ó extrangeros, insensibles al honor de su patria, y siempre prontos á mudar de señor: que otras, cansadas de sus disensiones, esperaban el arribo de la flota para entregarse á los Atenienses: que la conquista de esta isla les facilitaria la de toda la Grecia: que al menor reves hallarian un asilo en las naves: que solo el ruido de esta expedicion aturdiria á los Lacedemonios; y que si este pueblo se aventuraba á hacer una irrupcion en la Atica, no saldria mas bien que de las primeras.

En cuanto á las reprensiones personales, respondió que su magnificencia no habia servido hasta entonces, mas que para dar á los pueblos de la Grecia una alta idea del poder de los

Atenienses, y á ganarle á él la autoridad necesaria para separar naciones enteras de la liga del Peloponeso. « En cuanto á lo demas, dijo, « destinado á partir con Nicias el mando del « ejército, si mi juventud y mis locuras os ponen « en algun cuidado, os puede dar confianza el « éxito feliz de mis empresas. »

Esta respuesta inflamó á los Atenienses con nuevo ardor. Su primer proyecto no era antes mas que enviar á Sicilia sesenta galeras. Para apartarlos Nicias indirectamente de su proyecto, representó, que ademas de la flota, seria necesario un ejército, y les hizo una pintura de los preparativos, gastos y tropas que se necesitaban para semejante expedicion. Entonces se dejó oir una voz del medio de la asamblea, que dijo : « Nicias, no se trata ya de todos esos ro« deos : explícaos sencillamente sobre el núme« ro de soldados y naves que necesitais. » Habiendo respondido Nicias que lo trataria con los demas generales, la asamblea les dió plenos poderes para disponer de todas las fuerzas de la república.

Estaban ya prontas cuando Alcibiades fué acusado de que, con algunos compañeros de sus desórdenes, habia mutilado una noche las estatuas de Mercurio, puestas en diversos cuarteles de la ciudad, y representado á la salida de una cena las ceremonias de los respetables miste-

rios de Eleusis. El pueblo, capaz de perdonárselo todo en toda otra ocasion, no respiraba mas que furor y venganza. Atemorizado al principio Alcibiades de la sublevacion de los ánimos, consolado luego con las disposiciones favorables del ejército y de la armada, se presentó á la asamblea: deshizo las sospechas formadas contra él, y pidió la muerte si era culpable, y una satisfaccion ruidosa si no lo era. Sus enemigos hicieron dilatar el juicio hasta despues de su vuelta, y le obligaron á marchar cargado de una acusacion que tenia colgada sobre su cabeza la espada.

Corcira estaba señalada para ser el punto de reunion de los Atenienses y sus aliados. Desde allí salió la flota, compuesta de cerca de trescientas velas, y se dirigió á Regio, á la extremidad de la Italia *. Llevaba cinco mil hombres, armados de todas armas, entre los cuales estaba lo selecto de los soldados atenienses. Se les habian juntado cuatrocientos ochenta archeros, setecientos honderos, algunas tropas ligeras, y un corto número de caballos.

Los generales no habian pedido mas fuerzas: Nicias no pensaba en hacerse dueño de Sicilia: Alcibiades creia, que para sujetarla bastaria sembrar en ella la discordia: uno y otro manifes-

* El año 415 antes de J. C.

taron sus miras en el primer consejo que tuvieron antes de comenzar la campaña. Sus instrucciones les prescribian en general, arreglar los asuntos de Sicilia del modo mas util á los intereses de la república; y en particular les ordenaban que protegiesen á los Egestanos contra los de Selinonte; y si lo permitian las circunstancias, que empeñasen á los Siracusanos á devolver á los Leontinos, las posesiones que les habian quitado.

Nicias se atenia á la letra de este decreto, y despues de que se hubiese ejecutado, queria volver con la armada á Pireo. Alcibiades sostenia, que unos esfuerzos como los que habian hecho los Atenienses, debian ser señalados con grandes empresas: que era necesario enviar diputados á las principales ciudades de Sicilia, sublevarlas contra los Siracusanos, y sacar de ellas víveres y tropa; y conforme al efecto de estas diversas negociaciones, determinarse, ó al asedio de Selinonte, ó al de Siracusa. Lamaco, el tercer general, proponia marchar inmediatamente contra esta última ciudad, y aprovecharse del terror que la habia causado la llegada de los Atenienses. El puerto de Megara, vecino á Siracusa, conservaria su flota, y la victoria causaria una revolucion en Sicilia.

Acaso el éxito hubiera justificado el parecer de Lamaco. Ninguna precaucion habian tomado

los Siracusanos contra la tempestad que les amenazaba: les habia costado trabajo persuadirse á que los Atenienses fuesen insensatos hasta el punto de pensar en la conquista de una ciudad como Siracusa. « Deberian tenerse por fe« lices, exclamó uno de sus oradores, de que « no hayamos pensado jamas en ponerlos bajo « nuestras leyes. »

No habiendo acomodado este proyecto á los otros dos generales, Lamaco se decidió por el de Alcibiades. Mientras este último tomaba á Catana por sorpresa, mientras Naxos le abria sus puertas, y con intrigas iba ya forzar á las de Mesina: cuando sus esperanzas empezaban á realizarse, se hacia salir de Pireo la galera que debia traerle á Atenas. Sus enemigos habian prevalecido, y le citaban para responder á la acusacion suspendida hasta entonces. Nadie se atrevió á arrestarle, porque se temió una sublevacion de los soldados, y la desercion de las tropas aliadas, de las cuales la mayor parte habia venido á Sicilia á su ruego. Al principio formó el proyecto de ir á confundir á sus enemigos; pero luego que llegó á Turio, reflexionando sobre las injusticias de los Atenienses, engañó la vigilancia de sus guias, y se retiró al Peloponeso.

Su retiro derramó el desaliento en el ejército. Nicias, que no temia nada cuando era preciso ejecutar, y lo temia todo cuando se trataba de

emprender, dejaba amortiguar en el descanso, ó en conquistas fáciles el ardor que Alcibiades habia excitado en el corazon de los soldados. Entre tanto vió el momento en que el mas brillante suceso iba á justificar una empresa, cuyas consecuencias habia temido siempre. Se habia últimamente determinado á poner sitio á Siracusa, y le habia conducido con tanta inteligencia, que los habitantes estaban ya próximos á rendirse. Muchos pueblos de Sicilia é Italia se declaraban ya por él, cuando un general lacedemonio, llamado Gilipo, entró en la plaza sitiada con algunas tropas que habia traido del Peloponeso, ó reunido en Sicilia. Hubiera podido Nicias impedirle llegar á esta isla: descuidó esta precaucion; y esta falta irreparable fué la causa de todas sus desgracias. Gilipo reanimó el valor de los Siracusanos, batió á los Atenienses, y los tuvo encerrados en sus atrincheramientos.

Atenas hizo salir, bajo las órdenes de Demóstenes y de Eurimedon, una nueva armada, compuesta de cerca de setenta y tres galeras, y otro segundo ejército de cinco mil hombres, armados de todas armas, y algunas tropas ligeras. Habiendo perdido Demóstenes dos mil hombres en el ataque de un punto importante, y considerando que de allí á poco no estaria el mar navegable, y que las tropas iban pereciendo por las enfermedades, propuso abandonar la empresa,

ó trasladar el ejército á lugares mas sanos. Estando para hacerse á la vela, atemorizado Nicias por un eclipse de luna, que difundió el terror en el ejército, consultó á los adivinos, quienes le ordenaron esperar todavía veinte y siete dias.

Antes de que llegase este término los Atenienses vencidos por tierra y por mar, no pudiendo permanecer bajo los muros de Siracusa, por falta de víveres, ni salir del puerto, cuya entrada habian cerrado los Siracusanos, tomaron por fin el partido de abandonar sus campos, sus enfermos y sus naves, y retirarse por tierra á alguna ciudad de Sicilia. Salieron en número de cuarenta mil hombres, comprendiendo en esta suma no solamente las tropas que les habian dado los pueblos de Sicilia y de Italia, sino tambien la chusma de las galeras, los artífices y esclavos.

Entre tanto los Siracusanos ocupan los desfiladeros de los montes, y los pasos de los rios; destruyen los puentes, se apoderan de las alturas, y derraman por las llanuras diversos destacamentos de caballería y tropas ligeras.

Los Atenienses hostigados, y detenidos á cada paso, se ven continuamente expuestos á los tiros de un enemigo que encuentran en todas partes, y que no pueden alcanzar en ninguna. Sosteníalos el ejemplo de sus generales, y las exhortaciones de Nicias, que á pesar del aniquilamiento á que le habia reducido una larga en-

fermedad, mostraba un valor superior al peligro. Por ocho dias enteros tuvieron que luchar contra obstáculos, que renacian á cada paso. Pero Demóstenes, que mandaba la retaguardia, compuesta de seis mil hombres, habiendo perdido el camino en su marcha, fué metido en un sitio sin salida; y despues de hacer prodigios de valor, se rindió bajo la condicion de que se concederia la vida á sus soldados, y se les perdonaría el horror de la prision.

Nicias, no habiendo podido salir con una negociacion que habia entablado, condujo el resto del ejército hasta el rio Asinaro. Llegados aquí, la mayor parte de los soldados, atormentados par una sed rabiosa, se arrojan confusamente en el rio; y los demas son precipitados en él por el enemigo. Los que quieren salvarse nadando, hallan al otro lado orillas escarpadas, y cubiertas de tiradores, que hacen en ellos una carnicería horrible. Ocho mil hombres murieron en este ataque, y Nicias, dirigiendo su palabra á Gilipo, le dijo: « disponed de mí como que« rais, pero salvad á lo menos á estos infelices « soldados. » Gilipo hizo cesar luego la carnicería.

Los Siracusanos entraron en Siracusa seguidos de siete mil prisioneros, que fueron echados á las canteras, donde sufrieron por muchos meses males inexplicables: muchos perecieron, y otros fueron vendidos por esclavos. Un número mayor

de prisioneros vino á parar en poder de los oficiales y de los soldados, y todos acabaron sus dias en prisiones, á excepcion de algunos atenienses, que debieron su libertad á las poesías de Eurípides, que apenas eran conocidas en Sicilia, y cuyos mejores trozos recitaban á sus señores. Nicias y Demóstenes fueron condenados á muerte, á pesar de los esfuerzos de Gilipo, que hizo cuanto pudo por salvarlos la vida.

Agobiada Atenas con un reves tan inesperado, preveia todavía desdichas mayores. Sus aliados estaban dispuestos á sacudir su yugo: los otros pueblos juraban su pérdida, y los del Peloponeso se habian creido autorizados por su ejemplo, para romper la tregua. En sus operaciones mejor combinadas se descubria el espíritu de venganza, y el genio superior que las dirigia. Alcibiades gozaba en Lacedemonia del crédito que obtenia en todas partes. Por sus consejos se resolvieron los Lacedemonios á enviar socorro á los Siracusanos, á volver á comenzar las incursiones en la Atica, y á fortificar, á ciento y veinte estadios de Atenas, el puesto de Decelia, que bloqueaba esta ciudad por tierra.

Para aniquilar su poder era preciso favorecer la rebelion de sus aliados, y destruir su marina. Alcibiades marchó á las costas del Asia menor. Quio, Mileto y otras ciudades florecientes se declararon por los Lacedemonios: con sus atracti-

vos cautivó á Tisafernes, gobernador de Sardes; y el rey de Persia se obligó á pagar la armada del Peloponeso.

Esta segunda guerra, conducida con mas regularidad que la primera, se hubiera concluido luego, si Alcibiades, perseguido por Agis, rey de Lacedemonia, cuya esposa habia seducido, y por los otros gefes de la liga, á quienes hacia sombra su gloria, no hubiera en fin conocido, que despues de haberse vengado de su patria, no le quedaba mas que hacer, que libertarla de una ruina inevitable. Con este objeto suspendió los preparativos de Tisafernes y los socorros de la Persia, so pretexto de que interesaba al gran rey dejar á los pueblos de la Grecia debilitarse mútuamente.

Habiendo los Atenienses revocado poco despues el decreto de su destierro, se pone á su frente, somete las plazas del Helesponto, obliga á uno de los gobernadores del rey de Persia á firmar un tratado ventajoso á los Atenienses, y á Lacedemonia á pedirles la paz. Desechóse esta peticion, porque creyéndose ya invencibles bajo el mando de Alcibiades, habian pasado rápidamente desde la consternacion mas profunda, á la mas insolente presuncion. El agradecimiento mas excesivo, y el amor mas loco, habian sucedido tan rápidamente al odio que tenian á este general.

Cuando volvió á su patria, su llegada, su permanencia, y el cuidado que puso en justificar su conducta, fueron una serie de triunfos para él, y de fiestas para la muchedumbre. Cuando en medio de las aclamaciones de toda la ciudad, se le vió salir del puerto de Pireo con una armada de cien velas, no se dudó ya que la celeridad de sus expediciones forzase luego á los pueblos del Peloponeso á sufrir la ley del vencedor: se esperaba de un instante á otro la llegada del correo encargado de anunciar la destruccion de la armada enemiga, y la conquista de la Jonia.

En medio de estas esperanzas lisonjeras se supo que quince galeras atenienses habian caido en poder de los Lacedemonios. Se habia dado el combate en ausencia, y contra las órdenes terminantes de Alcibiades, á quien la necesidad de exigir contribuciones para el mantenimiento de la tropa, habia obligado á pasar á Jonia. A la primera noticia de este reves, volvió atras, y fué á presentar batalla al vencedor, que no se atrevió á admitirla. Habia reparado con esto el honor de Atenas: la pérdida era corta; pero bastaba para excitar los zelos de sus enemigos, quienes irritaron al pueblo de manera, que le despojó del mando general de los ejércitos con el mismo arrebato con que se le habia dado.

La guerra continuó algunos años: se hizo siempre por mar, y se acabó con la batalla de Egos

Potamos, que los del Peloponeso ganaron en el estrecho del Helesponto. El esparciata Lisandro que les mandaba, sorprendió la escuadra de los Atenienses, compuesta de ciento y ochenta velas; se hizo dueño de ella, é hizo tres mil prisioneros*.

Alcibiades, que despues de su retiro se habia establecido en el pais vecino, habia advertido á los generales atenienses el peligro de su posicion, y la poca disciplina que reinaba entre los soldados y marineros; pero ellos despreciaron el consejo de un hombre caido en desgracia.

CONQUISTA DE ATENAS.

La pérdida de la batalla trajo consigo la de Atenas, que despues de un sitio de algunos meses, se rindió por falta de víveres **. Muchas de las potencias aliadas propusieron que se destruyese. Lacedemonia, dando mas oidos á la voz de su gloria, que á la de su interes, se negó á poner en cadenas una nacion, que habia hecho tantos servicios á la Grecia; pero condenó á los Atenienses, no solamente á demoler las fortificaciones de Pireo, y la larga muralla que jun-

* El año 405 antes de J. C.
** Hácia fines de abril del año 404 antes de J. C.

taba el puerto con la ciudad, sino tambien á entregar sus galeras, á excepcion de doce: á llamar á los desterrados; á sacar las guarniciones de las ciudades, de que se habian apoderado; á hacer una liga ofensiva y defensiva con los Lacedemonios, y á seguirlos por mar y por tierra inmediatemente que recibiesen la orden.

Las murallas fueron derribadas al son de música, como si la Grecia hubiera recobrado su libertad; y algunos meses despues el vencedor permitió al pueblo elegir treinta magistrados, que debian establecer otra forma de gobierno, y que acabaron por usurparse la autoridad *.

Al principio se encarnizaron en una multitud de delatores, odiosos á los hombres de bien, despues contra sus enemigos particulares, y últimamente contra aquellos, cuyas riquezas querian robar. Las tropas lacedemonias que obtuvieron de Lisandro, y tres mil ciudadanos que se habian asociado para fortificar su potencia, protegian abiertamente sus injusticias. La nacion desarmada, cayó de golpe en una extrema servidumbre: el destierro, las cadenas y la muerte eran el patrimonio de los que se declaraban contra la tiranía, ó parecian condenarla con su silencio. No subsistió esta mas que ocho meses, y en este corto tiempo fueron asesina-

* Por el estió del año 404 antes de J. C.

dos indignamente, y privados de los honores fúnebres, mas de mil y quinientos ciudadanos: la mayor parte abandonó una ciudad, donde las víctimas y los testigos de la opresion no se atrevian á dejar oir una queja; porque era preciso que el dolor fuese mudo, y que la piedad pareciese indiferente.

Sócrates fué el único que no se dejó llevar de la iniquidad de los tiempos, que se atrevió á consolar á los infelices, y á resistirse á las órdenes de los tiranos. Mas no era su virtud la que les contenia: temian con mas razon el genio de Alcibiades, cuya conducta espiaban.

Estaba este entonces en un lugar de Frigia, en el gobierno de Farnabazo, que le habia dado señales de distincion y amistad. Instruido de las levas que hacia el joven Ciro en la Asia menor, habia inferido que este príncipe trataba de hacer alguna expedicion contra Artaxerxes su hermano: en consecuencia, contaba con irse al rey de Persia, advertirle el peligro que le amenazaba, y lograr socorros para librar su patria; pero repentinamente unos asesinos enviados por el sátrapa cercaron su casa, y no teniendo valor para atacarla, la pusieron fuego. Alcibiades se arrojó por entre las llamas con espada en mano, hizo retirar á los bárbaros, y cayó muerto bajo una lluvia de dardos. Su edad á la sazon era de cuarenta años. Su muerte es una mancha

para Lacedemonia, si es cierto que sus magistrados, participantes de los temores de los tiranos de Atenas, movieron á Farnabazo á cometer este cobarde atentado. Pero otros pretenden que se movió por sí mismo, y por intereses particulares.

La gloria de salvar á Atenas estaba reservada á Trasibulo. Este generoso ciudadano, puesto por su mérito al frente de los que habian huido, y sordo á las proposiciones que le hicieron los tiranos de asociarle á su mando, se apoderó de Pireo, y llamó al pueblo á la libertad. Algunos de los tiranos perecieron con las armas en la mano: otros fueron condenados á muerte; y una amnistía general reunió los dos partidos, y volvió la tranquilidad á Atenas.

Algunos años despues sacudió el yugo de Lacedemonia, restituyó la democracia, y aceptó el tratado de paz que el esparciata Antalcidas concluyó con Artaxerxes *. Por este tratado, que las circunstancias hacian necesario, se cedieron á la Persia las colonias griegas de la Asia menor, y algunas islas vecinas: los demas pueblos de la Grecia recobraron sus leyes y su independencia; pero quedaron en un estado de debilidad, del cual acaso no saldrán jamas. Así se terminaron las desavenencias que habian oca-

* El año 387 antes de J. C.

sionado la guerra de los Medos y la del Peloponeso.

El ensayo histórico que acabo de dar, concluye en la conquista de Atenas. En la relacion de mi viage referiré los principales sucesos ocurridos desde esta época hasta mi salida de Escitia: ahora voy á aventurar algunas reflexiones sobre el siglo de Pericles.

REFLEXIONES SOBRE EL SIGLO DE PERICLES.

Al principio de la guerra del Peloponeso los Atenienses se debieron sorprender viéndose tan diferentes de sus padres. Todas cuantas leyes, instituciones, máximas y ejemplos se habian acumulado en los siglos precedentes para conservar la pureza de costumbres, perdieron su autoridad en pocos años. Jamas se probó de una manera mas terrible, que las grandes victorias son tan peligrosas para los vencedores como para los vencidos.

He indicado mas arriba los efectos fatales que produjeron en los Atenienses sus conquistas, y el estado floreciente de su marina y comercio. Se les vió dilatar repentinamente los dominios de la república, y trasportar á su seno los despojos de las naciones aliadas y sometidas. De aquí nacieron los progresos sucesivos de un lujo

ruinoso, y el insaciable deseo de fiestas y espectáculos. Como el gobierno se abandonaba al delirio de un orgullo, que se lo creia permitido todo, porque podia atreverse á todo, los particulares á su imitacion, sacudian toda especie de freno impuesto por la naturaleza y la sociedad.

Muy pronto el mérito no obtuvo mas que una fria estimacion; y todas las atenciones se le tributaron al crédito: las pasiones se dirigieron al interes personal, y todas las fuentes de corrupcion se derramaron con profusion por el Estado. El amor, que antes se cubria con el velo del himeneo y del pudor, encendió abiertamente fuegos ilegítimos. Multiplicáronse las mugeres públicas en la Atica y en toda la Grecia. Vinieron de la Jonia, de aquel hermoso clima donde nació el arte del deleite. Unas se atraian muchos adoradores, á los que amaban sin preferencia, y de quienes eran amadas sin rivalidad: otras limitándose á una sola conquista, llegaron, por una apariencia de regularidad, á ganarse la atencion y alabanzas de un pueblo facil, que las atribuia á mérito el ser fieles á sus empeños.

Testigo Pericles del abuso, no trató de corregirle. Cuanto mas austero era en sus costumbres, tanto mas pensaba en corromper las de los Atenienses, á quienes hacia muelles con una continuacion de fiestas y de juegos.

La célebre Aspasia, nacida en Mileto de Jonia, favoreció las miras de Pericles, de quien fué sucesivamente dama y esposa. Tuvo tal ascendiente sobre él, que se le acusó de haber suscitado mas de una vez la guerra para vengar sus injurias personales. Ella se atrevió á formar una sociedad de cortesanas, cuyos atractivos y favores debian adherir los jóvenes atenienses á los intereses de su fundadora. Algunos años antes se habia sublevado toda la ciudad á la sola idea de semejante proyecto, y cuando se ejecutó, solamente excitó algunas murmuraciones. Los poetas cómicos se desencadenaron contra Aspasia; mas no por esto dejó ella de reunir en su casa la mas brillante compañía de Atenas.

Pericles autorizó el libertinage, Aspasia le extendió, y Alcibiades le hizo amable. Su vida fué tachada de todas las disoluciones; pero estaban acompañadas de tantas calidades brillantes, y tan á menudo mezcladas de acciones honestas, que la censura pública no sabia donde fijarse. Por otra parte, ¿cómo se habia de resistir al atractivo de un veneno, que parecia distribuido por las mismas Gracias? ¿Cómo condenar á un hombre, á quien nada faltaba para agradar, y que no perdonaba á nada para seducir: que era el primero que se condenaba: que reparaba las menores ofensas con atencio-

nes tan tiernas; y que parecia mas bien que se le escapaban las faltas, que el que él las cometia? Así se acostumbró el pueblo á ponerlas en la linea de aquellos juegos ó descarríos, que desaparecen á vista del ardor de la edad; y como la indulgencia concedida al vicio, es una conspiracion contra la virtud, sucedió, que á excepcion de un corto número de ciudadanos adheridos á las máximas antiguas, la nacion arrastrada por los encantos de Alcibiades, fué cómplice de sus extravíos, y á fuerza de excusarlos, acabó por defenderlos.

Los jóvenes atenienses fijaban su vista en este peligroso modelo, y no pudiendo imitar sus bellezas, creian acercarse copiándole, y sobre todo cargándose de sus defectos. Se hicieron frívolos, porque él era ligero: insolentes, porque él era atrevido: independientes de las leyes, porque él lo era de las costumbres. Algunos menos ricos, y tan pródigos como él, ostentaron un fausto que los hizo ridículos, y arruinó sus familias: trasmitieron estos desórdenes á sus descendientes, y la influencia de Alcibiades duró mucho tiempo despues de su muerte.

Un historiador juicioso* observa, que la guerra modifica las costumbres de un pueblo, y las exaspera en proporcion de los males que sufre. La

* Tucídides, lib. III, cap. LXXXII.

del Peloponeso fué tan larga, y los Atenienses padecieron tantos reveses, que su caracter se alteró sensiblemente. Su venganza no quedaba satisfecha, si no sobrepujaba á la ofensa. Mas de una vez lanzaron decretos de muerte contra los isleños que abandonasen su alianza: mas de una vez sus generales hicieron sufrir tormentos horribles á los prisioneros que caian en sus manos. Ya entonces no se acordaban de una institucion antigua, conforme á la cual los Griegos celebraban con cánticos de alegría las victorias conseguidas contra los bárbaros; y con lloros y lamentaciones las logradas contra los demas Griegos.

El autor que he citado observa tambien, que en el curso de esta guerra fatal, se hizo tal trastorno en las ideas y en los principios, que las mas comunes palabras mudaron de significacion: que se daba el nombre de tontería á la buena fe, de destreza á la doblez, de debilidad y pusilanimidad á la prudencia y á la moderacion; al paso que los rasgos de audacia y violencia eran tenidos por arrebatos de una alma fuerte, y de un celo ardiente por la causa comun. Esta confusion de lenguage es quizá uno de los mas espantosos síntomas de la depravacion de un pueblo. En otros tiempos se hacian ofensas á la virtud: sin embargo todavía era reconocer su autoridad el señalarla límites; pero cuando se llega

á despojarla de su nombre, ya no tiene derecho al trono: se apodera de él el vicio, y domina tranquilamente.

Estas guerras tan sangrientas que tuvieron que mantener los Griegos, extinguieron un gran número de familias, acostumbradas muchos siglos antes á confundir su gloria con la de la patria. Los extrangeros y hombres nuevos que las reemplazaron, hicieron caer de un golpe la balanza del poder al lado del pueblo. El ejemplo siguiente manifestará hasta qué grado de exceso llegó su insolencia. Cerca del fin de la guerra del Peloponeso se vió á un tocador de lira, esclavo en otro tiempo, despues ciudadano por sus intrigas, y adorado de la multitud por sus liberalidades, presentarse en la asamblea general con una hacha en la mano, y amenazando impunemente al primero que opinase por la paz. Algunos años despues fué tomada Atenas por los Lacedemonios, y no tardó en rendirse á las armas del rey de Macedonia.

Tal debia ser el destino de un Estado, que se fundaba sobre las costumbres. Los filósofos, que suben á buscar las causas de los grandes acontecimientos, han dicho que cada siglo encierra de algun modo en su seno al siglo siguiente. Esta metáfora atrevida encubre una verdad importante, y confirmada con la historia de Atenas. El siglo de las leyes y de las virtudes preparó el

del valor y de la gloria: este último produjo el de las conquistas y el lujo, que acabó por la destruccion de la república.

Apartemos ahora nuestras miradas de estas escenas desconsoladoras, para echarlas sobre objetos mas agradables y mas interesantes. Por el tiempo de la guerra del Peloponeso redobló la naturaleza sus esfuerzos, é hizo repentinamente brotar una porcion de genios de todas especies. Atenas produjo muchos; y vió venir á un número mayor á solicitar en ella los honores de su aprobacion.

Sin hablar de un Gorgias, de un Parménides, de un Protágoras; y de otros muchos sofistas elocuentes, que sembrando sus dudas en la sociedad, multiplicaban sus ideas; Sófocles, Eurípides, Aristófanes brillaban sobre la escena, cercados de rivales, que partian con ellos su gloria: el astrónomo Meton calculaba los movimientos de los cielos, y fijaba los límites del año: los oradores Antifon, Andócides y Lisias se distinguieron en los diversos géneros de elocuencia: Tucídides, movido todavía por los aplausos que habia recibido Heródoto cuando leyó su historia á los Atenienses, se preparaba á recibirlos semejantes: Sócrates trasmitia una doctrina sublime á sus discípulos, muchos de los cuales han fundado escuelas: generales diestros hacian triunfar las armas de la república: se erigian so-

berbios edificios segun los planes de los arquitectos mas sabios: los pinceles de Polignoto, de Parrasio y de Zeuxis; los cinceles de Fidias y de Alcameno hermoseaban á porfía los templos, los pórticos y las plazas públicas. Todos estos hombres grandes, y todos los que florecian en otros paises de la Grecia, se reproducian en discípulos dignos de reemplazarlos; y era facil prever que el siglo mas corrompido seria bien pronto el mas ilustrado de los siglos.

Así, mientras que diversos pueblos de esta region estaban amenazados de perder el imperio de los mares y de la tierra, una clase pacífica de ciudadanos trabajaba en asegurarla para siempre el imperio del espíritu: en honor de su nacion construian un templo, cuyos fundamentos se habian puesto en el siglo anterior, y que debia resistir á los esfuerzos de los siglos venideros. Las ciencias se manifestaban con nuevas luces cada dia, y las artes con nuevos progresos: la poesía no aumentaba su brillo, mas conservando el que tenia, le empleaba con preferencia en adornar la tragedia y la comedia, subidas de un golpe á su perfeccion: la historia, sujeta á las leyes de la crítica, desechaba lo maravilloso, discutia los hechos, y se hacia una poderosa leccion, que lo pasado daba á lo venidero. Al paso que se levantaba el edificio, se veian á lo lejos campos descuajados, y otros que esperaban mejor cultivo.

Las reglas de la lógica y de la retórica, las abstracciones de la metafísica y las máximas de la moral, fueron explicadas en obras, que á la regularidad del plan, reunian la exactitud de ideas, y la elegancia del estilo.

La Grecia debió en parte estas ventajas á la influencia de la filosofía, que salió de la oscuridad despues de las victorias conseguidas contra los Persas. Apareció Zenon, y los Atenienses se ejercitaron en las sutilezas de la escuela de Elea. Anaxágoras les trajo las luces de la de Tales; y algunos se persuadieron á que los eclipses, los monstruos y los diversos descarríos de la naturaleza, no debian ponerse ya en la clase de los prodigios; pero se veian obligados á decírselo unos á otros en confianza, porque el pueblo acostumbrado á mirar estos fenómenos como avisos del cielo, se enconaba contra los filósofos que querian quitarle de las manos este ramo de supersticion. Perseguidos y desterrados, aprendieron, que para que la verdad sea admitida por los hombres, no debe presentarse á cara descubierta, sino deslizándose furtivamente tras el error.

Las artes tomaron pronta y velozmente su vuelo, no hallando preocupaciones populares que combatir. El templo de Júpiter, comenzado en tiempo de Pisistrato, y el de Teseo construido en el de Cimon, ofrecian á los arquitectos modelos que imitar; pero las pinturas y las estatuas

que habia, no presentaban á los pintores y escultores mas que ensayos que necesitaban de perfeccion.

Algunos años antes de la guerra del Peloponeso, Paneno, hermano de Fidias, pintó en un pórtico de Atenas la batalla de Maraton; y quedaron sorprendidos los espectadores, cuando creyeron reconocer en estas pinturas á los gefes de los dos ejércitos. Excedió á los que le precedieron, y casi al instante fué oscurecido por Polignoto de Tasos, Apolodoro de Atenas, Zeuxis de Heraclea, y Parrasio de Efeso.

Polignoto fué el primero que varió los movimientos del semblante, y se separó de la manera seca y servil de sus predecesores; y el primero tambien que engalanó las figuras de las mugeres, y las vistió con ropas brillantes y ligeras. Sus personages llevan el caracter de la belleza moral, cuya idea estaba profundamente grabada en su alma. No se le debe notar de no haber diversificado bastante el tono de su colorido: este era defecto del arte, que por decirlo así, acababa de nacer.

Apolodoro tuvo en esto los recursos que faltaron á Polignoto. Hizo una feliz mezcla de sombras y de luces. Zeuxis perfeccionó luego este descubrimiento; y Apolodoro, queriendo justificar su gloria, ensalzó la de su rival. Dijo en una pieza poética que publicó: « yo habia hallado por la

« distribucion de las sombras, secretos desco-
« nocidos hasta nosotros; pero se me han roba-
« do. El arte está entre las manos de Zeuxis. »

Este último estudiaba la naturaleza con el mismo cuidado con que concluia sus obras, que despiden de sí bellezas. En su cuadro de Penélope parece que pintó las costumbres y el caracter de esta princesa; pero generalmente hablando no fué en esta parte tan feliz como Polignoto.

Zeuxis aceleró los progresos del arte con la belleza de sus coloridos, y Parrasio, su émulo, con la limpieza de sus toques y correccion del dibujo. Poseia la ciencia de las proporciones; y las que dió á los dioses y á los heroes parecieron tan convenientes, que los artistas no dudaron adoptarlas, y le decretaron el nombre de legislador. Otros motivos debieron excitar su admiracion. Hizo ver por la primera vez movimientos graciosísimos de cabeza, bocas hermoseadas por las gracias, y cabellos pintados con ligereza.

A estos dos artistas sucedieron Timante, cuyas obras, haciendo entender mas de lo que expresaban, descubrian el gran artista, y mas todavía el hombre filósofo: Paufilo, que por su mérito adquirió tanta autoridad, que hizo establecer en muchas ciudades de la Grecia escuelas de dibujo, prohibidas á los esclavos; y Eufranor, que siempre igual á sí mismo, se distingue en todas las partes de la pintura. Yo conocí á al-

gunos de estos artistas, y he sabido despues, que un discípulo que yo habia visto en casa de Panfilo; llamado Apeles, los habia excedido á todos.

Los progresos de la escultura no fueron menos admirables que los de la pintura. Para probarlo, basta citar en particular los nombres de Fidias, de Polícleto, de Alcameno, de Escopas y de Praxíteles. El primero vivia en tiempo de Pericles, y yo he tenido relaciones con el último. Así que, en el espacio de menos de un siglo, llegó este arte á tal grado de excelencia, que los antiguos tendrian que avergonzarse de sus producciones y de su celebridad, si volviesen ahora.

Si á estas diversas generaciones de talentos, añadimos las que los precedieron, subiendo desde el siglo de Pericles hasta Tales, el mas antiguo filósofo de la Grecia, hallaremos que el espíritu humano ha adquirido mas en cerca de doscientos años, que en la larga serie de siglos anteriores. ¿Qué mano poderosa le imprimió repentinamente, y conserva hasta nuestros dias, un movimiento tan fecundo y tan rápido?

Soy de sentir, que de tiempo en tiempo, y tal vez á cada generacion, la naturaleza reparte sobre la tierra cierto número de talentos, que quedan sepultados, cuando nada hay que contribuya á desenvolverlos, y que despiertan co-

mo de un sueño profundo, cuando uno de ellos abre por casualidad una nueva carrera. Los primeros que se apresuran á seguirla, se dividen y reparten por decirlo así, las provincias de este nuevo imperio; y sus sucesores tienen el mérito de cultivarlas y de darlas leyes. Pero las luces del espíritu tienen un término, como le tienen las empresas de los conquistadores y las de los viageros. Los grandes descubrimientos inmortalizan á los que los han hecho, y los han perfeccionado: en lo sucesivo, no teniendo los hombres de talento los mismos recursos, no logran los mismos resultados, y quedan casi confinados á la clase de hombres ordinarios.

A esta causa general, es preciso juntar muchas particulares. Al principio de la gran revolucion de que hablo, el filósofo Ferécides de Siros, y los historiadores Cadmo y Hecateo de Mileto, introdujeron en sus escritos el uso de la prosa, mas propia para la comunicacion de las ideas, que el de la poesía. Por el mismo tiempo, Tales, Pitágoras y otros griegos, trajeron de Egipto y de algunas regiones orientales conocimientos que trasmitieron á sus discípulos. Mientras que germinaban en silencio en las escuelas establecidas en Sicilia, en Italia, y sobre las costas de Asia, concurria todo al desenvolvimiento de las artes.

Las que penden de la imaginacion, están en-

tre los Griegos dedicadas especialmente al adorno de las fiestas y de los templos: tambien lo están á celebrar los hechos grandes de las naciones, y los nombres de los vencedores en los juegos solemnes de la Grecia. Dispensadores de la gloria que ellos participaban, hallaron en los años que siguieron á la guerra de los Persas, mas ocasiones de ejercitarse que antes.

Despues de haber gozado por algun tiempo la Grecia una prosperidad que aumentó su poder, fué entregada á disensiones, que dieron una actividad maravillosa á todos los espíritus. Se vió á un tiempo multiplicarse en su seno las guerras y las victorias, las riquezas y el fausto, los artistas y los monumentos. Las fiestas se hicieron mas brillantes, y los espectáculos mas comunes: los templos se cubrieron de pinturas; y las inmediaciones de Delfos y de Olimpia de estatuas. Al menor suceso, la piedad, ó mas bien, la vanidad nacional, pagaba un tributo á la industria, excitada por otra parte por una institucion que redundaba en beneficio de las artes. Cuando era necesario hermosear una plaza, ó un edificio público, trabajaban muchos artistas sobre la misma materia: exponian al público sus obras ó sus planes, y se concedia la preferencia al que reunia mas número de votos del pueblo. En Delfos, en Corinto, en Atenas y en otras partes, se establecieron concursos mas solemnes en favor

de la pintura y de la música. Las ciudades de la Grecia, que no habian conocido otra rivalidad que la de las armas, conocieron la de los talentos; y la mayor parte tomó un nuevo semblante á ejemplo de Atenas, que las excedió á todas en magnificencia.

Pericles, queriendo ocupár á un pueblo temible á sus gefes en los ocios de la paz, determinó consagrar al adorno de la ciudad una gran parte de las contribuciones que pagaban las naciones aliadas para continuar la guerra contra los Persas, y que se habian conservado hasta entonces en la ciudadela. Hizo presente, que haciendo circular estas riquezas, proporcionarian la abundancia á la nacion en el momento, y una gloria inmortal para lo venidero. Luego las manufacturas, los talleres, y las plazas públicas, se llenaron de una multitud de obreros y de peones, cuyos trabajos dirigian artistas inteligentes, segun los diseños de Fidias. Estas obras, que no se hubiera atrevido á emprender una gran potencia, y cuya ejecucion parecia exigir mucho tiempo, las acabó una pequeña república en el espacio de algunos años, bajo la administracion de un solo hombre, sin que una aceleracion tan asombrosa fuese perjudicial á su elegancia ó á su solidez. Costaron cerca de tres mil talentos *.

* Tucídides da á entender que habian costado tres mil y sete-

Mientras se trabajaba así, los enemigos de Pericles le echaron en cara, que disipaba las rentas del Estado. «¿Pensais, dijo un dia á « la asamblea general, que es muy grande el « gasto? — Excesivo, se respondió. — Pues « bien, replicó él, correrá todo entero por mi « cuenta, y haré poner mi nombre en estos mo- « numentos. — No, no; exclamó el pueblo: que « se construyan á expensas del tesoro público, « y no perdoneis nada para acabarlos.»

Comenzaba á introducirse el gusto de las artes entre un corto número de ciudadanos; y el de las

cientos talentos, y comprende en su cálculo, no solamente el gasto de los Propileos y de otros diferentes edificios, construidos por orden de Pericles, sino tambien el del sitio de Potidea. Este, dice él en otra parte, costó dos mil talentos. No quedarian pues mas de mil y setecientos para las obras ordenadas por Pericles. Pues un autor antiguo refiere, que los Propileos solos costaron dos mil y doce talentos.

Para resolver esta dificultad, observemos que Tucídides no nos da el estado de las rentas de Atenas, mas que por el momento preciso en que se resolvió la guerra del Peloponeso: que á esta época apenas se comenzaba el sitio de Potidea: que duró dos años y que el historiador en el primer pasage no ha hablado sino de los primeros gastos de este sitio. Y suponiendo que subiesen entonces á setecientos talentos, destinaremos los otros tres mil para las obras con que Pericles adornó la ciudad. Tres mil talentos á cinco mil y cuatrocientas libras cada talento, hacen diez y seis millones y doscientas mil libras de nuestra moneda; pero como en tiempo de Pericles, podia valer el talento trescientas libras mas, tendremos diez y siete millones y cien mil libras.

pinturas y estatuas entre los ricos. La muchedumbre juzga de la fuerza de un Estado por la magnificencia que ostenta. De aquí aquella consideracion que lograban los artistas distinguidos por felices caprichos. Se vieron algunos trabajar gratuitamente para la república, y se les decretaron honores: otros que se enriquecieron, ya sea formando discípulos, ó ya exigiendo un tributo de los que iban á sus talleres á admirar las obras maestras de sus manos. Algunos ensoberbecidos con la aprobacion general, hallaron una recompensa mas lisonjera en el conocimiento de su superioridad, y en el homenage que ellos mismos daban á sus propios talentos; y así no se avergonzaban de poner en sus cuadros esta inscripcion: « será mas facil censurarle que « imitarle. » Zeuxis llegó á tanta opulencia, que al fin de sus dias regalaba sus pinturas, con el pretexto de que nadie podia pagarlas. Parrasio tenia tal concepto de sí mismo, que se atribuia un origen divino. A la embriaguez de su orgullo, se juntaba la de la admiracion pública.

Aunque las letras se cultivaron mas temprano, y con tan feliz éxito como las artes, se puede decir, que si se exceptúa la poesía, se promovieron menos entre los Griegos. Han manifestado estimar la elocuencia y la historia, porque la primera es necesaria para la discusion de sus intereses, y la segunda para su vanidad; pero

los demas ramos de literatura deben su aumento mas bien al vigor del suelo, que á la proteccion del gobierno. En muchas ciudades se hallan escuelas de atletas, mantenidas á expensas del público; pero en ninguna establecimientos durables para los ejercicios del espíritu. Hace poco tiempo que el estudio de la aritmética y de la geometría entra en el plan de educacion, y se empieza á no espantarse ya de los conocimientos físicos.

Bajo de Pericles las investigaciones filosóficas fueron severamente prohibidas en Atenas; y mientras los adivinos eran mantenidos algunas veces con distincion en el Pritaneo, los filósofos apenas se atrevian á confiar sus dogmas á sus discípulos fieles. No eran mejor recibidos en los demas pueblos. Objetos de odio y de desprecio en todas partes, no evitaban los furores del fanatismo, sino teniendo cautiva la verdad: ni los de la envidia, sino con una pobreza voluntaria ó forzada. Mas tolerados el dia de hoy, se vela sobre ellos tan de cerca, que á la menor licencia, se hacen á la filosofía los mismos ultrajes que antes.

De estas reflexiones se puede inferir: 1º que los Griegos han honrado siempre mas á los talentos que sirven á sus placeres, que á los que contribuyen á su instruccion: 2º que las causas físicas han influído mas que las morales en el adelan-

tamiento de las ciencias; y que las morales han tenido mas influencia que las físicas en el de las artes: 3° que los Atenienses carecen de fundamento para atribuirse el origen, ó á lo menos la perfeccion de las artes y de las ciencias. Se lisonjean vanamente de abrir á las naciones las sendas brillantes de la inmortalidad: la naturaleza al parecer no los distinguió de los demas Griegos en la distribucion de sus favores. Han creado el género dramático: han tenido oradores célebres, dos ó tres historiadores, un corto número de pintores, de escultores, y arquitectos hábiles; pero el resto de la Grecia puede oponerles una multitud de nombres ilustres en todos géneros. Ni sabré decir si el clima de la Atica es tan favorable á las producciones del espíritu como los de Jonia y de Sicilia.

Atenas es menos la cuna, que la morada de los talentos. Sus riquezas la ponen en estado de emplearlos, y sus luces en el de apreciarlos: la fama de sus fiestas, la dulzura de sus leyes, el número y caracter condescendiente de sus habitantes, bastarian para fijar en su recinto á unos hombres ansiosos de gloria, y que necesitan un teatro, rivales, y jueces.

Pericles los ganaba con la superioridad de su crédito: Aspasia con los encantos de su conversacion; y uno y otra por una estimacion ilustrada. No se podia comparar á Aspasia sino con

ella misma. Su hermosura admiró menos á los Griegos, que su elocuencia, y que la profundidad y gracias de su espíritu. Sócrates, Alcibiades, los literatos y artistas mas afamados, los atenienses y atenienses mas amables, se juntaban al rededor de esta muger singular, que hablaba á todos en su lengua, y se atraia las atenciones de todos.

Esta sociedad fué el modelo de las que se formaron despues. El amor de las letras, de las artes y de los placeres, que reune los hombres y confunde las clases, hizo conocer el mérito de eleccion en las expresiones y en los modales. Los que habian recibido de la naturaleza el don de agradar, quisieron agradar en efecto; y el deseo añadió nuevas gracias al talento. Luego se distinguió el tono de la buena compañía. Como en parte se funda en conveniencias arbitrarias, y supone finura y tranquilidad de espíritu, tardó mucho en depurarse, y nunca pudo introducirse en todas las condiciones. En fin, la cortesanía, que al principio no fué mas que la expresion del aprecio, llegó á serlo de la disimulacion. Se tuvo el cuidado de prodigar atenciones á los demas, para lograrlas mayores, y de respetar su amor propio, para no ser inquietado en el suyo.

FIN DE LA INTRODUCCION Y DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

FIN DEL INDICE.

IMPRENTA Y FUNDERIA DE EVERAT,
CALLE DEL CADRANTE, 16.

